

La Ilustre degeneración

Luisa Isabel Álvarez de Toledo



Índice

Capítulo 1º	2
Capítulo 2º	6
Capítulo 3º	15
Capítulo 4º	21
Capítulo 5º	32
Capítulo 6º	40
Capítulo 7º	50
Capítulo 8º	59
Capítulo 9º	72
Capítulo 10º	81
Capítulo 11º	89
Capítulo 12º	98
Capítulo 13º	110
Capítulo 14º	122
Capítulo 15º	130
Capítulo 16º	138
Capítulo 17º	149

Capítulo 1º

La elite que encarna el poder, destila ejemplo. Sus actos, aún íntimos y secretos, destiñen en los inferiores, porque quien controla la información y la ley, adapta el criterio colectivo a su necesidad. Impulsada la sociedad hacia su desracionalización, desde la cúspide, Manolo sospechó que la conducta de sus iniciadores y clientes, pudiese ser reprobable. Ni realizó que en adelante, no se detendrían en el umbral del más allá. *Despertó rodeado de oscuridad. Le dolía el cuerpo. Recordó las farolas. Hierro negro, de barrio de ricos. Palpó los billetes. Tres de los grandes. Poco para lo que se habían divertido. Aspiró. Olor a campo. El campo que no huele a basura, está lejos. El frío de la amanecida se le metió en los huesos. Quiso levantarse. No pudo.*

- ¡Picha!. ¡Que no se diga!.

Logró la vertical lenta y penosamente. Haces de luz se cruzaban en el horizonte. Adivinó la carretera. El coche que le llevó pudo entrar, porque había una vereda. La buscó, tanteando entre matojos.

El pasado se le vino encima.

Todo empezó matando negros de mentira, que a fuerza de imaginación, parecían de verdad. Le hubiese dado igual matar blancos, pero el amo del chiringo no los quería en la máquina:

- Desde chicos tién que estar concienciao. Reventar negros, ¡vale!. Pero a los nuestros tién que respetarlos.

Largo, que era grande, los apiolaba en carne y hueso. Le gustaba, nadie los echaba en falta y había un piraó que pagaba, al que llevase la prueba de haberse cargado a uno. Largo tenían banda propia. De noche paseaban de dos en dos o de tres en tres, como si no se conociesen. Llevaban cadenas y puños de clavo.

- Los escondemos entre la ropa. Cuando el pringao se pone a tiro, nos juntamos. Le endiñamos hasta que se le desparraman los sesos. Lo mismo da que haya gente. Tién miedo y van a lo suyo. No se meten.

Le escuchaban embobados. Y Largo lamentaba que la noticia no saliese en la tele. Le gustaba fardar.

- Cuando seáis grandes, os llevaré conmigo - prometía.

Manolo preguntó cuánto pagaban. Le pareció poco y pensó que no iría. Se había propuesto no dar un paso a gusto de otro, sin cobrar lo que consideraba su precio. Un día pillaron a Largo. Pasó por comisaría y cambió de trabajo. Manejaba más pasta.

- Pego lapas y suelto paquetes. ¡Pam y a cobrar!. Sale en la tele, pero no que yo lo hice. Es jodío que otro se lo apunte. Pero el que paga, ¡manda!.

Un día se fue del barrio. Cuando volvió, vestido como un anuncio de la tele, le tenían olvidado. Manolo y Pepe estaban en la máquina. No se separaban, porque les gustaban las mismas cosas.

- ¿Os mola veniros?.

Contestaron que no al unísono. Si alguien con posibles pide, tiene que empezar por ofrecer.

- ¿Vale cinco de los verdes?.

A su edad, era un dinero. Manolo hizo el gesto de seguirle. Pepe le retuvo. Conocía su precio.

- ¿Por barba?.

- ¡Vale!.

Entraron en un mundo sin salida, con prelude de muchos kilómetros por carretera. Manolo nunca estuvo tanto tiempo en un coche. Frenó. Un tipo de uniforme y con pistola, metió la cabeza por la

ventanilla.

- El paquete.

Levantó la barrera. La luna plateaba las copas de los cipreses. El consciente de Manolo no realizó la belleza, porque no sabía definir el concepto, pero la captó el subconsciente. Por asociación pensó en lo único bello que conocía: Maruja. Tenía el mejor cuerpo del barrio y se decía que fue una señora. Hasta que un banco se quedó con su dinero. Lo creyó a medias, porque en las chabolas se contaban muchas cosas, sin ser verdad. Lo único cierto era que Maruja estaba maciza, pese a rondar la cuarentena. Manolo lo comprobó, pegando el ojo a junta de las tablas, del corralillo de la ducha. La hizo colgando una regadera de un palo. Tiraba de una guita, amarrada al pitorro, para que el agua manase por la alcachofa. Un día la mujer asomó la cabeza. Le pilló y le dio con el cepillo. Partió a correr, aguantando los pantalones con una mano. Desde entonces la rondó sin acercarse, hasta que a Maruja le dio por meterle en su cama. Le enseñó a jugar con su cuerpo y se duchaban juntos. Le gustó pero terminó por aburrirle. Volvió a la máquina.

El portalón estaba al final de la vereda. Era tan impresionante, que borró los recuerdos. Abrió un criado de botones dorados. Acostumbrados al latón y la uralita, los chicos se quedaron clavados. Largo le empujó, metiéndoles en el salón. Cinco pares de ojos les examinaron. Se sintieron mercancía y les invadió la vergüenza. Le pareció que el tipo tocaba el techo. Con bigote, la piel enrojecida por el alcohol y pelo rubiasco, le hubiesen tomado por lord inglés, destinado en colonias, de saber lo que era.

- ¡Bien, Cayetano!. - se dirigió al criado - ¡Prepárelos!.

Supieron que Largo se llamaba Cayetano. Lavados en bañera circular, perfumados y embutidos en ropa de estreno, fueron reintegrados a la estancia noble. Un joven moreno y lacado, les tendió dos vasos.

- ¡Bebed!.

Obedecieron sin chistar. Disfrazado de smoking, Largo departía con desenvoltura. Hubiese sido uno más, de no gesticular en exceso, hablando fuerte y riendo de la misma manera.

- ¿Tenéis hambre?. - preguntó la señora, que pese al maquillaje y sucesivas visitas al quirófano, exhibía edad proveya. Respondieron afirmativamente. Sendo platos repletos de exquisiteces desconocidas, vinieron a sus manos. Estaban comidos y bebidos, cuando el jefe les alargó un refresco.

- Hoy es un gran día para vosotros. ¡Un gran día!.

Bebieron.

Manolo despertó en el camastro de la chabola. Le dolía el vientre y el ano. La luz le hizo daño. Intentó dormir, pero se le había terminado el sueño. Le entraron ganas de méar. Estuvo tentado de dejarse ir en el jergón. Temió la bronca de su madre y se arrastró hasta la necesaria. Cuatro tabiques de panderete sin repellar, uralita y un sentón de ladrillos con un agujero. Desaguaba en la poza por un caño de PVC, formando charca de aguas fecales. A otros les hubiese molestado. Pero la gente de las chabolas estaba hecha a los olores. Le escoció la minina y pensó en su padre. Hizo aquello poco antes de que le despanzurasen. Quedó pegado al asfalto y no les dieron indemnización. No tenía seguro y le pasaron tantos coches por lo alto, que no se supo cual fue el primero. Al regreso del mingitorio encontró a la Nanda, plantada en el quicio.

- ¿Qué pasó?.

No se atrevió a mirarla. No estaba seguro, pero tenía la sensación de haber hecho algo inconfesable.

- Ná. Fuimos con Largo y nos emborrachamos.

- ¡Pues a punto estuve de ir a la pasma!. Porque dos noches por ahí...

- ¡Dos noches!

- ¡Sí hijo!. ¡Con sus días!. Desde el viernes no te echo el ojo. ¡Es lunes!

Manolo se preguntó quién le trajo. La mujer adivinó la interrogante.

- Te acercó Largo. ¡Hecho un Cristo!. ¡No entiendo que ha pasáo!. Por cierto, ¿quién te dio los tres mil duros?.

Manolo se encogió de hombros.

- ¡Pos ni lo sé!. Robarlos no los he robáo. ¡De eso estoy seguro!

La madre arrugó la nariz. Sintió la tentación de poner pie en pared, pero se dijo que ningún pobre ganar, sin empezar perdiendo.

Manolo y Pepe vivieron pendientes de Largo. Dejaban pasar las horas junto a la máquina, por si les buscaba. Intermitente, desaparecía o venía seguido, engominado, chulo, con un coche cada vez más grande. Sabía arrimarse a buena sombra. Les llevó a otras fincas, pero nunca dos veces a la misma. Siguió la racha de los chalets. Pensaron que era una promoción, porque estaban más cerca y ganaban los mismo, si no más. Cuando empezaron con los pisos, protestaron. Eran menos generosos.

- Es lo que hay - replicó Largo, escueto.

Manolo quiso conocer un hotel. Le dijo que ni lo soñase.

- Si te pillan, ¡lo tiés claro!. ¡A menores!

Manolo y Pepe no leían periódicos, pero se paraban en los kioscos: Una foto le dejó sin habla.

- ¡Ahí va, picha!. ¿Ese no es el del otro día?.

Lo comentaron a Largo. Se puso muy serio.

- ¡Nosotros, como el mono!. Oír, ver ¡y callar!. No conocer quita problemas.

Una mañana Manolo se descubrió las tetillas cubiertas de ampollas. Había oído que algunos disfrutaban haciendo daño. A veces se pasaban y el chico no volvía del servicio. Pidió explicaciones. Largo se encogió de hombros.

- Te pagaron doble. ¿O no?.

- Si, pero sí me dejan señaláo, no podré venderme.

Le respondió una mirada displicente.

- Yo..., ¡lo que tú quieras!. Pero de estreno no estás. Si no te metes en harina, ¡tendrás que hacer la calle!. Los gordos pagan género de primera. ¡O sin remilgos!

Un día Manolo salió como un Cristo. No quiso volver a la casa.

- ¡A mí no me tocan un pelo!

- ¡Ni a mí las pelotas!

Largo le dejó plantado en la calle. A la semana volvió a buscarle, esgrimiendo argumento palmario.

- Ese joío se ha empicáo con tu culo.

Manolo le siguió, porque estaba seco. Mientras arreaban no dolía y ganaba para reponerse.

Una tarde, Largo buscó chicos nuevos.

- Lo siento. Estás mú visto. Si quiés seguir en el rollo, tendrás que trabajar p'al Merca.

Manolo no entendió. Seguía siendo rubio, barbilampiño y hasta se había puesto más guapo que al

principio. Largo dijo que eso no se apreciaba. Y le llevó al tugurio. El Merca era un tipo macizo y calvo, con pinta de almacenero antiguo. Pegado al puro, se aficionó a los trajes claros de tela brillante, porque en las películas los llevaban los empresarios de Las Vegas, examinó la pieza en silencio.

- Me lo quedo.

Envidió a Pepe, porque siguió con Largo. Hasta que un día le sacaron en la tele. Había desaparecido. Lo encontraron en un vertedero y dejó de envidiarle. Manolo se acostumbraba al Merca. Bueno a su manera, cuidaba de sus chicos. Le enseñó a ganarlo, sin cansarse ni exponerse, repartiendo entre varios el esfuerzo que como inexperto, dedicaba a uno. Echaba más horas pero ganaba más. Compró piso, sacó a la madre de la chabola y no tuvo coche, porque le faltaba edad para el carné. A veces hacía servicios a domicilio o en casas de traro. Hasta le mandaron con una mujer. Merca tuvo que explicarle como se hacía, porque solo estuvo con la Maruja. La clienta, disfrazada de quinceañera, maquillada y entrada en años, se hacía la ilusión de despertar deseos, escondiéndose que los pagaba. Cumplidos los 18, Manolo apuraba la carrera.

- Cómo no te metas en el pub y a lo que salga, ¡vas al paro!. Se gana menos y se trabaja más. ¡Pero con lo que llevas rodado, no hay otra cosa!. Porque los de las tías, ¡no es lo tuyo!.

El Merca la colocó en uno de sus locales. Pagaba impuestos por el derecho de admisión, abriendo al que traía pasta. En la sala se cobraba el descorche. Y en los cuartos el desahogo, a gusto del cliente. Moderado, el amo llevaba el treinta por el camastro, dejando el resto al chico. Todos soñaban con entrar en el piso del Merca. Picadero de gente grande, cruzar el umbral sacó a más de uno de la mierda, porque era tipos de los que se enamoraban. Un día Manolo, que tenía confianza, se atrevió a pedir que le llamase.

- Ya te llegará. ¡Pero atiende a lo que te digo!. Cuanto más tarde, ¡mejor!. Y cómo están las cosas, cuando te llame un cliente, preguntas al Casimiro. Si dice que no, te disculpas y le mandas al Cantil. ¡Que toós tién derecho!.

Merca tenía el Cantil a nombre de un sobrino. Reservado a los del sida, era el último escalón de los chicos, contagiados por inadvertencia o mala folla de un cliente. Allí terminó el Minga. Calló lo del contagio mientras pudo, pero Manolo lo sabía. Le preguntó si no le daba algo pasarle el bicho a los tíos.

- ¿Por qué tenía que coscarme?. Al que me lo metió a mí, se le dio una higa. ¡Y no lo hacía pá comer!.

Le dio entró el arrechucho y lo llevaron al hospital. Cuando volvió el jefe le echó la bronca y le mandó al Cantil. En verano aflojó la clientela. Manolo contrató servicios por su cuenta, lo supo el jefe, que de todo se enteraba y se puso como un basilisco.

- ¡Mira qué te la estás jugando!. ¡Qué un cliente tocaó te cierra la tienda!.

Se lo contó a la madre. Dio la razón al Merca.

- En esto pués ganar perras. Pero si no sabes cuidarte, ¡cuatro días!.

A los jóvenes la enfermedad, como la muerte, les parece cosa de otros. Tan poco caso le hacía Manolo, que aceptó propuesta insólita.

- Tíes veinte mil pavos en la mano. ¡Y lo que caiga!. ¡Pero toó hay decirlo!. Corre que el tipo tié el sida. Dice que no, pero...

Manolo creía en Dios, el Diablo, los brujos y los adivinos, especialmente si salían en la tele, pero nunca se tomó en serio lo del sida,

- ¿Tié pasta?.

Merca abrió los brazos.

- ¡Toa la der mundo!. Es de los que se forraron con la Expo.

-Y si me lo sé hacer...

Merca contabilizó la comisión.

- Trincas lo que te dé la gana. El tipo es rumbo. Sabe agradecer los favores.

Manolo se habló a sí mismo - Hay gente a la que el bicho no la coge.

- Eso dicen... .

Don Juan no era un cliente cualquiera. Le gustó Manolo y lo metió en su casa. Le abrió cuenta en el banco y le compró coche, cuando le dieron el carné. Fueron tres años de felicidad, hasta que ingresó para morirse. El médico quiso hacer las pruebas a Manolo. No se dejó.

-Si estoy pringao, ¿qué gano con saberlo?.

-No contagiar a otros...

Como le daba igual, contestó que no podía contagiar, porque usaba la goma. Visitaba todos los días al viejo y le cogía la mano. Le despedía con un montón de billetes. Estaba seguro de heredarle, pero dejó la fortuna a una sobrina, que le asistió de gratis, con mayor asiduidad y cariño. A Manolo le quedó legado suculento. Lo quemó en dos años, viviendo como imaginaba que vivían los marqueses. Liquidada la última peseta, fue en busca del Merca. No le reclamó la comisión de lo ganado con el viejo, que en buena ley le debía. Y le habló claro.

- Pueo meterte en el Cantil. Lo tuyo es conocio.

Manolo aceptó y ganó tanto como antes, a costa de tirarse tíos hasta reventar. Enganchado a la coca, se pasó al caballo. Lo gastaba la clientela y era más barato. Ingresado por primera vez, al salir supo que el Crenchas pagaba bien, al que se dejaba calentar. Se presentó y volvió a las casas de los ricos. Creía que teniendo lo que tenía, no le harían muchos, pero se equivocó. Los tíos no se andaban con miramientos. Al principio le daba igual. Pero cuando volvió a tener dinero, quiso seguir viviendo.

Las piernas le quemaban. Los cardos traspasaban la tela. Se dijo que no llegaría nunca a la carretera, pero no quería pararse. El frío le daba miedo. Empezó a clarear. La vereda estaba a poco más de un metro. A la izquierda. Los neumáticos estaban marcados en el polvo. El dolor le dio subiendo el bardo. Se tiró boca arriba y se le soltaron las tripas, sin darle tiempo a quitarse los pantalones. Su propio olor apagó todos los olores. las heces continuaban manando. Tumbado cara el cielo, el espectáculo de las estrellas apagándose, le pasó desapercibido. De no ser por la fiebre, el sol le hubiese calentado. Pudo levantarse y trepó al asfalto. No había cartel que le orientase. La mole del camión le pareció acogedora. Quiso alzar la mano, pero no lo hizo.

- ¿Cómo coño no le viste? – gritaba el ayudante..

El conductor lloraba. La figura fantasmal se irguió en el arcén, como un hito. Saltó bajo las ruedas. Ahí estaba. Bajo toneladas de máquina.

- ¡Que ruina!, ¡Dios!, ¡que ruina! – repetía el chofer.

Capítulo 2º

Instalado en el vértice de la historia, el ungido manipulaba el futuro ante areópago de notables, arrellanados en butacones de cuero, que rememoraban el calvario de Wilde y el heroísmo gratuito de Byron. Humo y aroma de habano, con sabor a Chivas.

- No han cambiado. Quieren ser protagonistas y lo son, ¡por persona interpuesta!. Es el secreto de la democracia y el fútbol. El hincha participa de lo que pasa en el campo, sin tener arte ni parte. Y el

votante del poder del líder, que pasadas las elecciones, no le hará maldito el caso. La popularidad del deporte y el sistema, estriba en la participación. Su ausencia es el hándicap de la monarquía. El rey lo es, porque nació hijo de su padre. Al pueblo le queda tragar - Javier carraspeó. Crítica muda, que otro no podía permitirse - ¡Sí!. ¡Conozco tu teoría!. En tal caso, todos los reyes seguirían donde estuvieran. ¡Pero han caído!. Olvidas que aquello pasó cuando los que aspiraban al poder, sin ser reyes, tenían un proyecto. Para los demás, ¡no para sí mismos!. Si era inviable, se marchaban. Y si les pillaban metiendo la mano, se pegaban un tiro por vergüenza. Ahora no dimiten ni se suicidan, porque se presentan a elecciones, por la misma razón que juegan a la lotería. Quieren dinero y poder. Vengar humillaciones. No agradecer favores. Se comportan como si fuesen reyes, hasta en los caprichos. La gente aguanta, porque saben que el cambio es para igual, si no para peor. Cuando se van, ¡que duren un reinado!, tienen su amparo en la clase política. Un especie de familia real a lo grande, con todos los derechos y un solo deber: preservar el secreto. En monarquía, quien no gusta el rey o a la camarilla, ¡va listo!. En democracia, el que molesta a los políticos, ¡puede colgarse!. Si hay sitio libre, se cubre por cooptación. Los del exterior son inoperantes, porque al no darle información, carecen de criterio y hasta de opinión. Antes de permitirles elegir, les hemos incapacitado para hacerlo. Por eso han comprendido. Les da igual un rey que un presidente. Al fin y al cabo, la política es la misma: plata al amigo, palo al enemigo.

Javier sonrió por debajo del bigote.

- Es primordial darle algo en qué entretenerse. Leyes que les complican la vida, impuestos que los crujen, inseguridad y problemas. Hay que darles en que pensar. Para que no piensen en lo que no deben.

Manolo acertó.

- Mientras dos sistemas enfrentados se repartieron el mundo, tuvieron que ofrecer su ventaja. La izquierda logró una sociedad sin pobres, a cambio de suprimir a los ricos. No faltaba lo necesario, pero lo superfluo quedaba a unos cuantos. Vedada la libertad intelectual, no la echaron en falta, pero bastó prometer la de consumir, para que todo se fuese al garete. La derecha permitió hacerse rico, al precio de asumir la pobreza. Pero admitió la libertad de crítica. Al ser pocos los que tienen algo que decir, no se apreció. Y los pensadores se inclinaron por su contrario. Creían en el socialismo en libertad. Cuando cayó el muro, se preparaban a conseguirlo. Y se produjo la simbiosis. Sólo que al revés. Los del Este importaron miseria, junto con la libertad de enriquecerse. Y los del Oeste la represión del pensamiento y la palabra. Repartiendo represalias y prebendas, lograron una especie de lobotomía general y voluntaria, que permitió regresar a la monarquía de todos los tiempos.

- ¡Absoluta! - graznó Javier, a entera satisfacción de los presentes.

César reclamó su parte en el invento.

-¡Mas firme que en la Edad Media. Decimos que todo pasado fue peor, porque conviene al presente. Pero mientras la fuerza estaba en el número, no hubo rey ni señor que se pasase. Hoy la técnica permite que unos pocos, metan en un puño al resto. No hay razón ni argumento, que pueda oponerse a la fuerza del poder.

A su cargo el control de la opinión, Manolo se sintió de más. No le hizo gracia.

-Veremos que pasa con Internet. O cuando la palabra se convierta en objeto de mercado.

Cesar despreció el supuesto.

-Con un pueblo sin criterio, la mejor desinformación es el exceso de información. Mientras obedezcan los que manejan las armas y la justicia, ¡estamos del otro lado!. Alguno podrá aislarse del redil. Pero nadie arrastrar al rebaño.

Daguerrotipo viviente, Carlos Menas Albas tomó la palabra. La experiencia suscitó una atención devota.

-Admito que cuando echaron al rey, no teníamos los comecocos de ahora. Pero no se disparaba con

altramuces. De haber usado la batería que mi padres instaló en palacio, los republicanos hubiesen desaparecido. No se hizo, porque nos preocupaba la opinión. Tiene un poder extraño, que a la larga derrota a la fuerza.

-¡Por eso debemos evitar que se forme por su cuenta!.

-¡Pero se forma!. Los reyes absolutos lo sabían. No gastaban millonadas en hacerse admirar, por pura vanidad. Lo hacían porque la admiración engendra temor. Y el temor es el recurso de quien no inspira respeto. Si el pueblo no respecta, se produce la desafección de los ejecutores intermedios. Y el tinglado se va a la mierda. Andando la condición humana de por medio, el cerebro mejor lavado arranca a pensar de improviso. Los egipcios creían que cualquier subnormal podía ser faraón, porque lo revestían de tanta majestad, que la faltosidad no se notaba. Pero los que le protegían, que estaban cerca, se enteraban. Hay ejemplo de faraones derribados. Más crudo lo tuvieron los emperadores de Roma. Como lo reyes de hoy, tenían que hablar en público. Encubrieron sus defectos haciéndose dioses. Los sacrificios de la plebe prolongaron la unidad del Imperio. Pero no la integridad del emperador. Los liquidaban tan deprisa, que inventaron la estatua de cabeza intercambiable, para no arruinarse.

Ignacio se agitó.

- ¡No pretenderás resucitar la Roma de Augusto!.

-¡Claro que no!. Sólo haceros reflexionar. Se debe escuchar la opinión y atenderla en lo posible, porque ni los sistemas, ni las personas, son objetivamente irremplazables. Por mucha artillería mediática que tengáis, si a una imagen de libertad, honestidad, respetabilidad y sapiencia, responde la realidad contraria, ¡mal andaremos!. Ese vínculo vasallo – señor, que no veo por ninguna parte, no se crea popularizando a la personas reales, a golpe de silencios y planos laudatorios. Es necesario que los hechos respondan al elogio. Y que los silencios no encubran aberraciones.

Javier llevó el agua del decano a su molino.

-¡Eso está salvado!. Hemos hecho del rey encarnación de la democracia y del orgullo patrio. ¡Y en que circunstancias!. La gente estaba al cabo de la calle. Sabía que decíamos una cosa y hacíamos otra. Se robaba a escala y quitábamos del medio a quien nos daba la gana, suprimiendo la pena de muerte. Lo de aplicar el terrorismo de estado, para provocar el otro, es una buena idea. En el río revuelto está nuestra ganancia. Pocos se han dado cuenta de que no se publica lo que oyen, porque no llenamos la boca con la palabra libertad, para poder seguir con la censura. Confieso que cuando llegaron aquellas elecciones, tuve miedo. Me dije que los hombres son como los melones. Por muy domesticada que estuviese la izquierda, para estar seguros de el éxito no se le subiría a la cabeza, habría que probarlo. Por eso estuvo bien hacerles comprender que una pistola, bien manejada, vale más que todos los votos. El rey quedó como salvador de la libertad, pero sobre todo de sus pellejos. Bastó con que metiese en los cuarteles, a los que mandó salir. Después ya sería otra cosa. Hicimos ricos a tantos, que nunca nos faltará el apoyo de una clase poderosa. Fuimos punteros en modernidad, que eso mola mucho. Y tuvimos por rey al rey de reyes, porque todos vinieron a rendirle pleitesía.

El anciano Conde volvió al ruedo.

-¡Y después pasó lo que pasó!. Les dijisteis que después de aquello se atarían los perros con longaniza, pero vino el paro y las calles se llenaron de mendigos. ¡Que ya no se veían!. Volvieron los comedores de caridad y nos quedamos sin carreteras y hasta sin agua, de pura desidia. Parecía que en lugar de una fiesta, habíamos tenido una guerra. Mientras las construcciones megalómanas se caían a pedazos, un montón de gente se quedó sin techo, por no poder pagarlo. No nos quedó más remedio que abrir la escotilla de la venganza. Se permitió decir el cuarto de la verdad. ¡Y hasta la corona estuvo a punto de irse por el agujero!.

El belfo del General Luis Bolín tembló. No soportaba deslices verbales, que tocasen al monarca

- Nuestro rey se permite brillar como le parece. No tiene por qué dar cuenta a ningún electorado. En

cuanto a los monárquicos, ¡deben ser espejo!. Si la gente los ve triunfar y medrar, ¡todos querrán serlo!. Pero si los ven miserables, se dirán que no vale la pena, triunfan, ¡y se harán republicanos!.

Javier aplaudió.

- ¡Sabía que el ejército piensa como yo!. Sí invertimos tres, para ganar, debemos hacer cuentas. Pero sacarlas cuando se invierte en gloria, no tiene sentido. ¡La gloria es impagable!. Y la del rey, ¡sagrada!.

Javier, superior áulico, intervenía cómo y cuándo le daba la gana, en las finanzas y política del reino, cazoletando a placer en los servicios de inteligencia: el tradicional, encabezado por Ignacio Piedras Albas. Y el de nueva creación, exclusivo de la corona, entregado a César Miranda, Conde de los Ríos por su mujer, diplomático, astuto y dicharachero. Contaban con cuerpos nutridos de sociólogos, psicólogos y psiquiatras, doctorados en el arte de destruir cerebros, llamado eufemísticamente "guerra psicológica". Completaban el segundo parasicólogos, astrólogos, mediums y especialistas varios en ciencias ocultas, con apéndice de soplones acreditados, que a cambio de propinas razonables y prebendillas, en ocasiones morales, ejercían con más o menos perspicacia y exactitud, de ojos y oídos en asociaciones, empresas y la intimidad de sujetos, dudosos por hostiles o críticos. Más o menos espabilados y veraces, los adscritos al entramado informaban de lo público y privado, promoviendo o evitando lo que les ordenasen, con el fin de amparar el buen nombre de la institución, yugulando cuanto pudiese mancharlo. A vista de la información, se redactaban listas negras, decretando la muerte civil del incluso, de no poder recetarle la física. Las blancas incluían a los fieles. Acreedores los favorecidos al triunfo, disfrutaban de patente de corso para delinquir, sin padecer menoscabo. Distribuidas a partidos políticos, juzgados, cuerpos de policía, universidades, oficinas de hacienda, ayuntamientos, bancos, editoriales, medios de difusión, clubs privados y asociaciones de vecinos, a través de individuos de confianza, cada cual y en cada caso actuaba en consecuencia, con respecto al individuo.

Amigo del rey desde la juventud, Cesar se sentía realizado, practicando el chismorreo de salón a gran escala, con ayuda de la informática. Recogidos y procesados los datos, montadas campañas de difamación o laudatorias, los enemigos que merecían atención especial, eran objeto de estudio minucioso individualizado, destinado a encontrar la claves, que pudiesen desencadenar proceso de autodestrucción, a la medida de su idiosincrasia. Entregado Cesar a lo particular, Ignacio Piedras Albas se encargaba de lo general. A su cuidado el macro movimiento de opinión, lo cuidaba, extendía, detectaba, reconducía o destruía, con eficacia vocacional, habiendo comprendido en la Academia Militar, que lo suyo era liquidar cerebros, no destruir cuerpos. Licenciado en las tres carreras, que tocaban a la especialidad, siguió en Estados Unidos cuanto cursos admitieron milites extranjeros, asiduidad favorecida por sus circunstancias personales.

Estando a punto de casar con hija de pro nazi notorio, encargado de introducir en España unas SS como es debido, sin las ambigüedades de Falange, se produjo la derrota de Alemania. Comprendiendo que aquel matrimonio perjudicaría a su futuro, renunció al amor que era capaz de sentir, dejando plantado buen partido, con el traje de novia en el armario. Adquirida reputación de inconstante, al no encontrar muchacha de su clase, que le aceptase por novio, hubo de recurrir a relaciones ilícitas, sumando fama de putero. Talludo y temiendo fallecer sin heredero legítimo, le salvó su relación con Carmen. Vecina de finca, aficionada a la caza, inclinación no compartida por el esposo, apasionado del asfalto, pasaba temporadas solitarias en el cortijo, coincidiendo en ocasiones con Ignacio, propietario de finca lindera. Separadas las casas por 10 kilómetros, distancia exigua, similares las edades, los jóvenes tomaron por costumbre visitarse. Cierta día, sin mediar suceso extraordinario, se sorprendieron desnudos, apareándose sobre la alfombra del salón. Agradable la experiencia, repitieron, estableciendo enredo prolongado en el tiempo, que al surgir de la afinidad y el tedio, se olvidaba en la ciudad, sin generar amor ni desagradable secuela de celos, que amargasen la comodidad de un placer a la carta. Angustias nació por sus fechas, pasados nueve meses de un encuentro, tan tibio en lo sentimental como caluroso en lo físico. Vino

al mundo tan raspando, que se dio por concebida en Madrid. Extrañaron los ojos azules de la niña, por no haber en su ascendencia mutación nórdica, que alarmó a Ignacio, por ser portador, salvando la situación la bisabuela de Álvaro, que en su chochez recordó mirada celeste, en su propia abuela, admitida sin exigir imagen plástica o prueba documental. *Serio el sobresalto, Carmen perdió todo interés por su vecino. Pero Ignacio era de los que regresan al escenario del crimen. La visitaba, celebrando encuentros blancos y sociales, en presencia del marido, pero también en ausencia, aprovechando para reverdecer años mozos.*

La serena relación hizo que Angustias creciese bajo su mirada, como la fortuna de sus progenitores. Pese a su filiación monárquica, Álvaro conquistó, en la dictadura, parcela de poder, que le permitió regular a voluntad ingresos e impuestos personales. Obedeciendo a la ley que hace desear más poder y más dinero, a quien lo prueba, hizo de sus vástagos partidos cotizados, concibiendo Ignacio el proyecto de engendrar hijos en Angustias, conocidos y reconocidos. Lo expuso a Carmen entre bromas, siendo aprobado con palabras, sorprendentes en medio menos sofisticado: "De yerno te tendré a mano".

El que asistió al bautizo de Angustias, la llevó virgen al altar. Siguieron cinco embarazos, resueltos en menos de un quinquenio. Hubiesen sido más, de no morir el último nacido, viniendo al mundo. Decretó el ginecólogo unión de trompas, sin encomendarse a Dios ni al marido. Ignorante de la progresía del facultativo, Ignacio le insultó, llamándole "hijo de puta" y "cabrón", epítetos especialmente ofensivos, por involucrar a terceros, quedando el insultado en sujeto pasivo. Terminada escena, obligada en su situación, agradeció para sí la medida, pues habiendo oído a la comadrona que no se perdió demasiado, por ser lo nacido defectuoso, le asaltó la sospecha de haber casado con su hija. No le preocupó, pues contaba con cuatro descendientes crecidos, pletóricos de salud, que para el mundo fueron nietos de Álvaro, porque así constaba en el registro civil.

Angustias no padeció esa fiebre de normalidad, que afecta a las clases medias, temerosas de rebasar la norma. Nunca pretendió ser como los demás. Ni que los demás se le pareciesen. Sabiéndose amparada en lo económico y judicial, disfrutaba de las gracias que le otorgaba ser de "buena familia", pensar como le correspondía y tener el marido que le tocaba, con cargo de designación directa, no sujeto al avatar de las urnas. Hubiese sido su vida apacible, de no pesar en su infancia y juventud, dos miedos obsesivos. Informada de lo sucedido en Hiroshima, sentir la bomba planeando sobre su cabeza, le robaba la calma, lo que no era óbice para que desease calentamiento de la guerra fría, en la esperanza de que terminase con el terror irracional, que le producía el comunismo.

Consecuente a su manera, no le molestaba que los americanos contaminasen la atmósfera, pero condenaba con furia las pruebas atómicas de rusos, chinos e incluso franceses, como si la radiactividad de los unos, fuese diferente a la que desparramaban los otros. Deseando inermes a los rojos, portadores de germen, que amenazaba exterminar su mundo, pedía al Altísimo que los Estados Unidos se decidiesen a machacarlos, suplicando al mismo tiempo que las partes no apretasen el botón, poniendo punto final a la civilización, si no a la especie. La caída del muro disipó el temor a la bomba, pero no el que le inspiraba el comunismo. Aunque desde la muerte de Franco, los rojos hispanos se manifestaron monárquicos fidelísimos, los veía reproducirse en la que no plegaban ambas rodillas, ante el símbolo del sistema, como el creyente ante Dios.

La capital del país de la Inquisición tenía obispo, pero nunca tuvo catedral. Desesperaba de poseerla, por haber pasado el tiempo de construirlas, cuando *Marco Tulio fue llamado a palacio. Cabeza del partido comunista, que se acostó republicano, despertando monárquico, a imitación del socialista, veneraba al rey, como idolatró a Stalin.* En consecuencia, disfrutaba cada vez que pisaba la escalinata. *Trotó escalones arriba, haciendo temblar sus carnes rechonchas, en alarde destinado a probar que pese a la edad y un rostro macilento, estaba en forma para ser ministro del real dedo. Supo que sería recibido sin antesala y entró en éxtasis. Introducido en la biblioteca, contempló paredes tapizadas de encuadernaciones cuero y oro, sin mota de polvo ni signo de manoseo. La desafección del propietario a la letra impresa, era proverbial. Sabido que cargo y fortuna*

transmiten ciencia infusa y con mayor razón la corona, maldita la falta que hacen los libros a un rey. Lo probó, sintetizando explicito.

- Quiero tu voto. ¡No falles!

Marco farfulló un respetuoso "sí señor", con ligera inclinación, antes de ser arrastrado por criado, a salón vecino. La camarilla rodeaba a Pocholo, arquitecto de élite, premiado por Su Majestad.

- Lo inacabado es una derrota.

El general Valdés, recién incorporado al cónclave, lanzó frase lapidaria.

- No cuando el error estuvo en haber empezado. Los sabios lo son, porque se detienen donde la razón lo aconseja.

Manolo agitó un racimo de dedos.

- ¡Los sabios siempre fueron idiotas! - la contradicción provocó una carcajada - ¡Bueno!. ¡Ya me entendéis!. Quiero decir, para las cosas del mundo.

El arquitecto no se confundió.

- Todos sabemos que Su Majestad no es un sabio. ¡Ni falta que le hace!. ¡Siempre acierta! Lo que se le ocurre gusta al pueblo, porque siente como el pueblo. ¡Es lo importante!. Por eso repito que lo inacabado molesta.

Gerardo barruntó lo que se buscaba.

- Hay muchas obras en curso. Y más por empezar...

Estando en el secreto, Javier intervino.

- Del tajo al que nos referimos, volaron los albañiles hace mucho.

Pocholo hizo un gesto de aquiescencia.

- ¡Exacto!. Se trata de un gran proyecto, interrumpido por la ceguera de unos ministros, a los que deslumbró lo pequeño. Eran maníacos de la obra pública. El agua hace falta en el grifo. ¡Estamos de acuerdo!. ¡Pero nadie se extasía, contemplando una cañería!. Pretendían prestar un servicio al pueblo. ¡Y sirvieron a la república!. Vino a paso de carga, porque no hay monarca que sobreviva, sin emprender grandes cosas. La masa no las espera de un hombre de corbata. ¡Pero las exigen de un rey!.

Habiendo asistido a la explosión de lo faraónico, Ignacio sospechó que toda estupidez, puede ser superada.

- Pues... que yo sepa...

A Pocholo se le puso cara de pillo.

- Aunque no sea lo mío, voy a daros una lección de historia. Porque habréis estudiado, ¡pero no sabéis nada!. Felipe II perdió la guerra con Francia, levantó a los moriscos de Granada y no pudo con ellos; lo de Lepanto no está nada claro, le salió mal lo de Inglaterra, le quitaron la mitad de Indias, calló el hambre a garrotazos y dejó al país en bancarrota. Pero su reinado se llamó de oro, ¡porque construyó el Escorial!. ¡La octava maravilla del mundo!.

Manolo, hijo del pueblo, formado en un miedo atávico a sotanas y entorchados, sonrió babeante. El general Valdés no pudo retenerse.

- Otro Escorial, ¡no!.

Con un pié en la sepultura, Menas Albas habló llanamente:

- No está el país para seguir tirando perras.

Los ojos de Pocholo chispearon, como sólo chispean los de un ciudadano, seguro del real favor.

- Mira, Carlos, ¡no me cargues!. Te aguanto muchas cosas, ¡pero todo tiene límite!. Agoreros como tú, impidieron al último Borbón hacer lo que debía. ¿Y qué pasó?. ¡Que lo pusieron en la calle!. A los reyes les aguantan, mientras se comportan como reyes. Es decir, como se comportaría cualquiera, si fuese rey. A todos nos gustaría hacer lo que queremos. Con nosotros y con los demás. Si no fuese así, los pueblos no admirarían a quienes les llevan al matadero, para su propia gloria. ¡Por muchas batallas que ganasen!. Si la gente muere y paga sin chistar, es porque el resultado halaga su orgullo. Tanto importa al hombre, que el orgullo herido, ¡mata!. Y la miseria se resigna. En mi opinión, el rey no debía ser tan mesurado. Podría machacar a quien le apeteciese, sin que se levante una voz crítica en favor del caído. Y no lo hace. Por eso le dije que un siglo es de oro, por los enemigos que se matan y las piedras que quedan. Ha inaugurado un montón de cosas. ¡De cartón piedra!. ¡Necesita piedras eternas!.

Ignacio se atragantó.

- ¡Las piedras eternas cuestan un pastón!

Javier alzó las cejas, elevando la nariz sobre la humanidad.

- ¿Para qué están los impuestos?.

Valdés habló.

- Hasta para esquilar a una oveja, hay que esperar que crezca la lana.

La mirada de Pocholo se hizo hielo. No temía al general.

- Porque hubo gente que dijo lo que tú, apenas quedan reyes.

El ambiente se tensaba. Marco Tulio intentó distenderlo, con voz untosa.

- ¡Vamos a romper el maleficio!.

Dio en el clavo, pues Pocholo palmoteó.

- ¡Eso es! La Reina, que es idiota, ¡y digo lo que oigo!, pero sabe lo que se hace, porque quiere que reine el hijo, dicen que el otro día habló con el bisabuelo. Le contó que le echaron, porque paró la obra de la catedral, disgustando a la Virgen. Y tatarabuelo volvió, porque tenía que empezar la obra. Una capital sin catedral, es un contrasentido. Y lo del dinero no es disculpa. En el cielo no hacen números. Saben que cuanto hay en el reino, ¡es del rey!.

A Manolo le dio vueltas la cabeza. Pertenecer a la especie de los pelotas diplomados, no le impedía ser sensato. La afición a lo grandioso le asombraba. Tanto como el desinterés hacia lo necesario. Que en pleno siglo XX alguien quisiese hacer una catedral, sin tener infraestructura, le sobrepasaba.

Pocholo se explicó.

- Cada vez que Su Majestad viene a Madrid, esas piedras le ponen nervioso. ¡Las ve desde su ventana!

- Pero la ventana...

El arquitecto renunció a mantenerla, pero se abstuvo de enmendarla.

- ¡Sí!. ¡Ya lo sé!. Las de sus habitaciones dan a la sierra. ¡Pero es lo mismo!. ¡Presiente los cimientos!. ¡Le intranquilizan!. Y lo que es peor, le hacen sentirse impotente. ¡No querréis un rey impotente!.

Las cabezas se agitaron, en signo unánime de negación.

- ¡Por supuesto que no!

Sabido que el ensañamiento no es bueno, Pocholo halagó.

- Me mandó llamaros, para consultaros los planos. Piti ha participado... Y muchos detalles son de Javier. Yo diría que le corresponde la inspiración. ¿O no? - El citado negó con modestia tan falsa,

que pareció ser el autor del proyecto – Pronto veréis que mi templo, no tendrá nada que envidiar a Burgos y León. ¡Y saldrá más barato!.

Pablito Blanes se consideró obligado a expresarse.

- Mi mayor satisfacción es complacer a Su Majestad.

Pasaron a la sala contigua. Los planos aguardaban desplegados. Ignacio se preguntó cómo recibiría la calle el gasto. Y le respondió la mirada furibunda del general Valdés. Menas Albas, apaciguado por los años, parecía resignadamente escandalizado. Gerardo se preguntó cómo justificar el despilfarro, sin perder un chorro de votos.

El arquitecto se colocó frente al tablero, puntero en mano.

- *Las cosas hay que hacerlas a lo grande, porque a los pobres nadie les aprecia. Los ricos invierten en los países ricos. ¡O que lo parecen!. Por eso para ganar, hay que poner. ¡Y exponer!. ¿Que perdemos?. ¡Pues otra vez será!. Y a la Iglesia debemos cuidarla. Sigue teniendo el púlpito, el confesionario y un agente en cada pueblo. El otro día Su Majestad me mandó visitar al Nuncio. Quería saber cómo recibió la noticia Su Santidad. Me dijeron que saltó de alegría. Ha prometido venir a consagrarla. ¡Como hace tanto que no se hacen catedrales!. Por eso hay que terminarla antes de que muera*

- *Por si le sucede un tipo más sensato - rumió Menas Albas.*

Javier le fulminó.

- *¡Ten cuidado viejo!. Te queda tiempo para conocer el infierno en la tierra.*

- *¡Poco!, ¡poco! - replicó el Conde, imperturbable.*

Disuelta la reunión, Marco Tulio se preguntó si tragaba por cobardía o por interés. De no haber condenado la ética, la verdad y otros valores, como taras burguesas, no hubiese pasado tan fácilmente del primario "too pá toos", al pragmático "too pá los que mandamos". Haciendo números, entre parientes, amigos, correveidiles, políticos, periodistas y otros dilectos servidores, del dinero del público quedaba la calderilla, para servicio del público. Creció la clase, empezaron a escasear los fondos y hubo que cerrar filas. Los de fuera se impacientaron, viendo que de no acelerarse el ritmo de defunciones y expulsiones, la fortuna llegaría en la vejez. Temiendo que asaltasen el reducto, hubo ampliación geométrica del espacio, destinado a enchufados. Y la sociedad quedó privada de recursos, pudiendo elegir entre la revuelta y suicidio colectivo, que en eso queda la revolución cuando faltan ideas, planificación y cabezas.

La obsesión por el sexo eclosionó en los años de las vacas gordas. Considerando que liberar intelectos, ponía en riesgo la seguridad del estado, César y compañeros mártires acordaron aplicar los medios, para que la "plebe" despreciase la razón, sometiéndola al instinto. o cuando más a los sentimientos. Omitiendo que bajo la dictadura, quién quiso se acostó con quien le dio la gana, situaron libertad y opresión en la entrepierna, como en tiempos lo estuvo la honestidad. Sin intención de contar que la democracia consistía en permitir lo que prohibió, realmente, la dictadura, pues se proponían continuar prohibiéndolo, el sexo fue declarado, porque quien piensa de cintura para abajo, utiliza la cabeza con moderación. Sabido que a todos los tontos les da por lo mismo, concluyeron que a fuerza de meditar sobre lo mismo, el país se haría de la misma cofradía.

De ser tabú para la infancia, el tema se mutó en asignatura obligada, desde la guardería, surgiendo la sexología como ciencia. Enterado el súbdito de que lo hecho hasta entonces, a su aire y entera satisfacción, precisaba de teoría, se avergonzó de ignorarla, aun siendo ducho en práctica. Publicada la superioridad del amor culto sobre el espontáneo, se procuró manuales, intelectualizando el instinto, al precio de embrutecer la razón. Buscado el orgasmo, sin mediar atracción ni sentimiento, dio en no encontrar lo que antes topaba derechamente. Empeñado en cultivar una libido, que siempre despertó por sí sola, de tropezar con lo deseable, atendió a las estadísticas, difundidas por los pensadores del sistema. Informado de los saltos que le correspondían, en función a su peso y

edad, se empeñó en alcanzar la media, buscando pareja de fortuna, de no tenerla estable. Por no quedarse atrás, el ciudadano medió cayó en la inapetencia, acudiendo al porno y la química, para excitarla.

De novedad en aburrimiento, jóvenes de compleción y edad, para no tener complicaciones, dieron en la disfunción. Buscando lo que se encuentra cuando llega por su pié, pronto estuvieron de vuelta de tríos y cuartetos, dando en zoofilia y necrofilia, no sin pasar por el sadismo, desviación exclusiva, no hace mucho, de cincuentón en decadencia. Razonable hubiese sido que los tales reclutasen masoquistas, dieron en buscar el placer en el dolor, de quien no lo deseaba. Informados los industriales del sexo de la nueva tendencia de la clientela, contrataron pupilos dispuestos a dejarse charcutar. Pero muchos dieron en forzar y violar, porque se le pasó el tiempo de fornicar por las buenas. En el ambiente corrieron las primeras historias de jóvenes, que se evaporaron en un servicio. Y el policía que encontró al primer lactante, en un cubo de basura, no se engañó en lo referente a la causa del suceso. Los chiquillos que jugaban en las inmediaciones de los prostibulos, aguardaban cliente, siendo conocido que en la lista de precios, figuraban los de daños específicos.

Cuando apareció la niña en el vertedero, la policía lo esperaba. El asesino quedaría impune, porque a los hijos de nadie, nadie los reclama. El cabo mordió su rabia, archivando el caso.

- No hace falta autopsia para verlo. ¡Se han hartáo!. Por eso, ¡carpetazo!. La patá en la puerta queda pá los terroristas. Y si no picas alto, pá los de la droga. A éstos hijos de puta, ¡ni molestarlos!.

Benito era joven, no estaba maleado y quería un éxito. Buscó y encontró, escandalizando a sus superiores.

- ¡Cómo se le ocurre nombrar a D. Juan Martín Negras!. ¡Un hombre tan importante!. ¡No tiene hechura!. Y no se fie de lo que le cuenten. Además de no ser verdad, delante del juez olvidarán hasta de como se llaman. Si hubiese acusación privada, ¡todavía!. Pero estos críos, por no tener, ¡no tienen ni nombre!. ¡A saber de donde salen!. Usted dice que de un orfanato. Y yo sostengo que la vendieron padres drogatas.

Pero un día el muerto no resultó inclusero. El inspector repasaba fotografías.

- Tenemos padres. ¡No es poco! - señaló el cabo Pérez.

- Que se maten entre ellos, ¡a mí que me importa!. Pero que maten criaturas, es otra cosa.

- Algo sabrá el Rasca. La cosa anda por clientes de cinco estrellas.

El cabo se rascó la barba.

-Pá mi que si esto no se aclara, iremos a peor.

El inspector se dijo que los Jack el Destripador de finales del XX, estaban tan amparados como su arquetipo del XIX. En la intimidad de sus cuatro paredes, maldijo por enésima vez a una elite, que se presentaba como benéfica, siendo lo contrario.

-¡Canallas sin antecedentes!. ¡Los capo!.

Sabía que no le dejarían hacerlo, pero se empeñó. En quince días reunió pruebas documentales y hasta gráficas. Informada la superioridad, Manolo García no tardó en ocupar su despacho. Lamioso, cobarde y de pocas luces, ni queriendo sabía llevar una investigación.

- Te han destinado al norte. Con tu equipo. ¡Puedes estar orgulloso!. Van los mejores.

A poco de incorporarse, el comisario Ramírez, el cabo Pérez y el inspector Gómez, sufrieron un atentado. Pérez se salvó de milagro. Enmarcado el hecho en lucha por la independencia, que parecía haber perdido el tino, los muertos merecieron titulares y funerales de lujo.

Manolo Puente convocó a Ignacio, experto en cuestiones espinosas.

- Tu dirás lo que sabes.

- ¡Todo!. ¿Cómo se nos iba a escapar esto?. Pero al chico no lo vamos a resucitar. ¡Y se puede armar el cirio!. ¿Te imaginas la reacción si se enteran?. Hay funciones que no se deben involucrar. Perderían prestigio.

Manolo no estaba para bromas:

- ¡¿Y esto?!

Ignacio sonrió.

- Cosa mía. Me pareció publicitario ofrecer recompensa por una pista. Y una obra de caridad. Los padres mantienen la esperanza. ¿De qué les serviría saber lo que encontramos?.

Manolo se tranquilizó.

- Que el asunto no salte por otro servicio. ¡Todos listos o todos imbeciles!.

Capítulo 3º

Le anunciaron que iría con Su Santidad, a consagrar una catedral. Y lo tomó a broma. Confirmada la noticia por escrito, Fabrizio se sintió lanzado a túnel del tiempo, que terminaba en la Península Ibérica. Repasó los anales. No había catedral hispana, inaugurada por Pontífice. Al subir al avión, se despidió de Roma y del siglo. *Acompañando al Príncipe de la Iglesia* al que servía, como humilde monseñor, *estudió la geografía del templo*, llevando por cicerone *al obispo auxiliar*, D. Argimiro, *en tiempos cura obrero, de probada ejecutoria católico - marxista. La columnata hubiese sido bizantina, de no salir chaparra, como todas las formas, reunidas en aquella síntesis de neos.* Fabrizio pensó que Miguel Ángel y Leonardo no hubiesen sido, de topar con mecenas de tan pésimo gusto, como el financiero del mastodonte. *Probada la teoría de que construir fuera de tiempo, produce esperpentos, le asombró que dimanase del conjunto el aroma medieval, de poder sin fisuras, que tanto apreciaron la iglesia y los reyes.* Lo disimula la primera, tras la dulzura del órgano y voces atipladas, tan bellas como frías, reforzándolo el rey, al son de músicas militares.

El Cardenal Bertoldi se preciaba de conocer al último inquilino del paraíso, a más de las advocaciones mariana. Frenó en seco.

-¿Y esto?

D. Argimiro sonrió.

- ¡Apuesto que no la conoce!. Es Nuestra Señora de la Flor de Lis.

- Ha ganado vuestra paternidad. ¡Imperdonable!

Su Eminencia bajó la mirada, con esa humildad indefinible, que acompaña al orgullo. Había dado una lección, en su terreno, a colegas italianos, petulantes por poderosos.

- ¡Pues sí! Se apareció a uno de nuestros reyes. Cuyo proceso está en curso, en las oficinas de Vuestra Eminencia. ¡Alfonso XI! Fue justo y caritativo. Dios le premió con la victoria del Salado, la conquista de Algeciras y el don de hacer milagros. Lo que digo está escrito. En documentos tan antiguos, que casi no se leen. Hemos presentado copias autenticadas. ¡La iglesia hila tan fino!. Sobre nuestro rey planea la calumnia. Se dijo que tuvo hijos naturales. ¡No es verdad!. De serlo, Enrique II no hubiese llamado hermano a Pedro I. Debió parecer vergonzoso el fratricidio. Y se inventaron lo de Leonor de Guzmán. ¡A saber si existió! Se dice que la mandó matar D. Pedro, por quitársela del medio. Pero no se sabe ni dónde. En los documentos está claro que el padre sólo tuvo hijos con su mujer. La Virgen se le apareció para consolarle de los infundios que corrían. El que tantas veces se jugó la vida por la fe, no tuvo tiempo para aventurillas. Pero le sucede lo que a otros reyes, cuyos procesos seguimos en la Congregación. La envidia los envenena. Ante esta representación mariana, ignorada por vuestras paternidades, quiero traer a su memoria el de Isabel la Católica. ¡Hace tanto que debía estar en los altares!. Recientemente hemos introducido el de Felipe II y pronto seguirá el de Felipe V, que con ayuda de Dios, tras cruenta guerra por la paz,

preservó la santa unidad de España. Y no olvidemos a ese Alfonso XII, que tras una juventud casquivana, murió por practicar obra de misericordia: ¡visitar a los apestados!

De no haber sido el Cardenal Bertoldi presidente en empresa vaticana, dedicada a la fabricación de santos, el prelado se hubiese ahorrado fuego e insistencia. Necesitado el aspirante a los altares de inversor generoso y buena recomendación, no quiso perder la oportunidad de formularla. No perseguía D. Argimiro intercesores rentables, para su catedral, a imitación de las ordenes religiosas. Quería sembrar de aureolas el árbol de una dinastía, que reinó de la mano de la iglesia. A cargo de la secretaría de Bertoldi, juzgar la vida privada y pública del candidato, pendía de su criterio, que el prodigio se transmutase en milagro, siendo público que si el santo no le entraba por el ojo, se eternizaba en el grado subalterno de beato. Dispendioso el proceso, los particulares renunciaron a incrementar el santoral con parientes, según acostumbraba la burguesía decimonónica. Que una vida virtuosa no pudiese aspirar al altar, sin intervención de socio capitalista, daba que pensar a los vivos, sacando de quicio a D. Argimiro la tacañería del Ministerio. Empeñado en no entender que el futuro post mortem de todos los monarcas españoles, dependía de los dólares invertidos, restaba siglos de gloria, a los que hubiesen sido ornato de la Nación.

No pasaba por la cabeza del antiguo apóstol de las chabolas, que los dineros pudiesen ser dedicados a dotar de vivienda a sus antiguos parroquianos, cuyo presente continuaba el pasado, sin tendencia a mejorar, olvidando que en aquel pópulo, estaba el origen de su promoción. Enfundado en sotana de seda, D. Argimiro conmovía al auditorio, rememorando las estrecheces y riesgos, que le procuraron la mitra. No las refirió aquel día, por preferir dedicarlo a desgranar virtudes, de reales personajes. *Le interrumpió impertinente carraspeo, emitido por el insolente Monseñor, que se inmiscuía en plática de superiores.* Ocurría que Fabrizio no llegó donde estaba, por sus silencios. Profundo el pensamiento, rápida la expresión, de dicción ágil y directa, la animaba un irónico cinismo, que no ofendió al hispano, por ser incapaz de captar sutiles inconveniencias, dedicadas a país fabricante de honores, no de riqueza intelectual y material.

- *No sabía que ustedes, ricos en documentos, pues en todo archivo hay fuentes, procedentes de los suyos, tuviesen rincones inexplorados tan importantes, como la aparición de la Virgen a un rey ...*

D. Argimiro sonrió satisfecho.

- *A ustedes, los extranjeros, ¡se les van las mejores!. Como a los intelectuales descreídos, que no merecen la gracia. Fue otorgada a un franciscano. Es una florecilla del campo. Un santico, que nunca hizo preguntas. El Espíritu Santo le inspiró curiosidad. Y quiso saber qué guardaba alacena del claustro. Pidió licencia al superior para forzarla. Y al primer martillazo se desmoronó la puerta. Dorada, con un Cristo pintado, de esos tan feos que hacían los antiguos. ¡A saber cuántos siglos estuvo cerrada!. Aparecieron los papeles, los leyó el archivero, que es un sabio, ¡y nos enteramos de todo!*

El Cardenal Bertoldi tosió ruidosamente. Le indignó que la incuria de un imbécil, hubiese dado al traste con obra del trecento. Temiendo explosión inoportuna, Fabrizio intervino.

- *No tenía idea de que su rey hubiese sido gratificado con algo tan excepcional. Los seres celestiales, no son proclives a contactar con testas coronadas.*

El ceño de D. Argimiro se frunció.

- *¡Pues ya ve lo que son las cosas!. ¡Se le apareció!. Aquí mismo. El monarca, modelo de modestia, sólo lo dijo a su confesor. No violó el secreto, pero no quiso que se perdiese la memoria de algo tan fastuoso. Lo escribió y escondió el relato en lugar discreto. Nada se sabía del milagro, cuando Alfonso XII inició la obra del templo. ¡Donde se produjo!. Le inspiró el cielo. Pero unos ministros masones, le obligaron a parar los trabajos. ¡Dios castigó al hijo, con el exilio!. Siendo niño, nuestro rey prometió terminar la catedral. ¡Ha cumplido!*

La malicia asomó a los ojos de Fabrizio.

- ¡No dirá usted que el hallazgo de los papeles, coincidió con la reanudación de la obra!

D. Argimiro abrió los brazos. *Respiraba majestad, de la punta del zapato a la calva.*

- *¡Así fue! ¡Nadie pone barreras a la voluntad divina! El secreto se guardó, porque no había nacido el llamado a conocerlo.*

Fabrizio, que algo sabía de historia, intentó oponer la lógica a la sinrazón.

- *¿Prueban esos papeles que Pedro I y Enrique II, fueron hermanos de padre y madre?.*

La Ilustrísima hispana creció varios centímetros.

-*Se dice que el rey fue calumniado en lo privado. ¡Es suficiente!.*

El Cardenal Bertoldi se atusó un mechón con coquetería, manifestando interés por el hecho.

- *Quisiera saber... ¿Se han producido nuevas apariciones?*

D. Argimiro pareció alarmado.

- *¡Ni una palabra! ¡Por Dios!. ¡Es materia reservada al Santo Padre!. Y una de las razones de su visita.*

Bertoldi prometió silencio y añadió:

- *A la cabeza de la Sagrada Congregación, no se le puede ocultar algo tan importante. El Santo Padre da cuenta de toda aparición.*

D. Argimiro, que no esperaba otra respuesta, se dispuso a propiciar la canonización de los vivos.

- *¡Si Vuestra Eminencia supiese a quién se le aparece la Reina de los Cielos!*

El Cardenal Bertoldi tenía un vicio: la curiosidad.

- *¡Vuestra Ilustrísima está en la obligación de decírmelo!.*

D. Argimiro se dirigió a Fabrizio.

- *¿Puede vuestra paternidad alejarse?*

El monseñor deambuló por el enorme templo. *Bertoldi era todo oídos.*

- *¡Pues sí! ¡La señora se entrevista con Sus Majestades! Y me han dicho que últimamente estuvo con el Príncipe y las Infantas. Les dice lo que tienen que hacer. Por eso Su Majestad es tan determinado en sus cosas. Sabe que obedece a la Madre de Dios. ¿No es maravilloso?*

El Cardenal abrió y cerró la boca, como gallina agonizante. Recuperada la palabra, balbució.

- *Si es cierto y lo sabe el Santo Padre... ¡tenía la obligación de advertirnos!. Porque se impone una investigación. Por el bien de la Iglesia, de sus majestades y se lo digo con toda sinceridad, ¡del país!*

D. Argimiro alzó los ojos al cielo.

- *¡Señor, perdóname!. ¡Pero lo diré todo!. Hace tiempo que propuse publicarlo. ¡Pero los señores no lo consienten! Siendo la gente tan religiosa cómo es, les harían santos en vida. ¡Figúrese el escándalo que se formaría en Europa. ¡Con lo descreídos que son!.*

El rostro del Cardenal Bertoldi se cerraba. Reflexionando hacia dentro, se preguntó hasta qué punto permitía la decencia, callar lo que estaba oyendo. A lo largo de la historia no faltaron visionarios entronizados ni mistificadores, que favorecieron su popularidad, aireando contactos con el más allá, en los que se guardaban de creer. Pero hubo excepciones que se enredaron en sus propias mentiras, haciendo padecer al común locuras de visionario. No habiendo surgido en nación alfabetizada, sospechó que el visionario era D. Argimiro:

- *San Luis curaba escrófulas. Y en la historia encontramos santos, que bajaron del cielo para ganar batallas. Pero no creo que en el presente sea necesario apelar a tales cosas, para conservar el*

poder.

D. Argimiro se ofuscó.

- ¡Por Dios! ¡Cómo puede Vuestra Eminencia decir eso!. ¡Dudar de nuestros monarcas! Nadie se atrevería en este país.

El Cardenal Bertoldi bajó los ojos. Comprendiendo que no podría escapar al absurdo, indicó a Fabrizio que se acercase. El joven Monseñor descubrió en su mirada licencia, para poner en un brete al hispano.

- ¿Y esto?.

Preguntó, agitando una pierna de cera, que colgaba entre órganos del mismo material. D. Argimiro inclinó la testa, con su falsa modestia habitual. Estúpidas bujías eléctricas, se reflejaron en su calva.

- ¿Pues qué va a ser? ¡Milagros! La Virgen de la Flor de Lis es muy milagrosa.

Refinado y correcto, Bertoldi se llevó la mano a los labios, escondiendo un bostezo. Particularmente generoso el país con la Santa Madre Romana, debía mostrarse mesurado.

- ¿No habría otro lugar dónde ponerlos?

La satisfacción iluminó a D. Argimiro.

- Sí. ¡Es cierto! No resaltan como debieran. Pero no podemos dedicar una capilla a nuestra Virgen. ¡Todavía no ha sido coronada! Por ahora acumulamos prodigios. ¡Un día serán reconocidos!. Podríamos incoar el proceso. ¡Y lo iniciaré!. Cuando esté seguro de que la Virgen de la Flor de Lis, supera a todas las vírgenes. ¡Traía en su mano la flor de los reyes!.

Su Eminencia pasó por alto la herejía. Y se abstuvo de señalar que Alfonso XI perteneció a la casa de Castilla, no a la de Borbón. Fabrizio ganó puntos.

- Me gustan los ex votos. ¡Pero antiguos!. Tengo buena colección. Haberlos puesto de actualidad es... ¿cómo diría?... Una de esas maravillosas originalidades, que encierra éste magnífico país.

D. Argimiro le entendió a su manera.

- Es de lamentar que en la tierra del Santo Padre, hayan perdido el don de los milagros.

Fabrizio se fingió ofendido.

- Lo que se ha perdido es la costumbre medieval del ex voto. En cuanto a los milagros, confieso que son raros.

La palabra "medieval" no despertó eco, porque la Ilustrísima hispana nunca entendió los distinguos, que separan la religiosidad actual, del ideal atribuido a la Edad Media.

- ¡Pues muy mal hecho! Hay que restablecerla. El exvoto es una manifestación de fe. Y la fe produce fe. - señaló las bujías del pebetero, encendidas en su totalidad - Sin exvotos, no tendríamos esto. ¿Y que quiere que le diga?. Son tantos los que suplican gracias, que se saca una renta. Habiendo dejado los fieles de cumplir con el diezmo y la primicia, ¡es una ayuda!.

Fabrizio enarboló una especie de zanahoria amarillenta.

- ¿Y esto?

- Pues lo que ve - respondió D. Argimiro secamente.

- Pregunto si representa original del reino animal o vegetal.

D. Argimiro se sintió incómodo. Y ligeramente mosca.

- Pues... depende de cómo lo entendamos. Si ustedes son de los que piensan que el hombre es una bestia, tendré que decirles que forma parte de la anatomía animal. Pero como para mí es criatura

de Dios, heredera de su gloria, a más de sagrario, que guarda la forma en su pecho, le diré que tiene en su mano la representación del miembro de varón, más pecaminoso y más santo, por ser instrumento de reproducción.

El Cardenal Bertoldi tomó la palabra.

- Es decir, que nos encontramos ante la reproducción del pene de un comulgante. *Espero que no se haya modelado a partir del original. De ser así, el portador tendría poco que agradecer a madre naturaleza.*

El obispo no quiso captar crítica, estético - anatómica.

- *El donante, siempre generoso con este pobre obispado, camina hacia la santidad. ¡Y no es adulación!. La lascivia no cabe en su pureza. Nunca fue...*

- *¿Activo? - apuntó Fabrizio, examinando una cabeza, portadora de pelo natural.*

- *¡No, por Dios! Siempre cumplió con el sagrado deber del matrimonio. Y Dios le colmó de bendiciones. ¡Diez hijos!. A embarazo por coito. Todo hubiese marchado sobre ruedas, de no tentar el maligno a la mujer. Tuvo una conversación. Y se le llenó la cabeza de pájaros. Ignoraba la palabra orgasmo, pero empezó a exigirlo. En resumen, un mal amigo consiguió lo que no lograron los medios. ¡Con lo que dicen!*

- *¡Entendido!. El donante tomó unas lecciones. Y la mujer se declaró satisfecha*

El obispo agitó la cabeza, escandalizado.

- *¡Muy al contrario! A la mujer le salió un tumor. Tuvieron que operarla. ¡Y se terminó! ¡Ese fue el milagro! Que de la noche a la mañana, la esposa regresó a la castidad.*

Fabrizio apuntó por derecho.

- *Hay algo que me intriga. ¿Dónde encontraron esta Virgen?*

- *En ninguna parte. Ya le dije que se había perdido la memoria. Cuando aparecieron los papeles, la Virgen de la Flor de Lis no tenía rostro. ¡Pero el retrato no puede ser más fidedigno! Quien lo pintó, ¡nunca supo dibujar!. La Señora de los Cielos, quiso que la retratase la señora de la tierra. ¡Y guió su mano!. Desde San Lucas, ¡nadie ha disfrutado tan gran privilegio!. El cuadro adolece de defectos técnicos. ¡Pero el parecido es asombroso!.*

Fabrizio habló despacio. Necesitaba hacerse comprender por aquel fanático idiotizado.

- *Y... ¿cuándo inició su actividad?*

El silencio reveló que no había respuesta programada. Repitió la pregunta. D. Argimiro carecía de expresión.

- *¿Quiere usted decir?*

- *Que desde cuándo está haciendo milagros. Si se manifestó en el siglo XIV, es de suponer que no tenía intención de dormir hasta el XX.*

- *Ya le dije que la habíamos olvidado.*

- *Yo diría que fue la Virgen quien les olvidó. Como buena española, se apuntó al paro hasta el bis.*

El Obispo se preguntó a qué esperaba el Cardenal Bertoldi, para reprimir la irreverencia del subordinado.

- *Dejó paso a otras vírgenes, para presentarse cuando su flor imperase en Castilla.*

- *Creo recordar que hubo Borbones antes de ahora...*

- *¡Ahí está el quid! En el cielo sabían que serían expulsados en dos ocasiones. Por eso quiso aguardar a la restauración definitiva, que es la de nuestros reyes.*

El escurridizo fundador del Opus Dei, les contempló desde el lienzo hiperrealista, con visos de cartelón publicitario, que presidía capilla del lado del Evangelio. Olvidando los venablos que en tiempos lanzó contra la Obra, D. Argimiro, las piernas abiertas, los brazos en jarras, desafió a Bertoldi.

- ¿Y a éste?, ¿cuando le hacemos santo?

Bertoldi contempló los rectángulos, preparados para recibir ex votos.

- Cuando tenga tantos milagros como su virgen.

D. Argimiro les arrastró a la sacristía.

- Por respeto a Su Santidad, que en este caso parece ir a paso de tortuga, callamos. Pero los fieles... ¡No hay quien pare a los fieles!

Al trote corto, agitando su enorme barriga, se acercó a la cajonera. Caoba y ébano, de primera calidad y pésimo gusto. Los cajones se abrieron con estruendo, como en las catedrales de verdad. Nutrida colección de reproducciones de fragmentos anatómicos, apareció a vista de los italianos. D. Argimiro se bañó en el triunfo.

- ¡Todo del padre! Aunque me esté mal decirlo, ha ganado a la Señora por puntos.

Regresaron a las naves. En la lápida se leía un nombre y una fecha: 1850.

- ¿Y esta tumba?

D. Argimiro se defendió, a la moda del sistema.

- ¿Tumba?. ¿Qué tumba?

- Ésta que estoy pisando. Luchamos siglo y medio para sacar a los muertos de las iglesias, no lo hemos conseguido del todo, ¡Y los vuelven a meter!

El Obispo cogió el toro por los cuernos.

- En todas partes entierran a los grandes en edificios notables.

- ¡Pues usted dirá por qué es ilustre éste difunto!

D. Argimiro espantó una mosca inexistente.

- Lo trasladaron los Gómez Umbría. ¡Es su panteón!

- ¡Bien! Debo colegir que están vivos. Y que se disponen a ser ilustres. ¿Qué han hecho de notable?

El obispo se vio en un aprieto.

- Pues... están muy cerca de los reyes. ¡Son monárquicos de toda la vida! Y dieron mucho dinero.

Bertoldi tomó la palabra. El asunto le tocaba.

- Le supongo enterado de que esto no debe continuar. Y advierto que manifestar inclinación política y dar limosnas, siendo rico, no hace a nadie acreedor al título de ciudadano ejemplar.

D. Argimiro sonrió. Por primera vez en el curso de la mañana, se manifestó realmente embarazado.

- Verá... es la tradición. En España no hay catedral sin muertos. Es más, puedo asegurarle que los enterramientos son el mejor ornato. Si no me creen, visiten las de Burgos y Granada.

La comparación del sepulcro del Condestable, con la lápida de granito encerado, hizo reír a Fabrizio. Sin pedir licencia se coló tras mampara, que cerraba amplio recuadro de la nave central. Media docena de albañiles engullían el contenido de nutridas tarteras, regado con tragos profundos de vino peleón. Las piernas se balanceaban sobre agujero inmenso.

- ¡Caramba!

D. Argimiro tragó saliva.

- *No hay que preocuparse. Tenemos preparado un falso suelo. El día de la inauguración no se notará.*

- *Quisiera saber qué es - insistió Fabricio, sin soltar presa.*

- *El columbario. Sale más barato - D. Argimiro cambió de pié, rememorando rareza portuguesa - ¿Conocen la Capilla de los Osos? Está en Évora.*

- *¡A nadie se le ocurre hacer una "capilla de los Osos" a estas alturas! - exclamó el Cardenal, que compartía la sorda indignación del Monseñor.*

D. Argimiro sonrió, como un Escrivá redivivo.

- *No se trata de eso. Se pretende ofrecer, a los modestos, un lugar entre nosotros. La limosna que se ha de dar, para tener derecho a panteón, no está al alcance de cualquiera.*

- *Es decir que los menos ricos, son menos ilustres.*

- *También en el cielo hay jerarquías.... ¡Y en el Vaticano! ¡Qué a los papas los entierran en San Pedro!*

- *Pero no convertimos las iglesias en camposanto de uso público. ¡Ni hacemos catedrales!*

Ofendido en el orgullo patrio, D. Argimiro argumentó airado.

- *Nosotros sí. Porque no la había donde la necesitábamos. Y los reyes tienen que enterrarse en alguna parte. El Escorial se llenó con el padre de Su Majestad. Por eso se hizo la cripta debajo del altar mayor. ¡Grandiosa! Hay sitio para milenios de reyes. ¡Y de infantes! El pueblo agradece que se acuda a la colaboración de particulares. ¡Eso de menos que paga de impuestos! Pero la verdad es otra. Nuestros reyes son tan buenos, que quieren compartir todo con sus leales. ¡Hasta el más allá!*

Fabrizio comprendió que la hija dilecta de Roma, había regresado a Trento. Se preguntó cuál sería la reacción internacional, cuando encendiese las hogueras.

Capítulo 4º

En el día de autos destacó, entre los invitados, el matrimonio con mejor porvenir del reino. Lo formaban Rosita y Ubaldo. Originario el marido de la clase media, simpático y sabiendo dónde poner sus huevos, somera información en torno a las aficiones de la real familia y veraneo en sus proximidades, le labraron un porvenir. Trabada amistad con miembro influyente del clan, fue depositario de sus confidencias.

- *Lo malo es la falta de perras. Donde partidos y sindicatos nacen por su pie, se financian solos. Pero en monarquía, la lealtad a la corona ha de ser denominador común. Y eso se paga. El carisma de un rey de nacimiento, cuenta. ¡Pero no es definitivo!. Excluir a los candidatos que no convienen, domesticar a periodistas, intelectuales y a los industriales de la idea, para que no digan lo que no deben, ni dejen de decir lo que deben, cuesta un pastón. Puesta la cabeza, ponen la mano. Si no tuviésemos que ser demócratas, saldría barato. Pero fuera no nos recibirían en sociedad. Y dentro tendríamos problemas. No saben que es una democracia, pero sueñan con ella. Para ser popular y al mismo tiempo respetable, el rey de la restauración tiene que traerla. Y al mismo tiempo salir en la foto. Hacerse familiar, debidamente enmarcado. El suceso puede ser una visita a cualquier parte, bañándose en multitudes o una inauguración. Pero el escenario no debe ser vulgar. El grande los crea extraordinario. Lo fueron en el año dedicado al imperio. ¡Nos permitieron recuperarlo!. Pero aquello nos dejó secos. Y para no perderlo, hay que seguir gastando. Inversiones ruinosas, porque la fuerza moral no baja del cielo, como la del Papa. ¡Tenemos que pagarla!. Hay que conseguirla y conservarla, para conseguir ese efecto dominó, que haga imposibles las revoluciones. Se iniciaron con la caída de las monarquías. ¡Y morirá cuando estén restauradas!. A punto estuvimos de*

conseguirlo en Brasil. Todavía no entiendo el fracaso del referéndum. Se perdió un dinero, pero no hay que desanimarse. Nuestra gran oportunidad sigue estando en el Este. Creado el ambiente, lo demás seguirá. ¡Hasta Francia!. Pero por ahora, hay que seguir pagando. No conviene soliviantar a la gente con los impuestos. Empiezan a rezongar. Y eso es malo. Como eres listo, algo se te ocurrirá.

Ubaldo reflexionó.

- Los españoles ahorran.

- Pero no se fían. Le hemos prometimos el oro y el moro un montón de veces. Y al final el que invirtió se quedó en la calle, viendo como se ponía las botas, el que fue a sacar.

- Habrá que confiarlos.

- ¡Tú dirás cómo!

- Pido una semana.

Ubaldo se encerró, planificando la transferencia de haberes, de cuenta a cuenta, contra la voluntad de su dueño, sin escándalo ni rastro detectable. Ultimado el planing, lo expuso a su protector.

- El dinero está en los bancos. Con unos accionistas, que no se meten en nada, basta procurarse un consejo sumiso, para poder facturar capital, reservas, depósitos y hasta saldos de cuentas, donde nos dé la gana. Con media docena de tipos despiertos, callados y capaces, quien controla el país, controlará los haberes privados. Sólo pongo un par de condiciones: que el Banco Central apruebe los balances sin chistar y la preense nos jalee. Mientras la gente tenga confianza, no faltará para enfrentar los pagos en el día a día. El problema está en buscar un tipo que sepa convencer. Y librarle de quien moleste, sin que los defenestrados sepan por qué los echan.

El ilustre resplandeció.

- El hombre, ¡lo tengo!. ¡Elige empresa!

- ¡Sencillo!. El Banco Rojas. Inspira confianza y es el más fuerte.

Entrar en un banco privado por arriba, sin tener acciones, además de ser prácticamente imposible, está generalmente mal visto. Joven y espabilado, Ubaldo era arquetipo del yuppy, con ambición sobrada para llegar, pero carecía de posibles para conseguirlo. Recibido el consejo de comprar empresa de abonos, ofrecida a la baja por estar en quiebra, lo siguió por venir de quien venía. No intentó reflotarla, por ser imposible, pero se presentaron franceses dispuestos a comprar ruina, con plus valía de millones por ciento. Sin reparar en que el pelotazo fue financiado con cargo a presupuesto propio, la prensa jaleó operación milagrera, porque aprendió a ser disciplinada. La reinversión de lo obtenido en acciones del Banco Rojas, entidad calificada de anticuada por los plumíferos, se convirtió en noticia de primera, siendo declarada su modernización primordial, para el porvenir de la nación. Trasmutado Ubaldo en vehículo del desarrollo del cambio, no tardó en ser proclamado aspirante a sucesor de un presidente, que se acercaba a la jubilación, callando los medios que debía el honor, al peso de la recomendación, que acompañaba.

Temiendo que la vida pública le cogiese a contrapié en lo privado, Ubaldo se propuso repudiar a una esposa, tímida y sin hijos, que nada tenía de relaciones publicas, decisión que se reafirmó, apenas tropezó con Rosita. Prochina a su tiempo, dada al amor libre, el desaliño y el porro, acumuló pasos por comisaría, en las postrimerías de la dictadura, por acumular destrozos, persiguiendo el fin de hacer pira de burgueses, hasta que tropezó con su piedra de Saulo. Despertando monárquica, adoptó modas y maneras supuestamente aristocráticas, que vienen a ser las del Opus, consiguiendo acomodo como publicista de izquierdas, filiación buscada y bien pagada por la derecha. Informado Ubaldo de sus buenas formas y mejores perspectivas, le propuso casorio por la iglesia. Aceptado, la novia aguardó en una discreta fidelidad pronunciamiento de la Rota, acelerado porque al tropezar el tribunal de la iglesia, con la competencia del divorcio civil, engrasó la máquina de conceder nulidades, simplificadas no habiendo hijos y mediando consentimiento de la esposa, obtenido en la

ocasión, con promesa de indemnización principesca. Ubaldo consiguió casar con cura y una Rosita de blanco, poco antes de producirse el anunciado nombramiento.

Monárquicos los consejeros del Banco Rojas, apenas supieron que el padrino de Ubaldo, se movía en la intimidad del rey, arrumbaron al candidato previsto. Dedicado el primer año de gestión a reemplazarlos, aun no había salido el último, cuando la entidad empezó a vaciarse de contenido. Alarmados gestores y accionistas, lo denunciaron al Banco Central, cuya cabeza, debidamente instruida, respondió celebrando las cuentas y balances, presentados por el flamante presidente. Al amparo de la presa, las acciones del Banco Rojas se dispararon. Instalado su presidente en el Olimpo de las finanzas, fluyó el ahorro del común, dotando de liquidez ilimitada a una entidad, que iba camino de gestionar aire. A golpe de compras y ventas, celebradas como prodigio de ingeniería financiera, Ubaldo transfería capital, reservas y depósitos, sumando pocos para hacer un mucho, en las cuentas de uno, sin más merma que el costo de comisiones y otros gastos, generados por el recorrido del dinero, de país en país y de banco en banco, enredando debidamente las huellas del viaje, antes de dar en destino.

Reeducada la sociedad por los creadores de opinión, los valores de toda la vida se eclipsaron, ocupando su lugar los que se obtienen sin esfuerzo. Se apreció la belleza, adquirida por nacimiento, ganando puntos la del quirófano y la química, el pelotazo rematado satisfactoriamente, con ayuda de relaciones, poder y habilidad y el signo externo del lujo, prueba material y tangible del triunfo. Sabiéndolo Ubaldo, se lo procuró ostentoso, porque partiendo de la nada, adquirió poder y fortuna, sin poner preparación ni trabajo. Maestro en astucias, favorito del favor, sería el ídolo de una juventud, cuyos individuos aspiraban a dejar de ser, para convertirse en Ubaldo. Concluyendo su creador que el fichaje era capaz de hacer milagros, en noche de delirio, le destinó al alto destino de regir el país, adornándole con oportuno marquesado. Deseando dotarle de tradición, que le faltaba, en lugar de crear título de nuevo cuño, decretó rehabilitación alambicada, adjudicándole el de Sierra Fría, creado por un Austria. Coronado, quedaba impregnarle del toque de intelectualidad, que tan bien sienta al político. Pertrechado de ciencia prestada, en forma de textos, inició periplo por universidades y foros prestigiosos, procurándose reputación de sapiente, a escala universal. Sería confirmada en brillante ceremonia, presidida por testa coronada, que le elevó al rango de doctor honoris causa, por centro prestigiado. Terminado el acto, Ubaldo recibió información, tocante a su destino.

- La gente te come en la mano. Y a estos les ha llegado la hora. Se van a publicar las sinvergonzadas que han hecho. Es decir, que se van a la mierda. Abierta la crisis, podríamos ponerte al frente de un gobierno de salvación, sin pasar por las urnas. Pero nos parece mejor que ganes las elecciones. Vamos a parachutarte a la cabeza del PNE. Después del congreso, adelantaremos las elecciones. Barres sin necesidad de pucherazo.

Enfrentado a tan halagüeño y arriesgado porvenir, Ubaldo sacó la cuenta de la vieja. Y descubrió que el banco estaba en las últimas. Siendo evidente que transferir los haberes de muchos, al bolsillo de uno, no genera riqueza, corrió en busca de su protector, para transmitirle sus temores.

- ¡Ni te ocupes!. El banco aguantará hasta que te proclames candidato. Dejarás la presidencia, porque es lo elegante. Y quebrará a los seis o siete meses en el gobierno. El marrón se lo comerá tu sucesor. Y sumarás la gloria de ser irremplazable.

Ubaldo y Javier se encontraron en el atrio de la catedral, entre uniformes, chaquetas y mantillas. Se saludaron fríamente. Enterado el favorito del futuro que aguardaba al marido de Rosita, se había prometido truncarlo.

Ajeno a la intriga, D. Argimiro eludía la proximidad de los cardenales, por no desentonar. Hubiese dado media vida por lucir capa roja, como Bertoldi. Barreras de morriones de plumas, cubrían la carrera. César contempló al pópulo, apelonado en las aceras. Sus agentes recogían comentarios, que ayudarían a medir la temperatura de la opinión.

- ¡Mira que si nos coge un atentado! - comentó una maría. Su compañera rió.

- Aquí hay mucho caimán. Morir, sólo mueren los de abajo.

Sonaron los aplausos. Faltaba calor. Ubaldo torció el gesto. El rey, la reina y sus hijos, fueron saludados. Asomó el papamóvil. El pontífice pisó tierra, solemne y teatral. Brilló al sol el oro de la capa, rabiosamente moderna. Un batallón de cardenales, obispos y monseñores, desembarcados de diferentes automóviles, rodearon a la cabeza de la iglesia. A media escalinata, el Pontífice volvió la espalda a la encarnación del estado, para dirigirse a la plebe con agudo sentido del espectáculo, sirviéndose de micro, previsto y manejado por Fabrizio. El índice enhiesto, señaló al engendro arquitectónico, que se alzaba a su espalda:

- ¡Eh ahí la prueba del vigor de la iglesia! Demos gracias a Dios y a su Santa Madre, porque en tiempos tormentosos para el hombre y la fe, se construyen catedrales.

Una masa, al borde del paroxismo, recibió la bendición, rompiendo en aplausos.

- ¡Viva la primera catedral del siglo XX! - berreó mujer, situada donde pudiesen oírla, por orden de César. Voz socarrona, espontánea y anónima, dio la réplica:

- ¡Y la última!

Rodilla en tierra frente al Pontífice, la esposa de Ubaldo vibró. Propietaria de panteón, que el Papa visitase la última morada de los de Sierra Fría, emocionó a la que en tipos calificó la religión de "opio del pueblo".

César no estudió psicología ni siguió cursillos en América. Falto de información, la obtenía aparentando examinar a sus expertos, por no poner en entredicho su prestigio.

- Los secretos engendran secretos - apuntó.

- Exactamente, señor. - respondió el joven psicólogo.

- Y la necesidad de guardarlos, ¡nuevos secretos!

- También nuevos muertos. Es una cadena - admitió la promesa.

- La duda es el principio de la razón. Produce pensamientos, que serán conclusiones. De la conclusión nace la duda.

- A condición de ponerlos en práctica.

- ¿Cómo se puede destruir la duda?

- Probando que lo hipotético es real.

- ¿Y si no lo es?

- Dando apariencia de mentira a la verdad. Y viceversa.

César se rascó la coronilla. Necesitaba comprender.

- Quiere usted decir que no basta con decir: esto es verdad, para que nos crean.

- No. No basta. Si lo afirman voces autorizadas, lo creerán. Pero al contradecirles la realidad, las voces dejarán de ser autorizadas. Salvo si ofrecen mentira alternativa, antes de que descubran la pasada.

- Entiendo que en el universo de lo falso, lo mayor fagotiza a lo menor, si la nueva mentira es emitida, antes de que la vieja sea despojada de su apariencia de verdad. ¿Correcto?

- ¡Correcto!

Molesto porque el jovenzuelo se abstenía de admirarle, César quiso confundirle.

- ¿Cómo transformaría una apariencia en realidad?

El psicólogo descubrió la intención.

- Pues... dando a un pobre medio kilo, para que lo gaste en un par de horas. Quienes lo vean, le tomaran por rico. Y él se lo creerá.

- En la hora tercera volverá a ser pobre.

La joven promesa encontró salida.

- ¡Depende! Se le puede ocurrir comprar un billete de lotería, ¡y que le toque! O topar con alguien, que tomando la opulencia por real, le ofrezca un negocio o un trabajo.

César se cogió la oreja.

- Es decir, que a partir del medio millón, dejaría de ser menesteroso, para convertirse en opulento.

- Y habríamos convertido una apariencia en realidad.

- ¡Un décimo no vale quinientas mil pesetas!

- Si el pobre no hubiese tenido 500.000, si no 500, en lugar de un décimo, hubiese comprado un bocadillo. La penuria prefiere pájaro en mano.

La desenvoltura intelectual del muchacho, molestó al jefe. Metiendo la punta de los dedos en los bolsillos de la americana, se estiró. No logró rebasar una talla mediana, tirando a baja. A falta de superioridad intrínseca, se aferró a la del cargo. Ligeramente temblor de la grasa facial, reveló que su personal ignorancia, le impedía juzgar el conocimiento ajeno.

- Veamos, joven. Tenemos un problema... del que le supongo informado. Sabrá lo que se prepara...

- ¡Por supuesto! La ley natural puso término al ciclo. Tenemos que adaptar el presente social, económico y político, creado por el hombre, a contexto técnico inédito, que es su obra. Y no sabemos cómo.

La respuesta no gustó al jefe, pero disimuló.

- Los cambios no son fáciles. Ni breves en el tiempo. Y los complican los pueblos, armándola cada dos por tres.

- No entiendo de movimientos colectivos. Pero al ser la colectividad suma de unidades, puedo afirmar que las condiciones objetivas, no son de revolución. Pero surgiría si provocamos una guerra. Puestos a morir, morirían por ellos.

César se dijo que el chico era demasiado inteligente, para no constituir un peligro.

- Los pensamientos incontrolados son subversivos.

La alusión no escapó al psicólogo.

- Las ideas subversivas no nacen de los oprimidos. Es el opresor quien hace subversivo al hombre y su pensamiento. Donde nadie oprime ni humilla, la subversión no prende. Los que sienten libres no se rebelan, por mucho que les inciten.

- A veces la mordaza es necesaria.

- Para quien necesita ocultar lo inconfesable.

- O para evitar el caos.

- El caos es efecto del pecado de los poderosos. Silencian porque necesitan ocultarlo. La presión se concentra y la olla termina por saltar. El poder acude a las armas. Y las usa en nombre de la paz. Pero no hay bomba que pueda con la discreción del cuchillo. Matamos culpabilizando al muerto, porque intentó defenderse. Y es el difunto quien se beneficia de la fuerza moral.

- Siempre lo dije. Al que habla lo que no debe, hay que silenciarlo. No matarlo. La sangre escandaliza y termina por saberse. Aunque a veces...

El joven sonrió escéptico.

- ¿Para matar a la idea?. Siempre será demasiado tarde. Si la detectamos, es porque ha sido formulada. Y lo expresado pertenece al aire. Si se adelanta en el tiempo, permanece flotando o se amodorra, despertando cuando el presente puede entenderlo. Lo que piensa un hombre, es patrimonio de todos los hombres. Sobre todo lo que no gusta al poder. Es posible transformarlo, hacerlo fagotizar por su contrario o asimilarlo. Pero no muere. Cuando algo nace en un cerebro, germina en otros, eslabones de la cadena antrópica, que forma la experiencia colectiva. Las palabras que se acumulan, en la sordina del silencio, terminan por reventar como un forúnculo. ¡En la cara de quien quiso apagarlas!. El estado puede monopolizar la violencia, pero no el pensamiento. Las ideas impuestas desde arriba no son ideas fuerza, porque se marchitan. Sólo las que surgen del análisis de la realidad, producto de mente que la sufre, germinan y se desarrollan espontáneamente. Dicen que las revoluciones surgen de la idea. Pero lo cierto es que la idea revolución, es producto de la injusticia. Lo sabe hasta el cacique, que es pura ambición personalizada. Por eso busca y compra cerebros, capaces de generar la contra idea. Pero no las consigue, porque el pensamiento, cuando es mercenario, se embota. Cualquiera puede comprobar como se esteriliza el pensador, apenas se ha vendido. El comprador lo ignora, pero los rompe como el niño el juguete, que no sabe manejar. Quien piensa no puede adivinar en qué pecho se esconde el tirano. Por eso el creador corta las comunicaciones, refugiándose en la banalidad, ante el interlocutor que no puede seguirle. Es consciente de que la fuerza está al alcance de cualquiera, que pueda pagarla. Pero no la capacidad intelectual. Nos es dada de gratis. A veces sin quererla.

César se sintió incómodo. Disimuló mirando al cielo.

- ¡Bien! ¡Ahora escuche! Si sigue hablando, ¡no terminaremos nunca!

- Contesto a lo que me preguntan.- replicó el psicólogo.

César lamentó tener que confiarle el secreto. Hubiese renunciado, de no precisar auxilio de mente despejada.

- Es probable que mi orden no sea de su gusto. Pero usted cobra por obedecer. ¡Por ayudarnos a oprimir, si prefiere!. Los obstinados que repiten lo que no debe escuchar el vulgo, ¡nos están tocando las pelotas!. El silencio debe ser definitivo.

- ¡Mátelos!. Por la cara o por accidente. Podemos hacerlo hasta por enfermedad. Pero no servirá de nada. El pensamiento continuará su camino.

- No quiero mártires. ¡Ni muertos!, ¡ni presos! El manicomio sería buena solución. Pero sí no es posible contar con la familia, escandaliza.

El joven psicólogo le miró asombrado.

- ¡Pero señor!. ¿Cómo puede hacerme estas preguntas? ¡Usted que es mi maestro!. ¡El inventor del método!.

Las pupilas de César despidieron chispas. Detestaba que le hablasen de una obra, que nunca escribió. Plagió la de miembro destacado del equipo de Goebbels. Un técnico en la manipulación de intelectos, inventor del binomio confusión - ostracismo. Bastaba desequilibrar la vida profesional, económica, social y privada del sujeto, para que diese en sumisión, suicidio o locura, salvo caso de descubrir la causa del efecto. La tesis le valió el respeto de sus superiores y un premio, pero fue retirada de la circulación. Útil en manos de los propios, peligrosa en las ajenas, quedó reservada a público restringido, que no incluía a jóvenes psicólogos. Quiso saber como accedió su interlocutor a lo secreto.

- Hay fotocopadoras. Y mentes que se espabilan, sin avisar. Para destruir la inteligencia, no es suficiente someterla al imperio de imbéciles. De ser así, la administración estaría en manos de un ejército de tarados.

Cesar se sintió ofendido, sin saber por qué.

- ¡Bien!. ¡Tenemos al hombre destruido! Queda borrar su obra.

- Ya he dicho que la idea no desaparece. Cabe retrasar su difusión y oponerle su contrario. Pero a la larga lo lógico se impone, esfumándose lo artificial.

César apuntó al futuro.

- El problema está en el mercado. Cabe que la demanda exija lo que no queremos darle.

El psicólogo se sintió travieso.

- ¡No hay problema!. Aquí todos tienen filias y fobias. Son ortodoxos en lo religioso, político, profesional y personal. Es decir, que impondrán su propia censura. La Iglesia y el Opus, además de no dejarse criticar, vetan a quien hace abstracción de su presencia; la derecha al que favorece a la izquierda y la izquierda a su contrario. Si el librero es rubio, sólo consentirá malvados morenos, no habiendo letrado, médico o albañil, que admita maldad, desvergüenza o estupidez, en colega de ficción. Para no topar con obstrucción o crítica, apasionadamente demoledora, el autor habrá de describir un mundo de personajes anodinos o benéficos, pues de albergar defecto, no podrá atribuirles creencias, ideología, profesión ni hacerles nativos de la adorada patria. Cabe, por supuesto, adaptarse a la ortodoxia mayoritaria, que es la del poder. Para no tener problemas, los buenos y felices habrán de ser católicos, monárquicos y votantes de los partidos institucionales; los malos y desgraciados republicanos, ateos o nihilistas, en lo religioso y político. En nuestro mundo la calumnia puede prosperar. ¡Pero no la crítica!.

Los ojillos de César brillaron.

- ¿Cree usted que impedir decir tonterías, perjudica a la democracia?.

El psicólogo se dejó hablar.

- ¿No ha sospechado que quizá se impide la expresión de la inteligencia?

La cabeza del real servicio, consideró de urgencia prescindir de la joven promesa.

- Estudie la cuestión. Y entérese de que salvo cuatro locos, sus compatriotas sólo piensan en sacar tajada. Rehuyen al caído, cuando no ayudan a hundirle, suponiendo la desgracia contagiosa.

Impecable el informe, el joven psicólogo, militar de carrera, ascendió a comandante. Al percibir sueldo en consecuencia, pudo casarse. Su mujer esperaba el primer hijo, cuando tuvo el accidente. César suspiró aliviado, antes de lagrimear en los funerales.

El primogénito de Ignacio nació para heredero. De maneras cuidadas, exterior elegante, mixto de gusto innato y buen sastre, cumpliría su destino al entrar en posesión de la fortuna, paterno - materna. Informado en la cuna de haber nacido superior, aprendió a odiar a rojos, separatistas, cuantos no pensasen como él y a los diferentes, por la razón que fuese. Afable y simpático con sus iguales, seco y distante con el resto del mundo, adquirió cultura de salón en colegios caros, revelándose lamentable estudiante. Enterado de que nadie catea al hijo de un prócer, apenas ingresó en la universidad, fijó el despertador a mediodía, ignorando las clases matutinas, incompatibles con la investigación sobre la vida nocturna, emprendido apenas le dieron oportunidad. Enemigo de la ficción, no frecuentó cines ni teatros. Se aburrió en la ópera y el concierto, por lealtad a la corona, siendo asiduo de espectáculos en que la muerte y el sexo, eran perfectamente reales.

En su primera juventud blandió símbolos patrios, en el clima de violencia verbal y actual, propio del estadio. Enemigo de la reflexión y dado al grito, imponía su criterio a golpe de afirmación y en ocasiones el bate, su instrumento de convicción preferido. Aficionado a medir las costillas de quien no pensaba a su manera, los judíos le sumían en dolorosa contradicción. Inferiores por su raza, que tratasen a los palestinos como lo hubiese hecho, le mantenía entre la admiración y la repulsa. Claro lo tenía con negros, moros, hispanos y demás razas pigmentadas. Como el homosexual y el mendigo, ensuciaban las calles, mancillando la pureza de una patria, que deseaba uniforme, ordenada y muy diferente a un extranjero, inferior en lo espiritual, físico y político. Así lo predicaba a su hermano y hermanas, que asintieron con mansedumbre, hasta que la edad les envalentonó. Le ofendieron, declarando que no compartían su criterio. Y acordó consigo mismo emprender su

educación por las malas, intento que abortó Angustias, interponiendo su autoridad. Obligado al abandono, nunca pudo entender que nacidos en un mismo medio económico, educacional y familiar, albergasen mentalidades dispares. Igualitarista por cristiano y racista, Luis no podía admitir intervención de la genética, en la formación del cerebro humano.

A cargo de la madre la salud y maneras de los hijos, según manda la buena educación, tocaba al padre instruirles en la ciencia vida. Había cumplido el primogénito los 15, cuando Ignacio observó que pasaba noches en blanco y jornadas de inquietud, afeitándose sin necesidad. Enterado de que amiga de la hermana era la causa, consideró llegada la hora de solventar doble problema. A más de comprobar que el vástago poseía genitales, sin defecto de fábrica, le enseñaría a practicar el coito, disociándolo de sentimientos y apetencias, según debía quien habría de casar por conveniencia. Elegido prostíbulo de cinco estrellas, con ama instruida, Luis recibió invitación, que hubiese dejado frío a muchacho, acostumbrado a rodar calles.

- Vamos de putas. Si te da por volver, me lo dices. Te faltan tres años para administrarte por tu cuenta.

Contestó "sí papá", porque nunca tropezó con oposición, que le obligase a rebelarse. Siguiendo a su progenitor, penetró en zaguán rabiosamente quitich. Sentado en el salón, repasó las existencias. De no interponerse la imagen de Clara, hubiese elegido de inmediato, pero se lo impedía sentimiento de repulsa, provocado por apetencia concretizada. Captando la causa de la pasividad del chico, Ignacio designó pupila experimentada. Diurna la experiencia y laboriosa, el padre se otorgó una hora de placer. Calculados los tiempos, cuando emergió el hijo lavado, repeinado y triunfante, consumía el segundo whisky frente a la camilla, departiendo con el ama sobre los peligros, que se cernían sobre la juventud.

Cumplida la edad de abandonar la secundaria, Ignacio hubiese deseado hacerse militar. Pero la técnica complicó la carrera. Temiendo el sofión de verle rechazado, le destinó a las letras, previa entrevista con rector de universidad privada. Recibido con los honores debidos al cargo, el General expuso el caso.

- El chico no piensa ejercer. Pero hace falta título universitario.

- ¡No hay problema!. Metemos los datos en el ordenador y lo extendemos. En casos como el tuyo, estoy autorizado. A un hombre del rey, como será tu hijo, ¡no puede faltarle!.

- ¡No corras tanto!. Quiero que me lo entretengas unos años...

- En tal caso, le daremos dos carreras. Es lo normal. Te aconsejo historia y políticas. Garantizo expediente brillante.

Ignacio no tuvo nada que objetar. Mientras el segundo de sus hijos estudiaba de veras, pues su herencia sería parca, Luis aprendió dos lenguas foráneas, pese a no tener nada que decir, preparándose a ejercer cargo, de designación digital. Fue por entonces cuando atendiendo a la atracción de lo similar, por ser condición humana, se rapó la cabeza.

- ¡Hijo!. ¡Cómo te has puesto! - exclamó la madre, intuyendo la causa.

Policías inexpertos le sorprendieron apaleando a sudamericano, excesivamente moreno. Huyó con sus compañeros, pero les delató la calva. Instalados en la incomodidad de banco de comisaría, se juraron que escapados de enredo con homicidio, a todas luces voluntario, no volvería a pelarse. Iluminado por el Espíritu Santo, Luis pidió ver al comisario. Enunciado su nombre, el padre fue avisado, delegando chofer oficial, con orden de soltar a los chicos, borrando toda huella de su paso, por el establecimiento. Esperaba Luis bronca histórica. Y la padeció moderada.

- ¡Tú eres idiota! Si te da por correr marginales, ¡forma un grupo! Te daré piso para reuniros y tarjetas de identidad, que os eviten líos. Pero el trabajo sucio, ¡qué lo hagan otros! ¡No quiero chismes ni problemas con la prensa!. Limitate a mandar, ¡Es lo tuyo!. Esos tipos serán útiles en su día. ¡Pero tienen que estar disciplinados!.

Con carta blanca para formar comando, fue en busca de Carlos, el hijo de César. Aconsejó fichar a Miguel.

- Es un tipo echáo p' delante. Su padre está en el consejo de los jueces. Arregla lo que sea.

Cenaron en un reservado, por no dar tres cuartos al pregonero.

- Los pobres no sirven. Están demasiado acostumbrados a que los pisen. Son buenos los que se creen algo y pretenden ser más. Les mola pertenecer a la hinchada, porque en las gradas se sienten arropados. Pero lo que les gusta de verdad es tener un tipo en el suelo, suplicando que le dejen vivir. A mí también, porque ser amo de un hombre, es serlo del mundo.

Terminado el ágape, acordaron quemar la noche.

- A mí eso de los negros, me importaba una higa. Pero me quise tirar a una negra y me arreó. Desde entonces los odio.

- Yo no la meto en una negra. Ni donde la metió un negro -, cortó Luis. Entraron en el bar. Un hombre de color se apoyaba en la barra. Le midió. Delgado y pequeño.

- Huele mal. ¡Tú! ¡Tabernero!, ¿No sabes que la basura se saca?

Carlos le dio un codazo.

- ¡Ten cuidado! ¡Somos pocos!

El del bar se acercó.

- ¿Decías?

- Tres whiskys.

El interpelado sirvió, con cara de pocos amigos.

- La mierda en la calle. Lo manda sanidad - rumió Miguel

- Son tres mil - replicó el tabernero.

- ¡Pero qué te has creído! ¿Que estamos por abrimos?. ¡Sirve otra!

- Son tres mil - repitió el tipo, imperturbable.

El negro se acercó. Las manos en los bolsillos, no tenía pinta de achicarse. El barman las puso sobre el mostrador, preparándose a saltar. Tres tipos que estaban en una mesa, se levantaron. Miguel pagó. Al alivio de retirada sin daños, siguió el escozor de la derrota. Luis refunfuñaba.

- ¡Si no nos cogen con el pie cambiaó!

Miguel era hombre lúcido.

- ¡Lo dije! En sitios como este, no se entra solo.

Carlos sacó pecho.

- Nos faltó la herramienta y nos sobraron esos traidores de mierda. ¡Blancos contra blancos!.

- ¡Se lo ha ganaó!. Aquí volvemos y le tumbamos el chiringo.

Carlos cambió de tercio.

- Conozco una blanca casada con un mono.

Sus compañeros se detuvieron. La sospecha les deformó la expresión.

- ¡No sabíamos que tuvieses esas amistades!.

- Lo que pasa es que pienso. Mientras andemos por ahí, apiolando camellos y putas, les hacemos un favor. Porque son lo que deben ser. Los peligrosos son los otros. Los que confunden a la gente, porque hacen lo que cualquier blanco.

- ¿Y eso qué tiene que ver con tus relaciones?

- Metiéndome entre ellos, me entero de lo que hacen y por donde andan. El marido de esa tía trabaja en un garaje. Pero lo suyo es otra cosa. Tiene carrera, un pico de oro, ¡qué hasta los blancos le escuchan!, y ha montado un centro. Es decir, que está dando la castaña. Sé cómo pillarlo, porque lo tengo confiado.

De no estar Carlos enganchado a la coca, le hubiesen tomado en serio. Miguel pensó que hablaba de su camello.

El fresco de la noche les despejó sin calmarles. Lo del bar no se les olvidaba. Compraron un gramo y esnifaron en hangar, frecuentado por bacaladeros. Sudaron durante un par de horas, al ritmo monocorde y machacón de la música de moda. Salieron a una calle vacía. Hasta las putas viejas habían desertado. El semáforo tornó al rojo.

- ¡Sangre! - susurró Carlos

- ¡Muerte! - replicó Miguel

- ¿Pero a quién matamos? ¡No hay un gato!

- ¡Vamos al río!

- ¿Solos?. ¡Los pelaós nos majan!.

Se batieron en retirada, entrando en su barrio. Residencia de familias de tradición acomodada, que se hundían en la miseria sin saberlo, reemplazadas por los ahijados del sistema. Comercios de apertura diurna y locales de cierre temprano, jalonaban las calles. Desanimados y sin ganas de dormir, deambularon entre edificios vetustos, que no merecían el calificativo de antiguos. De toparse con hombre de color, no podrían hacerle nada. Le justificaba haber nacido para servir al blanco. En la oscuridad del pasaje, se adivinaba formación de cubos de basura. Miguel sintió deseos de destruir.

- ¿Los quemamos?

Sus compañeros le miraron con reprobación.

- ¡Eso es de gamberros!.

Avergonzado, se metió en el callejón. Sobre escalón de puerta trasera, se adivinaba un bulto. Convocó a sus compañeros con un gesto. Carlos se inclinó. Cogiendo un pico de la manta entre el pulgar y el índice, para no contaminarse, la levantó con suavidad. La llama del mechero iluminó rostro femenino, ajado por la miseria y el alcohol.

- ¿Es que podemos consentirlo? ¡A dos pasos de casa!. Sobran albergues, ¡pero tienen que emporcar la calle!.

La voz de Luis sonó grave.

- Todavía no saben dónde está su frontera. Tendremos que informarles.

- Los inadaptados no se enteran. Van de la botella a la droga y no saben hacer otra cosa. Necesitan un escarmiento.

La mujer abrió unos ojos enormes y asustados. Desde su perspectiva, los chicos le parecieron enormes. Abrió la boca para gritar y emitió un ronquido. La falta de uso, había atrofiado sus cuerdas vocales. Arrodillada y humilde, recogió sus pertenencias. Quería huir, sin perder cuanto le quedaba. Dobló la manta. La metía en bolsa de plástico, con rótulo de boutique elegante, cuando el zapato de Carlos le acertó en la boca. Cayó de espaldas. Primera sangre de labio partido. Luis la hizo rodar. Miguel la devolvió.

- ¡Déjenme! ¡Por Dios, déjenme!

Nadie podía oírla. Ni verles. La suplica les enardeció. El cubo se volcó sobre el cuerpo, que

rebotaba en adoquines decimonónicos. Crujieron los huesos. Una pelota roja se desgajó del tronco.

Carlos se detuvo. Jadeaba. Exultante:

- ¡No puedo más!

- Está bien muerta.

Descargada la adrenalina, acumulada por culpa del negro, durmieron hasta bien entrada la mañana.

Los basureros dieron parte. No cobraban por levantar cadáveres. María Ramos, licenciada en derecho, criminología e historia, número uno de su promoción en la escuela de policía y comisario del distrito, que no hubiese llegado donde estaba, de no haber descubierto el sistema la bandera de la cuota femenina, como prueba de su talante democrático, se personó en el escenario de los hechos. Bastó una mirada, para hacerse cargo de la situación. Los curiosos se apelonaban.

- Que no tarde el juez. Es un espectáculo.

Midieron, hicieron fotografías y redactaron el atestado, concluyendo que la mujer murió a manos de panda de tarados, que so capa de un españolismo intransigente, arremetían contra cuanto escapaba al arquetipo racial, social o mental, de un ideal patrio trasnochado. Ramos concluyó que los autores vivían en el barrio. Y lamentó que al no haber denunciante ni quien reclamase el cuerpo, este pasaría a la escuela de medicina y el expediente al archivo de casos sin resolver, porque esta era la orden. La prensa recogió el hecho, porque hubo demasiados testigos para callarlo. Evitando connotaciones políticas, lo atribuyó a drogas, que perdido el sentido de la realidad, buscaban el placer en la crueldad y el sadismo.

- Mienten - sentenció el sargento Pérez. Ramos le dio la razón. Sin perjuicio de que no pocos cabezas rapadas se diesen a la coca, la causa de la barbaridad no había sido un colocón. Los responsables del hecho eran los consumidores de una mentalidad simplista, que creía en la superioridad de la raza blanca, de la fuerza frente a la razón y de la ortodoxia sobre la heterodoxia. Sus acciones, en apariencia desordenadas y gratuitas, obedecían a cuidada planificación de determinados poderes, que mirando al futuro se dotaban de un ejercito, fanatizado, disperso y entrenado, que supliese a los cuerpos regulares, susceptibles de ser afectados por rasgo de lucidez, que les enfrentase al parlamentarismo caciquil imperante, que vertebraba al sistema.

María Ramos descubrió el secreto de los evanescentes mandos, en sus tiempos de calle. Habiendo sorprendido pandilla de neonazis apaleando a mulato, con resultado de muerte, los metió en los calabozos. Habladores, se declararon amparados y generosamente financiados, desgranando nombres rimbombantes. Bastó somera investigación, para comprobar que no mentían, confirmando el supuesto orden terminante de poner en la calle a la tropa. Obediente por indignada, Ramos se propuso reconstruir el esquema de la organización. Y no paró hasta conseguirlo. Probado que reunía los requisitos, que definían a una organización terrorista, estructurada para atentar contra quien le diese la gana, en cualquier parte y momento, pues las salvajadas de calle no pasaban de ejercicios de entrenamiento, en los que se abstendían de utilizar armas de fuego y explosivos, por pura táctica, que no por carencia, respetó el escalafón, notificando lo sabido al comisario.

- Si hacemos con ellos lo que con los terroristas, ¡se acababa!. Si hay un muerto, ¡al trullo los que estuvieron!. Y a los que tengan relación con esta mierda, llamarlos cada dos por tres, sería mano de santo. Sin amparo, estos no van a ninguna parte.

El jefe se escandalizó.

- ¿Cómo puede usted comparar a unos chicos, que tienen el patriotismo por denominador común, con unas alimañas, que solo piensan en romper la patria?. En mi opinión y por mucho que usted haya averiguado, aquí no hay organización. ¡Solo pasión!. Y no creo que cometan homicidios premeditados. Las muertes se producen por accidente. Se les va la mano sin querer. Por eso, antes de colgar un homicidio a un muchacho, hay que averiguar quien dio el golpe definitivo. ¡Y estar muy seguro!. En cuanto a lo que propone, ¡pura utopía!. ¡No se puede arremeter contra todos los

hinchas del país!.

María comentó su pasado. El sargento replicó, desgranando el propio.

- Confieso que lo vi venir desde el principio. Fui escolta del viejo y le vi muchas veces rodeado de chavales, dándole al porro. - Pérez se levantó, para remedar al difunto - Se ponía así de chulo, un brazo en jarras y les guiñaba. "Al loro, ¡hay que estar al loro!", les decía. ¡Vaya si se pusieron!. ¡Al loro, el caballo y la coca!. El tipo, que solo quería rapiñar aplausos y votos, siguió animándoles a darle gusto al cuerpo. Y aprendieron choricear perras como fuese, para conseguirlo. El que llegó arriba pudo forrarse sin pagar las consecuencias. Pero los de abajo tuvieron que hacerlo a cara perro. Robaron, se metieron en chapuzas. ¡Y a entrar y salir!. Tienen lleno el hotel y los jueces los largan. Así que entre unos y otros, han hecho esta mierda.

El cabo González asintió con tristeza.

- Y nosotros, ¡a pringar! Si necesitan un tipo en el banquillo, para calmar a la opinión, lo encontramos, porque con jarabe de palo y promesas, ¡hasta yo cantaría lo que me mandan!. Y como nadie quiere informarnos, por si nos vamos de la lengua o de madre, ¡qué toó pué ser!, hay confesiones que ni concuerdan con las pruebas. Es decir que deberían empapelarnos, por prevaricadores. Pero al no tener otra cosa que llevarse a la sentencia, los jueces argumentan lo que sea y con lo que sea, declarando hecho probado lo imposible. El caso es que los delincuentes sigan mandando y en la calle, mientras los inocentes se pudren en el trullo. ¡Les importa una higa!. Y el madero que se meta a hurgar, lo tiene claro: ¡infarto y al hoyo!.

Dos semanas más tarde preguntaron del ministerio, si tenían fichados a los cabezas rapadas del barrio. Ramos contestó que sí y le pidieron las fichas. Las mandaría sin quedarse con copia.

Capítulo 5º

Cuando una sociedad se descompone, los débiles pierden la capacidad de réplica. Y se dejan hundir en la desesperanza y la indignancia, sabiendo que la ley y la justicia son instrumento, al servicio del fuerte. Dios se manifiesta por la ausencia del bien, que permite el imperio del mal. Perseguidos en la impotencia, los que conservan principios éticos y capacidad de criterio, son Condenados a contemplar el avance de la miseria cultural y económica, asistiendo inermes a la autodestrucción del conjunto, víctima de la vanidad y estupidez de espíritus burdos, que desde al poder omnímodo de la opulencia, engullen a las clases medias, imponiendo la crueldad se su ineptitud, desde su prepotencia irracional. Romos, carentes de recursos intelectuales, apasionados de la superioridad de la fuerza, arrasan y destruyen al hombre y su obra, entendiendo la realización de sus capricho, como manifestación de omnipotencia celestial.

Descubierto el placer de repartir fortuna y pobreza, premiando la devoción del cliente y castigando la defección, aquellos apasionado de todos los juegos, descubrieron el placer de la apuesta irreversible. El dinero abandonó el tapete, ocupando su lugar la vida. La idea surgió cierta madrugada, en cacúmen cargado de coca y dinero:

- ¿Qué cara pondrían esos idiotas, si viesen venir por la autopista, un coche en contra dirección?.
- Ninguna, porque se irían al diablo.
- O no.

Surgió la apuesta, y las carreras suicidas por la autopista, se pusieron de moda. A cambio de unos cuantos billetes, muchachos sin más capital que la vida, la ofrecían al mecenas, que rodeado de aficionados se apostaba en el puente adecuado, para disfrutar de accidente a la carta. Generosamente subvencionado el matador, gratuitas las víctimas, que circulaban creyéndose en seguridad, los hubo muertos pero también detenidos, sin que hubiese policía que arremetiese contra el promotor del espectáculo, teniéndolo a la mano. Visto que no era molestado, ciertos empresarios prestaron atención a una demanda, dispuesta a consumir el acto irrepitible. Integrada por individuos

prepotentes, que reunían todos los poderes, los profesionales del espectáculo, sabiéndose amparado por su público, la inventiva. La muerte real subió a escenarios más o menos vistosos y semi clandestinos. Racionales lucharon entre sí, se enfrentaron a irracionales y se dejaron la vida de mil maneras, para solaz de un público excitado, que sumaban la emoción de la apuesta a la contemplación de un juego, con vencedores y vencidos, rivalidad imposible en las representaciones, que tuvieron el sexo por objeto.

Género menor la zoofilia, la necrofilia gozaba de popularidad, al tener ejecución por preludeo. Imprevisible la práctica del sadismo, abierto a la improvisación, gozaba de mayor predicamento, presentando el inconveniente de no haber quien se dejase comprar, para asumir el papel de víctima. Comprobado que hasta el suicida prefería morir sin dolor, la cooptación de objetos hubo de ser forzada, cargando el costo los riesgos, asumidos por los proveedores. Al hacer necesario redondear los ingresos, con la venta de filmaciones a través de un mundo, globalizado en la crueldad, se montaron cámaras disimiladas, que en momentos de distracción, se desviaban, captando rostros de consumidores ilustres, sobre fondo adecuado, que venían a nutrir el archivo de la empresa, garantizando la seguridad de los gestores. No tardó en correr, entre los enterados, que grandes de la política, las finanzas y hasta las letras, se reunían en tugurios periféricos, callando la prensa, por no faltar cabezas de la información, entre los aficionados. Enemigos de riesgos los que encarnaban el poder, no faltó quien propuso legalizar al menos los espectáculos, que contaban con actores voluntarios. No se hizo pero se modificó el código, consiguiendo que incluso los promotores de los involuntarios, pudiesen cumplir condena a domicilio, alegando falta de antecedentes. O por sobra de información.

De haber conocido el submundo de la élite, Ernesto Mínguez no lo hubiese entendido. Obrero metalúrgico, con treinta años de pasado laboral, presumía de su condición de comunista, de cuarta generación, inscrito en el partido al nacer, en plena clandestinidad. Activo en la juventud, pasó por la cárcel sin perder el puesto de trabajo, por ser buen especialista, veterano en empresa comprensiva. Convencido de haber desempeñado importante papel en la transición, aplaudió un cambio que pateó en su interior, confesando a los íntimos que de no haber intervenido la disciplina, lo hubiese abucheado con fruición. Pasado un tiempo y sin salvavidas a mano, optó por aferrarse al sistema, con fe de estalinista. Cerrándose a la crítica, reemplazó el "viva la república", de su propia tradición, por un "viva el rey", no menos entusiasta por forzado. Y trato de convencerse de que lo conseguido, era la libertad. Cuando se produjo el golpe, le dolió que los jefes, antes de cruzar la frontera, en busca de refugio seguro, dejaran a las bases, por consigna, el consejo de comerse el carnet. Impotentes y muertos de miedo, los militantes capearon el temporal, como Dios les dio a entender. Restablecida la normalidad, los huidos regresaron para encabezar manifestación, a la que Ernesto asistió. Sería la primera vez que el "viva el rey" le salió del alma. No le agradecía la salvación de la democracia, sistema por el que no sentía la menor atracción. Le daba las gracias por haberle permitido conservar el pellejo.

El palo vino después. Con el referéndum. Educado en el odio a los americanos y la OTAN, nunca entendió la extraña fuerza, que le obligó a elegir la papeleta del "sí". Ignoraba que como buen aficionado al fútbol, engurgitó tanta propaganda subliminal, servida en el balón y las botas de los jugadores, que entrando en el colegio, subconsciente dominó al consciente. Aún se preguntaba como pudo ocurrirle, cuando el muro se le cayó en la cabeza. Hubiese comprendido lo que estaba ocurriendo, de haber detectado el suicidio a largo plazo, que se autodecretó el comunismo, en el día lejano en que acordó salvar la situación, imponiendo una rígida censura, que degeneró en un dirigismo intelectual paralizante. El marxismo murió en el día y hora que los marxistas dejaron de pensar, para obedecer. No lo sabía, como no supo que los cascotes de la absurda construcción, cayeron sobre occidente. Seguro el sistema, al carecer de opuesto, quiso estarlo en lo interno, importando para imponerla, la premisa que acabó con el difunto. Enjaulada la expresión intelectual, en los políticamente correcto, se puso en vías de perder la credibilidad. La mentira, por mucho que se repita, no se convierte en verdad, pero engaña a quien pretende imponer. Suponiendo que el pueblo no detecta la contradicción, aun siendo evidente, los dirigentes del Este despertaron cuando

las masas, acostumbradas a renunciar la libertad de pensar, exigieron la de adquirir, mandando al diablo la austeridad y solidaridad comunista. Consciente Ernesto de haberse hecho rojo en tiempos de escasez, por creer a pies juntillas, que con Stalin viviría mejor, al no haber logrado más que un buen pasar, quiso salvar su fe, aferrándose a conclusión simplista:

- En tiempos de mi abuelo, se hablaba de hambre en Rusia. Vino la revolución y el hambre quedó a los chinos. Mao no les puso en coche, ¡pero comieron!. Y el hambre ha vuelto a Rusia.

Paupérrima su infancia, consiguió saciar el estómago en la juventud, entrando en la madurez cuando se producía el milagro del turismo. Compró el piso, tuvo coche y disfrutó de un mes de vacaciones al año, en hotel familiar de playa popular, salvo el verano que pasó en la cárcel, autor convicto y confeso de delito de propaganda ilegal. Liberado recuperó puesto de trabajo, que salvó de milagro, en la primera reconversión de la democracia. El año de la quiebra tenía 52 años. Sabiendo que no encontraría donde meterse, porque experiencia y profesionalidad dejaron de cotizarse, cambió la indemnización por jubilación anticipada, dedicándose en adelante a sus chapuzas, a manejar el mando de la tele y frecuentar el Hogar del Pensionista. Jugaba al dominó y al parchís, disfrutando de una bar subvencionado, a la altura de sus posibilidades.

Paciente Catalina, soportó paciente los malos humores del marido, en los primeros años de inactividad, padeciendo el matrimonio los efectos de cambio civilizacional, que dio al traste con la familia. Cati, llamada como la madre, porque los que nada tienen que heredar, heredan el nombre, aprovechó buen palmito para casar con sociata, que cansado de madre católica, elegida por esposa en la juventud, aprovechó ascenso en lo político y económico, para dotarse de compañera vistosa. Profundo el foso que separaba el poder adquisitivo del yerno, del disfrutado por los suegros, la muchacha, avergonzada por la pobreza de los padres, limitó los contactos a encuentro anual, de puro compromiso. Perdida la hija, Ernestín, nacido tardío, sería depositario de las esencias familiares, hasta que alcanzada la edad de discernir por su cuenta, reveló tendencia insólita en la estirpe.

- Voy a meterme en los sociatas. Dan porvenir.

Que el hijo antepusiese el medro personal, al progreso de la humanidad, escandalizó al padre. Buscó argumento convincente, que disuadiese al vástago. De exterior cuadrado, rematado por cabeza redonda, que no roma, se tensó a efectos del esfuerzo mental. Aquel hijo de formas esbeltas, ojos soñadores y exterior romántico, había nacido para dirigente, pero comunista.

- En el partido necesitamos intelectuales. Por la pinta, lo eres. Así que vas p'arriba.

En las semanas que siguieron, el padre veló para que no faltase a las reuniones de célula, llevándole más de una vez personalmente. Le suponía enganchado, cuando en campaña electoral, pegó carteles para los socialistas, so pretexto de que pagaban mejor. De resultas tuvo dos carnets, que le sirvieron de poco, pues ninguna de las partes le ofreció ocupación, fija y remunerada. Corta la semana paterna, el chico se afanó buscando fuente de ingresos, que le permitiese adquirir cuando menos parte, de lo mucho que deseaba. Encuentro con el Perla litrona en mano, en acera del centro, le cambiaría la vida.

- Con tu pinta pués servir de chapero. Se gana un pastón.

- ¿Y eso duele?

- Con alguno y al principio. Luego te acostumbras. Y si se te encapricha un talegón, ¡tíes la vida hecha!

Inició la carrera a la sombra del amigo. Siendo el dinero imposible de esconder, Catalina no tardó en detectar anomalías.

- ¿Y esa ropa?

- La he compraó

- ¿Con qué?

- Chapuzas...

Intranquila la madre, celebró consulta con el cabeza de familia.

- Pá mi que Ernestín anda en malos pasos...

Pero un parado definitivo, demasiado joven para serlo, carece de moral para ejercer responsabilidad.

- ¡Yo que quiés que diga!. Como están las cosas, tendrá que buscarse la vida.

Ernesto desarrollaba su actividad a plena satisfacción, cuando se marchó el Perla.

- Estos quién carne fresca. Estoy mú visto. Así que me abro.

Había dejado de echarle de menos, cuando reapareció al volante de un Volvo. Pálido y delgado, porque se pasaba con el pico.

- ¿No te has hartaó de calle?

Ernesto abrió los brazos, manifestando impotencia.

- ¿Ande quiés que vaya? ¿A robar bancos?

- Si quiés pasta, tengo curro.

Desconfiado, porque la calle enseña, Ernesto pidió más amplia información. Perla le midió.

- El que algo quiere...

- Doy el culo. ¡Pero ni un pelo!. Que de comer tengo.

- ¡Pós sin jugártela!. Porque pá lo normal, sobra gente.

- Yo... si es meterme en el negocio, ¡no diría que no!.

Los dientes de Perla brillaron. Sonrisa de lobo.

- Estuve de chico, pero me piré. El jefe era mú cerráo. Me dijo: "¿Has visto un boticario que se trague lo que vende? ¡A que no! Pues tú, ¡lo mismo!" Lo probé, me gusto, me arreó y no me dio más costo. Me vine a la chapa y luego me topé con esto.

- ¿Con qué?

- ¡Te lo diré a su hora!. Ahora vente.

Ernesto tenía demasiado miedo al SIDA, para trabajar con los que se pinchaban.

- Si es pá darme, ¡no!.

Perla rió. Casi como un niño.

- ¡Que no, hombre! ¡Me van las tías!

Se metieron en una disco. Un par de crías, vestidas como putas, porque esperaban serlo de lujo, se agitaban desaforadamente.

- ¿Damos una vuelta?

- ¿En un cacharro?

- En un Volvo.

Las levantó el coche. Perla conducía con la izquierda, ocupando la derecha en magrear a su pareja. Ernesto se enredaba con la suya. Salieron de la autopista, entrando en un camino de tierra.

- ¿Ande vamos? - la voz de la muchacha temblaba.

- A un buen sitio pá revolcarnos.

Se detuvieron en un claro entre chaparros. Noche de luna y templada, que invitaba a al amor bajo las estrellas. Hombre de interior, Perla bajó los asientos, cubriéndolos con una manta.

- ¡Venga!. ¡A joér!.

Desnudo de cintura para abajo, pues conservó camisa y calcetines, bajó los pantalones de la chica, sin molestarse en quitárselos.

- ¡Tú! ¡A mi ritmo!

Acostumbrado al amor mercenario, Ernesto obedeció sin problemas. Perla jadeaba. Empezó a pegar. Ernesto temió que se hubiese vuelto loco.

- ¡¿Qué haces?!

- ¡Pega o te mato!

Ernesto sintió que lo haría. Y obedeció. Las chicas lloraban. Perla abrió la puerta.

- ¡Fuera! - no obedecieron - ¡He dicho fuera!

Tiró a su pareja de un empujón.

- ¡Tú, lo mismo!

Ernesto se ejecutó con pena. Perla la hizo sentarse en el suelo, de espaldas al coche.

- A la que vuelva la cabeza, ¡la chingo!.

Sacó dos bates del maletero. Alargó uno a Ernesto y pegó. Acertó en la nuca.

- ¡Que la jóes!

- ¡Si te parece las vamos a dejar vivas! ¡Pá que vayan con el cuento! Estas me esperan donde deben.

- ¿Esperar?

- Te contare. Ahora ayuda. ¡Hay que acabar!.

Ernesto quiso decir "no puedo", pero dijo "no sé".

- Si el trabajo te gusta, ésta será tuya. ¡La primera! Yo tengo un montón.

Casi delicadamente, tendieron a las muchachas boca arriba. La rodilla en tierra, Perla presionó aorta y arteria, con el índice y el corazón.

- La zorra se sentirá hasta bien. Cuando se mueren, les parece que flotan. Lo llaman derrame cerebral. Me lo enseñó un médico.

Ligero estertor anunció el final.

- ¡Dame la mano! - Ernesto se resistía - ¡Dámela! Tiene que ser así... y hasta podría pasarte algo si no lo haces. Trae mala suerte. Y es útil. ¡Te conviene aprender!

El chico le abandonó su izquierda.

- ¿Ves? Sientes los latidos. Ahora aprieta, Despacio para no dejar señal. Si coges a uno dormido, ¡no se da ni cuenta!. Es cosa de un par de minutos. Claro que conviene aguantar cinco. Por seguridad. En la autopsia no lo miran. De unos dicen que se murieron, porque la sangre no les llegó al cerebro. De estas dirán que se hartaron de mierda.

- ¿Y los golpes?

- Pegar a las tías es corriente. Por eso no buscan a nadie. Pero si quedan vivas y denuncian, ¡se te cae el pelo!. Te miran como si las hubieses montao por la fuerza.

El dibujo de los neumáticos estaba marcado en la tierra.

- Habrá que borrar esto.

Perla arrugó los labios con desprecio.

- ¡Tú has visto muchas películas! Traemos un Volvo, último modelo. No hay madero que busque a quien lleva un coche así. Si acierta, ¡pué romperse los dientes! ¿Crees que esta noche no andan otros a lo mismo? Te digo que ni saldrá en los papeles. El que las encuentre avisará a la policía, que se lo dirá a la familia, pá que las entierre. Si alguno ve algo raro, lo calla. Porque si se chiva...

Se paso el índice por la nuez. Después habló del trabajo.

- ¿Tú quiés vivir de puta madre sin currar? ¡Vente a la ruleta!.

Ernesto, que algo había oído, no quería morir.

- Eso no es pá mi.

Sesentón y metódico, D. Claudio era el cliente de los martes, hasta que le dio por llamarle "esclavo" y sacar el látigo. No le hacía daño, pero Ernesto temió que pasase a mayores. Temiendo morir en un arrebato, se eclipsaba apenas asomaba el Mercedes. Pero un viernes le cogió distraído. El coche paró a su lado.

- Hoy serás mi hijo.

Le alargó un smoking. Se mudo en plena calle. La cayó como hecho a medida. Ernesto jr. subió al coche, preguntándose cómo acabaría la fiesta. Entraron en un pub. Hubiese sido como otro cualquiera, de no cobrar tres mil duros por consumición. Mujeres de traje largo y enjoyadas, departían con tipos vestidos de etiqueta, en marco que solemnizaba el camarero, doblándose como una alcayata:

- ¿El señor querrá bajar?

- Sí. El sitio de siempre. Y trae una botella.

D. Claudio contó su vida, mientras degustaba champagne de la Viuda.

- Cuando la preñé por tercera vez, mi mujer me prohibió tocarla. Tuve que buscarme la vida y como soy enamorado, me lancé al sexo mecánico, por no tener problemas. Descubrí que de no mediar atracción ni sentimientos, degenera en costumbre y esta en aburrimiento. Es decir, que tienes que buscar novedades. Un día di con esto y me corrí solo. Ahora necesito que me toquen. Por eso fui a buscarte. ¿Cuanto tiempo funcionará?. Ni lo sé. Pero mientras dure...

La pared del fondo se abrió. Los presentes se levantaron al unísono, formando cola ordenada. Ernesto bajó por la escalera de caracol. Terminaba en salón decorado en verde, como el de arriba. Filas de butacas a distintos niveles, rodeaban plataforma circular, como las gradas del tendido, en la plaza de toros. Lámpara de luz blanca y violenta, iluminaba un velador, flanqueado por dos sillas. El camarero les instaló en la tercera fila. Estaba a la altura del escenario.

Las cortinas que cerraban la pasarela se abrieron. Surgió un hombrecillo, embutido en frac rojo y ajustado. Troto sobre alfombra de serrín, teñido de rojo, entre aplausos. Saludaba agitando unos dedos, cubiertos de brillantes, que descomponían la luz, desperdigando rayos. Se detuvo junto a la mesa.

- Saludo a las altas autoridades, que nos honran con su presencia, lamentando que mi espectáculo continúe prohibido, cómo sí mis actores no fuesen libres de gastar su vida, como mejor les parezca - interrumpió la perorata con ligero carraspeo, para cambiar de tercio - La vida es preciosa. Pero no sólo se pierde en la ruleta. Hay quien muere delante de un toro o entre las cuerdas del ring. Y al soldado se le anima a morir en la batalla. El hombre se mata por una mujer, por una apuesta o por desesperación. Pero son poco los que aceptan agonizar para su público. ¡Ante sus ojos!. Lo hacen mis muchachos, porque aquí no hay tongo. Para que uno viva, el otro debe morir. Se dice que sobrevive el amigo del Diablo. Y que lo trae inscrito en el áurea. Confieso que nunca logré verla. ¡Me alegro!. Conocer el final de la partida, nos haría perder el incentivo del azar. La mitad de los chicos, que recogen nuestros aplausos, no verán el sol de mañana. ¿Pero cuales?. ¡Ahí está la

emoción del juego!.

D. Recaredo hizo pausa prolongada. Viejo zorro, sabía crear la tensión, que incitaba las apuestas. Las butacas crujieron. Había dado en diana. El camarero se acercó.

- ¿Lo de siempre, D Claudio?

- Para dos

Los jugadores vestían pantalón negro ajustado y blusas de seda, de colores diferentes. Una venda, también de seda, les ceñía las sienes. Empaparía la sangre, para que no salpicase al público. D. Recaredo adoptó un tono desenfadado.

- El de la camisa azul es Tony de Vallecas. Un veterano. Se medirá con Charlie el Extremeño. Dejó sus ovejas, para vivir al límite. Terminado el noviciado, inicia su carrera. Puede terminar la noche en el paraíso, servido por las huries que le aguardan. O convertirse en leyenda.

Surgió la segunda pareja, colocándose junto a la primera.

- Perete, de mirada negra. Chanquete procede de la legión. Hizo la ruleta en la sordidez del anonimato. Hoy expondrá la vida ante un público, refinado y entendido.

Dos chiquillos imberbes se apretaron en la plataforma. Rezumaban miedo. D. Claudio informó a Ernesto.

- Las blusas blancas significan que son novatos. Puede ser desagradable.

La pareja estelar surgió en la pasarela. Una ovación atronó la sala.

- ¡El Perla!

- ¿Le conoces? - inquirió D. Claudio, receloso.

- De la calle... No sabía que trabajase aquí.

El empresario alzó la voz.

- ¡Nuestros veteranos! Héroe de duelos tensos. Pelao amenaza morir de viejo. Ni me acuerdo cuándo estrenó el ceñidor. Del Perla puedo decir otro tanto. Hoy celebraremos la supervivencia del uno, lamentando la pérdida del otro. Tienen una vida fácil. Sin contrariedades. ¡La que todos deseamos!. Pero uno de los dos, habrá de abandonarla.

Los justadores se inclinaron, agradeciendo los aplausos, antes de retirarse. Don Recaredo impuso silencio con un gesto.

- Y ahora, ¡hagan juego!.

D. Recaredo se consideraba un empresario como otro cualquiera, que en lugar de impuestos, pagaba mordidas. En cuando al espectáculo, se distinguía de los toros y otros deportes, porque la muerte era un destino. No un albur. En otro tiempo, D. Recaredo trashumaba de feria en feria con un teatrillo, que ofrecía sexo mercenario y clandestino, sirviéndose del escenario como vitrina. Liberalizado el mercado en la democracia, no pudo soportar la competencia. Quiebra estrepitosa le obligó a pensar, detectando demanda, hasta entonces inédita, manifestada por una élite, sin preparación, ocupación real ni limitaciones en lo económico. Olfateada la ganancia, se procuró local céntrico, con sótano adecuado. Reclutados los primeros actores, padeció el desengaño de la infidelidad y le buscó remedio. Casado con licenciada en químicas que nunca ejerció, pero sabía lo que se hacía, bastaron unas semanas de investigación para dar con compuesto, que provocaba adición violenta y selectiva, con efecto secundario de despegue de la realidad. Convencido el consumidor de contar con futuro, porque algo superior le hacía invulnerable a las balas, se instalaba sereno ante el velador, sin realizar que la experiencia probaba lo contrario.

Demostrado que el enganchado no podía escapar, por necesitar producto, que no se ofrecía en el mercado, los reclutas eran sometidos a dos semanas de noviciado, dedicados a pertrecharles de cara

al futuro, anímicamente y físicamente. Acogidos al hogar del empresario, el matrimonio describía futuro post mortem venturoso, con tal lujo de detalles, que parecían estar de vuelta. Al mismo tiempo fomentaban supersticiones macabras, como la creencia de que las jóvenes o muchachos, muertos por mano del justador, le aguardaba en el más allá, para servirle eternamente, añadiendo que la práctica de la necrofilia, con el compañero muerto, garantizaba la supervivencia, en la siguiente ronda. Ultimada la enseñanza, el catecúmeno pasaba a residir en pensiones, propias de D. Recaredo. Provisto de dinero de bolsillo y casi de cuanto deseaba, se presentaba una vez por semana en la oficina. Asegurada la presencia del pupilo, porque acompañaba distribución de droga, se designaban por sorteo, más o menos amañado, los que debían actuar. Evidente el riesgo de deserción, en un atisbo de lucidez, los electos quedaban retenidos, disfrutando de bacanal ininterrumpida, que terminaba dos horas antes de iniciarse el espectáculo. Adecentados, vestidos y debidamente dopados, se enfrentaban al tiempo tenso, que precedía a su salida al escenario. Antiguos jugadores, reciclados como gorilas, adiestrados y armados, neutralizaban el riesgo de revuelta, que nunca se produjo.

Derrumbados en el sofá de skai, Pelao y Perla se contemplaban. Seguros de que el muerto sería el otro, el futuro les hubiese sido indiferente, de no saberse abocados a romper prolongada hermandad.

- ¿Te acuerdas cuándo andabas por ahí, con la bola rapada?. Si no me llegas a coger con el mono y sin blanca... Dijiste que no pasaba ná. Que te habías sentao veinte veces y que la muerte pasa de largo, hasta que llega la hora. Me diste caballo, prometiendo que no me faltaría.

- ¿Te ha faltao de algo? - gruñó Pelao.

- ¡No!. Pero ahora...

- Ahora, tú o yo. Estoy hecho a ti y lo siento. Pero las reglas son las reglas.

- Me jõe que hallamos caído juntos.

- ¿Y qué?. Otros se van porque les coge un coche. Y encima las pasaron putas. Nosotros hemos vivió. ¿Qué más quieres?.

En la pista sonó un disparo. Los mozos corrieron a la pasarela. Como los piratas del cine, se cubrían la cabeza con pañuelo negro, adornado por la calavera y las tibias cruzadas.

- ¡Esos sí que tién potra!.

- Están pasáos.

- Cómo nosotros... Al que salga de esta, no le parte un rayo.

El pastor nunca volvería a sus ovejas. Tony se dejó caer en la butaca, sin pronunciar palabra. Instantes después realizó que vivía. Y se lanzó sobre el muerto. Coito desesperado, con ribetes de homenaje. Los novatos rompieron a llorar. Les calmó un golpe de chuzo. El legionario saludó brazo en alto.

- ¡Viva España!.

Un público nacionalista visceral, replicó con un "viva", seguido de caluroso aplauso. El percutor chascó en vacío. Pelao calculó.

- Deben ir por el quinto. El primero de esta ronda, ¡cae!

No cayó. El tiempo se alargaba. Perla empezó a impacientarse

- ¡A ver si acaban!

Pelao bromeó.

- ¡No tengas prisa! ¡Es lo que te quèa de respirar!

Reventó el cartucho. Ernesto palmoteó de pura excitación, abandonando la bragueta de D. Claudio. La mano fue reclamada. El Legionario agitó el ceñidor. Plástica la imagen de Chaperete, derramado

sobre la mesa, D. Recaredo detuvo a los cargadores. El público aprovechó el duelo de los novatos, para reponer bebidas. Al chico le tembló la mano. La bala se desvió, reventándole la cabeza. El superviviente fue retirado precipitadamente, porque se le escapaban las lágrimas.

Les tocaba. Contra toda lógica, Perla y Peleao se desearon suerte. Rígidos y herméticos, aguardaron a que terminase de correr el dinero. Un tipo vestido a la turca, presentó las armas a espectadora, enojada hasta el escándalo. Embutida en traje largo, negro y elegante, apostaba por cheque, perdiendo con tanta regularidad, que parecía designar al que debía morir. Introdujo la bala en el tambor, haciéndolo girar con profesionalidad. Igualmente perdedor, D. Claudio mereció cargar el segundo revolver. Lo hizo con torpeza. D. Recaredo anunció que se podía apostar por el resultado final o por cada disparo. Un emocionado "no va más", cerró la ronda. La moneda saltó al aire. Olvidando al público, los contendientes se miraron como enamorados. Cruz. Pelao sonrió. Le daban su primera oportunidad. Perla apretó el gatillo. Pelao probó suerte. La rigidez se diluyó en sonrisa. Aprovechando la pausa, los gladiadores intercambiaron un guiño, contentos de estar vivos.

Al séptimo disparo, se dijo que la muerte los rechaza. La de las joyas apostó por Pelao. Ernesto lo vio muerto. Perla apretó el gatillo. No sonó el disparo, pero se desplomó. D. Recaredo se acercó, buscando nerviosamente la herida.

- ¡Chico!. ¡Levanta!. ¡No estás muerto!.

Perla giró las pupilas, irguiéndose lentamente. Rojo de vergüenza, porque demostró su miedo, escondió su mirada al público. Pelao deseó vivir. Sintió la tentación abandonar la plataforma, saltando al lado de los espectadores, para suplicar piedad. No lo hizo, porque estaba seguro de que no se la darían. D. Recaredo hizo un gesto de impaciencia. Pelao levantó el revolver. Nunca le había pesado tanto. Seguro de que sería la última vez, clavó el caño en la sien. Quería morir de un disparo. Limpio y preciso. Retumbó en todas las cabezas. D. Recaredo levantó el brazo del Perla. Se dejó hacer, sintiendo que le fallaban las piernas. Deseaba correr tras el cuerpo de Pelao, pero no podía moverse.

- ¡Sal ya! - susurró el jefe.

Acostumbrado a obedecer, se escurrió con ligereza de trapeceista. Rebasado el cortinaje, se lanzó en plancha sobre el despojo, abrazándole como si pudiese devolverle a la vida. Llegó la trituradora y los gorilas le apartaron. Al principio tiraban los cuerpos en cualquier parte, con el revolver, pero temieron que tantos suicidios simultáneos, se hiciesen sospechosos. Obligado a pensar, D. Recaredo encontró la solución de la carne picada. El que la compraba para pienso de animales, se asombraba de la calidad de la ternera, sin imaginar su origen. El público abandonaba el local ordenadamente. Seguro de que extraños no podían oírle, el empresario llamó a los alojamientos. Las mujeres recibieron orden de quemar las pertenencias de los muertos. Era la costumbre. Debían desaparecer, como si no hubiesen sido. Petra se jugó el trabajo y hasta el porvenir, conservando una foto de Pelao, del tiempo de la mili. Le quiso demasiado para borrarlo.

D. Claudio quiso conocer al Perla.

- ¡Vamos a invitarle!. Conmigo le dejen venir.

Buscaron a D. Recaredo, que otorgó su licencia.

- Si pueden esperar... - se fijó en Ernesto. Los chicos de aspecto soñador, apasionaban al público - Cuando quieras, me buscas. Aquí tienes sitio.

Ernesto no contestó. El Perla, que lo tenía olvidado, le abrazó como si le quisiese de verdad. Y Ernesto le quiso, porque también estaba terriblemente solo.

Capítulo 6°

Estando a punto de rebasar la edad límite, que aceptaba la clientela, Ernesto consideró de urgencia cambiar de medio. Enterado de que el político ofrecía porvenir al efebo tallado, se personó en la

sede del partido en el poder, exhibiendo carnet vetusto. Declarándose militante y estudiante reprimido, víctima de padre jubilado, explotador y comunista, que arrancándole a la escuela le obligó a trabajar por cuatro perras, frustrando carrera literaria, prometedora por ser vocacional, excitó piedad indignada en el cuadro oyente, satisfecho al saber de conducta deleznable, detectada en veterano, adscrito a partido rival. Con intención de darle en las narices, ocupó al vástago relleno de cuartillas, con destino a publicación interna. Escuto el salario, a la espera de que la práctica, hiciese eclosionar al escritor, Ernesto lo aceptó, por permitirle estar donde debía, cuando debía.

Dispuesto a sacar provecho de su tiempo, se estudió el físico con ayuda de amigo, introducido en la modistería. Instalado en el estilo belle époque, interpretado en negro o blanco, lució cabello cortado a media oreja, desordenado y con raya en medio, haciendo de bufanda de seda blanca, larga y flotante, signo de identidad. Ataviado según convenía, pasó en el centro de trabajo cuantas horas le fue posible, sin atisbar dirigente, de los que salían en la prensa. Decidido a encontrarlos, realizó prudente pesquisa, averiguando las costumbres de la fauna. Anotados los locales que frecuentaban. Invirtió en sus barras los ingresos, acopiados en la madrugada, dedicando a los gerifaltes la mirada profundas y chispeantes, tan apreciada de la cliente. Avisados por chantajes y otros fracasos, no le hicieron maldito el caso, siendo excepción Manuel Pradería. En atardecer lánguido y falto de afecto, detectó la bandera levantada, lanzándose a la conquista de Ernesto.

De carnes fofas y caídas, pelo escaso, labios húmedos y cabeza tan pletórica de vanidad, como desamueblada, el tipo repelía a primera vista, sin mejorar con el trato. De no haber sido realmente importante, el chico no se hubiese molestado en vencer el rechazo que le producían unos brazos, en los que habría de dejarse caer, para conseguir porvenir. Apasionado el prócer pero barruntando la profesión oculta de su amor, a cambio de fidelidad le ofreció semana a semana, que le permitiese vivir con decoro. Pretextando enamoramiento, objetivamente injustificable, Ernesto rechazó lo que le pareció limosna, aludiendo al salario, percibido en el partido. Celebró Manuel coincidencia de siglas, que ignoraba. Y propuso al amante sinecura, junto a su persona. Saltó el astuto corazón del chico, pero repitió la negativa, aduciendo carencia de diplomas y experiencia. Como había previsto, el lunes fue requerido por la jefa de servicio.

- No lo entiendo, pero enhorabuena. Manuel te quiere en su servicio de prensa.

Se manifestó abrumado.

- ¡No soy licenciado!

- De eso no te ocupes. Tiene arreglo.

Adscrito al equipo del dirigente, no tardó en recibir título de periodista, con expediente adjunto, más que aceptable. Medianamente informado de la existencia de delito, conocido por falsedad en documento público, Ernesto inquirió en torno al riesgo, adjunto a la utilización del diploma.

- Ninguno. La gente estudia para hacer lo que estas haciendo. Cómo los haces, no es necesario que pierdas el tiempo, rompiéndote la cabeza. Los ordenadores tienen la ventaja de poder incluir lo que quieras, donde te da la gana. Y si el número se repite, ¡fue un error!.

Tras empararse de la forma y fondo, declarado políticamente correcto, garrapateó novela. Pasada por el corrector de estilo, no salió mejor ni peor que las demás, desprendiendo el conjunto ese barniz de bestialidad almibarada, que tanto gustaba a Pradería. Deseando promocionar al muchacho, remitió el manuscrito a jurado de premio literario, mereciendo el galardón, por ser el mejor recomendado. Integrado en la clase intelectual, adscrito a la rama de periodistas literatos, tuvo derecho a piso propio, en el barrio correspondiente, perdido por autor que cayó en desgracia, por cree que el éxito de ventas, le permitía escribir lo que le daba la gana. Ernesto hubiese sido enteramente feliz, de no estar obligado a padecer las caricias y fantasías de su protector, sin sospechar que pronto las echaría de menos.

Elecciones debidamente condicionadas, elevaron a Pradería a lugar de relumbrón. Temeroso de una

prensa, con tendencia a confundir ejercicio profesional y chantaje, espació los encuentros con su amante, haciendo temer al muchacho abandono prematuro, fatal para carrera en período de consolidación. Plantón inesperado, tras ausencia de tres semanas, le trajo el Perla a la memoria. En la noche regresó al pub. De no ser por la patina de desgarró y abandono, que acompaña a la decadencia, nada hubiese cambiado. El camarero no había envejecido, pero sí su chaqueta.

- Resérveme una butaca. A media altura.

- ¿Dice el señor? - inquirió el servidor, con voz blanca.

- Quiero bajar al espectáculo.

- ¿Espectáculo? - el rostro reflejó perplejidad. Ernesto se llevó el índice en la sien:

- ¡Páng! ¡páng!

El camarero no perdió la compostura.

- Lo siento señor, pero no entiendo.

Ernesto se armó de paciencia.

- ¿Recuerda a D. Claudio?. Si me mira bien, me reconocerá. Escribo y quiero inspirarme. Estuve el día que se mató Pelao.

El camarero lo entendía todo. Por eso puso cara de luna.

- El señor debe confundirse. Aquí nunca hubo espectáculo.

Ernesto señaló la pared del fondo.

- Se bajaba por una escalera de caracol. La puerta estaba ahí.

- Ruego al señor que me acompañe. Comprobará que no hay ninguna puerta.

Ernesto buscó la fisura, sin encontrarla. Golpeó la pared. No sonaba a hueco. Los clientes le miraban, como si estuviese loco. Abandonó, temiendo que le reconociesen.

Manuel Pradería se eclipsó, dejando corresponsalía en el Imperial, como regalo de despedida. De plantilla en la redacción, el agraciado olfateó el ambiente, descubriendo la conveniencia de cambiar los hábitos sexuales, para dedicarse a la directora, dueña de su destino. Nombrada en el marco de la cuota de mujeres - ejecutivo, declarada ideal en democracia, dirigía la empresa, sin más criterio que el dictado por sus impulsos. Obedeciendo a movimientos de simpatía o antipatía, declaraba sin ruborizarse, que de no funcionar la química con el autor, no le publicaba un texto ni le daba trabajo. Aquel arquetipo de la modernidad, que puso su yo por encima de la humanidad, se rindió fácilmente, entregándose a la vieja táctica de flores, miradas y suspiros. Conquistada la cama, Ernesto conquistó columna, diaria y bien situada. Enlazando adjetivos y tópicos, mereció a menudo el calificativo de sublime, por tener un arte especial para llenar su espacio, sin decir absolutamente nada.

Respetuoso del margen de una libertad vigilada, cuidó de decir y callar según debía. Instalado en confortable inmovilismo, pero enterado de que no avanzar, implica retroceder, repasó el entorno, en busca de nuevos horizontes. La oportunidad se llamaba Pablito Blanes. Autor de biografía del rey, ocuparía el primer lugar en las letras nacionales, cuando rematase la de la reina, que estaba escribiendo. Elaborada bajo la dirección de la biografiada, recogía anécdotas, dictadas a la grabadora, planificando el editor tirada a millones de ejemplares. Inundaría los confines alfabetizados del país, el día y la hora en que se iniciase campaña de prensa, abrumadora y sugestiva. Inevitable el éxito, pues las mejores plumas tenían preparado incensario de lujo, Blanes se sabía abocado a ocupar, en edad temprana, la primera vacante que se produjese en la academia.

Enterado de que el personaje se encontraba en el despacho de la jefa, donde entraba sin llamar, pues era quien dirigía, en verdad, la línea de la revista, indicando lo que se debía publicar o silenciar, así

como el tratamiento, adecuado a los temas, Ernesto entabló conversación bizantina con la recepcionista, justificando su permanencia en la ruta de salida del prócer, el tiempo que hiciese falta. Apenas entró en su ángulo de visión, le dedicó mirada sugerente, debidamente recogida, pues el personaje, olvidando cuidar su imagen de hombre sencillo y asequible, dejó colgado el saludo de la empleada. Al carecer el encuentro de continuidad, Ernesto investigó las aficiones del escritor. Enterado de su inclinación al sexo violento, como espectáculo, se encanalló en la sordidez de la periferia, haciéndose notar de Blanes desde la lejanía, por saberle celoso de las distancias que marcaba. Desesperaba de conseguir resultados, cuando se produjo el milagro.

- La jefa te llama.

Acudió a desgana. Sintiéndole alejado, Hortensia le convocaba, forzando citas tediosas que no podía eludir, sin arriesgar su columna. Encontrar a Blanes reinando en el despacho, le privó del habla.

- A Pablito le gusta tu estilo. Quiera que vayas por las tardes a su casa.

El semidiós tomó la palabra, usando un tono impersonal, que desmentía su mirada.

- Dicto a la grabadora. Necesito buenos transcritores. Hortensia te ha recomendado.

Aceptó porque el autor mentía. Evidente que la idea no surgió del cacúmen de la jefa, intuyó que no sería negro del montón. Iniciado la tarde siguiente, sufrió semanas grises, reducidos sus contactos con Blanes a breves entrevistas, estrictamente profesionales. El cambio cualitativo se produjo cierta tarde. Se debatía combinando perlas deslabazadas, en intento fallido de conseguir texto coherente, cuando el gran autor invadió el cubículo, que le asignaron por despacho. Sin mediar palabra, le beso en los labios. Desnudo en brazos de su valedor, Ernesto se sintió parachutado a la gloria y la fortuna. Bisexual, joven y potente, consiguió satisfacer plenamente a un hombre, tan pasivo en la creación, como en la cama. Pilotado por Blanes, conoció la amalgama de élites, que forman la élite por excelencia, subiendo a palacio con igual naturalidad, que se dejó deslizar a la sima de todas las cloacas. Blanes explicaba el periplo, transformándolo en teoría.

- Desearía que las fuentes de placer fuesen inacabables. ¡Pero no lo son!. Incluso los que no admitimos barreras, sabemos que degeneran irremediablemente, parando en el tedio. De ahí la necesidad de descubrir lo nuevo, antes de que lo viejo se diluya. ¡En la insensibilidad de la rutina!. Los idiotas que nos llaman desracionalizados, ignoran el despliegue de imaginación e inventiva, que hace posible el regreso a la animalidad primitiva. Ser Dorian Gray, Mister Hyde, Jack el Destripador, Casanova, Santo Tomás y Cicerone a la vez, ¡no es una broma!. ¡Y lo somos!. A veces me gustaría plantarme delante de esos pápanatas, para decirles: "el que hizo lo que tanto os espanta, ¡fui yo!. ¡El que admiráis!. No ese mediocre, que cargó con el muerto. Y añadir que me acompañaron fulano y mengano. Pero no lo haré. ¡No te preocupes!. Sé que no podrían entenderme. ¡Pedirían mi cabeza!.

Las relaciones de Blanes con Ernesto cambiaron. Insensiblemente, el placer del contacto directo, fue reemplazado por el indirecto, a través de tercero. Después lo encontraron en la contemplación. Enemigo del amor mercenario, Blanes nunca quiso contratar al objeto. Lo seducía de todas las edades. Apostado en las intermediaciones de escuelas e instalaciones deportivas, escogía impúberes de ambos sexos, amparado en la impunidad de la respetabilidad. Eterno burlador, cuando se agudizó su inclinación hacía los menores, se hizo autor de cuentos infantiles Considerado guía espiritual de la infancia, peroró en las escuelas, eligiendo a los oyentes más de su gusto, en el curso de la conferencia, para hacérselos servir a domicilio, por unos padres o maestros, ignorantes de que en lugar de aprender teoría de sapiencia y buenas costumbre, el ilustre autor iniciaba a los infantes, en el rito de la orgía. Pero no sólo disfrutaba Blanes de la juventud. Era frecuente que sedujese a las puertas del asilo, no dudando en combinar placeres, en la intimidad de su inmenso apartamento.

- Cada estado de ánimo tiene su edad. Y todas su incentivo. Hay días que necesito mezclar generaciones. ¡Me excita!. Es como jugar con el tiempo.

Ocultaba Ernesto su origen, temiendo chocar con ambiente, en que el vicio era puro refinamiento, hasta que un día confesó, casi sin darse cuenta, haber nacido en casa de metalúrgico. Blanes acogió la confidencia con naturalidad.

- Siempre lo supe. Cuando nos conocimos, hacías el amor como un proletario. Lo sé, porque he tenido a muchos. Pero nunca supe que cosa es un matrimonio de proletarios, sorprendido en su salsa. Me gustaría.

Habiendo conservado a la costumbre de visitar a los viejos, cuando no tenía nada mejor que hacer, Ernesto se ofreció a complacerle. Aceptada la propuesta, anunció a la madre que se presentaría a la hora del almuerzo, con un amigo.

- No hagas nada especial.

Digerían las alubias con ayuda de café y copa, cuando Blanes quiso quedarse a solas con el viejo. Ernesto expresó el deseo de ayudar a la madre en la fregadera, eclipsándose con oportunidad. Catalina aprovechó el aparte, para decir lo que pensaba.

- Ese amigo tuyo no me gusta.

- ¡Es una celebridad!. Se pasa la vida en palacio. Está haciendo una biografía de la reina.

- A mí me parece el Demonio. Le sale el infierno por los ojos.

- ¡Si no lo conoces!.

La madre arrugó los labios.

- Y a ti se te está poniendo la misma pinta. No te lo he dicho, pero tienes los malos pasos en la cara. ¡Y no es de hoy!.

Ernesto se inquietó, temiendo que Concha hablase por información, no por intuición. Por sí o por no, se hizo el inocente.

- ¡Pero mama!. ¡Que cosas tienes!

- ¡Lo que te digo!. ¡Que en esto no me equivoco!. ¡Hasta en la tele los descubro!. Lo que tendrías que hacer es apartarte. Más vale ser pobre, que andar metido en ciertas cosas. Si te empeñas en seguir, ¡tendrás mal fin!.

Se sintió tan incómodo que regresó a la sala, arriesgándose a disgustar a Blanes. Por fortuna no le interrumpió. Terminada la disección intelectual de su obrero, se aburría ostensiblemente. En el coche, se explayó.

- Tu padre no es. Pasó la vida persiguiendo la seguridad en la vejez. ¡Y perdió las dos cosas!. Tiene un pasado tan vacío como el presente. En cuanto al futuro, por cierto cortito, se apunta inmutable. Su recia humanidad es un resumen de renunciadas. ¡De cerros!. Tomó lo que le dieron, resignándose a no tener cuanto le negaban. Lo hizo con mansedumbre. Y no se le quebraron los sueños, porque nunca los tuvo. Parece un hombre, pero nunca pasó de animal doméstico.

Molesto por la definición, Ernesto quiso cobrarla.

- ¡Si supieses lo que dijo mi madre de tí!.

- ¡Cuenta!.

- Que pareces el Diablo.

Pablito sonrió, exhibiendo dentadura artísticamente imperfecta, obra del mejor dentista de Nueva York.

- No lo soy, pero no anda descaminada. Tendré que ocuparme de las mujeres de tu especie. Parecen intuitivas.

De rostro duro, rematado por una frente ligeramente abultada y desproporcionadamente grande,

sobre unos ojillos negros y astutos, que expresaban alternativamente deseos, rencor y excitación, pero jamás sentimientos, la fisonomía de Blanes le incluía en la especie que no soporta el bien, porque existe para disfrutar el mal que provoca.

- ¿Pensaste alguna vez por qué me interesaste?. - preguntó a bocajarro.

- Pues la verdad, ¡no!.

- Me pareciste un tipo puro. ¿Sabes lo que me apasiona realmente?

Ernesto negó. Nunca supo nada de los demás, porque sólo le interesaron por lo que pudiesen aportarle. Pablito confesó.

- ¡Iniciar!.

La mirada de Ernesto se ensombreció.

- Es decir, ¡qué ahueque!.

Indispensable protector para que se lograsen unas alas, que no habían terminado de crecer, sintió que se hundía con su carrera, demasiado visto para poder cambiarlo. Por fortuna, Pablito le tranquilizó.

- ¡Ni hablar!. Nunca encontré un compañero tan de mi gusto como tú. No lo sabes, pero pronto darás un paso importante.

Ernesto suspiró aliviado.

- ¿Cuándo y cómo?

- Cuando yo te diga. ¡Y cómo Él lo diga!

- ¿Quién es él?

Blanes no contestó. Bajar a los infiernos, para regresar llevándolos en el alma, había desarrollado, en el escritor, la afición a la intriga.

Los rojos dejaron de intranquilizar a doña Agustias. Asimilados a la monarquía funcional, ayudaban lealmente a neutralizar intelectos desviados, aportando técnicas, que permitían apartar a la sociedad, de cuanto pudiese espabilarla, solapadamente y soslayando prohibiciones escandalosas. Elaboradas a partir de estudio empírico, coincidían a la línea con las aplicadas por Goebbes, pero doña Agustias, que no leyó a Goebbels, no podía saberlo. Habitual de palacio, criticaba para sus adentros la campechanía del rey y la frialdad de la reina, lo que no le impedía perseguir el real favor. So pretexto de ganarlo, dio rienda suelta a inclinación natural, reprimida en otro tiempo por mal vista, frecuentando consultorios de parasicólogos, astrólogos y otros superdotados, capaces de adivinar el porvenir y hasta modificarlo. Persiguiendo calidad, los elegía reputados, con fama de aconsejar a testas coronadas, asombrándose cada vez que le recitaban las líneas maestras de su pasado, sin sospechar que al no ser excepción, el avisado psicólogo nato, que tenía en frente, había averiguado, en el curso de diálogo previo, en apariencia anodino, lo general de una vida vulgar, que condicionaba porvenir sin alteraciones. Encandilada por los aciertos, cayó en negarse a tomar decisión, sin consultarla con vidente.

Sacadas cuentas, averiguado que la finca podría garantizar el porvenir de una pareja, con ayuda de subvenciones europeas y otras prebendas, hasta que la ley natural pusiese a los componentes en posesión de su herencia, acordó reconstruir dehesa boyal, dividida por los oficiales de la corona, en tiempos de la desamortización, casando a su primogénito, futuro propietario de la Puta, con Casilda, hija de Garcés y Lola, poseedores de la Tiesa lindera. Consultado el tarot, en consultorio de adivino reputado, favorable el diagnóstico, organizó cena íntima, deseando explorar a los progenitores de la novia. Enunciado el supuesto, Lola se pronunció sin reservas.

- No me importaría nada, ¡pero es que nada!, qué mi hija se casase con Luis.

Equivocándose al considerar el momento propicio, Angustias informó al interesado.

- ¿Porque no vas a Extremadura?. Me han dicho que Casilda va la semana que viene.

- ¡¿A mí que me importa Casilda?!

La respuesta desarmó a la madre. Temiendo haber excitado el espíritu de contradicción, que albergan los jóvenes, pospuso la consecución del proyecto, ignorando que pese al vaticinio de su adivino, lo desabrido de la respuesta, dimanaba de la inoportunidad de la invitación. En aquellos días, Luis no hubiese abandonado Madrid, por nada del mundo. Fijada la noche de autos, para ejecutar la primera acción planificada de su comando, quería seguir in situ los efectos de iniciativa, sin precedente conocido. Besó a la madre de refilón, rumiando el miedo al fracaso.

El jefe que aportaba fondos, piso, protección e ideas, fue saludado por tropa cuadrada, brazo en alto. Respondió alzando la diestra con desmayo, imitando al Hitler de los viejos documentales. Repantingados en el sofá, whisky en mano, Carlos y Miguel no se movieron. Simples oficiales por razones ajenas a su voluntad, aceptaban de mal gana la promoción Luis, en su opinión inmerecida. Sabiendo el respeto que merecía el valor personal, el jefe hizo alarde en un aparte.

- Tengo una desagradable sensación de Capitán Araña.

Miguel arrugó los labios, displicente.

- ¡No seas imbécil!. La gente que piensa no se pringa. Hasta en la guerra los mandos se ponen a resguardo. Porque soldados se encuentran a patadas. Pero un jefe no es fácil reemplazarlo.

Luis se sintió inseguro.

- El tipo es fuerte. ¿Seremos bastantes?.

- A diez por uno no, no hay salida.

Se repartieron bates, cadenas y puños americanos. No llevaron armas de fuego, porque la acción debía parecer improvisada. Y el resultado involuntario. Las navajas, escondidas en la bota, se sacarían en caso de necesidad. Carlos opinó que debían llevarlas.

- No hay quien se pare con nosotros. Si alguien asoma, viendo de que va se quitará del medio, porque nos temen. Si alguno se acerca, que no creo, ¡garrotazo y en paz!. Y sí son muchos, ¡con abrírnos! Cada cual por su lado. ¡Que juntos nos encuentran!

Luis desplegó un plano

- Las motos las dejáis en la plazoleta. Vosotros agazapados os en los portales. Que no os vean. Estaremos aquí. En el bar que hace esquina. Cuando pase el relevo, silbaremos. El negro bajará en esta dirección. Le acorraláis. ¡Y a pegar!. Hasta que se le salgan los sesos. Después a las motos. ¡Y fuera!.

Esnifaron antes de salir. Cuestión de darse ánimos.

Dejaron los coches en el parking. Camellos, prostitutas y noctámbulos en general, surgían de las bocacalles, ocupando posiciones en la amplia avenida. Temprana la hora y separados los sexos, aun no estaba sembrada la acera de litronas vacía, que quedarían sobre el cemento hasta que pasasen los basureros de madrugada, si no las olvidaban. Vadearon la movida, que se apelotonaba a la entrada de Leganitos. Pasados los bares, la calle se vació. Un guardia soñoliento, a la puerta de comisaría, parecía aguardar al denunciante intempestivo. En el bar, que acaba de abrir, no había un alma. Era de retirada. Pidieron bebidas largas. Luis pagó antes de consumirlas. Hacerse recordar por haber dejado una deuda, sí tenían que salir por pies, era estúpido. Verificaron que desde la puerta, se veía el garaje. Sonaron las motos. Miguel asomó, verificando que todo estaba en orden. El relevo subía la calle. Llevaba el bocadillo y el termo en cartera de ejecutivo. No le gustaba parecer un don nadie. Miguel silbó. Compases de la Marcha Real, su canción preferida. Chirrido de puerta metálica. Risas. Saludos. El negro cantineaba sintiéndose feliz, porque le había nacido un hijo. Tres

encapuchados le cortaron el paso. Giró sobre sí mismo. Otros tres le cortaban la retirada. Un bate le abrió la cabeza, sin darle tiempo a gritar. El golpe sordo penetró en las viviendas. Se abrieron ventanas, cerrándose de inmediato. Luis imaginó a los vecinos temblando, la nariz pegada al cristal, para no perder detalle. Daba igual. Si les preguntaban al día siguiente, jurarían que no vieron nada. Un balcón se abrió con estrépito.

- ¡Asesinos! - la voz era de mujer.

- ¡Putas! - contestaron de abajo.

- ¡Cabrones asesinos!

- ¡Te callas o té jodo!

La carne rota amortiguaba los golpes. Miguel temió que los gritos llegasen a comisaría. Volvió a silbar. Las motos arrancaron. Abandonados los vasos sobre el mostrador, se alejaron aparentando tranquilidad.

- A esa habrá que ajustarle las tuercas.

El coche de policía les adelantó. Acortaron el paso. Cuando llegaron, los guardias rodeaban el cuerpo. La voz anónima, en zapatillas y en bata, explicaba lo que había visto, ofreciéndose como testigo. Luis se agachó. La masa encefálica se derramaba sobre la acera. El negro estaba debidamente muerto.

- ¿Es usted médico?

Mintió con descaro.

- No. ATS.

- Esto es puro terrorismo, ¡con ensañamiento! -, repetía la muchacha. El policía habló fríamente.

- El terrorismo es el de los vascos. Y esto no es más que una gamberrada - Se dirigió a Carlos - ¿vieron algo?.

- Nada. Estábamos en el bar.

No les hicieron más preguntas. La muerte de un tipo de color, es suceso trivial.

Los chicos se encaminaron a la Gran Vía.

- ¿Vas a dar el pésame?. - preguntó Luis. Carlos afirmó.

- Entre esa gente queda mucho que hacer.

- ¿Podemos acompañarte?.

- Uno sí. Dos sería sospecho

Entraron en el piso con la lagrima puesta. La viuda abrazó a Carlos.

- ¡No sabes cuanto lo ha sentido! - exclamó el citado, con hipocresía que rayaba en la esquizofrenia. Hechas las presentaciones, Luis se manifestó indignado, por no quedarse atrás.

- ¡No sé que diablos hace la policía!

- Las cosas iban demasiado bien. ¡Algo tenía que pasar!.

Carlos se interesó por el futuro.

- ¿Y ahora?

- Todo seguirá igual. Como si estuviese.

La mirada perdida de Manuela, reveló que no sabía como hacerlo.

Carlos insistió.

- Si puedo ayudarte... Le admiraba tanto...

Dio treinta mil pesetas. La viuda no quiso cogerlas, pero una vecina intervino.

- ¿Para que están los amigos?. Te hacen falta y estos no pasan necesidad.

Salieron entre muestras de amistad y gratitud. Luis se felicitó por el acierto. Gentes de todas las razas, incluida la blanca, lloraban al muerto. Su popularidad era peligrosa.

- ¿Que te ha parecido? - inquirió Carlos

- ¿Que?

- ¿Que va a ser? ¡La viuda!

- Lo que dijiste. ¡Cómo un tren!

- ¡Un tren en el que pienso montar!

- ¡Tu estas mal!. De quien tenemos que ocuparnos es de la gritona. No me gustan los traidores.

- Me informé y más vale dejarlo. Es de gente que no se deja buscar las cosquillas.

Hubo acusación privada. El poder hizo como que buscaba. Y los terroristas del sistema se esfumaron. Tras dar la noticia, porque no quedó más remedio, la prensa se hundió en el silencio sepulcral, en que se entierran las cuestiones enojosas. Pero había pasado el tiempo en que la gente dejaba de hablar, de lo que no aparecía en letras de molde. Las voces continuaron y la Asociación pro Dignidad del Inmigrante, cuadruplicó el número de socios en una semana. Al continuar su crecimiento en las siguientes, la tendencia alarmó a la camarilla.

- Si fuese una ONG paternalista o refugio de avispados, de los que se forran al paio de las catástrofes, no tendría importancia. Pero estos no hablan de caridad. Se han aprendido la Carta de los Derecho Humanos. ¡Y la usan!

Ignacio no ignoraba las andanzas del hijo. Tampoco César del suyo.

- Confieso que no me gustan los negros. ¡Y menos los moros!. A la gente tampoco. Pero quieren los echemos con guante blanco. ¡Como si fuese posible!

Ignacio se manifestó realista.

- Sin embargo, con algunos tenemos que tragar. Tenemos cuota y hacen falta. Sin moros, tendría que quitar las ovejas. No se encuentra un pastor.

Marco Tulio habló de la calle.

- Pero están los otros. Camellos, prostitutas... ¡Como si no criásemos bastantes!

- Tendríamos que seleccionar. El que trabaje donde hace falta, por lo que le damos, ¡que se quede!. Pero los otros, ¡fuera!

Aun siendo maestro en pucherazos, Gerardo temía a las urnas. En el fondo, le debía cuanto era.

- Aquí, controlamos. Pero la Asociación toca teclas. Fuera saca lo que le da la gana. Y tenemos que terminar por decirlo. Lo de los tipos flipados nos ha costado un proceso, una pasta gansa en periodistas, que nos lavasen la cara. ¡Y tuvimos que cantarlo!. A muchos les hizo maldita la gracia. Y se rumorea que las pateras se hundan con demasiada facilidad. De no haber enredado ese Amin, no se hablaría de estas cosas.

Marco Tulio dejó entrever su primera preocupación.

- Lo peor es que empiezan a llamarnos fascistas. Y Europa es como es. De repartirnos cargos y tomarnos por modelo, puede pasar a llenarnos de fango. Así que los chicos, ¡en casa!

Ignacio se defendió atacando.

- Si no fuese por ellos, no habría quien anduviese por la calle. Sabes lo que limpian. Y lo que limpiarán a su hora. En mi opinión, lo de ese Amin, era necesario.

Germán agachó la cabeza. Le daba miedo lo que iba a decir.

- Tengo a la opinión soliviantada, porque era un tipo popular. Necesitaría que encerrasen un par de ellos. De los de base, ¡naturalmente!.

Ignacio le miró como si estuviese loco.

- ¿Meter en la cárcel a un rapado?. ¡Lo que faltaba!. Están acostumbrados a tener protección. Si falla, cantan a la primera. ¿Quieres nuestros apellidos en danza?. La calle tiene el perfil del facha que nos interesa. Chicos de clase media tirando a baja, violentos y con un melón por cabeza. Si aparecen hijos de políticos, de magistrados, de gente de dinero y de título, llegarán a la conclusión de que no es respetable lo que respetan. Y todos seremos matones. En potencia cuando menos.

Gerardo se resignó.

- ¡Bien!. No hagáis nada. Pero la etiqueta de fascista no es buena.

César perdió la calma.

- ¡Que fascismo ni que leches!. Les educamos para mandar. Y el que manda tiene que saber aplicar la violencia. Porque si no la usa cuando debe, se irá al carajo. Si lo miramos bien, somos violentos de enésima generación. ¡No se nos va a quitar de la noche a la mañana!. ¡Ni debe!. Hay ocasiones en que al rey y la patria, se les defiende con la violencia.

Menas Albas recordó viejas palabras.

- Se decía que los españoles, buenos cristianos, no eran racistas. Y yo me decía que lo veríamos, cuando tuviésemos en casa gente de color. ¡Lo estamos viendo!.

Pablito Blanes, aspirante perpetuo al ascenso en lo que fuese, dio su primer patinazo.

- Conviene frenarlos, ¡pero por las buenas!. Pienso que una campaña en negativo, sería eficaz. Al español le gusta vituperar al otro, pero detesta ser criticado, aun en caso de haber hecho aquello que condena. Conozco a estos chicos. Por eso estoy de acuerdo con César. Usan símbolos fascistas, tienen una vaga idea de lo que paso en los cuarenta, pero de ideología, ¡están tiesos!. Hacen lo que hacen, porque les sobra adrenalina, saben que no tendrá consecuencias y se siente superhombres, machacando a un tío entre no sé cuántos. Si les avergonzamos, echándole en cara su cobardía evidente, a más de publicar que les gusta arrear, porque nacieron con defecto de fabrica, no enmendado por sus padres, se tranquilizarán, porque el qué dirán les importa. Y de uno en uno, no se atreven.

En el rostro de Menas Albas, bailó una sonrisa maliciosa.

- ¡Muchacho! ¿No sabes que todo vicio se convierte en virtud, si lo consiente un rey?

- ¿Y eso? - preguntó Pablito, sin comprender.

Marco Tulio replicó secamente.

- ¡Que no habrá campaña!.

Bajando la escalinata, Cesar susurró al oído de Ignacio.

- ¿Que locura le ha entrado a tu chico?. Me lo encontré con la cabeza como un queso.

El interpelado replicó sin cortarse.

- El tuyo le llevó a su peluquería.

Carlos estuvo perdido un mes. Al no figurar la lectura de la prensa entre los hábitos del grupo, apareció blandiendo un periódico atrasado. La foto de la viuda de Amin, cubría un cuarto de página. Miguel lo apartó de un manotazo.

- ¡Esta tía me carga!

- ¡Lee! - imperativo el mandato, el interpelado resumió en voz alta - Dicen que la viuda de Amin apareció muerta en la Casa de Campo. Alguien le aplastó la cabeza con una piedra. La encontraron a su lado, manchada de sangre. Lo importante es que le encontraron caballo. Así que lo de Amin ha quedado en ajuste de cuentas y la Asociación en tapadera. Han cerrado el chiringo.

Luis apuntó al cielo con el pulgar.

- ¡Problema resuelto!. ¡Acertamos!.

Carlos se sintió defraudado. Esperaba felicitaciones.

- ¿Pero es que no lo entendéis?. ¡Me subí al tren!. La embarqué con el cuento de que nos esperaba el ministro. Cuando enfilé la Casa de Campo, preguntó por qué me metía por allí. Le dije que era el mejor camino para no coger atascos. Y tragó. En un descampado le metí el cuento de la avería. Tenía el pico preparado. Fue coser y cantar.

Luis balanceó la cabeza.

- No es buen sitio. Hay gente agazapada por todas partes. Yo que tu, me andaría con cuidado.

- Por eso me fui a la finca. Temía por la prensa. Pero ni caso.

- La bofia es lo que debía preocuparte.

Carlos se echo a reír.

- ¡Tu estás loco!. ¿Crees que lo hice sin que lo supiesen?.

Los que conocían a Manuela no tragaron. Pero los envidiosos de todos los valores, prestaron fe a la información escrita, satisfechos al poder calificar lo real de apariencias. Pero las putas y travestís, llamados a prestar testimonio, no se manifestaron cooperadores.

- Nunca venía por aquí. Nos chocó verla con ese Carlos. Hay que estar canino para darle un servicio. Es un animal.

Una negra se presentó voluntariamente.

- Lo vi tan raro, que apunté la matricula.

Al comisario le asombró la soltura de lengua manifestada por colectivos, que ante uniforme olvidaban hasta su nombre. Probado que el acompañante de Manuela era el hijo de don César Miranda Blanco, se dio por bueno lo averiguado y carpetazo al asunto. El comisario consultó la ficha del chico, por pura curiosidad. Matón de calle a los quince años, en el presente pertenecía a la dirección de comando, que practicaba sano terrorismo de derechas. Bastó media docena de artículos difamatorios, para que los difuntos quedasen relegados a los bajos fondos, sin que sus colaboradores pudiesen impedirlo. En los medios no había espacio ni micro, para quien pretendiese, pruebas en mano, restablecer la verdad sobre la vida y sacrificio, del matrimonio Amin.

Capítulo 7º

El hedor de los cadáveres definitivamente archivados, escapaba de comisarías y juzgados, invadiendo al país, sin que el país lo notase. En la prensa y en lugar de honor, aparecían instigadores si no autores de crímenes, aberrantes por absurdos, encarnando esa respetabilidad, que dimana del poder, cualquiera que fuese su origen. Partiendo de principio de que la mancha caída sobre un prócer, destiñe sobre todos los próceres, arriesgando la estabilidad del sistema, al poner en entredicho la imagen de su clase rectora, del policía más insignificante, al más sesudo de los jueces, fueron advertidos que caso de topar con personaje, enredado en cuestión escabrosa, abandonasen la línea de investigación, cuidando de borrar las huellas. Convencido de que el silencio acabaría por reventar, llenándolo todo de sangre y mierda, pero sometido a sus superiores, porque tenía que comer, el comisario obedecía, fabricando y destruyendo pruebas, a indicación de sus superiores, en

defensa de una paz, que apestaba a cementerio. Para eludir la alarma social, se ponía sordina al crimen, quedando en libertad el criminal. Y la sociedad se alarmaba, porque al quedar impune el crimen, la vida del ciudadano de común, carecía de valor.

- Lo malo es que se sabe. ¡Naturalmente aumentado!. La sociedad huele al pez gordo. Y se siente gobernada por los encubridores del asesino. O por sus cómplices.

- Yo diría que por los asesinos in person - rezongó el cabo. El comisario continuó, como si no le hubiese oído.

- Tienen tanto miedo, que no se atreven a replicar a los políticos, ni aún de tercera fila. No a los magistrados. La gente del estado, en general, nos produce pavor. Pero es un pavor que rumia el desquite.

Álvarez dio un puñetazo en la mesa.

- Ellos rumian. ¡Y nosotros tragamos!. Sabemos, nos obligan callar. ¡Y nos convertimos en cómplices!. ¡Por un sueldo de mierda!.

El comisario asintió.

- Te entiendo. Pero los que vienen detrás, serán peores. Hoy cumplimos a medias y algunos se salvan. Los que educa el sistema no dejarán resquicio, porque son robots. Cuando desembarquen, ¡harán un verdadero infierno con todo esto!.

Su compañero e inferior, asintió con tristeza.

- La primera vez que me encargaron una guarrada, se molestaron en convencerme, jurando que sería la última. Ahora si no cedo a la primera, me amenazan, porque se han crecido. Pero no cambian el disco. Al principio asustaban con la guerra civil. Ahora con la desestabilización. ¡Como si valiese la pena estabilizar esta mierda!.

- Aquí el único miedo que hay, es el que tienen los políticos a perder la maula. Y el de la gente a los caprichos de los políticos.

Martínez, que aun se creía policía de cine, apareció radiante.

- Jefe, ¡traigo información de puta madre!.

- Si es de la viuda, ¡te la comes!.

- Pues si... la vecina me dijo que el tal Carlos era amigo del matrimonio. Que aquel día se quedó con el chiquillo, porque se llevo a la madre. Iban a ver al ministro.

- Lo sé. Pero tu no sabes de quien es hijo el tal Carlos.

- Sí. De don César. Precisamente estuve en una de sus fincas. El guarda, que está hasta el pelo, contó un montón de cosas. Estos bárbaros se entrenan con fuego real. Y hasta con blancos reales. Sueltan negros y pedigüeños. Les corren por las breñas, hasta que se los cargan. Unas veces los entierran y otras llaman a la Guardia Civil, para que los recoja. Cuentan que entraron a robar, pegando tiros. Y como hay testigos de sobra, cuela. También organizan juergas. De las que duran tres días. De lo que pasa en la casa no se sabe, porque los señores les tienen prohibido acercarse. Pero la mujer limpia. Y a veces encuentra manchas de sangre.

- ¿Se lo ha contado a la Guardia Civil?.

- No se atreve. Yo me hice pasar por periodista.

El cabo alzó los ojos al cielo.

- Solo falta que encuentren un cuerpo. Y que el dueño de la finca viva en el barrio.

- Más fácil será que viva en el de la comisario Ramos.

El joven policía le miró asombrado.

- ¿Allí?. ¡No hay más que gente bien!

La mirada del cabo se hizo soñadora.

- De no haber pasado lo que pasó, hoy sería comisario... ¡Hace años de esto!. Estábamos al principio del cambio, cuando empezaron a salir muertos por ahí, ¡qué esto va por rachas!. Críos y chicas jóvenes. No tenían los medios de ahora para suprimirlos. Ni andaba tan listos. Un día me olí que la cosa estaba en el barrio. Me creí el cuento de la democracia, y cite a D. Matías Verderales, el suegro de don Cesar. El viejo vivía en el palacete, que está cerca de la comisaría de la Ramos. Como no se aclaraba, pedí una orden de registro. El juez me la dio. ¡Hoy sería imposible!. Encontré una panoplia de instrumentos de tortura. Contó que eran de colección, pero sacamos otra igual del caserón de la finca. Perdió la calma y acusó a los vecinos, con pelos y señales, porque unas chavalas aparecieron al otro lado de la linde. Si no llegan a topar con un forense honrado, ¡se las lían!. Descubrió que las habían enterrado en dos sitios. La tierra del primero era la que había en un jardincillo, que estaba junto a la casa de D. Matías. Pasó el asunto al juez que tocaba. Me quitó el caso y se lo dio Martínez. Hoy es un pez gordo, pero entonces no era nadie. Encontró un par de tontilocos en el pueblo. Y lo resolvió en una semana. En la vida he visto confesión más completa y contradictoria. En su estupidez, contaron que mataron a las chicas, porque se les fue la olla al oírles gritar, cuando empezaron a reventarles los ojos. Me pareció tal gilipollez, que me las arreglé para interrogarles. Estaban en el limbo. Se lo conté a un amigo periodista, cuando los periódicos armaban el cirio con el caso. Bastó que apuntase al grupo del Conde de los Ríos, para que se olvidasen del caso, callando como putas. A los tontos los metieron en el manicomio. Y yo tuve que meterme en los Gal, por no perder el uniforme. Así que haz lo que te digo. Tu informe, ¡a la papelería!

En sus tiempos de calle, María Ramos aprendió que en los burdeles de carretera, había tráfico de mujeres, menores que sabían más que los ratones colorados, y clientes que se ponían al volante con copas. Pero si alguno se moría, era de muerte natural. O por haberse metido en bronca. Tuvo que habérsela con violadores. Y se encontró con descerebrados, que de haber aprendido en la escuela a dominar sus instintos, no se les hubiese pasado por la cabeza forzar a nadie. Tipos que si mataban, no lo hacían por sadismo. Perdido el miedo a ese Dios, que todo lo sabe, mataban porque se lo tenían a una policía, que podía ser engañada. En poco tiempo, Ramos aprendió que los pobres delinquían, porque quería dejar de serlo o por un arrebato. Y los ricos por ambición o aburrimiento. Los muertos aparecían en cualquier parte, pero aquellos crímenes elaborados, no tenían por escenario tugurios ni cabañas. Sentir placer, causando daño o contemplando el dolor ajeno, es sensación que no se improvisa. Para sentirlo, hay que arrastrar generaciones de tarados, por el ejercicio de la crueldad.

Los más de aquellos crímenes no transcendían. Peligrosos por haber sensibilizado a la opinión, de no haber indiscretos que los aireasen, no transcendían al público. Este silencio en torno a crímenes, particularmente aberrantes, intrigó a los del cuerpo. Los comentaban, siendo muchos los policías que recopilaban datos, esperando que algún día les dejasen actuar. De haber sabido sus superiores que Ramos poseía archivo a domicilio, reuniendo millones de datos sobre sucesos escandalosos, abocados a terminar archivados o con chivo expiatorio en el banquillo, que calmase unos ánimos encrespado, no la hubiesen designado primera mujer comisario en la capital, aireando preparación y hoja de servicios, que justificaban plenamente el paso adelante, en la integración de la mujer. Sabido que entre hombres y por escalafón, el mediocre accede a brillante carrera, sin dejar de serlo, sucede la mujer, de no mediar protector enamorado, ha de promocionarse a fuerza tesón e inteligencia. Temiendo el Jefe Superior, que Ramos la tuviese peligrosamente despierta, la convocó en su despacho, para adiestrarla en discreción.

- Su expediente es impecable. Universitaria, brillante en la escuela, ha pasado con éxito por comisarías conflictivas. Como no queremos que le amarguen la vida, le hemos asignado un barrio tranquilo... Los delincuentes que residen, que los hay, no son carne comisaría. ¡Usted me entiende! - una risita cómplice, subrayó el concepto -. Sabiéndola consciente del precio político de la alarma

social, supongo que sabrá evitarla.

María asintió.

- Si el culpable no responde al perfil políticamente correcto del delincuente, debo dejarle en la calle. Y si lo exige una opinión alterada, encontrar culpable que responda al arquetipo, para sentarlo en el banquillo.

El prócer no detectó la ironía.

- ¡Exacto!. ¡Y con la conciencia tranquila!. El espectáculo termina a las puertas de la cárcel. Olvidado, si el condenado se muestra colaborador saldrá como entró, beneficiándose de compensación económica. Muchos presos en primer grado, están en su casa. Le confieso que son utilísimos. Como no quieren volver, informan de lo que se les pide. Y cargan con cualquier muerto.

María adivinó donde iba el jefe. Y quemó etapas.

- En mi zona, sólo me preocupa el rapto. Hay chavales que desaparecen. Por dinero, si los padres lo tienen. Para recuperarlos, la rapidez es primordial. Si me sucediese, quisiera tener la seguridad de que los mandamientos que solicite, me serán remitidos con la celeridad debida. Y que la televisión difundirá su imagen de inmediato.

El Jefe Superior rió en blanco.

- ¡¿Por qué le iba a suceder?!. Pero volvamos a lo nuestro. ¿Imagina hasta que punto puede ser nocivo acusar de actos horribles, a determinadas personas?. ¿Mide las consecuencias que tendría contemplar a un alto personaje, convicto si no confeso, de haber perpetrado lo que hasta un delincuente reprueba?. El vulgo cambiaría su idea de asesino. ¡Los vería en los pilares de nuestra sociedad!.

- Heras, el financiero amigos del rey, doctor honoris causa, ex ministro y no sé cuantas cosas más, está en la cárcel. No por eso la gente considera ladrones a todos los financieros. Ni a todos los doctores honoris causa.

El Jefe Superior agitó el aire con la diestra.

- ¡Cierto!. Por la cárcel han pasado personas tan conocidas como Brioso, socio de Javier Albariza, jueces, políticos, militares... Pero convendrá conmigo en que estos hechos tuvieron consecuencias. La gente ha perdido el entusiasmo. Yo diría que hasta la confianza. A nadie se le oculta que de haber podido presentarse un partido, contrario al sistema, en igualdad publicitaria con los institucionales, ¡habría barrido!. La policía es un cuerpo del estado. ¡No debe contribuir a semejante cosa!. ¿Entiende?.

- Perfectamente. Un policía no está para reprimir el delito. Existe para evitar la alarma social.

El gran jefe no quiso detectar la impertinencia.

- ¡Veamos el problema desde otro ángulo!. En determinados casos, hay que ser comprensivo. Los hombres cargados de responsabilidades, viven sometidos a una presión sobrehumana. En especial aquellos que no heredaron el hábito de la responsabilidad. Sea porque descenden de familia, cuyos miembros hicieron siempre lo que les dio la gana, sea porque no tuvieron oportunidad de aprender, cuando se les viene encima, les produce un estrés singular. La adrenalina se acumula y hacen lo que nunca hubiesen hecho. Cosas que el hombre de la calle no puede asimilar. Los cátaros, ¡qué eran sabios!, declaraban a su elite libre de culpa. Debemos imitarles. Dando por sentado que los grandes no delinquen, disfrutaremos de paz social envidiable ¿Me sigue?.

María asintió con un gesto. El jefe continuó.

- Las drogas, en general, están prohibidas. Y su consumo perseguido. Pero hay ciertas personas que saben controlarlas. Bien administradas les despejan, prestándoles la energía indispensable, para desarrollar una actividad intelectual sobrehumana. En cuanto al sexo, ¿qué quiere que le diga?. Es

su válvula de escape. ¡Le letrina de sus inquietudes!. Por eso no hay que culparles, si caen en determinadas desviaciones. Mi consejo es que de llegar a sus oídos detalles íntimos, tenga la delicadeza de no enterarse. ¿Me comprende?.

María asintió, con cara de poker. El gran jefe carraspeó.

- No quiero que salga de aquí con la sensación de que le aconsejo lenidad. Para que me entienda, le explicaré como se desarrollan determinadas tendencias, según los psicólogos, ¡naturalmente!. Hombres sometidos a todas las presiones, pero todo hay que decirlo, ¡a todos los aduladores!, escapan al mundo real. Un día realizan que someter a un semejante, les produce placer, porque les permite materializar un poder, que ejercen sobre ese ente abstracto, llamado pueblo. Iniciados en esta forma de placer, pueden llegar a la guerra inútil o al crimen. Viene a ser lo mismo. En cualquier caso, es camino sin retorno. Podríamos ponerlos en la picota. Pero no ganaríamos nada, porque quien ocupase su lugar, caería en lo mismo. Se dice que en tiempos fuimos fieras. Por eso el que prueba la sangre, ¡quiere más!. Si caen los hombres y mujeres, llamados a velar por todos los hombres y todas las familias, hemos de respetarlos, porque si la sociedad pierde la confianza en el aparato, nos hundiríamos en el desorden. Al ser nuestro primer deber proteger a la sociedad, hemos de saber discernir lo que debe saber, de lo que conviene ocultarle. Es fácil colegir el caos que se produciría, si algunas cosas se supiesen. Y si algo no se puede remediar, porque el instinto, cuando se desboca, es imparable, nuestra obligación es ocultarlo. En cuanto a la prensa, le aconsejo prudencia. Los que cometen ciertas atrocidades, son enfermos ocasionales, ¡pero enfermos!. Si les hacemos sentirse despreciados, podría suceder cualquier cosa. Unos se derrumbarían. Otros arremeterían contra los deslenguados. Y le aseguro que tienen medios. Sería aconsejable no hacer referencia a ciertos pecados. O vicios, si prefiere. ¿Para que provocar dolor o rabia en unos individuos, de los que no podemos prescindir?. Personalmente, procuro que los medios eludan ciertos temas. ¿Que esto marcha mal?. ¡No cabe duda!. Pero podría ir peor.

María sonrió con tristeza.

- Para ser sincera, había oído todo esto.

La boca del Jefe Superior se abrió. No esperaba que una vulgar inspectora, estuviese enterada de la instrucciones secretas.

- Entonces usted ...

- Los escoltas oyen muchas cosas. Y las comentan.

El jefe la despidió con sonrisa forzada.

- Por su bien y el de todos, espero que comprenda.

María tomó posesión al día siguiente. Interesada por palacete con jardín, ubicado a tres manzanas de la comisaría, hurgó entre papeles, dando con informe confidencial, sobre la muerte de los Condes de los Ríos, ocurrida hacía ocho años. De no haber amanecido difuntos la misma mañana, cada uno en su habitación, el juez se hubiese abstenido de ordenar la autopsia. Y el comisario de relatar los hechos por escrito. Encontraron huellas de coca, de primera calidad, pero no de veneno ni de enfermedad. Que dos corazones se parasen al unísono, sin causa aparente, aconsejó tomar declaración al servicio, formado por matrimonio, que ejercían de cocinera y chofer, ayuda de cámara homoxesual y mulata indocumentada, originaria de Cabo Verde. A una voz, describieron el jueves, que precedió al hallazgo, como otro cualquiera. Los hijos que vivían en Madrid, almorzaron en la casa, con el nieto. Se marcharon a eso de los cuatro. Los padres cenaron y se acostaron a su hora. La mulata, que subía los desayunos, los encontró muertos, avisando el chofer al primogénito, que apenas llegó, mandó llamar a la policía. No habiendo registrado anomalías, el juez mandó archivar el caso, añadiendo el comisario, en nota marginal, que el hijo despidió al servicio, cerrando la casa. En cuanto a la mulata se esfumó, temiendo ser repatriada.

Borrachos de estadísticas, los rectores de la política nacional, no tomaron conciencia de su impopularidad y ni del hastío, que provocaban en la sociedad, hasta que la abstención y el voto en

blanco, superaron al contabilizable. Considerando la gravedad de rechazo, que afectaba a la clase en su conjunto, acordando en consenso de urgencia recortar la abstención, rellenando las urnas, sin alterar el reparto proporcional de cargos, que conferían a cada partido, los escasos votos emitidos. Pasado el susto con éxito, pues la calle no se enteró del chanchullo, aplicaron el principio de declarar inexistente lo ignorado. Y cada cual venteó lo la victoria, que lo fue para todos, gracias al alto índice de participación. Los miembros de la camarilla, más experimentados, por conservar memoria histórica, consideraron de urgencia reunirse, para meditar en torno a situación, que por mucho que se negase podría imponerse, dando al traste con el régimen. Apuntó Javier, aplaudido por Marco Tulio, la idea de hacer el voto obligatorio, esgrimiendo el precedente de Bélgica. Y los más sensatos de los reunidos, se llevaron las manos a la cabeza, porque ni Franco, que también convocaba elecciones, se había atrevido a semejante cosa, pero sobre todo porque la cosecha de votos en blanco, daría al traste y definitivamente, con la escasa autoridad, que aún se reconocía a los partidos.

- ¡Pues vosotros diréis!. Nos guste o no, lo cierto es que nos dan la espalda.

Ubaldo se encogió de hombros.

- ¿Y eso que importa?. ¡Con hacer de los ausentes presentes!. Si los presionamos un día se cansaran. Y entrarán por el aro.

Ignacio se alarmó. Hacía demasiado tiempo que estaba en el barco, para poder bajarse.

- Para entonces se habrán dado cuenta. Por muy firmes que se pongan los políticos, sabrán que no representan ni al gato. Perderán el respeto al gobierno, le pedirán lo que no puede ni debe dar. ¡Y terminarían corriéndonos a todos!. Porque cuando la situación es de golpe de estado, alguien termina por darlo. ¡Y no precisamente de guardarrropía!.

Menas Albas, visiblemente en las últimas, dejó escapar el vozarrón cascado, que conservó hasta su muerte.

- Nunca se arregló un efecto, sin querer ver las causas. ¡Y es lo que estáis haciendo!. Partís del principio de que a la gente, que nunca tendrá poder, sólo le interesa poseer, darle gusto al cuerpo, emocionarse con el deporte o babear contemplando esas barbaridades, de sexo y violencia, que le pone en televisión o puede buscar en internet. Hay gente así, ¡qué duda cabe!. Para empezar casi todos los políticos y los que les sirven. ¡Por si cae algo!. Pero la mayoría es diferentes. Aunque no se lo demos, porque nos hemos empeñado en vaciarlas, necesitan pasto para la cabeza, cómo decía uno del pueblo. ¡Y lo echan en falta!. Si algo está claro, es que eso de los cerebros clónicos, ¡no pirula!. ¿Qué por ahora tragan con el dirigismo?. A medias y mientras teman lo peor. Pero cuando consideren que ha llegado, porque suba la más de lo que debe, o porque nos pasamos, quizá en una memez, pero una memez que les importa, mi consejo es que echéis a correr. Y lo más deprisa posible. Porque no os salva ni la lobotomía mediática. Pareció que hacía efecto, porque los lameculos la asumieron ¡y hasta se la hicieron!. Y los que son incapaces de pensar, repiten lo que oyen, sobre todo si se les machaca, porque no saben hacer otra cosa. Pero la mayoría, aunque sea poco, ¡piensa!. Se ha dado cuenta. ¡Y ha cerrado la conexión!. Os confieso que me alegro. A fuerza de meterles estupideces y mentiras en la cabeza, estabais haciéndole incapaces de asimilar un mensaje sensato. De haber salido bien lo que empezasteis, es posible que nos dejasen en paz, mientras se comían los unos a los otros. Pero más tarde o más temprano, terminarían por saltarnos al cuello. Confieso que me alegro de estar al final del trayecto. Si sale lo que os proponéis, que por lo que yo diga no vais a renunciar, tendré que vivir entre racionales, que sólo desea consumir, joder y contemplarse. En sí mismos o en sus crías. Y si no sale, ¡la que me espera es fina!.

- ¡Pero tu querías la monarquía! - protestó Manolo, dando rienda suelta al subconsciente - De no hacer lo que hicimos y seguimos haciendo, ¡estaría frita!.

En la mirada de Menas Albas bailó un desprecio divertido.

- ¿Crees que el tinglado y los del tinglado hubiesen aguantado una hora, sin un rey por pararrayos?.

¡Vamos anda!

Javier quitó hierro al dialogo, con conclusión lapidaria.

- Digamos que mencionáis las dos patas del banco. La una es el tinglado, con partidos, políticos, instituciones y lo que le que le cuelga. Y la otra la monarquía hereditaria. Está claro que la una se cae, ¡el banco va al suelo!

El casino no cambió la vida de Luis, pero amplió sus relaciones. De niño jugo a una lotería, que adoptaron los adultos, bajo el nombre de bingo. Adicto a la baraja, se inició en diversos deportes del tapete verde, aguardando impaciente le edad, que le franquease el acceso a la ruleta, el black jak y otros medios de perder fortunas. Se dispararon sus necesidades pecuniarias, Y Angustias recurrió a Ignacio, adivinando al hijo futuro de indigencia.

- ¡Déjale!. Yo también pase la calentura. Sigo jugando y no me he arruinado. ¡Ya entrará en razón!

Cumplidos los 28 años, cuando menos lo esperaba, Luis sintió que el girar de la bolita, se le hacía tedioso. Le aburrió el bacarrá y las cartas le produjeron nauseas. Acodado en la barra del casino, meditaba en torno a desagradable mutación, que reducía sus posibilidades de apasionarse, cuando se acercó Javierito Albariza, seguido de Carlos y un desconocido, con aspecto de poeta trasnochado.

- Ernesto Minguez. Novelista y periodista. ¡Pero no te preocupes!. Está en la pomada. Es decir, que no larga.

Luis que aquel tipo era tan peligroso para los hombres, como para las mujeres. Habiéndole ubicado en una aristocracia de segunda y bohemia, cambió de idea. Observando un punto de afectación, tras apariencia desenvuelta, concluyó que estaba ante un promocionado de primera generación, origen que no restaba encanto al sujeto. Tentado de preguntarle la profesión del padre, se retuvo. Recién presentados, hubiese sido una grosería.

- ¿Te vienes?

- ¿Donde?

- Por ahí. Esto es un muérmazo. ¡Siempre lo mismo!

Coincidentes los criterios, aceptó, dejando el coche en el parking. Formar caravana además de aburrido, es peligroso. Javierito enfilo la autopista, pisando a fondo. A la altura de Las Rozas dio un volantazo, metiéndose en el ramal de salida, sin aminorar velocidad. Volaron por vericuetos de calzada mínima, que cruzaba una urbanización, entre baches y crujidos de la carrocería. El coche patinó, al entrar en camino de tierra.

- ¡No iréis a raptarme! - bromeó Luis, ligeramente inquieto. El hijo del jefe de la Inteligencia, no se sentía seguro ni entre amigos.

Carlos rió.

- Y a torturarte. Mi padre quiere saber lo que se cuece en los servicios del tuyo.

- Esas bromas no me gustan. ¡Menos delante de extraños!

Le salió del alma y se mordió la lengua. Era evidente que el comentario, despectivo sin disculpa, se refería a Ernesto. El aludido lo asumió sin un gesto. Estaba acostumbrado a soportar pequeñas humillaciones, a cambio de que apellidos ilustres. le recibiesen en la intimidad, aparentando tratarle de igual a igual, aunque no fuese cierto. El coche se detuvo en una explanada, frente a caserón de piedra decrépito, de una sola planta y teja francesa. Típico de la era industrial decimonónica, parecía mixto de vivienda y fabrica rural. La luz se filtraba por las juntas de contraventanas de madera, pintadas de verde. Bombilla desnuda, protegida por vieja pantalla de plato, con baño de porcelana blanca, indicaba la entrada, sin iluminarla. Aparcaron entre un Jaguar y un Bentley. Entre modelos despampanantes, se descubrían carrocerías destartaladas. Escapadas del chatarrero, probaban muy materialmente las relaciones, que unían al lúmpen con la elite. Luis repasó las

matrículas, temiendo topar con su padre. La ausencia de coche conocido, le relajó. Aspiró. El aire olía a romero, jara y manzanilla. Javierito llamó. Un ojo se pegó a la mirilla. Ruido de cadenas y cerrojos. La sala, inhóspita, estaba repleta. Gorila cetrino e hirsuto, con camiseta a rayas de marinero normando, se inclinó a su paso, en reverencia sin gracia. El calor le dio en la cara. Tabaco, hasch y alcohol, borraron los aromas.

- ¿Cuál es el menú? - pregunto Javierito, sin detenerse.

- Hoy le toca al Perla. Con el Manu.

A Ernesto se le revolvieron los recuerdos. El ambiente del local, descuidado y sucio, indicaba que otras formas de morir, devaluaron a la ruleta. Según suele suceder, el que fuera su placer exclusivo, al ser despreciado por la elite se había plebeyizado, convirtiéndose en diversión del pueblo. Comprendió que las ruinas de cuatro ruedas, pertenecían a los que se dejaban el pellejo, porque no había para Volvos. El actor que divierte al pobre, como el maestro que le enseña, nunca vivieron como ricos. A Javierito le brilló la mirada.

- Buen programa.

Se acercó un muchacho pálido, las pupilas contraídas.

- ¿Los señores quieren mesa?

- Que sea buena.

Carlos le deslizó un billete de mil en la mano. Le gustaba jugar al gran señor, cuando estaba a su alcance. Javierito se abrió paso hacia barra, entre saludos.

- Pedid lo que queráis. Nos avisaran cuando empiece.

Luis se dirigió a Ernesto. Decididamente, le caía simpático.

- ¿Tú no has estado aquí nunca?

- No. ¡Ni tú!. Te mueves como un burro en un garaje.

Le molestó el comentario. Se preciaba de saber estar en cualquier parte, como si estuviese en su casa. La mirada del barman se posó en Ernesto. La iluminó esa chispa, que acompaña al reencuentro. El poeta bajó los ojos. Y Luis supo que su nuevo amigo mentía. Si no frecuentó el local, en algún tiempo fue asiduo de tugurio parecido.

Reconocido Ernesto por Don Recaredo, éste reconoció al empresario, pese al cambio, apenas le atisbó desde la puerta. Enfundado en la camiseta de uniforme y tremendamente gordo, adquirió exterior de ventero del Quijote. La ristra de brillantes, que animaban sus dedos, había desaparecido. Los deformaba hinchazón, producto de muchas horas de fregadero.

Carlos posó el vaso en el mostrador.

- Aquí, el que entra, ¡repite!.

Luis sonrió, como si estuviese al cabo de la calle. Por nada del mundo hubiese confesado que ignoraba diversión clandestina.

El muchacho pálido se acercó.

- ¿Quieren seguirme?

Les sentaron al pie del escenario. El velador y las sillas parecían desvencijados, conservando su color el serrín, derramado sobre la tablazón. Ernesto palideció, impresionado por la cutrez del local. Aquella pocilga no era sitio para morir. La noche que regresó al pub, dedujo que la ruleta había sido descubierta y prohibida. No se le pasó por la cabeza que el sótano fue cerrado, por deserción de la clientela. En un mundo sometido al va y ven de la moda, todo termina por pasar. Que el Perla hubiese sobrevivido a la profesión y al pico, le pareció milagroso. Pero no una suerte. Probablemente le hubiese gustado marcharse en el esplendor, siendo el ídolo de los que perdían

millones en una bala. Repasó la lista de precios. Eran realmente asequibles. D. Recaredo no surgió de ninguna parte. Cruzó la sala, procedente del bar, trepando penosamente a la escena. Antes de iniciar su discurso, cruzó la mirada con Ernesto.

Desgranado el discurso de siempre, sin cambiar una tilde, procedió a presentar las parejas. Ocho, porque a más de haberse devaluado la vida, la masa exige cantidad, porque no suele apreciar la calidad. Por ponerse a tono con los tiempos, el empresario incluyó dos mujeres. Por ahorrar en blusas, que no por otra causa, los justadores desafiaban al frío. Desnudos de cintura para arriba, exhibían las miserias de la droga. Faja negra les ceñía la cintura, sujetando pantalones abombados, adaptables a todas las tallas. En los ceñidores se detectaban pegotes de sangre, recuerdo de difuntos pasados. La tez macilenta, Perla parecía comido por la enfermedad. Del pasado conservaba unos ojos negros, que lanzaban su mirada maligna, desde el fondo de unas cuencas hundidas. D. Recadero cantó a sus héroes, aludiendo a una muerte imposible, porque ya estaban muertos. Retirados los fantasmas tras la cortina, que cubría la mitad del tablado, los camareros recogieron apuestas, bajo la mirada vigilante del jefe. Breve el receso, por ser cortas las bolsas, los primeros jugadores ocuparon las sillas. La moneda saltó al aire. Luis se excitaba.

- ¡Chicos!. ¡Esto me va a gustar!

El muchacho rubiasco levantó el revolver. Presionó con fuerza, hasta hacerse daño en la sien. D. Recaredo no quería que la bala se desviase, porque explotaba la tapa de los sesos, que se desparramaban, ensuciándolo todo. Había clientes que los disfrutaban, pero eran más los blandos, que al no poder soportarlo, abandonaban el local para no regresar. Deseando evitarlo, el empresario corrió que quien moría como cobarde paraba en los infiernos, perdiendo sus huries por incompetente. Supremo cada disparo, el público no manifestaba la tensión por el silencio, como en el viejo pub. La expresaba con el grito. Jaleaban al uno, deseando la muerte del otro, porque lo importante era ganar. Luis apostó por el yonki. Visibles las manchas del sida, la muerte nunca libra del dolor, al que tiene en sus manos. Al tercer disparo manó la sangre, como el agua de cañería reventada. El yonki recogió el alarido de homenaje, sonriendo a su efímera victoria.

- ¡Que vista!. Llegas y pega.

Carlos, que había perdido, no pudo disimular el despecho. Los camareros subieron al escenario, cubierta la cabeza con pañuelo de pirata de cine, para apartar al muerto. No habiendo sitio tras la cortina, los cuerpos se apilaban a la derecha del escenario, formando parte del decorado. El revolver saltó en la mano de la mujer. Desviación de un milímetro, la hubiese salvado. Los sesos les salpicaron. Luis palmoteó.

- ¡Esto es guay!

Del campo le gustaba el aleteo del pájaro, desequilibrado por los perdigones y el estertor del ciervo. Lloro cuando presiente la muerte. Le fascinaba que un ser vivo sufriese, en el cuerpo o el espíritu, porque él lo decretaba. De niño se propuso ser político, porque le dijeron que quien manda, puede destrozar de un plumazo, a quien le da. Y contemplar la agonía. Le pareció sublime que unos tipo muriesen por divertirlo, pero lamentó que lo hiciesen voluntariamente. El placer hubiese sido completo, de haber sido forzados y humillados. Se prometió que cuando fuese poderoso, haría cazar tipos que quisiesen vivir. Los haría matarse en partidas privadas. Para los amigos. Perla cerraba el espectáculo. Ernesto hubiese querido escapar, pero se reprimió. El gesto, interpretado como cobardía, le hubiese cerrado la puerta del mundo excluyente, que pretendía hacer suyo. Sus fantasmas le invadieron a Ernesto. Sintió que el Diablo se aparecía, para arrastrarle a los infiernos. Temiendo una reacción incontrolable, se pegó a la silla. El tufo de la sangre, invadía el garaje.

Se pregunto cuantas huries mandó Perla al otro mundo, sin pisar la cárcel. Pudo escapar a la justicia, porque la ley respeta al que sabe demasiado, mientras no se vaya de madre. Siendo un niño podía recitar, sin equivocarse, la lista de los grandes, consumidores de droga o de muerte. Hombres y mujeres. Pero la usaba con tanta discreción y era tan poco creíble, que no valía la pena matarlo. De lo contrario, hubiesen ordenado su muerte, con naturalidad, porque nunca les faltaron bufones

de recambio. Perla sobrevivía porque caía bien y supo nadar entre dos aguas. Erguido y lejano, orgulloso a su manera, recogía con indiferencia el entusiasmo de un público que le admiraban, porque las balas aprendieron a respetarle. No queriendo perder estrella irremplazable, D. Recaredo suprimió el sorteo para sentarlo frente a novatos, que por raro capricho de la suerte, solían caer a la primera, como si la muerte prefiriese vaciar cuerpos, aún en buen estado.

Dejando correr el tiempo, en la esperanza de que hasta el más indiferente, cayese en la tentación de apostar, el empresario declamó la historia del veterano, rememorando a los muchos que dejó en el camino. Terminado el discurso, presentó los revólveres a Ernesto. Cogió el arma. Estaba caliente. Las manos le temblaron, al meter la bala en la cápsula. El tambor giró, con chirrido de vieja cerradura. Luis dedujo que el poeta se sentó alguna vez frente al velador. La imagen le hizo daño. Se propuso averiguar la relación, que le unió a la ruleta. El novato levantó el revolver, con gesto de autómeta. Su tez tornó al gris. Perla sonrió despectivo. Despreciaba a los que amaban una vida, que dejó de importarles. Seguro de que no le abandonaría, se preguntó si le gustaría divertirse con aquel cadáver. Sonó el "clac" del martillo. D. Recaredo llamó a un voluntario del público, que no hubiese apostado, para hacer girar los tambores. Repetía la ceremonia tras cada ronda, en la esperanza de crecer las apuestas. Y por extensión, su porcentaje. El griterío ganaba intensidad. Una mujer enfundada en traje de noche negro, tan ajado como su persona, llamó al camarero. Aunque las joyas habían desaparecido, Ernesto la reconoció.

- ¡La muerte!

La mirada negra y dura del Perla escapó del escenario, para clavarse en el pájaro de mal agüero. Apostó por él y le robó la suerte. Paseó la mirada sobre el público. Nunca más se encontraría. Ernesto se sintió traspasado por la fuerza de un hombre, que escogió el mal voluntariamente. Los dos sabían que le tocaba morir. El rostro de D. Recaredo estaba descompuesto. Los camareros, clavados en el sitio, retenían el resuello. La gente, que no se enteraba, seguía jaleando al Perla. El ídolo acarició el revolver. Por última vez. La mirada prendida en los ojos de Ernesto, ganaba tiempo. Trastornado por un retorno del pasado, que estaba previsto, quiso vivir. Subió el arma lentamente. Tensó, apretó el caño en la sien. Quería ser un muerto decente, cuando menos. Inexplicablemente, el silencio se impuso. Trágico y expectante, como la noche en que murió Pelao. Ernesto no oyó el disparo. Pero sintió apagarse la mirada del amigo.

Despertó tendido en el suelo, la cara empapada en whisky. Luis reía.

- ¡Anda este!. ¡Pero que le ha pasaó!

Los camareros retiraban los cuerpos. Del otro lado del muro, llegaba un sonido macabro, de vieja trituradora.

Capítulo 8º

De aquella noche surgió amistad, intermitente e intensa. Dispersos por origen, educación y siglas, Ernesto y Luis alternaron periodos en no podían vivir el uno sin el otro, con largas temporadas de separación. Se hacían confidencias, pero nunca preguntas, compartiendo las emociones de una ciudad, rica en espectáculos intelectuales, pero falta de incentivos, que excitasen la razón. Debidamente extraviada, por obra y gracias de quienes encarnaban el poder, el conjunto se enfangó en la deshumanización y el fanatismo, creciendo la demanda de dolor. Manifestada por quienes no soportaban el menor daño o contrariedad, que afectase a su persona, se sofisticó la oferta. Resucitó el potro inquisitorial, la armadura de clavos y otros medios de jorobar al prójimo, ofreciendo la industria ocupación bien retribuida, a cuantos aceptaban matar para no morir, entre los aplausos de un público, entusiasta y selecto. Concurridos los locales, la policía se esforzó por no descubrirlos, eludiendo la torpeza de encontrar a quien no debía, donde no debía estar. Con orden de medir el delito, en función a la personalidad del autor, los custodios del orden adaptaron su esquema mental a las circunstancias. Atendiendo órdenes superiores o por propia iniciativa, alternaron sabiamente autoritarismo y mordida, dando lugar a que el vulgo, confundiendo los términos, conociese la fuerza

de la ley, como la ley de la fuerza.

Intuyendo el aspecto pecaminoso de su relación, Ernesto y Luis sólo se encontraban al amparo de la oscuridad, separándose al amanecer, hasta que un suceso extraordinario, les reunió bajo el sol. Propietaria Angustias de ganadería, el mayoral informó de corrida, remitida a Madrid, de las que sacan al ganadero en hombros. Deseando hacerse admirar del amigo, cuyos éxitos aireaba la prensa, Luis quiso arrastrarle al festejo, deseando que fuese testigo de su exaltación.

- He pedido cuatro barreras. Miguel y Javier vienen.
- No me gustan los toros.
- ¡No vas a decirme que te asusta la sangre!
- Confieso que la de un irracional, me deja indiferente.

Luis insistió y Ernesto pudo verle dar dos vueltas al ruedo, impidiendo el escaso lucimiento de los matadores, que saliese por la puerta grande. El espectáculo no entusiasmó al escritor, pero apasionado por el mundillo, aceptó sin hacerse de rogar, invitación al tentadero de la Fuentecilla. Le permitiría conocer en directo con un campo, que atisbó a través de la pantalla, sintiendo otra vez la extraña sensación, que le producía el contacto con los toreros. Los amigos se despidieron a la salida del sol, sin sospechar que no se verían hasta el otoño.

Considerando inquietante que el hijo hubiese rebasado la edad de tener novia, sin intentar casar contra o a favor de voluntad paterna, Angustias acudió a la primera autoridad doméstica.

- Tienes que hablar con el chico. Su hermano se casa y él. ¡nada!

Ignacio balanceó el puro. Las cuestiones familiares, le producían un tedio insoportable.

- ¿Y que le digo?.
- Que debe hacerse novio de Casilda.
- ¿Por qué Casilda?.
- Porque es de su clase, no está mal, sus padres la han educado estupendamente, además de tener una fortuna, sabe inglés y le darán La Puta, que linda con la Tiesa. Es decir que tendrán una finca de la que podrán vivir, sin necesidad de pedirnos dinero. Piensa que tenemos cuatro hijos. ¡Hay que casarlos a todos!.
- ¿Y si no le gusta?. Porque a mí...
- ¡Se aguanta!. ¡Yo también me aguante!

Ignacio no se ofendió. Que su mujer hubiese estado enamorada de insignificante proletario, al que según contaban abandonó a contrapelo, por imposición paterno - materna, para casarse con quien no quería, le hubiese molestado, de no cumplir la esposa como debía. Habiéndolo llevó la casa cumplidamente, sin abandonar el deber principal, pues le dio cuatro hijos, consideró prudente atender a la demanda. Abordado el primogénito apenas se puso a tiro, la respuesta no pudo ser más propia de un heredero bien educado. Sin vacilar, Luis se declaró dispuestos a procrear cuantos sucesores deseara su padre, mediando bendición de la iglesia y el vientre designado, cumpliendo el único deber, que recibió con la estirpe.

- Puestos, me da igual casarme con Casilda que con otra.
- ¡Pues hala!. ¡A espabilarte!

Deseando noviazgo breve, por saberlo monótono, Luis frecuentó a Casilda asiduamente, queriendo terminar cuanto antes. Alejado a su pesar de amigos y aficiones, pasados dos meses pidió a la madre que en atención a que ambos se conocían desde niños y no estar de moda las relaciones prolongadas de otros tiempos, organizase cena con Lola y Garcés, para notificarles el buen fin de proyecto, que suponían fracasado. Discretos los comensales, la cuestión se abordó a los postres.

- Luis está saliendo mucho con Casilda - apuntó Angustias.

- A mi no me importaría nada que se casasen. ¡Pero es que nada! - replicó Lola, según de costumbre.

Comprometida oficialmente la aportación de La Tiesa, a título de arras y La Puta en el de dote. Luis fue autorizado a formular la última palabra. eligió el jardín del Ritz, suponiéndolo romántico, por ser caro. Dotada de sensibilidad propia de la clase, la novia engurgitó el mensaje, junto con bocado de langosta a la americana, aceptando cerrar la operación cumplidos los diez meses, que le ocuparía la elección de domicilio, organización de ceremonia y guardarropa. Asumido el futuro, la novia formulo su declaración más ardiente:

- ¿Te parece que el traje me lo haga Rodrigo?.

Luis llamó a Ernesto en noviembre.

- La semana que viene tenemos la tiente. Te llevo en mi coche. ¡Por cierto!. Te presentaré a mi novia.

- ¿Novia?

- Sí. Me caso en abril.

Hombre de asfalto, Ernesto conocía la costa urbanizada y los campos de golf, pero nunca vivió en cortijo. Prolongada la estancia por espacio de tres semanas, aprendió a mantenerse sobre un caballo, disparar contra animales vivos, acertando a veces, manejar el capote y la muleta y a disfrutar de muchachos, tan rústicos como inocentes, que creyendo cualquier promesa se dejaban acariciar, porque las dijeron que para ser ricos y famosos, debían empezar por mostrarse complacientes. Observó que Luis privilegiaba a los maletillas, dispuestos a pasear en su compañía, bajo las estrellas, echándole vaquillas sin torear y hasta recomendándole a los apoderados de los grandes, que también se presentaron, pero sobre todo, conoció a Casilda, descubriendo modelo de mujer objeto, ausente de su inventario. Sin conversación, opinión ni ideas, pero repleta de caprichos, imponía su voluntad, exigiendo obediencia inmediata, que Luis prestaba mansamente.

Dotada de espíritu de contradicción insuperable, bastaba que cayesen chuzos de punta, haciendo los caminos intransitables, para que se empeñase recorrer cientos de kilómetros, sin más que el de pasar parte de la noche en discoteca de moda, a muchos kilómetros del cortijo, para saludar a derecha e izquierda. O le daba por comer en venta, ubicada en las chimbambas, teniéndolas iguales, sí no mejores, en las intermediaciones. Caso de barruntar cuerpo viajero en Luis, quedaba clavada en el cortijo, empeñándose en ir de compras a la capital, si se levantaba sedentario, arrancando a la tres de la tarde, en otoño de calina. Cierta noche en que disfrutaron de libertad, por estar Casilda en Sevilla, requerida por la madre, para participar en los preparativos de la boda, Ernesto requirió información básica, para poder analizar al sujeto.

- La verdad es que no entiendo como aguantas. ¡Te lleva como a un faldero!.

Luis se confesó impotente.

- ¡Es así!. La novia manda hasta que te casas. Y si las cosas vienen como deben, hasta que nace el primer el hijo. Después hará lo que le dé la gana en la casa, porque es asunto suyo. Pero tendrá que dirigir al servicio, organizar los festejos que pete y cargar con los embarazos, acompañándome donde me de la gana de llevarle. Cumplido todo esto, hará lo que quiera con su tiempo libre. Pero seré yo quien determine el que le toca. Reservándome el que me dé la gana, sin aguantar escenas.

- ¡Chico!. A la gente como tu no la entiendo. Teniendo el dinero que quiere, te buscas una tía que no es guapa. ¡Un petardo de persona!. ¡Porque no hay quien la aguante!. No sabe hacer nada ni hablar de nada. Y le andas al retortero, como si te hubiese enganchado Sofía Loren en sus buenos tiempos, sabiendo que después te importará un pimiento.

- Que no sepa ni freír un huevo, ¡me trae al fresco!. Habrá quien lo haga por ella. Para hablar y para divertirme, te tengo a ti y a otros. Pero me hace falta para parir y para los compromisos. Cuando

llegas a cierta edad, la sociedad te quiere casado. Aunque solo sea para que no descabales una mesa. La barba apoyada en la diestra, Ernesto realizaba la separación de sus mundos.

- Yo también he pensado en casarme. Porque en el fondo, lo que me van son las tías. Pero si me decido, será para otra cosa. ¡Y por otra cosa!. Me habré enamorado y andaré al retortero de la que sea, porque querré que ella también se enamore. Lo habré conseguido cuando quiera saber lo que me gusta, para complacerme. ¡Como yo haré el pino por complacerla!. Para mí el amor es cosa de dos. Ésta, de ocuparse de ti, ¡naínas!. Pero de sacarte, ¡lo que puede!. No la he oído tres frases seguidas, sin decir "quiero", "dame" o "llévame". Para mí, eso de querer y que me quieran, es importante. ¿Que quieres que te diga?.

Luis sonrió maliciosamente.

- ¿A que tu padre es obrero?

Ernesto palideció, temiendo ser expulsado del cortijo en medio de la noche, por no dar la talla social indispensable, para dormir en la casa grande. Sintió la tentación de mentir, para no terminar en la gañanía, pero le faltó valor.

- Si - la afirmación sonó seca y redonda, con un punto de desafío.

- Me lo había figurado. - adivinando lo que pasaba por la mente de su amigo, Luis le acercó la botella - ¿quieres?

Ernesto asintió y el gesto surtió efecto. Un anfitrión no sirve personalmente, al que se propone expulsar. Volvió a sentirse cómodo. Luis continuó

- En la vida los placeres se reparten. Vosotros tenéis el amor. Casados os apoyáis, colaborando en la empresa, no precisamente fácil, de sacar adelante a la familia. A nosotros, como la tenemos sacada, nos queda la frialdad del acuerdo. El noviazgo es un juego de formas, como lo es el matrimonio. A la novia la sirves. Pero a la mujer la ordenas. Respetándole un margen de libertad, cómo te he dicho. Firmado el contrato, cada cual vive su vida, respetándose en lo básico. Si me preguntas si me gusta Casilda, te diré que no. Pero si quieres saber si me interesa, contestare que si. Unimos dos fincas, importantes paquetes de acciones y sumamos parientes influyentes. Casados procrearemos hijos, que prolongarán la estirpe en el tiempo, creciendo la magnitud del capital. No la quiero ni pretendo que me quiera. Estamos educados para hacer los hijos que haga falta, sin sentir nada por el otro.

Ernesto comprendió lo último como fenómeno natural, pues hacer el amor con quien no le apetecía, fue la profesión que le sacó de su clase. Pero nunca la hubiese elegido, de no empujarle la necesidad.

- Un tipo como tu, con pasta y sin problemas, puede escoger a su gusto. ¡No tiene por qué joderse, haciendo de chulo a fuerza de estómago!.

Luis rió.

- Sinceramente, chico, ¡me da igual!. La amistad, me la puedo tomar en serio. Pero un polvo, ¡de ninguna manera!. Y eso que llamas amor, ¡maldita la falta que me hace!.

Ernesto concluyó que sus padres, de no haberlo sentido, se hubiesen hundido muchas veces. Y se dijo que la simbiosis interclasista sería posible, porque algunos como él, hacían en la cama lo mismo que los ricos, solo que sin necesidad de bendiciones.

Menas Albas murió sin molestar, como había vivido. Se apagó en el caserón de sus mayores, dejándolo hecho unos zorros. Enemigo de tirar el dinero, hacía décadas que no entraban albañiles, porque estaba informado de que sus aguardaban su óbito para hacerse debidamente millonarios, convirtiendo la tradición en solar. Consejero privado, mereció funerales de lujo, con apéndice de necrológica, publicada por toda la prensa, que cantó méritos, callando deméritos. Olvidado de todos, al término de la ceremonia, vivió en el recuerdo de Ignacio, que le reemplazó como decano de la camarilla. Portador de pasado breve, comparado con el atesorado por su predecesor, tenía el

suficiente para chocar con Gerardo continuamente con Gerardo, hombre de memoria desesperadamente parcial. Incapaz de tomar altura, para contemplar el horizonte de la sociedad, arremetía contra los efectos, consiguiendo que enquistadas las causas, resurgiese con fuerza redoblado, precipitando al país a situación decimonónica, cuyos efectos padeció la juventud, a la que perteneció Ignacio.

Nacido de padre que ocupaba guardería, heredada y confortable, en finca extremeña, la estirpe no había rebasado, en sus desplazamientos, la capital de la provincia. No lo hubiese el padre de Gerardo, de no empujarle viudedad prematura, al centro neurálgico de la nación, en busca de segunda esposa, al no poder encontrarla en el término, por tener fama de chivato de la Guardia Civil, a más de ser hombre irascible. Casado en la capital, por ofrecer salario seguro y ahorros, Gerardo ingresó en la escuela, donde fue cooptado por aparato de partido, que se preparaba a transición inevitable, reclutando muchachos sin imaginación pero con ambición, que debidamente adiestrados sirviesen de contrapeso, abortando el espíritu revolucionario, que imperaba entre los veteranos. Inmerso en la burbuja ideológica, que protegía al equipo de líderes en ciernes, educados al margen de agitaciones y sobresaltos, pasó sin transición ni experiencia, del colegio mayor a la función pública, llegando por sus pasos al cargo con tratamiento adjunto y escolta. Incapaz de concebir un mundo que no fuese el suyo, por no haberlo entrevisto diferente, aprendió poco de la vida que otros padecían en el interior, sin atisbar las costumbres sociales o políticas, que su usaban en el exterior. Obligado a viajar, en razón al cargo, solía sentirse mal a gusto, apenas se alejaba del séquito propio, molesto entre seres que se abstenían de adularle, porque ignoraban su munificencia. Consciente de las debilidades de un mindungui, de brillante carrera por ser maleable, Ignacio midió sus palabras, evitando herir susceptibilidad, que tenía por origen un orgullo, tan desmedido cómo la estupidez que acompañaba.

- De jóvenes hicimos burradas... ¡Y de viejos también!. Pero esto es pasarse. ¡Si el pobre Menas Albas levantara la cabeza!

Gerardo no admitía que hubiese pasado mejor que el presente, salvo en lo tocante a la real familia.

- Yo diría que fueron más bestias.

Ignacio no rebobinó.

- Nos divertíamos ruidosamente. A veces brutalmente. Alguno se dejó ir. Y hubo putas que murieron, porque había imbeciles que sabían beber pero no pensar. Y se dejaban ir a sus impulsos particulares. Cuando se hartaban las largaban por la rápida, tirándoles del coche en marcha o por la ventana. La prensa no decía una palabra ni se movía la policía. Pero os aseguro que se les quitaban las ganas de repetir. Había quien se ocupaba del tema. Los mismos que andábamos por ahí buscando camorra, con intención de dar, pero exponiéndose a recibir. No se nos ocurría andar por ahí, con cara de bruto de tebeo, buscando a uno, para arrearle entre muchos. Seríamos lo que fuésemos, pero nadie podía tildarnos de cobardes. Y con las mujeres, ¡lo mismo!. En eso éramos iguales los ricos que los pobres. No bailábamos. ¡Agarrábamos!. Contorsionarnos como posesos, al ritmo de un ruido inaguantable, no nos apetecía. Ni necesitábamos meternos esas porquerías, para aguantar tres y hasta cuatro noches de juerga, con sus días. Si nos dejaban, ¡claro!. Hacíamos carreras de coches por carreteras infernales, pero no se nos ocurría meternos en contra dirección, exponiéndonos a cargarnos a cualquiera. Y lo de violar, la verdad es que quedaba para la mujer. ¡Santas que no podían decir que no al marido!. De puertas a fuera, la gracia estaba en engatusarlas, hasta que se dejaban llevar al huerto. Presumíamos de conquistar. La verdad es que conseguir una chica por la fuerza, ¡nos hubiese humillado!. Para nosotros era cosa de subnormales. Tan vergonzoso como tirar a ojeo con escopeta de repetición, perdigón grueso y mira telescópica. ¡Ni se nos ocurría!.

Gerardo, que lo hacía, se sintió doblemente molesto.

- Como contrapartida, el marido que mataba a la mujer y alegaba celos, no iba ni a la cárcel.

Ignacio alzó las cejas.

- ¿Con eso que me dices?. Ahora la mata porque la cena está fría. Y sí encuentra un juez comprensivo, que para esto sobran, escapa con un año.

La voz aflautada de Javier se impuso

- La culpa es de la televisión. Demasiada violencia.

Tocado en su terreno, Manolo se revolvió como una serpiente.

- ¡Díselo a Piluca y Maritina!. Son la que mandan en programación. ¡Que para eso las nombró quién podía!. Dicen que la pide el público. Como ese porno infumable y las estupideces del corazón. Pero en mi opinión lo aguanta, porque para pedir lo que sea, hay que conocerlo. ¡Y no han visto otra cosa!. Salvo los que no trabajan y pueden esperar la película de madrugada. Por ahí se dice que cada vez son más, los que apagan la tele.

Marco Tulio se dejó hablar pensativo.

- Pues habrá que buscar la manera de que vuelvan a enchufarse.

A Ignacio le confundió la indignación.

- Y el agujero, ¡a crecer!. Hasta en las privadas. Si aguantan, es porque lo llenamos entre todos. En mi opinión, si les dejásemos decir lo que les diese la gana, no costarían una peseta al país, quebraría el que no sirviese. Y los que quedasen, ¡hasta darían dividendos!.

César se manifestó cínicamente sincero.

- ¡Vamos a dejarnos de coñas!. El agujero seguirá creciendo y el Estado dando la cara, con cargo al presupuesto, porque no podemos permitirnos que escuchen lo que les da la gana. Si se enteran de cómo debería funcionar esto y de lo que se hace realmente, no duramos ni cuatro días. ¡Hasta el rey perdería el momio!. Ahí fuera puedes contar lo que te dé la gana. Mientras te crean, ¡allá tú!. Pero aquí, ¿a quien quieres engañar?. Hace mucho que los ministerios de Justicia, Gobernación y Defensa, dejaron de velar porque la gente tenga acceso a la justicia, sea protegida de los muchos asesinos que andan sueltos o defendida de ataques exteriores. Sirven para que los jueces sentencien como nos da la gana, encerrando a quien queremos por lo criminal y machacando a quien nos parece, por civil; permitiéndonos cabrear al súbditos hasta el paroxismo, sin riesgos, porque la policía está para defender a la élite, que somos nosotros. Y el ejército para salir a la calle contra el pueblo, si se rechifla más de la cuenta. Una realidad que sería imposible, sin contar con la eficacia de los ministerios de Educación y Cultura. Sus funcionarios se encargan de dejar sin uñas a los críticos, endocrinándoles desde la escuela; sus técnicos de elaborar planes de estudios, que machacan la inteligencia. Pero la escuela no basta. ¡Hay que velar sobre el cacumen de la sociedad en su conjunto!. Para eso está cultura. Deben enterarse de lo que nos conviene que sepan, no saber lo que nos perjudica. ¡Y pensar como queremos que lo hagan!. Por eso es importante que los inquietos, empeñados en aprender o averiguar lo que no deben, no puedan encontrar fuentes que les informen. Las revoluciones a la vieja usanza se han acabado. Y las guerras quedan en espectáculo, representado en beneficio de quien puede matar sin bajas, porque al tener más dinero, tiene más y mejores armas. Pero no esta claro que con todo esto, no se pierda la guerra psicológica. Una guerra contra enemigo innominado, etéreo, ¡pero presente!. Porque lo está y puede materializarse en cualquier momento, no podemos bajar la guardia. Es decir que no abandonaremos a la televisión. ¡Ni la dejaremos caer en manos de cualquiera!. Cómo no abandonaremos a su albedrío ningún medio. Los que están vencidos, ¡deben seguir estándolo!.

- ¡Chico!. ¡Nos has dejado secos!. Confieso que no veo la necesidad de tantas precauciones. Nos temen tanto, que intentan congraciarse hasta sin necesidad. Y de los otros, ¡olvídate!. No los tendremos nunca.

Javier fulminó a Ignacio. En su concepción del sistema, cabía la exclusión, pero no la defección voluntaria.

- ¿Quién hubiese podido suponer que periodistas, paladines de la libertad de expresión, callarían lo que saben, para repetir lo que les mandamos, atendiendo a nuestros menores deseos?. ¿Era posible imaginar que intelectuales de la valiente oposición, puestos en el brete de elegir entre pensión de cuatro perras o irse al Diablo, iban a elegir les perras, asumiendo la autocensura, sometiéndose a la censura, sin chistar, de incurrir en patinazo?. ¿Alguien concebía que los forofos de la historia real, que acusaban a la dictadura de impedirles difundir sus investigaciones, las silenciaban por su gusto, mejorando ese cuanto de hadas, que es la historia oficial y hasta aconsejen quemar documentos vetustos, para que nunca se sepan verdades inconvenientes?. Los que clamaban contra toda censura y por el respeto al texto de vivos y muertos, hoy prestan su pluma para mutilar manuscritos, haciendo escribir a los clásicos como debieran haberlo hecho, sin que se note, porque respetan el estilo. Ha sido posible, porque supimos invertir a tiempo. Donde convenía y en quien convenía. Habrá que seguir haciéndolo, porque los deslenguados, ¡nacem!.

Gerardo contemplaba a Javier, la boca entreabierta, de pura admiración. Llegado al poder con cierto retraso, no participó en la tarea de cimentar el presente, pero sabía cómo se fraguó.

- ¡Si no es por Marco Tulio!. Hizo encaje de bolillos con todos nosotros. Tenía tan bien preparados a sus predicadores, que basto cambiarles la etiqueta y ofrecerles cuatro prebendillas, para que se entregasen a la causa en cuerpo y alma. No pensaron que si un día perdían la credibilidad, serían reemplazados, porque se habrían convertido en estorbo. A punto están, pues a fuerza de machacar sobre la media docena de temas, que se pueden tratar libremente, duermen a las vacas. Un destino común a todos los profetas del pensamiento único. La iglesia lo impuso, en cuanto le entregó el poder Constantino. Y descubrió sus peligros cuando la gente empezó a pensar. ¡Le dio por comparar la realidad con la prensa!. El mensaje sonó a falso, dejaron de escucharlo y tuvo que sacar a la calle a sus voceros. Les mandó al encuentro de una audiencia, que había desertado. Pero el éxito fue más que relativo. Los rectores entendieron que debían mejorar la calidad. Y lo hicieron en dos direcciones. La orden de Santo Domingo, estudiada, intransigente y rica, se encargó de rebatir y convencer a los eruditos. Y de los sentimentales e indoctos los franciscanos, simples, bondadosos, pobres y cercanos al pueblo. Después pasó lo que tenía que pasar. Hubo voceros que dieron en pensar por su cuenta. Y la iglesia se encontró con la desagradable sorpresa de haber criado sus propios críticos. ¿Que algunos acabaron en la hoguera?. ¡Cierto!. Pero a los más se les dejó hacer, porque los ortodoxos carecían de auditorio. Sin auditorio, no hay institución de masas que sobreviva. Porque lo sabe, la iglesia se ampara en los vencedores, pero no deja de tenerlos entre los perdedores.

Javier arrugó el ceño. Conocía el argumento, porque lo rebatió muchas veces.

- Se aplicó el principio. ¡Y abrimos la caja de Pandora!. Los que nos creían santos, descubrieron la cara oculta del sistema. Para lavar la imagen de ladrones y terroristas de estado, que se nos adjudicó a todos, tuvimos que arrastrar a los más útiles y disciplinados ante los tribunales. Y hasta meterlos en la cárcel. Aplaudieron cuando les vieron entrar. Pero tuvimos que sacarlos a los cuatro días, porque hasta el más leal, si se ve abandonado y apretado, se va de la lengua. Tuvimos que sacarlos, silbaron y nos salvamos regresando a los orígenes. Los que hablaban o escribían lo que no debían, fueron apartados de los medios y hasta de las editoriales, aunque para vender de verdad un libro, se pasa el quinario. Y en la segunda vuelta, quitamos a los sospechosos de albergar el deseo de hablar. Hemos conseguido que obedezcan, por miedo y por interés. ¡Pero no que les escuchen!. En resumen que mientras no recuperemos al auditorio, nos mantendremos en precario.

Ignacio se descaró, creyéndose Menas Albas.

- No es posible vivir eternamente de apariencias. Recuerda que abrimos la mano, porque lo que callaban los medios, se comentaba en todas partes. La cerramos y se sigue comentando. Me barrunto que debimos cambiar de verdad. Ahora quizá sea demasiado tarde.

Marco Tulio se trasladó a su propio pasado. Haciendo abstracción del lamentable final de la URSS, se sintió seguro en el neo soviétismo capitalista, que estaba viviendo.

- ¡Todo es cuestión de tiempo!. Hay cuatro que se ponen a pensar por su cuenta. ¡Y pueden hacerlo mucho más!. Hasta las estadísticas de los sociólogos lo dicen. Los más, para elucubrar por su cuenta, necesitan detonador que los excite. Dos décadas de censura inteligente, han hecho camino. Pasadas otras dos, sólo sabrán pensar a impulsos del deseo. Su universo quedara reducido a lo que pida el cuerpo, porque habrán perdido la curiosidad elemental, en cuanto se refiere a lo general. Nadie se formulará preguntas, persiguiendo el placer de encontrar la respuesta. Ni será posible restablecer la conexión entre el emisor de pensamiento y el receptor, Con aguantar, no tardaremos en conseguir el hombre nuevo. Faber y descerebrado, será capaz de producir lo que haga falta, limitando su necesidad a lo que queramos darle.

La frivolidad de Cesar asombró a Ignacio.

- Tu proyecto a lo conquista de América, demuestra que el progreso técnico del segundo milenio, puede generar mentalidades medievales. Confieso que idea de convertir un país, ubicado en Europa, en virreinato sudamericano, no me subyuga. Hemos creado nuestros indios. Y lo estamos pagando. Porque nuestra máquina, para funcionar, necesita consumidores.

Presintiendo que la conversación, a más de desviarse del tema, se encaminaba a callejón sin salida, Javier levantó el auricular, para requerir el concurso de experto. El sociólogo Cayetano Alonso, que lo era en violencia, emergió del sótano. Acostumbrado a enfrentar a sus jefes de uno sus jefes de uno en uno, al aerópago la intimidó. Incapaz de emitir sonido, inició su exposición con voz insegura, tras escuchar el tercer requerimiento.

- Yo... si ustedes me lo permiten... cuando me dijeron que debía buscar remedio a la violencia, me puse a buscar la causa, porque sin saberla, no se arregla nada. ¿Qué fue antes?. ¿La gallina o el huevo?. Una pregunta que nadie ha respondido. Al menos que yo sepa. Pueden ser violentos, porque, porque la tele y todo lo demás difunde violencia. O quizá se ofrezca violencia, porque refleja lo que pasa en la calle y es lo que piden. Cuando se decía que determinadas lecturas influían en la sociedad, haciendo pensar a la gente como quería el autor del libro, otros afirmaban que si lo leían era porque el autor se había inspirado en la sociedad. Y les decía lo que querían oír. Quizá aclarado y estructurado, pero en definitiva, ¡lo mismo!. La verdad es que a nadie se le ocurre escribir lo que no ha visto o sentido. Incluso los que componen textos, sumando frases literarias y construidas, pero sin relación ni significado, han tomado del entorno la idea o imagen, que subyace en cada una de ellas. Por lo que estudiado, ¡y analizado!, la gente piensa a partir de una especie de programa, que se le forma en la cabeza, formado por su propia genética y completados por los mensajes, que recibe y recoge del exterior. Es decir que nadie deja de pensar como lo hace, para ponerse a pensar lo contrario, y por extensión hacer, por lo que leyó en un libro, o vio en la televisión. Cuando mucho, frases e imágenes le ayudaran a concretizar lo que sintió o presintió confusamente. O a realizar el acto, que deseaba perpetrar, sin saber como hacerlo. Puede suceder, desde luego, que un no violento por naturaleza, se comporte violentamente, porque esta inmerso en la confusión. Siente lo que le está pasando, pero no sabe por qué ni cómo solventarlo. Parados sin solución, tipos que se ven en la cuerda floja, entre el empleo y la miseria, delincuentes activos, cuyo destino depende de la simpatía o antipatía, que inspiren al juez, caen en la violencia, doméstica y de calle, porque ni saben donde están de pie. Yo diría que una sociedad, acostumbrada a que el premio y castigo se reparta a boleo, sin causa objetiva que los justifique, será violenta de necesidad. Y aquí están acostumbrados a que cualquiera puede acabar en el trullo o en la miseria de por vida, sin haber hecho nada para merecerlo, saliendo libre el que hizo salchichas con la mujer o el hijo. En mi opinión, mientras vean en lo más alto, a los que hicieron chapuzas de sobra, para estar en lo más bajo y al revés, seguirán acumulando tanta adrenalina, que cualquiera puede arremeter cualquier día contra lo que sea, porque se la cruzan los cables.

Molesto por el discurso, César interpeló al subordinado.

- Lo que usted piense nos trae al fresco. Se le paga para buscar soluciones. Si las encontró, ¡expóngalas!. Y si no ¡márchese!.

El sociólogo tornó al gris. Decir lo que sus interlocutores no deseaban escuchar, era peligroso. Carraspeó, buscando las palabras.

- Aun sólo fuese por la forma, convendría demostrar que no siempre ganan los opresores.

El triunfo capeó en la sonrisa de Javier.

- ¡Pronto tendrán la prueba!. El gran Ubaldo Núñez Roca, el hombre del sistema, ¡está a la puerta de la cárcel!. No ha dado la talla. Y en el Banco Rojas no queda un chavo.

César pegó un bote.

- Ayer comió con el rey.

- ¡Precisamente!. Parece que largó lo que no debía.

Ignacio se revolvió, sin ocultar su cabreo

- Antes de ayer, el Banco Central le autorizó la ampliación. ¡Hasta la recomienda!. ¡Menos mal que lo has dicho!. Iba a ir, pero mañana vendo.

Gerardo arrugó la nariz.

- Veremos como lo toman los que están en la higuera.

Javier se encogió de hombros.

- ¿Nos importa?. Para la gente, el banco va de puta madre. Y ese dinero hace falta.

El experto trago saliva. No quiso decir que la causa de todas las violencias, estriba en que tipos como los reunidos, controlaban el poder.

El heredero de Ignacio y Angustias casó en Sevilla, sede de bodas reales y otras de campanilla, por ofrecer un pueblo participativo, que no desaprovechaba ocasión de ejercer de palmero, dando lustres de devoción popular, a cualquier acontecimiento. Considerado el acontecimiento de interés internacional, acudió la televisión nacional, con orden de recoger en detalle suceso, que sería transmitido en directo, vía satélite, al orbe en su conjunto. Los telespectadores contemplaron las calesas, que emergiendo del portalón de viejo palacio, siguiendo la carroza descubierta, en que iba la novia, contemplaron a un novio impaciente, aguardando junto a su madre, en las gradas de la catedral, asistieron a los corros de sevillanas, que animaban las aceras, siguiendo atento el desfile de modelos, protagonizado por unos invitados, que a cambio de publicidad, obtenían importantes rebajas, del gremio de la modistería. Los realizaban cuerpos tan bien modelados y diestros, como el de un profesional de la pasarela, rematados por rostros inexpresivos, reflejo de cacumenes vacíos de contenido o resultado de pasada por el quirófano, al que acudió su propietaria, en intento a menudos fallido, de enmendar una carrocería, que se obstinaba en registrar el paso del tiempo, amargándose la existencia, cuando no acortándola, sin más necesidad que la estética. Oficiante el Arzobispo, apareció en la pantalla, siguiendo planos de los novios, padrinos y personajes relevantes, que destacaban de una concurrencia, elitista por lo que tenía, no por lo que hacía o sabía. Coros rocieros animaron la ceremonia, ofreciendo salve a la salida. Bella imagen de monjas de clausura tras la reja, sirvió de fondo al ritual de dejar el ramo, a los pies de una virgen, siendo abandonada la tracción animal, por el motor a explosión, para cubrir el trayecto hasta la Camocha, cortijo donde tendría lugar el colofón lúdico de la jornada. Los cámaras registraron foto de familia y de cuantos presentes suscitaba la curiosidad pública, por pertenecer al elenco de los famosos, creado y cuidado por la prensa, que aprovechó a tope la media hora, concedida a los cámaras, antes de cerrar a la curiosidad pública una intimidad, dedicada al solaz y esparcimiento, compartida con propietarios y directores de medios, que al ser discretos por íntimos, no caían en la tentación de contarlo.

Ernesto se retrató con los novios, los padrinos y una muchacha de buena familia, prendada de su físico, apareciendo en importante revista del colorín, porque impresionó a cierta periodista. Honroso el hecho, fue celebrado por Pepín, apuntado la envidia en los parabienes, que le dedicaron los compañeros de redacción. No era común que un simple redactor, inclusero por no venir de cuna,

contase con amistades encopetadas. Hasta el editor le llamó, para felicitarle por el espaldarazo. En país donde los libros se compraban para tenerlos, no para leerlos, aparecer entre famosos, favorecía las ventas. Pasado el evento, perdió de vista a Luis durante tanto tiempo, que achacó a la clase la costumbre de arrumbar amistades prematrimoniales, tras recibir las bendiciones. Hacía meses que le dedicaba un pensamiento, cuando paseando perro adquirido, porque le picó la afición a las peleas, frenazo espectacular le incitó a volverse, curioso por saber el resultado. Descubrió a Luis, escapando al atropello por un pelo.

Habiendo atisbado el perrazo desde la otra acera, quiso estudiar catadura del propietario, reconociendo al viejo amigo. Impulsado por el deseo de no querer perderlo, cruzó la calzada como una saeta, poniéndose en trance de perder el pellejo por seguir un impulso.

- ¡Chico! ¡No lo querrás creer!. Pero con lo de la boda, no hubo manera de encontrar la agenda. Para las señas, ¡soy una calamidad!. Como no vienes en la guía y eres tan misterioso, la telefonista no quiso darme tu número. Si no llega a ser por el chucho, ¡ni te veo!

Un tipo con pinta de romántico, paseando un pittburg con cara de pocos amigos, era conjunto tan contradictorio, que llamaba la atención a una legua. Luis quiso abrazarle. El chucho gruñó.

- ¡Ten cuidado!.

Luis se detuvo.

- No sé que haces con ese bicho. Te buscará complicaciones.

- ¡Y satisfacciones!. Me ha ganado dos peleas.

- ¿De calle? - inquirió Luis, sospechando que su amigo se deslizaba hacia la última perversión de las chabolas.

- ¡No hombre!. Lo peleo en el club. Cuando cerraron el hipódromo, unos cuantos propietarios montaron lo de los perros. Les gustan los animales. Ha sido una suerte. Un caballo es caro, no lo puedes tener en el piso y hay que entender. ¡Por cierto!. Me he hecho amigo de tu padre. Viene mucho.

- ¡No me choca!. Le encanta lo prohibido.

- Ahora entiendo porque habla siempre del respeto a la ley. De eso y de los vascos. No es que me caigan bien, pero me parece que anda obsesionado.

Luis sonrió, con cierto embarazo.

- ¡Hombre!. Ni tu ni yo podemos aguantar a gentuza, que pudiendo ser españoles, no quieran serlo. ¡Mucho menos que quieran quitarme un pedazo de mi patria!. Imagínate lo que pensará él, que hizo la guerra. La es que cuando hay atentados, las cosas van mejor. Cómo matan al primero que pillan, cabréan a la gente. Ahora hay gilipollas que hasta les comprenden.

A imitación del país, Ernesto tenía su monotema.

- Al principio, esto de los perros me aburría. Pero un día me dio por enterarme. Es curioso, pero si aprendes de algo, termina por apasionarte. ¡Debías venir!. Puedes traerte a Casilda. A las mujeres también les gusta.

No tomaron una copa, porque el chucho, en sitio cerrado, se abalanzaba sobre la gente.

- Estos perros, por su natural, son como todos. Juguetones y buenos guardianes. Si atacan y te quedas quieto, ¡ni muerden!. Pero si les educas, ¡unas fieras!. ¡Con la fuerza que tienen!. Aguantan cuando mucho media docena de peleas. Después se venden para otra cosa. Los suelen comprar para pelear con matones. Lo estoy preparando, por si aguanta hasta el final.

Casilda, que asistió a peleas de perros antes de casarse, a cielo abierto y clandestinas, aceptó la invitación de inmediato. Ernesto pasó a recogerlos el jueves a media tarde. La finca estaba a una

hora y quería llegar puntual. Guardias de seguridad, apostado a lo largo de la alambrada, indicaban que los intrusos no eran bien recibidos. El espectáculo se celebraba en un viejo picadero, dotado de gradas. Los perros, expuestos en los boxes de la cuadra, eran examinados por los aficionados, que paseaban como antaño por el padock, bebida larga en la diestra y programa en la siniestra. Planificando las apuestas. Ernesto instruyó a sus invitados.

- Este es un monstruo. ¡Pero cobarde!. Si agarra a la primera, de aquel chucho no queda ni el rabo. Pero como le den una dentellada, ¡se acabo!. ¡Es un maestro en el arte de escurrirse!. Los perros normales dejan tranquilo al vencido, si se tira al suelo panza arriba, agitando las patas al aire. Pero estos son como los humanos. Disfrutan destrozando al débil.

Ver un pittburg mover el rabo, reclamando caricias, no pareció normal a Casilda.

- ¡Pelea amañada!. Es el sparring de esa fiera. Dopado, parecerá otra cosa. Los incautos apostarán por él, porque es enorme. Y los enterados nos forraremos.

El perro de Ernesto tenía rival a su medida.

- Lo siento, porque habrá que matarle. Gane o pierda. Los que entran en la última pelea, suelen acabar mal.

El cuarto destartado, que fue comedor, cuando en la finca se corrían liebres, había sido transformado en club coquetón, con zócalo de madera y tresillos de cuero. Chimenea encendida y camareros, que saludaban al cliente por su nombre, daban al conjunto un ambiente hogareño, particularmente apreciado. En el antiguo guadarnés cuatro mesas de juego, ofrecían entretenimiento a los acompañantes, incapaces de soportar el espectáculo.

- Hay mujeres que no entran. Y algún novato que se pone malo. Los camareros le atienden y hasta les entretienen. ¡Son magníficos!.

- Si te gusta alguno, ¡ya sabes! - bromeó Luis, dirigiéndose a Casilda. Ernesto se dijo que la aristocracia, nunca dejaría de sorprenderle.

Luis quiso apostar por el perro de Ernesto, aunque solo fuese por buena educación. Su amigo le detuvo.

- ¡Espera!. ¡No es el momento!.

Dopado o no, el sparring dio el espectáculo. Lamió al cuidador, se tiro al suelo juguetón y hubiese intimado con su contrincante, de no ser tan malcarado. El presentador salvo la situación, explicando que se trataba de artimañas de buen luchador, distrayendo al público, mientras el perrero endilgaba una segunda inyección al chucho, de efecto fulminante. Babeante y gruñón, adquirió exterior adecuado, a confiando a los inexpertos. Salvados los primeros asaltos con pérdida de no pocos centímetros de piel y algo de carne, al tercero dejó de atacar, quedando la pelea en carnicería.

El ambiente se calentaba. Salió el perro de Ernesto y las apuestas se dispararon. Pasablemente destrozado, llevaba las de perder, cuando acertó en la yugular del contrario. Ganó pero en tal estado, que el propietario mandó sacrificarle con un gesto. Los aplausos apagaron el disparo.

Ernesto recogió el premio, rebosando felicidad.

- ¡Vamos a quemarlo!

Camino de Madrid, comentó el resultado.

- Se hubiese podido salvar. ¡Peores los he visto andando por ahí!. ¿Pero que hago con un chucho que no sirve para nada?. Cubierto de cicatrices, no le aceptaría en ningún escenario.

A lo largo de la noche, Casilda se alegró de tener un esposo, con amigos tan agradables.

A las alegrías pasadas, se sumaban las presentes, creciendo la factura. Políticos, altos funcionarios, profesionales y prohombres de empresa, acostumbrados a salarios y emolumentos de fábula, se

empeñaban en actualizarlos, adelantándose a los precios, mientras obreros, funcionarios del montón, pensionistas y otros súbditos del común, veían congelar sus ingresos y crecer los precios, por mucho que la estadística oficial, afirmase que estaban igualmente congelados. Evidente la contradicción, hasta los más tontos empezaron a sospechar que el país estaba dividido entre una minoría, propietaria del poder, la justicia, las leyes, el dinero y la palabra. Y una mayoría que existía para pagar, aplaudir y votar, legitimando a los que la callaban y esquilmaban. Disparados los impuestos sin lucir, porque paraban en decorados, destinados a enmarcar la foto, perdiéndose el remanente en bolsillos, con nombre y apellido, los súbditos aprendieron de la experiencia, calificando de chapuza, lo que llamaban logro los instalados del sistema. Ineficaces las mordazas, porque volvió a funcionar radio macuto, sin efecto las homilias políticas, difundidas por los medios, el pueblo, debidamente desinformado, por no haber conocido otra cosa, concluyó que la "democracia" no le gustaba. De haberla considerado el menos malo de los sistemas, pasó a considerarla mixtura de lo peor, entendiéndola los antiguos como una especie de caciquismo vertical, que partiendo del jefe del estado, terminaba en el alcalde de pueblo, dando a cada mando y mandillo carta blanca, para hacer con los de abajo lo que le saliese de las narices, sin más premisa ni condición que la de obedecer ciegamente a los de arriba. Inquietos los integrantes de la camarilla por un estado de opinión, de efecto imprevisible, lo estuvieron cada uno de por sí, hasta que Ignacio se dejó ir.

- ¡Chico!. Hace dos meses que me duermo con una pastilla y me despierto con otra.

- ¿Y yo que crees?. La verdad es que estamos sobre ascuas.

Fue como una revelación. Los que hasta entonces no vieron más ojeras que las suyas, reflejadas en el espejo cada mañana, las descubrieron en el otro. Gorduras injustificadas, calvicies avanzadas y canas, probaban que todos eran conscientes del jardín que se estaban preparando.

- ¡Pues sí que estamos buenos!.

La degradación se había cebado en Manolo. Se salía por el cuello de la camisa, porque no podía entender que teniendo callados a la media docena de deslenguados, aficionado a romper el discurso del sistema, hubiese tomado el relevo la voz de la calle, sin haberlo aprendido. Las conmociones de la opinión, cada día más frecuentes y violentas, eran barrunto de uno de esos terremotos políticos, que de la noche a la mañana desechan lo viejo, para dar nacimiento a lo nuevo. Presintiendo que cualquier mutación, habría de perjudicarles, la camarilla dedicó la jornada, a intentar comprender lo que estaba pasando.

Habiendo aprendido que la acumulación cuantitativa, precede al cambio cualitativo, Marco Tulio lanzó ejemplo de crecimiento geométrico.

- Un grano de nieve, desprendido de la cumbre, es alud en el valle.

Recién incorporado al cónclave, Ernesto hizo gala de rapidez mental.

- ¡Tú lo has dicho!. A lo más alto no es posible rozarlo, porque nada cae hacia arriba.

- Pero el valle puede hacerse sima. Y devorar a la cumbre. Sucede cuando el pueblo se divorcia de todos los poderes.

Captado el símil, Alberto, que se suponía encarnación del estado, se manifestó realista a su manera.

- Se están empobreciendo. Es natural que les moleste. ¡A mí me pasaría lo mismo!. Si me da igual, es porque no puede afectarme. No hay élite más rica y poderosa, que la de un país pobre. Los pobres en lo material, no tardan en serlo de espíritu. Está demasiado ocupado en resolver su problema, personal y primario, para reflexionar en torno a lo general y a las grandes cosas, como la libertad o la forma de gobierno. ¡Aunque ahí esté la causa de su pobreza!. Aquí tenemos la ventaja de que están bien acostumbrados. El que piensa lleva cinco siglos pasándolo tan mal, que han cogido miedo. Tanto como vosotros a tener que gobernar un pueblo libre, que pueda decir lo que le dé la gana y exigir justicia. De esa que castiga de verdad a los malos y da la razón a quien la tiene,

aunque no nos convenga. Precisamente porque vuestra clase tiene este miedo, cuando echáis un rey, porque queréis mandar de verdad, a los cuatro vais en busca de otro. Y le tratáis como si fuese Dios, porque sin pararrayos no vais a ninguna parte.

La primera purga pasó desapercibida. El retiro de los más lanzados, arrancó un suspiro de alivio a sus compañeros, hartos de quedar mal, por no atreverse a emular los deslenguados. Tampoco alteró la segunda al cuerpo profesional. Marginados los maníacos del análisis y la argumentación, los que quedaron se sintieron dueños de un público y mercado, que la competencia les impedía conquistar, felicitándose las jóvenes promesas, en especial las recomendadas, porque quedaron puestos libres, siendo muchos los que encontraron trabajo, fijo y remunerado. En cuanto a la tercera, lenta y permanente, enseñó a cuantos difundían ideas o información, que sí el público compraba lo que molestaba al poder, el poder se apresuraba a retirarlo del mercado. Monstruos de audiencia fueron expedidos a las tinieblas, de la noche a la mañana, tanto por la empresa pública, cómo por la privada, que daban por perdido el beneficio, gastando la intemerata en promocionar lo infumable. Asimilado el mensaje, comprobado que el aunque el público lamentase la pérdida, no podía devolverle su medio de vida, cuantos se vendían en el mercado de la idea, defendieron su puesto de trabajo, acoplando el mensaje a las directrices de quien le permitía seguir comiendo, cuidando de no incurrir en desliz, de los que procuran aplausos, con carta de despido adjunta. Repartido el espacio entre políticos de los partidos, que formaban el sistema, deportes y famosos oficiales, se sucedían preguntas laudatorias, seguidas de respuestas, tan altisonantes como planas. Mentiras y contradicciones flagrantes, pasaban sin ser relevadas, porque el periodista reservaba su agresividad, para los que molestaban o escapaban al orden establecido. Insultados en ausencia, eran acosados en presencia, adquiriendo las entrevistas, visos de interrogatorio policial. Reducido el horizonte intelectual a planicie infinita, desierto la clientela. Y se acordó atraerla abriendo los medios a un público, supuestamente indocumentado. Establecidos los debidos filtros, lo pareció en los primeros tiempos, hasta que descubierto el medio de burlarlos, la voz de los sin voz se coló por aquel resquicio, entrecortada pero dando donde más dolía, al dar donde más dolía, con un par de frases. Habiendo captado un par de inconveniencias, Javier reaccionó como quien se sienta en una chumbera.

- Eso de las llamaditas se tiene que acabar. Si no queda más remedio que seguir, para animar la cosa, que llame gente nuestra ¡y en paz!.

La idea hubiese sido aprobada, de no inquietar a Ignacio la opinión que empezaba a formarse, al margen de micros y letra impresa.

- Tenían tantas ganas de democracia, que se lo creyeron. Al que se metía con el sistema, le callaban. Y al que atacaba a la corona, ¡hasta le pegaban!. Pero un día empezaron a sospechar que les daban gato por liebre. ¡Y se volvieron como un calcetín!. Empezó a correr que de libertad nada de nada. Y como es la verdad, hubo que reforzar la censura, para que la gente no empezase a denunciarla. Por ahora creen que en todas partes cuecen habas. Pero el día que les dé por enterarse, comparando lo que un francés o un inglés llama censura, con lo que hacemos aquí, ¡veremos que pasa!.

Javier palideció ligeramente.

- Lo que desde luego no podemos permitir, es que les informen de lo que pasa de verdad. Sin miedo al palo, habría quien lo contase, ¡qué muchos lo saben!. Si corre a cara perro, lo que pasará aquí no tendrá importancia, comparado con lo que nos caerá en el extranjero.

César manifestó su desprecio con un gesto.

- ¡Nada de nada!. Saben que la única alternativa a nuestra democracia, es la dictadura militar. O la monarquía absoluta. ¡A eso no se exponen!.

Marco Tulio, que recordaba la teoría, temió los efectos de la práctica.

- Lo peor es que cada vez votan menos. Por muchos malabarismos que hagamos, el régimen pierde representatividad por tubo. Los que votan en blanco, rechazan lo que les ofrecemos. Pero los que no

votan, ¡nos rechazan a nosotros! ¡Monarquía incluida!

Ignacio respiró hondo. Decir lo que no iba a gustar, implicaba un riesgo. Incluso para él.

- ¡Lo advertí!. Nos creemos nuestras propias mentiras, ¡y luego pasa lo que pasa!. Hace un montón de años que rellenamos las urnas. ¡Y nos comportamos como si las llenasen ellos!

- ¡Nadie engaña a nadie!. Lo hemos consensuado - grazno Javier.

- ¡De acuerdo!. Pero que hayan tragado que votó más del 60%, cuando no llegaron ni al 50%, no significa que podamos seguir haciendo los que nos da la gana, cómo si nos aplaudiese la mayoría. Si no cambiamos, un día pasará lo que tiene que pasar. ¡Y no tendrá remedio!

Marco Tulio asintió con un gesto.

- Aunque me pese, tengo que decirlo. Los del "si guana", que hacen la vida imposible a quien nos parece y dejan que quien nos da la gana, se la haga a los demás, en cuanto nos vean debilitados, pedirán mayor participación, cuando menos en perras. Tendremos que dársela, porque los necesitamos y porque pueden largar. Y los subalternos del subalterno seguirán su ejemplo. Es decir, que nos crecerán los enanos. Eso si no se levanta alguno. O todos nos hace un corte de mangas. Pero si votasen de verdad, no podría pasar nada de esto, porque el respaldo de la gente, aunque no se diga, ¡impone mucho!

La voz de Ernesto sonó opaca.

- Antes ponían por las nubes al que enfocaban las cámaras. Ahora lo echan a los perros.

Javier levantó el índice, con gesto de profeta.

- Peor sería que aplaudiesen a los que sacamos para mal. O no dejamos salir. Y eso no ha pasado. Así que tranquilo.

Pero el tortazo electoral, no previsto por la estadística, que acababan de padecer, exigía explicación. Convocaron a Cayetano Alonso, para que la diese. Desgranó discurso meditado.

- Creo... que dimos excesiva importancia a la imagen. Siendo pobres, nos empañamos en deslumbrar a los ricos. Y tiramos el dinero en lo superfluo. Necesitan pisos, y les damos instalaciones deportivas; faltaban buenos maestros, aulas y un plan de enseñanza, que se tenga de pie. Y hacemos museos y bibliotecas, aunque no tengamos con que llenarlos. Queremos turistas y les ofrecemos festejos y campos de golf, pero tienen que circular por carreteras de dos vías y ducharse de siete a nueve, porque las tuberías pierden agua y hay restricciones. El jefe del estado, los políticos de los partidos de la alternancia, en el poder o en la oposición, catedráticos, magistrados y lo que sea, pasan por las pantallas, los micros y la prensa, ¡qué les vuelve locos!. Se tiran horas hablando, pero no dicen, ni por casualidad, lo que la gente está deseando oír. Quizá por no confesar sus errores. Por eso prefieren el acto de relumbrón y el discurso. Y eso necesita un decorado. ¡Que se paga!. Yo... ¿qué quieren que les diga?. No creo que fasto y escoltas inspiren respeto. Es más, yo diría que quizá se lo ganasen, presentándose como cualquier ciudadano, sin costar un pastón al país, cada vez que se mueven, haciéndose notar por sus realizaciones, no por imposiciones, prohibiciones, extorsiones e impuestos expropiatorios, es probable no tuviesen que protegerse del pueblo, con guardias pretorianas y censuras, que ahogando la libertad, ¿qué quieren que les diga?. ¡Nos ahogan!

El sociólogo calló. Los oyentes abandonaron la sala, sin dedicarle una palabra de despedida.

Capítulo 9º

Aplaudido por el presidente del Banco Central y la prensa, Ubaldo dirigía sus trapicheos, felicitándose por el flujo de ahorro privado, que reponía la caja, antes de que se vaciase. Pocas veces hubo de recurrir al fondo nacional o las colegas, para enfrentar un pago, cuando la familia real, al completo, le honró asistiendo a los esponsales de la hija. No presentía contratiempo, cuando

corresponsal del El Día, en el curso de amable entrevista, formuló preguntas muy fuera de norma, pues ponían en tela de juicio las cifras, publicadas en la memoria. De no haberle picado la curiosidad por saber de donde venía la novedad, hubiese despachado al impertinente con cajas destempladas, tras aludir al destino concreto de ciertos dineros. Estrechamente interrogado, el reportero confesó.

- ¡Que quiere que le diga!. Me han dicho que hurgué. Por más vuelta que le doy, encuentro aire. El aire no produce dividendos.

A la semana siguiente, celoso secretario incluyó en la revista de prensa un suelto, recogido por celoso secretario en las páginas interiores de publicación provinciana. Enumeraba una veintena de empresas, adquiridas a través del mundo por la Banca Rojas, de las que sólo se había podido encontrar una signatura, en el registro comercial del país de origen, un teléfono que nunca respondía y cuando mucho placa en puerta de sórdida oficina, eternamente cerrada. Ubaldo llamó al director de la cadena, dedicada a producir noticieros locales.

- ¿Puedes explicarme esto?

- ¡Primera noticia!. Me voy a enterar.

Pasadas un par de semanas y olvidado el incidente, la información reapareció, debidamente ampliada, en la primera de El Día. Ubaldo trotó al despacho de César.

- ¡Esto es intolerable!. Que estamos en quiebra técnica, ¡es verdad!. ¡Desde hace un montón de tiempo!. Pero ni el Banco Central ni la prensa han dicho una palabra. ¡Al revés!. Han aplaudido la ampliación hasta con las orejas. ¡Y hasta la han recomendado!. De sobra saben que se destina a remendar el agujero. Porque de capital, ¡estamos limpios!. Así que si el grano revienta, ¡otros caerán conmigo!.

César convino en que el escándalo sería mayúsculo. Prometió informar a quien correspondía, ocuparse de que el deslenguado parase en el desierto intelectual del silencio y hacer lo necesario para que el ejemplo no fructificase. Ubaldo regresó a su despacho, tan seguro de sí mismo cómo de costumbre, sin sospechar que citación judicial, habría de robarle la calma. Por no perder tiempo, llamó a Rosita:

- Alguien está preparando algo desagradable. Tienes que enterarte.

Acostumbrada la esposa a brujulear por los sumideros de la élite, removié cielo y tierra, con prodigios de habilidad, no parando hasta enterarse de lo que se cocía en las alturas. Informada de que a ciertos niveles, se daba por acabado a su esposo, Ubaldo intentó establecer contacto directo con altas esferas, que días atrás dejaban lo que fuese, para acudir a sus llamas. Encontrar reunidos o ausentes, con reiteración, le dio tan mala espina, que desempolvando viejos documentos, supuestamente olvidados, consiguió entrevista inmediata. Fue acogido con cordialidad mesurada, que no estorbó la sinceridad.

- Algunos han empezado a hurgar, ¡y lo que pasa!.

El banquero arrugó los labios con desprecio.

- A mí con esas, ¡no!. Sin orden de arriba, aquí no enreda ni Dios. ¡Así que desembucha!.

El preboste dudó, suspiró y apostó por la verdad.

- Las cosas se han torcido. Para salir del paso, tienes que dejarte procesar. Como no es cosa de que pierdan la confianza, y guarden el dinero en el calcetín, el Banco Pajés comprará la banca. Los accionistas perderán, pero no todo. Y los ahorradores, ¡ni una perra!. Tú quizá tengas que pasar por la cárcel. ¡Pero cosa de nada!. En cuanto pase la tormenta, te sacaremos. ¡Y a disfrutar de lo que apandaste!. ¡Qué no es poco!.

Ubaldo estaba rojo de ira.

- ¡Esto significa renunciar a mi carrera!. ¡Cómo financiero y cómo político!.

El interpelado puso cara de circunstancias. Comprendía al banquero, pero como se habían puesto las cosas, a partir de aquel momento, solo podría engañarle.

- Un sacrificio sin importancia. Eres joven y listo. Pasado un tiempo, ¡volverás!. ¡Y a ganar elecciones!.

Intuitiva como mujer, Rosita captó la gravedad del caso. Aconsejó prudencia, por no encontrar otra salida.

- A veces las cosas se acaban. Yo que tú, cogería lo que me dan. ¡No vaya a ser peor!.

Pero Ubaldo no estaba dispuesto a morir callando. Ni creía que pudiesen matar. Empeñado en ser recibido por su valedor, abrió un segundo reducto documental, consiguiendo cita. Acudió debidamente pertrechado de fotocopias de originales, a resguardo en lugar seguro. Apostando fuerte, dejó caer que de ser olvidado su tema, por jueces y periodistas, el destino final de los dineros podría hacerse público, en letras de molde y a escala universal. El beneficiario de aquel y otros cotarros, cerebro supremo de un negocio, que se cocía en la sombra, prometió regresar al plan primigenio. El banco se mantendría, aunque fuese con alfileres, hasta que Ubaldo abandonase su presidencia, para ocupar la del país, cargando el sucesor con el desastre de la quiebra.

- ¡Así que afina!. ¡No vayas a nombrar delfín a un amigo!.

Terminada la entrevista entre copas y bromas, Rosita recibió a un marido radiante:

- ¡Todo resuelto!. Me ponen al mejor abogado del estado y habrá demanda fiscal, por prevaricación. Al juez lo empapelan y a esos dos plumas, ¡los jubilan!. Habrá condena por calumnia y por crear alarma social. Se aprovechará para tipificar el delito. ¡Da mucho juego!. Y todo terminará a su tiempo, empalmando los actos de desagravio con la campaña electoral. ¡Estará chupada!.

E mareo le dio el miércoles. Se estaba vistiendo para ir a la cena de Javier. Acudió el médico de cabecera, convocado de urgencia. Al no ver las cosas claras, mando al paciente al hospital. Llegó en tal estado, que le metieron en la UVI. Repuesto por la mañana, pudo enterarse de que el juez, tras descubrir y probar la quiebra del banco, había ordenado la intervención de la entidad, con embargo simultáneo de sus bienes. Sacando fuerzas de flaqueza, el enfermo realizó sucesión de llamadas infructuosas, abortada por sopor, que de madrugada se resolvió en fallecimiento. Estaba el cuerpo en los bajos del centro, a la espera de ser adecentado, para pasar al tanatorio, cuando pareció Javier. Sin molestarse en preguntar por enfermedad, se interesó por ciertos papeles, vídeos y negativos, mencionados días atrás por el difunto. Asimilando la experiencia con rapidez, Rosa invitó al prócer a visitar el despacho privado del difunto. Abriendo caja fuerte, disimulada tras un cuadro, como manda la tradición, le entregó llaves de cajas bancarias, ubicadas en Zurich y París, con autorización firmada para vaciarlas. Javier reapareció en la capilla ardiente, instalada en el corredor de los Vips. Aprovechando apretado abrazo, susurró al oído de la viuda:

- Gracias Rosa. ¡Estaba todo!

Rosita bendijo la previsión de Ubaldo y sus oportunas instrucciones: "Si alguna vez te mando pedir las llaves de los papeles, das estas dos. ¡Se contentarán con lo que hay!. ¡Pero entérate!. Lo importante está en otra parte. Tienes la clave en la trampilla del retrete. Detrás del tercer azulejo. Si van a por mí, buscas los papeles y te pones a trabajar. Desde el extranjero. Porque si te quedas aquí, ¡nos majan!".

El traje negro colgaba sin mancilla, como todos sus trajes, cuidados por dilecto ayuda de cámara. El día en que Javier le miró desde arriba, comentando en entierro de campanillas, que sólo los horteras interpretan el luto en gris marengo, corrió al sastre para encargarse su primer terno a la inglesa, color tinta de calamar. Gerardo se preguntó que diablos pintaba en aquel duelo. En el telegrama figuraban sus tres apellidos, el primero unido al segundo, según convenía a su categoría, resaltando la elevada función, que desempeñaba. Al haber sido dirigido a su domicilio privado, no había confusión

posible. Hizo un esfuerzo, intentando, por enésima vez, ubicar al difunto en su infancia. Título de marqués y nombre rimbombante, unidos a la fotografía que contempló en la prensa, pues aparecía con frecuencia, no le decían absolutamente nada, en el marco del entorno familiar. Tampoco le sonaba la Rosita firmante, que le trataba como si se conociesen de toda la vida: "Tu primo ha muerto. Te esperamos".

La palabra "primo" le pareció desagradable. La leía por primera vez, refiriéndose a un muerto. De no haber sido por la madre, que se adelantó, por fallecer en edad prematura, sus predecesores hubiesen marchado por su orden: "abuelos", "padre", "tíos". El subconsciente, tan incordián como de costumbre, le susurró: "ha empezado el desfile de tu generación". Sintió el frío del sepulcro. Cuando los abuelos marcharon al otro mundo, la muerte le pareció accidente lejano, que no podía rozarle. Con la puerta de entrada cerca de su espalda, sólo la mala suerte o la casualidad, podían expulsarle. Al padre le despidió con serenidad y cierto alivio. No le disgustaba que se extinguiesen los que debían entregar la dirección del mundo, a la quinta que les pisaba los talones, con contrato que supuso indefinido. En el entretanto desfilaron amigos, parientes y personajes, a los que despidió por razones privadas o sociales. Los muertos de su edad o más jóvenes, eran difuntos aislados, víctimas de accidente, mala salud congénita, o metedura de pata de un facultativo. Podía sucederle, pero no le inquietaba, porque al albur, nadie puede oponerse. Pero el difunto del telegrama era distinto. Le ponía de golpe y porrazo en primera línea, frente a la salida.

Queriendo tranquilizarse, le identificó con primo paliducho y enfermizo, grandullón porque nació antes que los demás. Los primos enfermizos se van, cuando menos se espera. Situado frente al espejo, trabajó el nudo de corbata. No las quería de gomilla, porque lo deseaba perfecto. Conseguido al tercer intento, sin arrugar la seda, se contempló más largamente. Introducido el maquillaje en sus costumbres, apenas asomó la primera arruga, lamentó no haber logrado el aspecto juvenil, que tanto le envidiaban. Su rostro se acercaba a la máscara de actor tallado, que condenado a interpretar el galán, por necesidad o empecinamiento, escapaba al ridículo, porque la fila 0 quedaba desocupada. Y la primera a distancia prudencias del escenario. Al borde de la depresión, recuperó la moral en buena parte, al devolverle el espejo de cuerpo entero, instalado en el vestidor, un conjunto halagadoramente atlético.

Daba el visto bueno a su persona, cuando le asalto precisión molesta: vestía de negro demasiado a menudo. Funerales, velatorios y visitas al camposanto se habían hecho tan frecuentes, que encargó un segundo terno de difuntos, por si muerto de compromiso, le cogía con el primero en la tintorería. Próximos los sepelios de carácter político - social, empezaban a serlo las despedidas de compañeros de universidad, con los que continuó su relación, por serlo de partido o funciones. Al período álgido del sida, disimulado tras declaración de cáncer, flagelo mejor visto, siguió el más callado de la coca, oculta tras súbitas debilidades de corazón solapado, que engañaba funcionando sin problemas, hasta que provocado acelerón, por pura avidez, se producía el óbito. No es la nieve vicio o droga, en el seno de profesiones, que aunando altas responsabilidades y elevado sueldo, obligan a vida social intensa. Considerada tónico, irrenunciable para soportar el ritmo, que exige el cuidado de la imagen, origen de la posición del sujeto, el calificativo de "viciosos" quedaba a la plebe, aun siendo evidente que el hombre del común, desligado de la realidad, hasta el punto de tomar por tal sus deseos, se perjudicaba a sí mismo, padeciendo la sociedad, en su conjunto, la euforia del prohombre, rector de todos los destinos.

Enfundándose en el gabán, se preguntó a quien encontraría en el velatorio. Los duelos y entierros, con muerto de campanilla, permitían ampliar relaciones, intimando con personajes, que no se veían en otra parte. En el coche repasó primos y primas, frecuentados en casa de abuelos maternos o paternos, reunidos con motivo de enfermedad grave y otros acontecimientos destacables. Se dijo que ninguno debía ser Ubaldo, pues el nombre no era de los que se olvidan. Y dio en suponer que nació de las hermanas del padre, emigradas a Madrid, en busca de trabajo. O de la tía por parte de madre, que caso con el americano y apareció apestando a dólares, culpable de que les mandasen a dormir en la cuadra, para hacerle sitio adecuado a su prosapia. Incluso podría ser hijo de la que estaba en Francia. Presumía de dinero sin tenerlo, porque la señora que le pagaba por horas de

limpieza, le regalaba trajes de firma, desechados con una puesta, que valían muchas mensualidades. Rebuscó y terminó confesándose que en su parentela, nadie tuvo categoría, para ostentar título nobiliario. Molesto porque un pariente cercano, logró lo nunca podría conseguir, declaró injusto que un político, de su nivel, mereciese menos consideración que un banquero, sin más distingo digno de ser notado, que su amistad con la corona. Detenido el coche ante un semáforo, adjudicó la dignidad a Rosita.

La puerta del tanatorio se abrió, sin intervención humana. Los velatorios en serie, de reciente introducción, acabaron con los duelos a la vieja usanza. No había portalón, con media hoja cerrada, ni pliegos sobre una mesa, donde amigos y desconocidos estampaban su firma. Tampoco portero enfundado en librea de luto, vigilante y saludador, que dedicaba al visitante el gesto acorde con su categoría. Desaparecieron los catafalcos, inmersos en salones Luis XV, cuyo mobiliario había sido diseñado para muy diferente ceremonia, porque se fueron, exterminados por la piqueta, los palacetes de cornisas de estuco y ventanas historiadas, que enmarcaban angelotes y guirnalda flores. El enfermo de lujo ya no moría en su cama. Se apagaba en la UVI, para ser velado entre zócalos de mármol pulido, que reflejaban la luz de los blandones. Negro verdoso el que nos ocupa, tapizaba las paredes hasta el techo, partiendo de un suelo del mismo material y color, tan resbaladizo que parecía concebido para reclutar clientes.

Las diferentes galerías partían del enorme hall. La destinada a los niños se distinguía, por haber sido tapizada de mármol rosa. Se dice que suben directamente al cielo, porque la muerte de quien no cogió gusto a la vida, por falta de tiempo, es menos trágica que la del adulto, apegado a lo que deja detrás, en especial si estando de vuelta de todo, aun le queda donde ir. Discreta puertecilla opaca, escondía la galería de los pobres. En opinión de los directivos, no era correcto que los ricos atisbasen las paredes pintadas de blanco, generalmente descascarilladas, que acogían a los menos pudientes. Repartidores de floristería, solemnemente uniformados, porque la muerte de pago es solemne, portaban coronas en todas direcciones, a paso ligero, desafiando el patinazo mortal. Antes de depositarlas, confirmaban discretamente la personalidad de muerto, eludiendo error, que podría dar lugar a conflicto diplomático. Amigos, dolientes y curiosos, buscaban a su muerto en aquel albergue de cinco estrellas, que ofrecía a los cuerpos máximo confort y elegancia, en la última noche sobre la tierra.

Por el ingenioso invento de la sociedad de consumo, situado en el extrarradio, desfilaban los grandes de la tierra, siendo de este mundo y del otro, entre viudas esbeltas y atractivas, a las que envidiaba la nonagenaria pizpereta, lamentando haber sido liberada fuera de tiempo. Llorosas o simplemente graves, las había que dejaban escapar un impúdico deseo de vivir. Disimulado por la introducción oportuna del velo, sirvió a ocultas rostros proclives a mostrar emociones, como el dolor, pero sobre todo el alivio de una libertad recuperada, con prima adjunta de acceso a una herencia, que habría de permitir, a los supervivientes, ofrecerse lo que el difunto les negaba. Miradas secas, lejanas o ávidas, hubiesen desvelado que la ausencia de sentimientos, reducía las relaciones familiares al plano de lo mercantil, de no ser por la introducción de la socorrida moda americana. Gerardo se cruzó con Cesar. Le acompañaba su mujer. Se saludaron, sin hacerse preguntas, seguros de acudir al mismo velatorio. El político envidió al cortesano, porque una esposa colgando del brazo, deba prestancia. Lamentó que la suya no pudiese ser exhibida.

Casó siendo cuadro del PC, con camarada disciplinada y concienzuda. Aplaudido el enlace por la directiva, Marco Tulio desafinó del coro, reprobando la elección. Al brillante porvenir, que vaticinaba a Gerardo, no le correspondía Matilde, por ser de las que engordan. De rostro agraciado y cuerpo aceptable, engordó efectivamente, sin dejar de ser cumplidora más que decente en la cama. educadora ejemplar de los dos hijos que parió, buena cocinera, hacendosa en la casa, discreta en el vestir y hasta en el hablar. Atea por convicción, pero disciplinada por lo mismo, casó por la iglesia, porque se lo mandaron, demostrando un saber estar, en todo momento, propio de alumna de las ursulinas. Aparecía cuando debía, eclipsándose discretamente en el momento oportuno, recibiendo al esposo con igual naturalidad cuando llegaba a media tarde y fresco, que si aparecía borracho, de madrugada, habiendo estado perdido durante días con sus noches, sin molestarse en avisar. Dotada

de voz firme, gracejo popular y memoria de elefante, triunfaba en el meeting con igual naturalidad, que desentonaba en los salones.

Lectora infatigable, hablaba y opinaba en torno a casi todo, pero era incapaz de encadenar frases vacías, construyendo esas conversaciones rápidas y repetitivas, que animan un cocktails. Admisibles los kilos y un exterior hortera, al no serlo sus modos verbales, Gerardo exhibía a la esposa en círculos de clase media, pero prescindía de su compañía en el acto oficial o privado, frecuentado por la élite política del régimen y social del pasado. Considerando, en consecuencia, que no encajaba en aquel velatorio, no le informó de la pérdida del primo, recuperado difunto, temiendo que al tratarse de cuestión familiar, pretendiese acompañarle. Cuando se produjo en su vida el cambio de rango político, que le obligó a cambiar de amigos, a punto estuvo de reemplazar a la mujer, a imitación de no pocos compañeros, que se la procuraron acorde con la función, pero le faltó valor. Tras intento fallido de frivolar a Matilde, se resignó a ejercer de soltero, dando a entender, para justificarse, que su matrimonio era infierno, del que escapaba y soportaba como podía.

La jefa de servicio, a cuyo cargo quedó reconocer a las personalidades, para ofrecerles sus servicios y los de la casa, haciéndoles sentir hasta que punto eran importantes, se precipitó al exterior del cubículo, para saludar a Cesar, abandonándole con cierta brusquedad, apenas descubrió a Gerardo. Como cuantos ignoraban que la influencia de un amigo del rey, superaban la todo político, que no fuese, consideró superior al que ostentaba mayor rango, públicamente reconocido. Hecha sonrisa de los pies a la cabeza, exclamó:

- ¡Cuánto honor, excelencia!. ¿Que de bueno le trae entre nosotros?.

Lo dijo con aire jovial, como si clientes y visitantes acudiesen al tanatorio, para celebrar alegrías. Sin guardaespaldas, por estar en local debidamente protegido y saber que prohombre sin gorilas, gana adeptos y popularidad, Gerardo devolvió el saludo, tendiendo el garfio de la sencillez, en la esperanza de capturar un voto. Cumplimentada la formalidad, se interesó por el paradero del primo marqués. Experimentada en duelos, la recepcionista leyó en el rostro del ilustre, que no estaba seguro de poder reconocer al difunto ni a sus acompañantes. Deseando aliviar al prócer de la humillación de un error, que hubiese cristalizado en inquina contra la casa, acordó acompañarle. Dirigiéndose a subalterno, que manipulaba el ordenador, haciendo que hacía, impartió instrucciones.

- ¡Ocúpate de la gente!. Si hay algo, me llamas por el busca. ¡Sabes a quien estamos esperando!. Si aparecen...

- ¡Tengo que avisar al director!.

- ¡Eso mismo!. ¡Pero enseguida!.

El duelo del Marqués de Sierra Fría no era oficial, pero a juzgar por la concurrencia, rebasaba en importancia al de un presidente. Desde que llegó, desfilaron ministros, financieros, cabezas de la inteligencia nacional y reales amigos notorios, que confirmaron al difunto como Vip notorio, en las primeras horas de la tarde. La mujer peroraba. Gerardo la siguió, demasiado ocupado en evitar el resbalón, para escucharla.

- Dicen que le trató el doctor Carreras. No sabemos de qué murió. ¡Pero nos enteraremos!. Aquí se sabe todo. Dicen que fue casi de repente. ¡Un hombre tan joven!. Porque tendrá cuarenta y pocos. - contando 47, Gerardo sintió que se ahogaba - Se dice que no pudieron hacer nada. Cuando le entubaron, ¡ya estaba muerto!. ¡Un deportista como él!.

Gerardo se juró abandonar el deporte. Dos mozos portadores de corona rezagada, les adelantaron a paso de carga. Giraron a la izquierda. El corredor parecía prolongarse al infinito. Jalonado el flanco izquierdo, puertas de bronce, las más cerradas, indicaban que no era tiempo de cosecha, para la muerte. Las que se abrían permitían entrever amplias estancias, lúgubrememente iluminadas por luces indirectas, que apenas permitían adivinar la forma del ataúd y el bulto de los dolientes. Sin saber por qué, Gerardo se enredó en explicaciones.

- Era mi primo. ¡Hace tanto que no nos veíamos!

La recepcionista se reafirmo en la idea de que el prócer temía no reconocer a su muerto. Ignoraba la razón, pero cada vez eran más los que se presentaban a dar el pésame, en duelos de campanillas, sin haber visto al muerto en su vida. Ni a los dolientes. La importancia del difunto se medía por el nombre de los remitentes de las coronas, la premura con que arribaban, dándose el caso de que precediesen al destinatario y su número. Frecuente que rebasasen la capacidad de la cámara, se colocaban en la galería, enmarcando a los visitantes, que tras cumplir con la cabezada formaban grupos, intercambiando las frivolidades de costumbre. La recepcionista se refirió al signo de distinción. Acostumbrada a tratar a sus inquilinos, como si fuesen huéspedes, hablaba de los muertos en presente.

- La primera que llegó, venía de palacio. La puse en lugar de honor, ¡cómo se merece!. El señor marqués es muy amigo del rey. Corre que poco antes de morir, quería hacerle Duque de Ría. Apenas llegó, se comentó que vendrían Sus Majestades. Me ha dicho mi compañera que estuvieron anoche. No era mi turno. Pero si llego a saberlo, ¡vengo!. Me lo perdí y se lo perdió el director. Andaba por ahí de juega. Y no pudieron localizarle. Está que se lo llevan los diablos. Hoy dicen que vendrán las infantas. Por si o por no, el jefe duerme en el despacho. Y yo no me pienso mover.

No habían en aquel sector del tanatorio muerto pobre, pero si diferencias. Muertos rodeados de amigos y relaciones, hasta filmados por la televisión, acompañado por la familia escueta e incluso solitarios.

- A ese le vela el criado. No tiene a nadie. Un tipo con suerte. Dicen que le ha dejado una fortuna - apegada a la función de guía, la jefa de recepción informaba - Su pariente...

- ¡Primo! - puntualizó Gerardo. Captada la importancia de quienes acudían a dar la cabezada, no consintió que sus lazos de sangre con Ubaldo, se relajasen. Recalcó el segundo grado.

- ¡Eso es!, primo - rectifico la mujer. -

Al final del pasillo, doblaron a la derecha.

- Es lo mejor de la casa. Cuesta igual, ¡pero aquí no entra cualquiera!.

El suelo, igualmente peligroso, era de mármol blanco, cubriendo las paredes maderas nobles. Las cámaras mortuorias estaban a la derecha. Mejor iluminadas, el decorador había individualizado los espacios, dándoles un toque de salón privado. Copias de cuadros conocidos, acordes con el estilo del mobiliario, animaban los tabiques, primando el estilo dorado y recargado, de los Luises francesas. Puertecilla discreta, disimulada y situada a la izquierda, se abrió. Lúgubre el lugar, Gerardo pegó un respingo de costado. Del ascensor asomaron los pies de una camilla. Risas y voces jóvenes.

- ¡Con esa minina!.

La mujer fulminó a los camilleros.

- ¡¡Chist!!.

Las ruedas se deslizaron discretas. La jefa de servicio consideró que debía explicación al futuro cliente.

- Tenemos un personal muy respetuoso. Estos deben ser suplentes. ¡Ahora mismo van a la calle!. Lo traen del centro de belleza. El recuerdo que dejamos en los vivos, ¡es importante!. Preparamos a nuestros clientes, en función a su futuro. Hay quien quiere duelo de cuatro o cinco días. Porque esperan a un familiar. O por lo que sea. Otros un traslado. Cuando llegan a destino, algunos quieren abrir la caja. Tienen que verlo como siempre estuvo. Nuestros embalsamadores y maquilladoras, son los mejores.

Gerardo sintió que le hacían el artículo. Su aspecto no era brillante, pero tampoco tan lamentable, como para necesitar los servicio de la empresa a corto plazo. Se tranquilizó, pensando que le

ofrecían lugar donde albergar a sus ascendientes o colaterales.

Discretos y rigurosamente elegantes, los que acudieron al duelo de Ubaldo, para expresar su dolor, intercambiaban saludos, formando corros animados. Departían quedamente, calculando los minutos de presencia, exigidos por la corrección, en función la relación que mantuvieron, con los vivos o el muerto. No corrían bebidas ni se ofrecían canapés, como en velatorio casero. La práctica estaba prohibida en el tanatorio, dotado de bar - restaurante bien abastecido, a disposición de clientes e invitados veinticuatro horas sobre veinticuatro. Insuficiente la clientela, recibía clientes del exterior, sientos frecuentes que clanes enlutados y llorosos, engurgitasen parcas cenas, junto a partida de noctámbulos bullangueros.

El ataúd de caoba, sobre catafalco cubierto por paño de terciopelo negro, bordado en oro, ocupaba el centro del salón. Seis blandones de metal dorado hacían guardia. rematados por velones de cera auténtica. Los pabilos ardían, cómo en todo tiempo. Gerardo observó los rasgos del difunto, a través del cristal. No tenían parecido, ni aun lejano, con los parientes que recordaba, del lado paterno o materno, dotados de marcado aire de familiar. Los dolientes ocupaban sillones Luis XIV, en madera tallada y dorada, de alto respaldo, tapizados de terciopelo, igualmente negro. La recepcionista le indicó la ubicación de la viuda, en grupo cuatro hembras, cuyos rasgos disimulaba el tul, completado por varón barbilampiño y pelirrojo, que se aburría ostensiblemente. Gerardo se dijo que no conoció pelirrojo, ni entre parientes lejanos. Se disponía a saludar a la doliente, pero Rosita se le adelantó. Saltando del trono, se le derramó en los brazos. La recibió, sin saber que actitud tomar.

- ¡Siempre fuiste su primo predilecto!.

Sollozó en su hombro y Gerardo empezó a inquietarse, preguntándose que buscaba aquella pájara, con la insólita demostración de cariño. Sin darle tiempo a reflexionar, Rosita le cogió de la mano, arrastrándole hasta la cabecera del féretro. Contempló al muerto por segunda vez. Por más vueltas que le daba, aquel rostro solo le recordaba a banquero conocido, que según decían, estaba a punto de tener serias complicaciones. Intuyendo que debía decir algo, desgranó frase manida:

- Tiene perfil de medalla.

- Todos vosotros tenéis mucha clase - mintió Rosita, con alevosía. Gerardo, que nunca oyó semejante cosa, referida a su persona, se cortó. Y preguntó por puro formulismo:

- ¿Cómo fue?

- ¡Así!. ¡De repente!. No tenía nada. Se sintió mal, vino la ambulancia y lo metieron directamente en la UVI. Al principio no le di importancia. ¡Era tan aprensivo!. Pero se fue. ¡En un plis plas!

No le cogió el brazo izquierdo. Lo acarició. Levantando el velo, le miró a los ojos. Sus cuerpos se rozaron. Un trallazo recorrió la espina dorsal de Gerardo. La voz de Rosita le arrullaba. Sumido en violentas sensaciones y confuso, se dijo que aquella tipa era una experta.

- Fue terrible. Pero sobre todo, ¡inoportuno!. El pobre Ubaldo pasaba un mal momento. Ya sabes como era. Ganaba fortunas. ¡Pero gastaba fortunas!. ¡Por otro!. ¡Pobrecillo!. Se contentaba con cualquier cosa. Pero todo le parecía poco, tratándose de servir. Era tan bueno, que después de que pasase lo que pasó, seguimos teniendo entrada en todas partes, ¡hasta en Palacio!. Pero un cerdo de periodista publicó una sarta de mentiras. Ubaldo hubiese podido defenderse. Aclarar con una palabra, donde estaba el dinero. ¡Pruebas tenía!. Pero si lo dice, hubiese hecho mucho daño. ¡A todos!. Sólo Dios sabe que hubiese podido pasar. ¡Imagínate lo que sería un escándalo semejante!

Gerardo tragó saliva. No se podía imaginar nada de nada. La mujer continuó.

- Si Ubaldo hubiese hablado, hoy no tendríamos problemas. Pero calló. Y lo que queda, ¡queda! ¡No hay quien lo enderece!. Así que lo tengo todo embargado. Bueno, ¡lo que han podido encontrar!. Porque lo de fuera... Pero hay que ser prudentes. Buscan dejarnos sin medios. ¡Para que no nos podamos defender!.

Gerardo no escuchaba. Contempló a la prima, que adivinaba ficticia. Y sintió que jamás había

encontrado mujer, que le atrajese con tal fuerza. Fue presentado a los sobrinos. Saludaron desmayadamente, sin ocultar que estaban deseando largarse. Hacer guardia al cadáver paterno, les aburría soberanamente. La madre de Rosita, mujer entrada en carnes, que adoraba agitarse entre relaciones y amigos, olió al personaje. Se acercó mundana y amable, como si estuviese en otra parte. Aun conservaba buena parte del atractivo, que derrochaba la hija. Iba a despedirse, considerando peligroso prolongar aquel deber protocolario, cuando Rosita le adjudicó papel insospechado.

- Como eres el único pariente de Ubaldo que se ha presentado, he mandado traerte un sillón.

De no haber sido una mujer de bandera, Gerardo hubiese declinado el honor. Pero no pudo resistir la tentación de pasar la noche en su compañía. Disipada la concurrencia, no sería difícil ofrecer pértiga verbal a los hijos, para que considerándose cumplidos, desertasen con la suegra. En la soledad del mortuorio, podían suceder muchas cosas.

- ¿No te importa que haga una llamada?

Salió a la galería, para conectar con Matilde a través del móvil. Le anunció que debido a la muerte de primo, recuperado difunto, no aparecería en toda la noche. No olvidaba avisarla desde cierta madrugada, en que afectada por la psicosis de terrorismo, que invadía el mundo de la política, llamó a la policía, denunciando su raptó. Celosas las fuerzas del orden, por considerar irremplazable a todo hombre público etiquetado, le sorprendieron en motel acogedor, con sudamericana imponente, en el momento más brillante de una noche, que sin aquella intervención, hubiese sido inolvidable por muy distinto motivo. Acababa de cortar, cuando apareció Ignacio. No escondió su sorpresa al encontrarlo.

- ¿Pero tu que tienes que ver con Ubaldo?

Gerardo, que a tales alturas había intimado hasta con el muerto, contestó sin dudar.

- Era mi primo...

- ¡Pues no lo sabía! - y calló que el difunto hablaba pestes del insospechado pariente.

En la soledad de la madrugada, ausentes madre, hijos y público, tras escarceos y arrumacos, perpetrados ante el silencio de la muerte, Rosita se sinceró.

- ¡No!. ¡No es que estemos arruinados!. Pero justo el día en que falleció Ubaldo, le embargaron hasta la camisa. Como no puedo tener nada, todo esto quedara a deber, porque si pagó harán preguntas. Y no quiero problemas.

Gerardo empezó a sentirse incómodo.

- ¿Lo saben?.

- ¡Claro!. Hace mucho que conozco a Orlando. ¡Está encantado de cobrar en Suiza!. Pero por la forma, se pondrá a la cola de los acreedores. Lo malo es la Almudena. Tenemos embargado el panteón. Si no lo arreglo de aquí a mañana, ¿qué hago con el muerto?.

Gerardo la miró sin querer comprenderla.

- Pues... no veo que puedo hacer...

- Cuando pase esto, todo será como antes. Porque yo no intereso a nadie. Pero todavía es pronto - le brillaron los ojos y la vio magnífica - Eres un hombre conocido. Y el parentesco te justifica. En cuanto amanezca vas a ver a Manuel Suárez. Le dices que ejecute, que estoy de acuerdo. Y que le compras el panteón. Hablas con el juez, como pariente. Y consigues que me deje enterrarlo.

- Pero un panteón vale...

- ¡Diez millones!. - buscó en el bolso - Como estaba segura de que vendrías, tengo el cheque preparado. Y una carta para Manuel. ¡Te confieso que la idea fue suya!. Necesitábamos alguien que

tuviese posibles. Y razón para intervenir. ¡Quién mejor que tú!. Porque si hubiese sido otro, esas pirañas de periodistas, que sólo piensan en morder, ¡la hubiesen armado!.

El rostro de Gerardo se cerró.

- No veo la necesidad de meterme en este lío

Los ojos de Rosita se hicieron promesa.

- ¿Y si te dijera que el rey, agradecido por lo que haces en favor de un amigo, al que no puede ayudar, te convertiría en su amigo?

- ¡Es absurdo!. Entre otras cosas, porque le conozco. Siempre me trató bien. Pero nunca como compadre.

- ¡Si yo te lo digo! - Rosita le acarició los labios con el índice. Las sensaciones le confundieron - no te lo tomes a mal. Pero, ¿recuerdas el asunto Nilo?

Se acordaba perfectamente. Trabajaba en sindicatos, a cambio de sueldo apreciable pero modesto, ocupando cargo secundario, que podía serle retirado de la noche a la mañana. Necesitada la organización de dinero, pero sobre todo las personas, buscaron el medio de procurárselo, sin encontrarlo, hasta que apareció Javier. Lo traía preparado: "¿Que necesita la gente?. ¡Vivienda!. Si la ofrecéis barata, ¡acudirá!. Anda desconfiada, porque le han dado muchos palos, y no suelta la mosca. Pero cree en sus representantes. ¡Tenéis reputación de defender a los trabajadores!. Así que haced una cooperativa, ¡hasta el último militante se hará socio!. Con comprar un solar, meter un par de máquinas y poner cuatro ladrillos, verán obra hecha. Lo suficiente para que compren sobre plano. ¡Y a vender!. Nadie va a comprobar si tenéis más solares o no, porque lo darán por echo. Pedís una entrada modesta en dinero, para empezar a obrar. Y el resto en letras, debidamente firmadas y avaladas. Las negociáis, trincáis, ¡y que se las apañen!".

El amigo se reservó el 10%, por el consejo con garantía de cobertura legal adjunta. Y la cooperativa creció en los dos primeros años, extendiéndose por todo el país. Pero al no haber rastro de los pisos decayó el tercero, alarmándose millares de socios el cuarto, porque pasado medio año de la fecha límite, señalada para la entrega, en lugar de darles la llave, en las oficinas les daban discursos. Poco después, los más lanzados buscaron abogados. Y se supo que no había bloques, solares ni dinero. El asunto entró en el juzgado, pasando por la prensa, por ser periodo de apertura. Hubo mucho ruido, pero al faltar las nueces, los socios se quedaron sin piso, con un montó de letras por pagar, porque el banco que las negoció, no estaba dispuesto a cobrar en aire. A punto estaba la cuestión de pasar a lo penal, cuando se evaporó, sin causar más daño que el de dejar media docena de nombres desprestigiados. Habiendo conseguido que el suyo no apareciese, se preguntó como habría podido saber Ubaldo, que estuvo relacionado con el enojoso asunto. La viuda no tuvo inconveniente en aclararlo.

- Ya sabes como era. Javier le confió unos cuantos papeles. Y como no tiraba nada, ¡los guardó!. Donde nadie pudiese encontrarlos, ¡por supuesto!. Creo que están en el extranjero. En la caja de no se qué banco. La verdad es que no tengo ni idea.

Seguro de que lo sabía, Gerardo reflexionó deprisa.

- No te preocupes, Rosa. ¡Lo del panteón está arreglado!.

El entierro tuvo lugar la tarde siguiente. Precedió funeral concurrido, con órgano, coros y un ejército de celebrantes. Fue la primera ceremonia tridentina, celebrada en catedral del siglo XX

Capítulo 10º

La relación con Rosita no hubiese tenido continuidad, de no ser por los malditos papeles. Temiendo por el porvenir, Gerardo practicó el sexo mecánico, sin más intención que la de averiguar su paradero. Encauzando conversaciones banales, hacia temas económicos, averiguó que el difunto

trabajó con casi todos los bancos del mundo. Imposible acertar con el adecuado, odió a Rosita, porque aceptaba con naturalidad sus regalos, a condición de que fuesen de precio, sometiéndole a un dúctil chantaje, sin soltar prenda. Imaginaba imposible enamorarse semejante walkiria, pero le sucedió cierta noche, estando en brazos de Matilde y por ausencia. Cuando menos lo esperaba, Rosita se le vino a las mientes y descubrió que la amaba hasta el delirio, quizá por ser incapaz de distinguir los sentimientos de un instinto, que nunca supo controlar. Entre sueños se felicitó de la muerte de Ubaldo. Libró al país de una ristra de procesos enojoso, allanándole el camino de una felicidad, que con marido de por medio, hubiese sido un puro sobresalto. Días antes juez debidamente aleccionado, informado de que la viuda conservaba el favor de las alturas, el magistrado arrumbó a los damnificados, levantando los embargos, que pasaban sobre el botín, permitiendo que disfrutas de las bien ganadas rapiñas, acopiadas por el finado, fiel a la filosofía de un régimen, que en lugar de repartir los bienes del rico entre los pobres, concentraba haberes de los pobres, en unos cuantos ricos, tras haber descubierto que dividir un mucho en muchos pocos, no remediaba a nadie, pero sumar pocos, para hacer un mucho, propiciaba el milagro de transmutar al desheredado, en potencia económica.

Desnortado por el amor, Gerardo quiso frecuentar, a su dama, un día sí y otro también. Pero la viuda no compartía sus ardores. Manifestándose fríamente calculadora, exigió espaciar los encuentros,

- Dos noches por semana es más que suficiente. Tu mujer también te necesita. ¡No quiero ser egoísta!

La restricción se le hizo tan cuesta arriba que cierto día, yendo a casa de Rosita, ordenó al chofer dar rodeo por joyería conocida. Repasadas las existencias, adquirió pulsera de brillantes de muchos quilates, obsequio adecuado, para quien sabía apreciar el valor de las cosas. La ofreció junto con demanda de matrimonio, mediando divorcio discreto, que Matilde aceptaría sin dudarle, adjuntando pensión gratificante. La elegida aceptó la joya, pero rechazó el futuro.

- ¿Tú qué quieres? ¿Tirar tu carrera por la ventana? Esas cosas terminan por caer mal.

- Si lo dices por la prensa, ¡ni te ocupes!. La tengo en la mano. Y con la gente no hay problema. Como no la llevo a ninguna parte, hay quien me cree soltero. Muchos se alegrarán de verme con pareja. Están hartos de buscar solitaria, para no descabalar la mesa.

Rosita rió con descaro.

- ¡Ya estamos con el espejismo! Basta una llamada para que digan o dejen de decir lo que os da la gana. Pero en campaña os desmelenáis y os ponéis verdes. Sin soltar prenda de lo que importa. ¡Que no es precisamente lo privado!. Por eso dar carnaza, ¡es una idiotez!. Sobre todo si arriba te toman ojeriza. Cualquiera puede hacer o decir algo que moleste. Hasta sin darse cuenta. Y hasta puede que se fijen en ti, porque necesiten una cabeza de turco. Te darás cuenta cuando los periodistas dejen de besarte el culo. O pasen sin transición a ponerte como los trapos. Ubaldo pensaba como tú. Creía que los manejaba. ¡Y ya ves como terminó!.

Queriendo normalizar unas relaciones, a las que no le convenía renunciar, Rosita acudió a Pétula, encontrando la colaboración incondicional esperada. La dama nunca consintió, bajo su techo, mortales procedentes de clases inferiores. Por alto que hubiesen trepado, consideraba que las relaciones con los tales, debían quedar circunscritas al trabajo y al esparcimiento lúdico, donde tenían su lugar, a título de relleno o bufón, sin rebasar jamás las fronteras de esa intimidad, que reservaba a la amistad. Por una vez, sin que sirviese de precedente, complació a su amiga, enviando invitación a Matilde, con posdata de mano propia adjunta, insistiendo en el deseo de contarla entre las asociadas a sus fundaciones, la una destinada a recoger menores desvalidos; la otra a retirar indigentes de la vía pública. Cartulina en mano y de una pieza, pues nada justificaba el súbito interés de la dama, por su persona, consultó al marido.

- ¿Qué hago?.

Gerardo había intentado acercarse a Pétula, repetidamente y con obstinación, fracasando

lamentablemente. Que su mujer lo hubiese conseguido, sin mover un dedo, le molestó tanto, que estuvo a punto de recomendarle que se excusase, por pura envidia. Oliéndose el origen de la distinción y sabiendo a Rosita obstinada, optó por lo contrario.

- Ve, ¡pero discreta!. Carmen sabrá lo que debes ponerte. Algo que te adelgace. ¡Porque hija mía! ¡Vas de ballena!

Matilde no replicó. Realmente gordo, le humilló que se lo recordasen, pero mucho más que el marido considerase el gusto de su secretaria, más refinado que el suyo. Sin pedir consejo optó por el negro, lamentando que nada pudiese disimular su obesidad. Maestra en el arte de hacerse sentirse superiores, a quien consideraba inferiores, Pétula abrió sus brazos al cuerpo rechoncho, de posterior deformado, por generaciones de banco de costura.

- ¡Que alegría que hallas venido! ¡Te voy a presentar! ¡Todas están deseando conocerte!.

Cerrados los preliminares, Rosita puenteó a Matilde. Siguiéndola como sombra, creó el clima que acompaña a la amistad, surgida a primera vista, con vocación de prolongarse de por vida. En el comedor la instaló en asiento confortable, ahorrándole la molestia de acceder al bufete, recibiendo e impartiendo elegantes codazos. Poniendo en sus manos plato surtido y bebida, consiguió aparte discreto, aprovechado para informarle de su reciente viudedad y del comportamiento ejemplar de Gerardo, que habiendo perdido de vista al primo en la infancia, por enredos familiares, olvidó rencillas, poniendo dinero y la cara, para conseguir que fuese inhumado donde quería y cómo deseaba.

- ¡Pues no me ha dicho nada! - se extrañó Matilde, que nunca oyó hablar del tal primo.

- ¡Él es así! ¡Evangélico! Su mano izquierda no se entera de lo que hace la derecha.

Deseando evitar que la informasen terceros, la viuda contó la desgracia del difunto.

- Fue víctima de la envidia. Y sucedió lo irremediable. Se ha solventado, porque no podía ser de otra manera. Pero el disgusto de ver su reputación en entredicho, ¡le mató!.

La copiosa merienda enlazó con cena frugal. Terminado el festejo, la esposa de Gerardo regresó al hogar transformada en miembro de las dos fundaciones, más elegantes del país, a cambio de satisfacer por banco cuota elevada, prueba de una generosidad, que no la eximía de visitar albergues de niños y mendigos varias veces al año y una vez al mes los salones de la insigne fundadora, convencida de que la buena relación entre las protectoras, hacía fructificar la obra.

Apenas traspasó el umbral, Matilde lanzó la frase, que aguardaba el marido.

- He conocido a tu prima. ¡Un encanto!

El periódico en alto, para ocultar gesto de mal humor, Gerardo preguntó, con voz que pretendió desenfadada:

- ¿De qué habéis hablado?

- De todo y de nada. Me ha contado lo bien que te portaste. ¡Podías haberlo dicho!. Por cierto, ¿estas libre el sábado?

La curiosidad por el empleo de su tiempo, le hizo sospecha que Rosita preparaba un nuevo enredo. Respondió con cautela.

- En principio. ¿Se te ha ocurrido algo?

- ¡Se le ha ocurrido a Rosita! Vamos a pasar el día en su finca. Con los niños.

Gerardo lamentó no poderse librar del deseo que le embargaba. Temía dejar escapar miradas y gestos embarazosos, en presencia de la esposa. La prudencia aconsejaba eclipsarse hasta el domingo, esgrimiendo pretexto, de los que sobran a los políticos en activo. Pero el deseo de ver a Rosita, en día que no tocaba, se impuso a la prudencia. Diciéndose que caso de deslizarse signo

equivoco, podría achacarlo a la piedad y cariño, que inspira una prima, joven y recién viuda, se preparó a disfrutar de encuentro no programado.

Destinada la tarde del jueves a los preludios de un amor, a disfrutar hasta la madrugada del viernes, sintió el aguijón de la duda. Queriendo saber si era verdad lo del parentesco, inició interrogatorio apretado, que Rosita abortó, apenas adivinó la intención. Sabiéndole atrapado, pues nunca podría contar la verdad a su mujer, se sinceró entre risas.

- ¡Lo confieso!. Estaba en un apuro con la historia del panteón. Tener al muerto en la catedral, es importante. Para mi futuro y el de mis hijos. ¡No todo el mundo puede compartir eternidad con los reyes!. Además se sabe que el rey quiere resucitar entre amigos. Es decir, que si aguanta al muerto, es porque le gustó. El que le cae mal, no encuentra ni un agujero en el columbario. Yo estoy por creer que hasta lo sacaría, si cambiase de opinión. Cómo estaban las cosas, probar que Ubaldo moría en buena relación con palacio, ¡era primordial! ¡No sabes lo que impresiona a los jueces! Si hubiese tenido que llevarlo al cementerio, ¡me sacan a subasta hasta la cama! Me hubiese quedado lo de fuera para vivir. Pero por ahí no es lo mismo. ¡No te conoce nadie!.

De no estar literalmente encoñado, Gerardo la hubiese estrangulado.

- ¡Bien!. Pero yo, ¿qué tenía que ver en esto?

- Cuando ganaste las elecciones, observé la coincidencia de apellidos. ¡Y la olvidé! Pero en el hospital, sola con la notificación de embargo, me vino la inspiración. Cómo no tenía nada que perder, me inventé lo del primo. Me dije que un título mola. Y que si salía bien, ¡con eso que me encontraba!. Cuando apareciste, supe que había ganado.

Se sintió inquieto por puro instinto. Y preguntó.

- ¿De qué murió tu marido?

Rosita hizo un gesto vago.

- De nada... Y de todo

- ¡Algo tendría!

La mujer estalló en una carcajada.

- ¿Qué quieres que tuviese? ¡Un empacho de prepotencia! Se enteró de demasiadas cosas. Y cuando alguien tuvo la idea de sacrificarle, porque no quedaba más remedio que quemarle, se puso farruco. Sacó papeles, exigió que le sacasen limpio como una patena y amenazó con la prensa, creyendo. Como tú, creyó que la tenía bajo el zapato. ¡¿Pero que prensa?! ¿La que ponía firme desde el banco? El imbecil no sospechaba que le obedecían, porque se lo mandaban. Bastó una orden en contrario, para que le pusiesen como los trapos. Comprendió que de fronteras a dentro era inofensivo. Y fuera no tenía nada que hacer. Si le creían y hurgaban, ¡podía ser peor!. Porque lo normal es que repitan lo que se dice aquí. Pero si los buscas, se lanzan sin miramientos. Le dio el perleque cuando tenía que ser. Para que los otros se lo tuviesen por dicho.

- En el tanatorio me dijeron que fue repentino, ¡pero natural!.

- ¡Por supuesto! No hay corazón que siga funcionando, si tropieza con ciertas cosas. Hubiese podido durar unos días. Depende de la dosis y de la resistencia del continente. Pero cascar, ¡cascas! Pienso que lo sospechó. ¡Supongo que lo esperaba!. Como yo. Hubiese podido decírselo a los médicos. O yo misma. Porque remedio hay. Pero no lo hicimos y no se dieron cuenta. ¡O no se la quisieron dar!. Es lo más probable. Y el corazón se paró, como el de todos los muertos.

Gerardo reflexionaba.

- Si nadie se enteró, no veo donde está la lección.

- ¡Que te lo crees! Los que importa supieron de qué iba. Como lo hubieses sabido tú, de no estar en la periferia.

El lenguaje era inconfundible. Saber que Rosita pertenecía a la secta más cerrada del país, le hizo sentir pavor. La boca seca, los ojos extraviados, murmuró.

- Pero tú...

Rosita agitó la melena.

- ¡Sí, claro!. No digo más, porque no te interesa.

Un beso canceló el diálogo. Pasaron a los hechos.

A Gerardo no le hacía ninguna gracia levantarse antes del amanecer. Pero una viuda, reciente y doliente, no podía exponerse a que la criada descubriese que dormía acompañada. En su situación, los comentarios de vecindad, hubiesen podido ser peligrosos. Despidió al amante con un consejo.

- Duerme deprisa. Un día de campo es cansado.

Les recibió pimpante y fresca, en compañía de sus tres hijos y el yerno. El beso de saludo, casto y distante, hubiese alejado toda sombra de sospecha, de haberla albergado Matilde. En el curso de la jornada, las mujeres intimaron. A partir de aquel día, se vieron casi a diario, sometiendo a Gerardo a un estado de excitación, que no calmaban dos noches de amor por semana. Cierta tarde Rosita quiso romper la monotonía. Abandonando el salón tras los primeros escauceos, regresó con bolsa de plástico, que hubiese hecho la fortuna de un camello,

- ¿Cómo la quieres?

Gerardo tragó saliva. Se sentía realmente incómodo. En su juventud de ejecutivo, mantuvo contactos esporádicos con la coca, que no hubiesen tenido continuidad, de no continuarla carrera política. No habiendo mortal normalmente constituido, capaz de soportar el ritmo de las campañas, asesor de imagen debidamente experimentado, que tras haber servido a famosos, estrellas del espectáculo, de vida profesional tan breve como trepidante, paso a formar en la plantilla de expertos, en la captura de votos, se encargó de suministrarle el polvo milagroso, debidamente dosificado. Previsto que terminado el maratón mitinero, habría de arrumbarlo, lo hizo efectivamente, sin perjuicio de que en jornadas cargadas de obligaciones políticas, sociales o mixtas, cuando no de desagradables renuncias y sinsabores, acudiese al tónico, milagrero y de efecto inmediato, que le devolvía su buen aspecto exterior, con la normalidad dicharachera, que adornaba su imagen. Había adquirido la costumbre de tener los polvos a la mano, en la seguridad de dominarlos, cuando inició su tercera campaña. Triunfador nato, no tardó en chocar con un asesor, que se empeñaba en machacarle con sus consejos, al pie de la tribuna, abrumándole con críticas y reproches, recién terminado discursos, tan celebrados por los aduladores, cómo por el público asistente. Cierta día sucedió lo inevitable. Culpable por haberle reprochado meteduras de pata clamorosas, jaleadas por un pueblo, que no aprendió a distinguir lo realizable de lo imposible, el asesor fue despedido, sin daño para el empleador, pues ganó según costumbre.

Siguieron meses de éxito, locos y felices, que hubiese prolongado indefinidamente, de no asaltarle brusco malestar, general e indefinible. Irritable, dio en no consentir a la realidad, que cometiese el desacato de contradecirle. Ni a la salud, para flaquear. Con razones sobradas para temer al sida, achaco cuanto le sucedía a la enfermedad. Quiriendo prolongar su existencia, sin dar tres cuartos al pregonero, por ser enfermedad mal vista, organizó viaje oficial a París, para hacerse examinar por especialista discreto. Confesados sus temores y sometido a reconocimiento, escuchó diagnóstico contundente: "No. No tiene sida. Pero si no quiere ir a peor, tendrá que desintoxicarse. Se lo aconsejo por usted. ¡Y por el país!". Comprendiendo que la cosa iba en serio, Gerardo se descubrió voluntad insospechada, sufriendo quinario, que se juró no repetir. Informado de que si regresaba a la coca, despegaría definitivamente de la realidad, pues no podría abandonarla, la vista del polvo blanco le produjo escalofríos, porque acompañó la tentación.

- No gasto. Gracias.

Rosita se encogió de hombros.

- Si no quieres, ¡no es mi problema! De quien no esnifa, no se fian. No puedo explicarte por qué, ¡pero es así!

Gerardo no captó.

- ¿Quiénes no se fian?

- Los que te han convertido en lo que eres. Y te pueden desconvertir si les da la gana. Estamos en sus manos. No sabes quienes son. Yo sí. No conozco a todos, pero sé donde están.

Gerardo arrugó la boca, en gesto de desprecio.

- Tu dirás donde están tus fantasmas.

Rosita se hizo misteriosa.

- Pero para ti, ¡en ninguna parte! Inspiran, provocan y se hacen obedecer. De unos, porque esperan recibir. De otros, porque no quieren perder. Y del resto, porque sin saberlo, están sometidos a su imperio.

- Sigo sin conocerlos - insistió Gerardo

- Has salido en los periódicos con más de uno. Pero no puedes reconocerlos. ¡Tendrías que haber sido recibido!. Sabes que existen. Si fueses sincero, confesarías que venderías tu alma por pertenecer a esa cúpula, innominada pero presente. La temes y haces bien. Creerse intocable, porque había llegado, fue la perdición de Ubaldo.

Gerardo comprendió que estaba siendo cooptado por el poder en la sombra. Era el sueño de todo político. Rosita continuó.

- La complicidad no surge de la virtud. El poder confía en quien comparte su placer. ¡Yo diría que los vicios!. Es decir que para llegar, debemos resignarnos a tener tabique de platino. La intervención es cosa de nada. Puedo asegurarte que no molesta ni se nota.

- Es que... para mi trabajo...

La carcajada sonó ofensiva.

- ¡Tu trabajo puede hacerlo cualquiera!. Los de tu nivel, sois intercambiables. Y blandos. Basta agitar el fantasma de la cárcel, para que os lo hagáis en los pantalones. Quien tiene miedo, debe procurar gustar. Y para gustar, ¡ya sabes!

- ¿Sé qué? - el tono era airado. No soportaba que una mujer le ningunease.

- ¡Pues está clarísimo! La simpatía es subjetiva. Para el otro, ¡se entiende!. Quien aprecia lo que apreciamos, nos cae bien. Pero el que lo rechaza nos repele. En especial si tenemos hábitos singulares. Hay muchos pedófilos por ahí que lo disimulan, porque no es cosa que aplauda la calle. Hasta es delito punible, aunque rara vez se castigue. Si el jefe lo es, no lo sabrán los subordinados. Pero el subalterno que critique la tendencia, llamado faltoso al afectado, estará puteado y terminará en la calle. En cambio el que la comparta, si llega a oídos del jefe, ascenderá como la espuma. ¡Así de sencillo!

Gerardo esnifó.

Si aparecía el cuerpo de un mendigo, un moreno o un homosexual, la comisario Ramos decía:

- Es cosa de esos niñatos.

Y si encontraba restos de una muchacha o un menor, debidamente machacados, sentenciaba:

- Es cosa de los padres.

Se equivocaba, porque no pocos niñatos, adquirieron la tara antes de hora. Recomendado airear la violencia terrorista, para que la gente supiese distinguir a los malos de los buenos, al proliferar las defunciones, consecuencia de delito común, la consigna de ponerles sordina corrió por comisarías.

juzgados y redacciones, mereciendo atención especial, la obra del maniaco sexual. Considerado que la facultad de reprimir el instinto, no fue dada al hombre; la posibilidad de que el autor o autores, fuesen individuos objetivamente respetables; la contingencia de que sucesos, objetivamente inevitables, desencadenasen campañas antidemocráticas, como movimientos en favor de la pena de muerte, a más de provocar alarma social, que podría afectar a la clase política en general y las instituciones del estado, porque a un sádico no se le encuentra fácilmente, se acordó que de no haber testigos o ser silenciados, tan desagradable sucesos no apareciesen en los medios, quedando relegados al ámbito de lo que nunca existió, porque fue contado.

- Un sistema de estado, no se consolida de la noche a la mañana. ¡Hacen falta siglos!. Si las personas que lo encarnan, ¡o parecen encarnarlo!, se ven involucradas en cuestión tan desagradable, aunque sólo sea por pasividad del poder ejecutivo o del judicial, que no puede ir por ahí dando palos de ciego y menos en algo tan delicado, perderán el respeto. Y con el respeto desaparecerá el orden. Podemos machacarlos. ¡Tenemos los medios!. Pero si surgen ciertos rumores y toman cuerpo, ¿quién puede responder de los que manejan esos medios?. ¡Ahí está la cuestión!.

La inspectora Ramos discrepó.

- Tapar los menor, por preservar una democracia naciente, me pareció un desatino. Hoy afirmo que si tapamos lo mayor, ¡no habrá democracia que preservar!. Nos habremos cargado el derecho a la información. Y convertido el país, en cantera de delincuente. No es cierto que función hace al hombre. Pero le aseguro que la impunidad, genera ejemplo. Hasta el carterista nos pone la cara colorada. Yo no sé donde mirar, cuando nos largan que servimos de guarda espaldas al político, porque roba a lo grande. Y que si le detenemos a él, es porque no saca para pagarnos. ¿Qué les costaría buscar gente honrada?. No serían más inútiles que los de ahora.

De haber estado en su mano, el jefe superior hubiese mandado a Ramos a provincias. Pero la necesitaba, cuando menos hasta las próximas elecciones. En consecuencia, trató de convencerla.

- La gente honrada tiene principios. Los principios, en política, traen problemas.

La comisario sonrió.

- Yo diría que más trae la coca. Se creen que estar por encima de la ley, les hace invulnerables a la química. Pero su cuerpo reacciona como el de cualquiera. Un esquizofrénico, en la calle, es un peligro. En el poder, ¡una catástrofe!.

Garcés habló cómo si se dirigiese a un niño.

- ¡Vamos señorita!. De no conocerla, creería que es o ha sido consumidora. Debe cuidar sus palabras.

El desprecio se dibujó en los labios de Ramos. Su carrera y el futuro dejó de importarle.

- Basta escucharles, para saber que han despegado. De no ser así, no se empeñarían en conseguir votos, prometiendo lo que nadie les ha pedido. O repitiendo lo que a nadie interesa. Más ganarían administrando decentemente. El dinero o la justicia. Usted sabe como va. ¡Porque si lo sé yo!.- Ramos sintió que había ido demasiado lejos. Replegó velas - Claro que esto lo digo en esta despacho. En otra parte, ¡no se me ocurriría!.

El jefe mordió el puro, echándose el humo al pecho. La joven buscó sus ojos, sin poder encontrarlos.

- Señorita, le recuerdo que no llegó a comisario por méritos. Fue designada por razones políticas. Y en política, todos somos reemplazables. Admitamos que tiene usted razón. Que una élite estúpida, cruel y delincuente ha monopolizado los medios, para amordazar a los irreductibles, porque no quiere ser criticada. ¡O acusada!. ¡Y vayamos más lejos!. Supongamos que se ha propuesto destruir todos los valores, predicando la satisfacción del instinto, hasta el absurdo de la crueldad gratuita, aplicando una propaganda, subliminal y machacona. Y que lo haga porque lo practicado por muchos, deja de ser delito, ¡y hasta pecado!. ¡Pues bien!. Aunque fuese verdad este absurdo, usted

se limitará a seguir las indicaciones de sus superiores. ¡Por cierto!. He recibido quejas de su distrito. Les entran en las casas y les roban los coches con excesiva frecuencia. Así que a detenerlos. ¡Sin meterse en camisa de once varas!.

- ¿Para que los suelte el juez?

- No. Para que lo diga la prensa.

La paternidad cambió la vida de Luis y Casilda. Puntillosos en lo social, arrumbaron recuerdos y relaciones de juventud, mal vistas en el círculo de clase. Entre los desechos, destacaba Ernesto. Le hubiesen olvidado, de no aparecer a menudo en la prensa, por ocupar lugar relevante, en el mundo de las letras, cuando le encontraron en casa de César, enmarcado en cena íntima, socialmente cotizada. Probando habilidad innata en usos mundanos, Casilda improvisó, corriendo al encuentro del escritor. Abiertos los brazos, borraba con un gesto largos meses de olvido.

- ¡Que alegría!

Se abrazaron, como si el uno no pudiese vivir sin el otro. Luis tomó el relevo.

- Tu última novela me ha encantado. Mi padre, que no lee, dice que escribes estupendamente.

Ernesto asumió el halago, sin insistir, por no poner a Luis en un aprieto. Recordaba que terminada la universidad, rompió toda relación con la letra impresa. Pasando al terreno confortable de las vivencias, intercambiaron información. Luis disfrutaba de la finca y empresa de consulting. Formada para viajar dineros, sin dejar huella, el hijo de Ignacio había sido designado, porque su tradición familiar, garantizaba fidelidad y silencio. Con capital sobrado y tiempo libre, la firma aparecía como empresa de publicidad, no andado descaminado el rótulo, pues a más de comprar y vender influencias, organizaba campañas de promoción y difamación, baratas y generosamente recompensadas, que ofrecían al matrimonio presente de fábula, por contar con futuro, que no incitaba al ahorro. En vía de confidencias, Ernesto confesó que de haber comido de los libros, lo hubiese hecho parcamente. Descubierta por César, fue dotado de la ocupación subsidiaria, que le permitió enterrar definitivamente su origen.

- Hay un montón de gente que conviene eliminar. Socialmente, ¡se entiende! Porque dicen lo que no deben o dan mal ejemplo. ¡No a lo grande!. A veces su influencia no pasa de una calle, de un bar o de un centro con cuatro gatos. Nosotros los descubrimos. Nos enteramos de sus costumbres, medimos su peligrosidad y si valen la pena, hacemos su retrato interior. Podríamos eliminarlos físicamente. Y quitarnos el engorro de encima. Pero estos accidentes, salvo si el tipo es un cabeza loca, son sospechosos y terminan por saberse. Así que nos tomamos el trabajo de eliminarlos psicológicamente. ¡No creas que es tan fácil!. Hay que estudiarlos, saber que les gusta y donde les duele. Romper su equilibrio es lo importante. Un tipo desequilibrado hace y dice tantas tonterías, que se desprestigia en horas. La policía nos manda la ficha. Pero no sirve. Son incompletas, cuando no equivocadas. Así que tengo un montón de gente controlándolos. Cuanto más cerca, ¡mejor!. Amigos, empleados, parientes. Hay hijos que vigilan a los padres; maridos a mujeres. Me importa lo que dicen, no lo que hacen. Lo malo es que a veces nos informan con los pies. Metes un dato equivocado. ¡Y no aciertas ni para atrás!. La verdad es que los informadores trabajan por dos gordas. Y hasta por pura vanidad y de gratis. De los peces gordos nos ocupamos nosotros. Algunos se quedan hechos unos zorros a la primera. Pero otros, ¡no hay quien los rompa!. Tengo casos que los hemos arruinado, destrozado la familia, metido en procesos de todos los colores, dejado sin trabajo y hasta ridiculizado. ¡Y ahí siguen incordiando!. Pero los más acaban donde quiero. Como la gente les rehuye, porque les hemos hecho la cama, se hacen huraños y solitarios. A los débiles le va peor. Terminan en la droga o el manicomio. ¡Pero no creas que sólo hago el mal!. No sabes la cantidad de cretinos que me deben la carrera, porque les hice pasar por lumbreras, ¡en lo que sea!. Confieso que el trabajo me gusta. Fabricar destinos, sin que el sujeto tenga arte ni parte, te hace sentirte un poco como Dios.

- No pagas, pero por lo que veo, ¡cobras!.

- ¡De puta madre! Claro que me pagan mejor otras cosas.

- ¿Qué cosas?

Ernesto sonrió malicioso. Explotaba el misterio, porque le favorecía.

- No son para dichas.

Casilda rumiaba.

- Lo que no entiendo es la utilidad de hacer la vida imposible a tipos sin importancia.

Ernesto la miró asombrado.

- Dicen lo que lo no deben y hacen pensar a los demás. ¿Te parece poco?.

- ¿Pero en qué?.

- Es peligroso todo el que descubre contradicciones. Y lo larga. De lo que dice con la realidad. Y de lo que es, con lo que debiera ser. Si lo hace a lo loco, no importa. Pero el que argumenta, ¡se jodió!. Hay que salvar al sistema. Pero sobre todo, ¡a la institución!.

Ocupado igualmente en adornar la imagen de la monarquía, tanto en su pasado como en el presente, Luis pensó que Ernesto podría serle útil.

- ¿Te apetecería trabajar con nosotros?

- ¡Chico!. ¡Si no me queda tiempo!

- No te pido tiempo. Un día sí y otro también apareces en los medios. Opinas, aconsejas y sobre todo, comunicas y te escuchan. Es decir, que generas opinión. Si no lo hicieses en la buena dirección, serías uno de tus objetos. ¡De elite!. Porque los comunicadores escasean. Tanto que ando cojo. Que sigas apareciendo en los medios de César, ¡no me importa!. Pero te pediré prestado, para que salgas en los míos. Tendrás más audiencia, venderás más libros, ganarás más y yo no me moriré de vergüenza, oyendo las estupideces que largan mis estrellas.

Ernesto puso cara de negocios.

- Concretiza

- Medio kilo por intervención.

- ¿Causa?

Luis hizo un gesto de hastío.

- ¡La que sabes!. Salvar una imagen, que se deteriora. No había quien se metiese con un cortesano. Y ahora critican hasta al rey. Si no cogemos los desconchados, ¡podría pasar cualquier cosa!. Poner por las nubes a las reales personas, sin caer en el tópico ni en la adulación, no es fácil. Pero lo consigues.

Ernesto reflexionó.

- Acepto porque soy tu amigo. Que el medio kilo, se me va en humo.

Capítulo 11º

Cuando pasaba delante de un mendigo, Lola Laínez Dávalos se santiguaba. Sus padres le enseñaron que no debía tratar con amigos arruinados, porque la ruina se pegaba. Adulta, concluyó que el pobre contagiaba su miseria. Al no conocer amuleto más eficaz, que el mímico de la señal de la cruz, repetía el gesto, en público y en privado. Tanta era la costumbre, que en cierta ocasión lo ejecutó en presencia de Satanás, librándose de la reprimenda, porque pasó inexplicablemente inadvertido. Que la materialización del Dios del mal no se diluyese, no le hizo temer que fuese más fuerte que la cruz, ni sospechar que la presencia del rey de los infiernos, quedase en efecto de alucinación

colectiva. Segura de que el acto de santiguarse, neutralizaba las maldiciones del más allá, concluyó que la cruz de Caravaca, siempre pendiente de su cuello, alejaba las del más acá. Dotada de la manía de concluir, tomaba el resultado por artículo de fe, formando el capital fijo de su intelecto media docena de paradigmas de su cosecha, que la acompañaron hasta la muerte. Destacaba la convicción de que los efectos del mal de ojo, estaban científicamente probado. Integran el capital circulante número indeterminado de axiomas, adquiridos por observación o recogidos en consultorio de adivino, de los muchos que frecuentaba. De duración variable, eran modificados o renovados, en función a las circunstancias, desesperando a su confesor. Hombre de cortas convicciones pero firmes, abominaba de toda iniciativa producida por el intelecto. Considerando que todo lo pensable, había sido debidamente plasmado por los Santos Padres, entendía por libre albedrío el derecho a elegir entre condenarse, empecinándose en la rebeldía de la libertad de pensamiento, o a salvarse, escogiendo la sumisión mental. Que Lola elucubrara, aun haciéndolo moderadamente, le sacaba de sus casillas.

- ¡Por concluir se perdió Lucifer! ¡El ángel más bello y querido del Creador! Un día quiso saber tanto como Dios. Y empezó a pensar sin pedir consejo. ¿Sabes qué pasó? Que Dios le expulsó del paraíso, con los idiotas que le habían seguido. Les mandó al infierno, para ser atormentados eternamente, sirviendo de ejemplo a los que no piensan como ordena su señor natural. Los ángeles y los santos, lo hacen como manda Dios. Y los hombres como les indican sus superiores. Los tuyos, ¿sabes quiénes son! Primero los sacerdotes, empezando por tu director, ¡qué soy yo!, después el rey, las personas reales y cuantos disfruten de autoridad, delegada por la corona. Y por último tu marido, la jerarquía más cercana. A él debes pedir consejo, para cumplir tus deberes. Los tienes, como todos nosotros. Dios los reparte entre los hombres, antes de que vengan al mundo. Los irás descubriendo a lo largo de la vida. De que los asumas y cómo los asumas, depende tu eternidad. Te obligan con los de abajo, pero sobre todo, ¡con los de arriba! ¡Sabes a qué y a quién me refiero! ¡Así que a obedecer! Dios te lo premiará en el futuro, como te lo está premiando en el presente. Otros pasan frío, hambre, no tienen techo, ¡y encima se condenan! A ti no te falta de nada y te salvaras, por que haces lo que te mandan. ¡No lo que te apetece!

Lola obedecía al confesor, al marido y a los restantes superiores naturales, que le tocaron en suerte, pero no podía renunciar al vicio concluir, calificando la ejecución de ciertas ordenes, cuando menos de aberrante, pues nunca pudo considerar recomendable, lo que hasta el más lerdo declaraba benéfico o encomiable. Ni malo su contrario. Alejado el mal augurio que dimanaba del pedigüño, apostado en la esquina, emplazamiento de pobre experimentado, le dio la espalda, intentando sustraer a su mirada abultado billetero. Precaución inútil, por ser Trasqui profesional, que adivinaba el reflejo del papel azul, en la mirada del propietario. Hubiese podido hacerse con la cartera, sin que la propietaria se enterase, eludiendo la grosería de usar la fuerza o la amenaza. Pero temió ser cazado o descubierto, perdiendo posición, que le permitía comer y emborracharse con holgura. Mendigo oficial de la manzana, conocido y querido del vecindario, los clientes fijos serían los primeros en expulsarle, porque el pobre que nos permite sentirnos virtuosos a poca costa, es aceptado, pero rechazado el parásito, que intenta servirse por su cuenta.

Tras hurgar un par de minutos, dio con el monedero de las limosnas. Invento de Maritina, comercializado en el Mercadillo, estaba dividido en compartimentos de fácil acceso, que permitían extraer, al tacto y sin equivocarse, la moneda adecuada al aspecto, dicción y expresión del mendigo. Recargado por la doncella cada mañana, contenía surtido completo de las piezas en curso.

Lola elevó la diestra, dejando caer desde la altura justa, con maestría que revelaba generaciones de limosneros, óbolo de cinco duros. Vino a caer en el centro de palma, que a fuerza de tenderse, adquirió había adquirido forma de cuenco. Buen psicólogo porque lo daba la profesión, Trasqui se dejó de modernidades, acudiendo a fórmula de toda la vida.

- Dios se lo pague.

Los pómulos de Lola se iluminaron bajo colorette, que recordaba vigor femenino de postguerra.

- ¿Es usted religioso?

- Sí señora. Todas los días de precepto voy a la iglesia.

No mentía, pues jamás desertó de la puerta de San Fermín, en domingos y fechas de guardar. Lola sonrió, sumergiendo nuevamente la diestra en su arcano, para arrancar dos monedas de veinte duros, limosna reservada al mendigo, que además de creyente, se revelaba practicante:

- ¡Tenga! ¡Para que vea como Dios premia a los buenos! Por cierto, ¿conoce el hogar de la Madre Sinforosa?

- No señora - mintió el pobre.

No había mendigo en cien leguas a la redonda, que no temiese al hogar como a la peste. Los catres, que no camas, daban asco a los que rebuscaban en la basura, por acumular tanta mierda ajena, de miércoles a miércoles, día de muda, que provocaban náuseas, al que sólo frecuentaba la propia. Bazofia la comida, tenían que agradecerla besando la mano a las señoras, servidoras voluntarias del manjar nauseabundo, obra de misericordia que hubiese sido más de agradecer, si limitándose a financiarla, se decidiesen crear puesto de trabajo, de apreciar en tiempo de paro, confiado el servicio a manos mercenarias. Ahorrarían al beneficiario humillaciones y esa sensación de inferioridad, que provocaba la sola presencia de las damas. Prohibido el uso del alcohol y el tabaco, entre los muros de la institución, brujas empingorotadas se especializaron en oler alientos, castigando al infractor con semanas sin salida, por haberse empeñado en que los internos, con un pie en la sepultura, recordasen las buenas maneras, aprendidas en la escuela.

No había pedigüeño que ignorase como se entraba en el hogar de la Madre, pero ninguno estaba seguro de que fuese posible largarse. Poseedores los sin techo de paga o subsidio y algunos de ahorros, reserva que le permitía llenar el estómago en los días malos y guarecerse en la enfermedad o los fríos, sin caer en albergue opresor, los administradores del centro descubrieron que sumando haberes de indigentes, reunidos en torno a la misma olla y apartados de vicios, se conseguían ingresos, garantizando dinero de bolsillo a un voluntariado, que aun siendo abnegado, no vivía del aire. El hallazgo fue causa primera de la campaña, encaminada a cerrar el metro, albergue extremo de los mendigos, sin posibles para acceder a cama de pago, en el rigor del invierno. Culminada en éxito, fueron muchos los sin techo, que víctimas de desvanecimiento involuntario, despertaron de noche glacial, en hogar reputado.

Apegados al libre uso de su vida e ingresos, aunque fuesen escuetos, el que tenía la desgracia de ser depositado, por la ambulancia o los guardias, en el centro de la Madre, perdía ambas cosas, a poco que se descuidase. La catástrofe se hacía irreversible, si demasiado borrachos o enfermos, para saber dónde estaban, tras cruzar el umbral, en lugar de negarse en redondo, respondían a la amable enfermera, que inquiría sobre su personalidad, confesando nombre y apellido. Asentado el pupilo en el registro, era informado, al salir de su postración, de que habiendo acreditado los facultativos del centro, ante el juez de guardia, estado físico lamentable y mental desacordado, había sido asignado a residencia en el hogar, quedando a cargo de la dirección la tutela de su persona, salud y haberes. Con autoridad para ordenar el régimen de vida y gastos del incapacitado, el que hasta entonces hizo de su pellejo y dineros lo que le dio la gana, quedaba reducido a la condición de menor definitivo, obligado a rezar, comer y dormir, cuando y como le ordenaban.

Probada la inutilidad de suplicar o acudir al juzgado, reclamando libertad, ciertos pupilos hacían pública fechoría, buscando la cárcel por penitencia. Pero delinquir no servía de nada. Devueltos al Hogar, por incapaces mentales, les recibía solemne rapapolvo, seguido de castigo ejemplar, con resignación por corolario. En país donde tanta gente, que no deseaba perderse, se perdía, el pupilo de la Madre no tenía la posibilidad de escurrirse. Al que lo intentaba, lo encontraban con seguridad, en centro populoso o en pleno campo, concluyendo los que lo que lo intentaron, que para escapar del centro, tendrían que hacerlo de la vida. Hubo intentos fracasados, porque personal, con votos o sin ellos, ponía celo especialísimo en impedir que propietarios de ingreso fijo, desertasen del caritativo infierno, prefiriendo el otro, en su ignorancia. Enrejadas las ventanas del primero, por si

alguien pretendía utilizarlas, el corte con cuchilla de afeitarse o cuchillo de cocina, quedaba en hemorragia irrelevante, abortada de inmediato. Y el intento de ahogamiento en rozadura, huella de la soga.

Limitadas las horas de libertad, obligado a recogerse en el catre, a hora impropia para que las gallinas subiesen al palo, sometido pobre a olida concienzuda, tras cada salida, por si reincidiendo en la mendicidad, recaía en el pecado, el anciano, con derecho a dilapidar, con cargo a sus haberes, el costo de un paquete de tabaco por semana, a consumir en el exterior, con prohibición expresa de invertir en bebidas alcohólicas, sin más aliciente que el televisor, fijado en programa elegido por la dirección, proyecciones esporádicas de vídeos insulsos, parchís, dominó y conversación limitada, pues no tardaban en recorrer los secretos del colectivo, se sumían en aburrimiento profundo, que les llevaba a la abstracción. Lamentando que sus ingresos, al superar los gastos, beneficiasen a la institución, pero sintiendo que les compensaba dar esquinazo a las señoras, sin ocupación definida, que mataban el tiempo obligándoles a saldar deuda en misas, rosarios y otras devociones, acumulada a lo largo de una vida, no precisamente devota, se dejaban deslizar hacia la catatonía profunda, quedando definitivamente tendidos en el catre, a la espera de la muerte.

Trasqui imaginó a su benefactora hurgando en las tripas de un compañero, hasta dar con heridas enterradas en olvido precario. Y sonrió para ocultar su odio solidario. Lola hundió la mano en el bolso por tercera vez, sacando una tarjeta.

- El albergue está por Horcasitas. Diga que va de mi parte. ¡Vera que bien le tratan!. Comida caliente, cama con sábanas. ¡Hasta podrá lavarse!.

El interpelado se dijo que si aquella bruja, con apariencia de bleda inofensiva, le echaba el ojo, tendría que cambiar de barrio, porque le mandaría los guardias, metiéndole en el albergue por las buenas o las malas. Habiendo aprendido a manejar la mentira de los que mandan, Trasqui adoptó el tono y gestos melifluos, que utilizan para engañar, queriendo hacerlo con eficacia.

- Gracias, señora. Dios se lo premie. Pero el caso es que no estoy solo. Tengo mujer... enferma, por cierto, y...

A Lola se le iluminaron los ojillos. La pensión del casado, es superior a la del soltero.

- ¡Mejor que mejor! ¡Se vienen juntos! Tenemos sala para matrimonios. Duermen en la intimidad. Separados por mamparas.

Apretado, Trasqui dio rienda suelta a la imaginación.

- Es que... están los hijos. ¡Ya sabe usted! Tres mocetones y una hembra. Se quedaron paráos... Y ya sabe usted. ¡La droga! Así que mandé a la mujer al pueblo y me quedé buscando trabajo. Cosa de tenerlos controlaos. No salió. Y me puse a pedir. Algo he conseguí. La chiquilla se curó y está con la madre. Con lo que saco, las perras que nos da el gobierno y el huerto, ¡pos van tirando! Me ocupo de los mocetones, ¡qué no los pierdo del ojo! ¡Usted me entiende! Por ver si consigo mandarlos p'allá y largarme, ¡qué estoy harto de roar por Madrí!

Lola consideró la historia demasiado bonita para ser cierta. Deduciendo que el tipo, a más de andar metido en drogas, no era pieza de albergue, por tener familia en el exterior, que de perder la paga, metería las narices donde no debía, renunció a la pieza. Reducido el pobre a perro callejero, se despidió con esa sonrisa indefinida, que une el hola al adiós. No teniéndolas todas consigo, porque las señoras de albergue eran testarudas, el pobre la siguió con la mirada. Avanzaba la nariz apuntando al cielo, irradiando superioridad. Llegada frente a portal lujoso, como todos los de la calle, giró bruscamente, hundiéndose en el edificio como delincuente, que tiene la policía en los talones. Remitidos los rasgos de la limosneta a la memoria, ese subconsciente, que de no mediar causa patológica, recuerda por puro automatismo, le devolvió la imagen enmarcada en barrio popular. Disfrazada de periodista, disparaba la cámara, muy selectivamente, sobre niños y jovencitas de buen ver.

Lola entró en el saloncito de Angustias Piedras Albas, sin ocultar su mal humor.

- ¡Me he vuelto a encontrar uno! ¡Hija! ¡No se puede venir a tu casa sin topar con un pobre!. Le di cuarenta duros, porque creí que era religioso. ¡Pero es un pinta!. Confieso que todos los pobres me parecen uno. Pero este me dio el pego. ¡Hasta intenté mandarle al albergue!. Me dijo que tiene familia y no insistí. ¡Bastante tuvimos con el extremeño!.

Angustias asintió. Nunca olvidaría el cirio que organizó el tal Ildefonso López. Quiso largase, no le dejaron porque tenía buena pensión. Y un día aparecieron los hijos. Les mandó a la prensa, empezaron a largar y no bastó con echarle. Hubo que pagar una mordida, para que no metiesen las narices en las incapacitaciones.

- ¡Yo ni los miro! No me gusta tener mala conciencia.

- Pues yo creí... como vas al albergue...

Angustia jugueteó con las borlas del brazo de butaca, resto de salón granadino, encargado por abuela difunta, al primer mueblista del país, que firmó sus trabajos.

- ¡No tiene nada que ver! Los pobres me importan un pimiento, pero lo que piense la señora, ¡me importa muchísimo! ¿De qué crees que vivimos? ¿Del aire? Papa se arruinó, cuando no había casinos. Ignacio se arruina, porque los hay. Y yo gasto la intemerata, con poner el pie en la calle. Porque si veo una cosa que me gusta, ¡no puedo dejarla en la tienda!. ¡Y están los chicos!. Para sacar, sin quedarnos en la calle, ¡hay que meter!. De no ser por el puestazo que nos han endilgado, ¡no sé qué haríamos! Así que si la señora quiere que ruede, ¡yo ruedo!

Lola no estaba dispuesta consentir que aquella mema, pretendiese ganarla en lealtad y fidelidad, por muchos títulos que tuviese.

- ¡Justo lo que te estaba diciendo! Yo también voy por complacer a la señora. Pero no lo hago como tú, por el que dirán. ¡Comparto su pensamiento! Y me importa Dios, ¡cómo a ella!. Dijo que quien da a un pobre, se lo esté dando a Él. Significa que si pasas de largo delante de un pobre, ¡estás pasando de largo delante de Dios!

Angustias lanzó una carcajada destemplada.

- ¿A ti quién te ha contado eso?

- ¡Pues quién va a ser! Yo misma, ¡qué pienso!

- Podías ahorrártelo. ¡Te sale fatal!. Tu monserga significa que por activo haces un bien. Pero que por pasivo, no haces un mal. ¡Buenos estaríamos, si tuviésemos que andar haciendo buenas obras todo el día!

- ¡Es lo que yo pienso! Y de mi burro no me apeo.- insistió Lola, con tozudez innata. Angustias cambió de tercio.

- Por cierto. No te vi en la misa de San Casio.

Lola se cortó. A quien no asistía a una misa institucional, se le tenía en cuenta.

- Es que... Tuvimos que ir al campo... una cacería...

Angustias remachó el clavo.

- ¡No sabes lo que te perdiste! Fue precioso. Un chico, que era ciego, ¡vio! ¡Emocionantísimo! Ignacio lloraba como un niño. ¡Figúrate!. Lo trajo uno de su servicio. Terminó discutiendo con el Padre Jacinto. Estaba empeñado en que el milagro lo hizo un extraterrestre. Estaba empeñado en que lo vio al fondo de la iglesia. Y que tenía los ojos como los que le abducieron, cuando estuvo en el ovni. ¿Te figuras un cura inventando esas cosas?

Lola alzó los hombros.

- D. Jacinto ¡lo que sea!. Para mí es un infiltrado, que viene a meter el ojo. Porque de carismático no tiene nada. ¡Yo lo que digo!. El único que hace milagros, es el Espíritu Santo. Es decir, Dios. La

Virgen y los santos interceden, ¡qué es otra cosa!. Y los extraterrestres, ¡nada!. Claro que conseguir una gracia, es tanto como hacerla. A veces pienso que D. Jacinto dice todas esas tonterías, por caer bien a la señora. Pero basta leer el Génesis, para saber que no es verdad. Habla de una sola creación. ¡La nuestra!. Claro que si la señora quiere que haya dos, ¡no seré yo quien diga lo contrario!. Aunque saber, lo que dice saber, solo sé que Dios hizo un hombre y una mujer.

- Yo que tu me calmaría. La señora se pone de un humor de perros, cuando alguien pone en duda que nos visitan. El que pueda presentarle un tipo de otro planeta, tiene el porvenir resuelto.

Lola no podía soportar unas flores mal puestas. Convencida de que tenían un alma, sabía que les dolía morir en la fealdad. Al no tener Angustias sensibilidad para la belleza, ni mirándolo bien, para nada de nada, el ramo de la consola era un adefesio. Sin poderlo remediar se acercó al jarrón, armonizando el contenido. Angustias lo agradeció, consciente de sus limitaciones.

- ¡Sí hija! ¡Un horror! ¡Ya sé que no tengo gusto!.

Lola daba vueltas a la cuestión de los extraterrestres.

- Yo pienso... ¡Pero en fin! No quiero que eso de pensar me traiga complicaciones. Por cierto, ¿cómo va Dolorcita?

Angustias arrugó la nariz.

- Ya tú sabes... Unos días bien... otros mal. La verdad es que casi no la veo. Desde que le pusimos la boutique, está siempre metida en la tienda ¡Como si la necesitase!

- En mi opinión, se entretiene en lo que sea, con tal de no ver al marido. Te dije que la diferencia de edad, era demasiada.

Angustia espantó el comentario.

- ¡Tonterías! ¡Marco está hecho un chiquillo! Es un hombre lleno de ideas. ¿Y qué quieres que te diga? ¡Los triunfadores no tienen edad!

- Pero en la cama se nota. ¡Que son sesenta contra veinte!.

Angustias hizo un gesto de impaciencia.

- Más problemas tendría casada con un joven. A la hora de la verdad, eso del amor es filfa. Lo que importa es gastar lo que te de la gana. Y que te paguen la factura. Por cierto. ¡Antes de que se me olvide! A partir del quince, ten cuidado con tu agenda. Braulio quiere otra ceremonia.

- ¿En la casa? - la voz tembló.

- ¿Dónde quieres que sea?

Lola se apartó del jarrón. Las flores dejaron de interesarle. El pavor le secó la garganta. Carraspeó, para recuperar la palabra.

- A mí... ¿qué quieres que te diga? Me dan pesadillas. Aunque te parezca ordinario, antes dormía a pierna suelta. Pero desde que empezamos con esto, no hago más que tomar pastillas. ¡Así que no! Cómo no valgo para eso, ¡que busquen a otra!. ¡Con la de aficionados que hay!

Hablaba de cara a la pared. De haberse girado, hubiese descubierto la imagen de la ira, pintada en el rostro de Angustias. Pero al no hacerlo, continuó ignorando que la persona en quien tenía mayor confianza, fuera del entorno familiar, la mataría con placer, si lo mandaba Braulio o alguien de su entorno. Monocordes los registros de su amiga, la voz no reflejó emoción.

- Tú sabes que el fin no puede ser más positivo. ¡Ni más necesario! Santa Filomena, que se aparece a Pétula casi todos los días, se lo ha mandado. Y es seguro que si lo que hacemos no fuese santo, no vendría monseñor. Ya sabes que el Dios del bien, hizo al del mal, para que le adorase el mundo. ¡Y basta de explicaciones!. Hiciste los votos y tienes que obedecer. ¡Cómo todos!.

Lola apoyó la frente en el tapizado de la pared. La piernas le fallaban y el entorno se hundía. Pidió

al cielo que Angustias no lo notase.

- ¡Hija! Debe ser que me educaron de otra manera.

La voz de Angustias silbó.

- ¡Pues te educaron mal! La lealtad está por encima de todo. Y esta claro que quien es desleal en un aspecto, ¡lo será en todos!. Sabes se sobra que si haces lo te repugna con buen semblante, por amor a Dios y porque te lo mandan tus superiores, ¡te estas ganado el cielo!. ¡Hasta el Padre lo escribió en Camino! Me han dicho que tu confesor esta harto de repetírtelo, pero que no se te mete en la cabeza. ¡Entérate de una vez!. Estamos arriba, porque nacimos para obedecer a los de más arriba, como Braulio obedece a los que están todavía más altos. ¿Que quiere que no salgamos de la iglesia y comulguemos cuatro veces al día? ¡Pues a comulgar! ¿Que quieren sacrificio? ¡Pues sacrificios! Ellos nos dictan la moral, los gustos y hasta las diversiones. Nos dicen lo que tenemos que saber y lo que debemos ignorar. Si no te gusta, ¡ya sabes lo debes hacer!. Pensar que te gusta hasta convencerte. ¿No te enseñaron de pequeña?. ¡Es sencillísimo!.

Nieta de estraperlista, que inició la ascensión familiar a lomos del mercado negro, hija de constructor, que lo hizo al amparo de la especulación, esposa de financiero, que medraba a la sombra de los amigos del rey, Lola nado en dinero, desde que tenía memoria, pero no recibió educación aristocrática. Lo negó palmariamente.

- ¡Claro que me lo enseñaron! Al mismo tiempo que a ti, porque tenemos la misma edad.

- ¿A que Álvaro no te gustaba, pero te enamoraste cuando te lo mandaron?

Porque algo había de eso, aunque fue ella quien quiso casarse con hombre rico, en dinero y relaciones, balbució

- Pues sí...

Primordial convencer a su amiga, Angustias predicó con el ejemplo, lanzándose a la confidencia.

- A mí me pasó. De quien me enamoré de verdad, fue de un albañil. ¡Me traía loca! Todavía no entiendo como conseguí conocerle. Pero me dijeron que debía casarme con Ignacio, que tenía titulo, fincas y porvenir. Siguió gustándome el albañil, no me enamoré de mi marido, pero aquí me tienes. ¡La mar de contenta!. Entre otras cosas, porque una persona como es debido, sólo puede entenderse con gente de su clase.

- Eso sí que es verdad - admitió Lola, sin estar muy segura de que era una clase, ni a cuál pertenecía.

- ¡Pues esto es lo mismo!

- ¡Pero no todos los que pertenecen a la orden, pertenecen a nuestra clase! - protestó Lola, buscando argumento que la eximiese de participar en la ceremonia.

Con tono severo, realmente aristocrático, Angustias cortó veleidades.

- Somos leales, juramos, estamos invitadas, no podemos decir que no. ¡Y basta!

En la hora en que reanudaban el trabajo los que aún lo tenían, el ama de casa iniciaba el fregado de la tarde, los pudientes su aburrimiento y la puta la restauración de un rostro, que había de ofrecer presentable al atardecer, el poder se reunió en salón modernista de edificio anodino, para dictar el destino de cuanto se movía de tejas abajo. Si hubiesen entrevisto el puñado de rostros y nombres, que determinaban sus padecimientos y disfrutes, el camionero, acostumbrado a jugarse la vida en carretera, se hubiese sorprendido tanto como al catedrático, que forzado por los efectos de un plan sin pies ni cabeza, dejó de creer en su propio prestigio.

- Lo dije. ¡Y lo he probado! Quién controla la información, ¡controla el mundo!

El hocico puntiagudo de Cesar, se puso en movimiento.

- La información se controla por el miedo. Si no lo tuviesen, los fabricantes de opinión, la formaría a su manera.

- Pero como lo tienen en los huesos, no hace falta que piensen como nosotros. Hablen como nosotros. ¡Y basta!

Marco Tulio expuso su argumento.

- Por eso precisamente tenemos que atarlos corto. Para eso no hay mejor cordón, que el de la bolsa.

Al no ser completamente tonto, Javier intuyó el peligro.

- Me preocupa que de tanto ir a la fuente, se nos rompa el cántaro. Nos pasó con los políticos, que no creen ni ellos. Y nos está pasando con nuestros predicadores. Apenas se comenta lo que dicen, porque empiezan a no creer una palabra.

Marco Tulio sintió la satisfacción de haber acertado.

- ¡Lo dije!. Había que dejar algunas voces discrepantes.

- ¡Y las hemos dejado! - trono Manolo.

- Pero tan blandas, que parecen lo contrario.

- ¿Y que quieres que hiciésemos?. ¿Aguantar que nos rompiesen sistemáticamente el discurso?. Porque bastaba que abriesen la boca, para que no que no dejasen ni los rabos.

Rasgos duros, mirada vidriosa, tan llena de astucia como exenta de piedad e inteligencia, Aurelio elevó su voz. Era la del jefe.

- En América, como aquí, fuimos pocos. De ser verdad lo del descubrimiento, hubiese sido difícil. Pero tomaron a los conquistadores por mercaderes. ¡Y así les fue!. El cacique los sentaba a su mesa, ¡lo tenía claro!. Lo cazaban. ¡Y se acabo!. Aquí ha sido más o menos lo mismo. Con decirles que traíamos la democracia debajo del brazo, no pusieron las riendas al alcance de la mano, ¡y las cogimos!. Mirándolo bien, ha sido poco más o menos lo mismo.

Gerardo hizo un gesto de duda.

- No puede ser igual. ¡No son indios!.

Aurelio inclinó la cabeza. Un silencio, absoluto y respetuoso acompañó a la reflexión del jefe. La alzó transformado.

- ¡Toma!. ¡Cómo que no nos dejan arrasar!. Hemos tenido que dejarles las catedrales y hasta papeles. ¡Pero yo no llamo a esto una chapuza!. Queda en trabajo a medias. Les quedan señas de identidad y algunos conservan hasta el criterio. ¡Pero todo se andará!. ¿Verdad, Ernesto?.

El autor estrenó palabra. Desde que ingresó en la camarilla, se sentía realmente importante.

- Confieso que tropiezo con dificultades. No es tan fácil hacer desaparecer un documento, que está bien consignado. Por lo menos, mientras tropecemos con gente, que sabe lo que se trae entre manos. Y de corregir a los clásicos, ¡pues lo mismo!. Hay un montón de ediciones. El día que por ahí se den cuenta de lo que sobra y lo que falta. ¡Nos van a poner verdes!.

Más que hablar, Ignacio gruñó.

- De tanto matar al perro, para acabar con la rabia, vamos a conseguir que otra rabia nos mate a todos.

Javier enseñó dientes de lobo.

- Recuerdo las primeras reuniones. Clandestinas, ¡porque no nos llegaba la camisa al cuerpo!. Creíamos que los rojos eran unos tipos duros, que no se vendían ni daban su brazo a torcer. Y al pueblo una gente enterada y rebelde, dispuesta a defender su libertad al milímetro. Luego resultó que los jefes nos costaron dos halagos y tres perras. Y el pueblo nada, porque estaba en la inopia y

se dejó engañar.

Cesar no parecía convencido.

- Yo insisto en lo que dije el primer día. Estaremos tranquilos, cuando los viejos terminan de morir.

Marco Tulio, que lo era, no se sintió aludido.

- Lo importante es mantenerlos alejados de los jóvenes. Estas cosas de cabeza, son contagiosas.

Quienes conocían al jefe, tomaron la mueca por sonrisa.

- El mejor antídoto de las malas ideas, es la contracultura. Lo mejor que hicimos fue acostumbrarlos a lo kitch, antes de que descubriese lo que no lo era. Siguen sin saber que lo hay. Y si lo averiguasen, ¡daría lo mismo!. Los más están incapacitados para entenderlo.

La satisfacción dulcificó los rasgos de Javier.

- Nos hemos limitado a extrapolar la gravedad de la masa a la energía. Los cuerpos tienden a caer. ¡Y el intelecto lo mismo!. Le enseñas a no pensar. Y termina por anquilosarse. Conservará la memoria y la capacidad de emocionarse, que es lo que nos interesa, pero no se le ocurrirá relacionar. Ni comparar.

Marco Tulio recordó el pasado.

- Al principio no estaba tan fácil. Hubo que cortar muchas lenguas, que no se dejaban domesticar. Y lo pague en las urnas.

César sacudió la ceniza.

- ¡Lo pagaría tu partido!. Porque a ti te fue estupendamente.

- Confieso que cuando empezaron a pedir cultura, me dio cierto miedo. Creí que la querían de verdad. No podía figurarme que reclamaban nueva Pentecostés, creyendo que el saber, como el dinero, podía caer del cielo. Por eso cuando comprobaron que sin codos no aprendían, renunciaron al humanismo. Estudiaron en plan inversión. Y como se trataba de aprobar, no de pensar, dejaron de ser peligrosos.

Ignacio, los ojos semi cerrados, quiso cerrar la reunión, con frase lapidaria.

- Mientras la corona y sus hombres controlen información, cultura, justicia y ejercito, nos preocupamos por puro masoquismo.

La conmiseración humedeció la mirada del jefe. Se expresó lentamente, adaptando el ritmo de la palabra al de la idea.

- Los reyes son la eternidad, porque encarnan esa historia, que ha modelado al pueblo. Ha hecho la guerras, las leyes y las instituciones, que formaron la mentalidad colectiva. Porque les guste o no, han tenido que participar y obedecer. De no haber vivido sus antepasado la Inquisición, las conquistas de Granada y América, la expulsiones de judíos y los moriscos, los reyes pensarían de distinta manera. También los súbditos. Es posible que fuesen más problemáticos.

El general Valdés, que se preguntaba en silencio por qué le habían llamado, no pudo retenerse.

- Yo diría que más cultos. Y en consecuencia más libres

Y se mordió la lengua, porque nunca quiso pagar el precio de los héroes. Javier rompió la tensión, pese a disfrutar de voz ligeramente chillona, que enervaba.

- Los pueblos no tienen necesidad de saber. Tampoco los reyes. Deben ser modelo inalcanzable. Por eso lo que condenen será malo. Y lo que hagan, ¡bueno!. Es decir, no punible.

Hombre de pocas ideas y estas claras, Ignacio resumió.

- Entre nosotros, hay súbditos que se sacuden al rey. Pero nunca se ha visto un rey sin súbditos.

Valdés, perdido el miedo, volvió a la carga.

- Ni súbditos sin gobernantes. Somos demasiados y excesivas las necesidades colectivas, para que podamos organizarnos sin administradores. No podemos prescindir de vías de comunicación, energía, servicios públicos, industrias y muchas cosas más. Por eso hacen falta unos individuos, que a más de decidir lo que se debe o no se debe hacer, sin caer en discusiones bizantinas, recauden los medios para hacerlo, a través de fisco. Pero una cosa es administrar. Y otra muy diferente tomar lo colectivo por propio. Y es lo que se hace.

La intervención molestó a todos. Marco Tulio pontificó, enarbolando el índice.

- ¡Agua y ajo!. El único que puede hablar de ese tema, ¡es el rey!. Manda en su reino, como tú en tu casa. Los españoles se lo saben de memoria. Porque es lo que les gusta y no admiten lecciones del extranjero.

- Eso era cuando no asomaban la nariz a la calle. Pero ahora aprenden idiomas, salen, compran y comparan hasta precios.

Javier se examinó unas uñas, cuidadas por manicura afamada.

- Y los de fuera, ¡entran!. Por ahora no imitamos. ¡Nos imitan!.

- Han comprendido que gobernar un pueblo, privado de criterio, es más sencillo que entenderse con enterados. Si el de abajo sabe lo que dice, todo son problemas.

El suspiro de Marco Tulio llenó la estancia.

- En mi opinión, no hay más problema que el de nuestra gente. Salen del poder tan desprestigiados, que no sirven ni de oposición. Un día pagaremos el precio.

- ¿Del silencio?

Ignacio se sintió travieso

- ¿Te refieres al que guardamos... o al que imponemos?

Javier rió de buena gana

- ¡Cómo quieras!. Son ramas del mismo tronco.

Capítulo 12º

Freddie nació en familia de la clase media, que teniendo asegurado lo necesario, despreciaba lo superfluo. Propietaria de piso, apartamento en la playa y coche, el origen del bienestar estaba en garaje heredado. Habiendo aprendido cuanto había que saber de motores, a la sombra del padre, que heredó la profesión de abuelo, Pedro contaba con clientela numerosa y asidua, dando trabajo a la esposa en la oficina y de comer a tres familias del barrio, sin padecer más quebraderos de cabeza, que los dimanantes de la administración. Sufría de ordenanzas municipales caprichosas, de impuestos enrevesados y de unos sindicatos que se empeñaban en protegerle al personal, intentando imponer ordenanzas, incompatibles con el orden campechano y anárquico, imperante en el taller. Laxo el horario, Pedro compareció ante los inspectores de trabajo, en más de una ocasión, acompañado de unos operarios, que deseaban disfrutar de sus costumbres, considerándose capacitados para exigir sus derechos y organizar su vida por sí mismos. Al margen de partidos, Pedro se acercaba a las urnas de presentarse un amigo, por no hacerle el feo, pero de no haberlo en las listas, se abstenía de acudir. Su mujer lo hizo en los primeros tiempos, como militante en uno de esos partidos, que salió de la clandestinidad, para entrar en el caciquismo. Ganaron los suyos, comprobó la distancia que se paraba el dicho del hecho, perdió la fe y abandonó todo contacto con la política.

- Esos sinvergüenzas se tiraron años robando y restregándose el voto, diciendo que no se

marchaba, porque tenían los de no sé cuántos millones. Pensar que uno era el mío, ¡me ponía mala!. Así que se acabó. No quiero sofocones por culpa de una gentuza, que no dará ni la hora a la gente decente.

El matrimonio Gómez no quería saber nada de políticos, pero eso no significaba que viviesen en el limbo. Compraban dos periódicos diarios, en la esperanza de entrever la verdad, leyendo entre líneas; tenían estantería repleta de encuadernaciones manoseadas, donde los clásicos se codeaban con autores de entidad, que no merecieron honores de publicidad, al tocar temas sin relación con el sexo, la violencia y estupideces varias, que por higiene mental del conjunto, nunca debieron acceder a la letra impresa. Fredi disfrutaba de ordenador, sin haber conseguido acceso a internet, porque sus progenitores consideraban innecesario, que tomase contacto con lo que no debía. Por lo demás, respetaban su libertad de manifestar inclinación, hacia lo que le diese la gana, sin hacerle la absurda pregunta: "¿qué quieres ser de mayor?", formulada por todo adulto, cuando no sabe que decir a un niño. Estaba claro que si salía aficionado a la mecánica, seguiría con el taller, pero si prefería hacer una carrera, podría permitírselo, por tener sus padres posibles, para costearla: "Lo importante es que valga para lo que le guste. Que el trabajo ya lo encontrará", solía decir la madre.

La familia de Fredi hubiese sido debidamente feliz, de no padecer los efectos de un sistema, opresivo en el día a día, porque los controles cayeron en manos de ineptos. Entre las secuelas del desorden, la facilidad con que desaparecían menores e incluso adultos, en las narices de una policía, vergonzosamente ineficaz, inquietaba a los padres de Fredi, como a cuantos a más de tener hijos, eran conscientes. Escasos los vecinos que andaban por la calle, a hora temprana, los padres la declararon peligrosa, turnándose para acompañar al chico a la escuela, a tres manzanas escasas. Libre en su primera infancia de moverse por donde le daba la gana, en el ámbito del barrio, Fredi vio reducido su perímetro de libertad, cumplidos ocho años, al escaso territorio que separaba el portal, del kiosco de la esquina. Sin embargo no había razón objetiva, para que Fredi fuese raptado. Moreno, rizado, de estatura y peso adecuado a su edad, moderadamente bien parecido, el único rasgo destacable, en su fisonomía, eran unos ojos verdes y rasgados, que le daban cierto aire de tozudez caprichosa. No llamaba la atención en la calle, notando sus maestros marcada tendencia a la sumisión, indicio de inteligencia moderada, suplida por atención y buena memoria. Los padres procuraron despertarle, suscitando preguntas que el chico no formulaba, en la esperanza de que adquirido el hábito, buscase repuestas, desbloqueando conexiones, naturalmente desconectadas. El hecho es que los padres, de Fredi se miraban en el hijo único, posponiendo a futuro lejano, la posibilidad de dotarle de hermanos, porque en su opinión, un hijo procuraba satisfacciones y disgustos más que suficientes. Aficionado a los tebeos, fomentaron su consumo, convencidos de que esa cultura general, denostada en el presente pero apreciada en pasado inmediato, no había de estorbarle en el ejercicio de cualquier profesión. Las visitas al kiosco, que ser las notas aceptables, tenían lugar dos veces por semana, eran revestidas de cierta solemnidad. Los sábados podía escoger casi lo que quería, porque le acompañaba el padre, quedando las adquisiciones del jueves limitadas por las quinientas pesetas, moneda única entregada antes de la cena, para que la dilapidase en solitario y a su gusto.

Teniendo prohibido entablar conversación con desconocidos y terminantemente aceptar regalos, la aparición de forastero, con pinta de poeta, que sabía aconsejar a los chicos sobre las novedades, dejándoles boquiabiertos con su sapiencia e historias, le incitó a violar el mandato. Aparecía en las inmediaciones del kiosco al atardecer, para comprar la prensa, como si no la hubiese en su barrio, regalando a los chavales revistas de divulgación, que Fredi tuvo la debilidad de tomar, escamoteándolas hábilmente a la mirada vigilante de su madre. Entretenido cierto jueves con los cuentos del tipo, se retraso más de la cuenta. Sometido a estrecho interrogatorio confesó, recibiendo la bronca consiguiente:

- ¡Ya te lo hemos dicho! ¡No tienes que enrollarte con tipos que no sabemos quiénes son!. ¡Aunque parezcan Séneca!

En verdad, al quiosquero no le gustaba el tal cliente. Originario de diferente sector geográfico y

social, que nada tenía de popular, se preguntaban que diablos se le había perdido en calle, carente de atractivo, cuyos residentes alcanzaban, cuando mucho, el nivel de la clase media baja. Si se adelantaba a la hora en que los chicos bajaban al kiosco, esperaba en la terraza de la marisquería, alargando la cerveza, hasta que salía de la escuela. Con el pretexto de comprar la prensa, pegaba la hebra, contando a cada crío lo que le gustaba oír, como si le sobrara todo el tiempo, por no tener nada mejor que hacer. Un día que pasó por la escuela justo a la salida, sorprendió al tipo camuflado en portal, haciendo fotos. Tan mal le olió, que fue en busca del policía Martínez, para contárselo, ofreciéndose a firmar la denuncia. El número transmitió la novedad al comisario, que le quitó la idea de la cabeza:

- ¡Con las cosas que pasan! Nadie haría caso de una chorrada semejante. Y hasta podemos meternos en líos. ¡Porque a saber quién es el tal! En esto de los menores, anda metida gente muy gorda. Si meto la pata, hasta puede caerme un traslado. ¡No sabes lo que pase, para conseguir volver a Madrid!

El quiosquero se prometió advertir a Pedro de la amistad de Fredi. Pero el sábado se le olvidó, recordándolo demasiado tarde, para ir a su casa. Cortos los días en el otoño, cuando Pedro volvía del trabajo, era de noche. Fredi insistió en que le dejaran ir al kiosco, consiguiéndolo tras prometer que volvería de un salto. Encontró al poeta donde siempre. Quería preguntarle el final de un cuento, que dejó inacabado, pero se alejó, respondiendo apenas a su saludo. Adquiridos los tebeos, emprendió triste el regreso. Alguien le cogió por detrás, levantándole en volandas. De no haberle tapado la boca con la mano, hubiese gritado. Aterrizó en el asiento posterior de un coche, segura y blandamente. Otro se hubiese asustado, pero Fredi tenía fe en la bondad humana, los mayores y corta imaginación. Sin realizar que podía ser víctima de un rapto, de los que salían en los periódicos, en lugar de intentar escandalizar, optó por la sumisión, en la esperanza de ganar el favor de sus raptos. Sonrió al tipo moreno con bigote, que se sentó a su lado y al chofer, del que sólo veía unos ojos marrones, enmarcando nariz recta, que se reflejaban en el retrovisor. A sus nueve años, unos tipos vestidos como si fuesen políticos, que rondaban los veinte, circulando en Mercedes limosina último modelo, se le hacían respetables. Pero aún estando convencido de que gente con tan buena pinta, no podía cometer delito, suplicó mecánicamente:

- Por favor, no me maten.

El tipo le devolvió la sonrisa y le acarició el cogote. Una punta fría y punzante, le rozó la piel. Que personaje bien presentado, usase navaja, le pareció insólito.

- Si no la organizas, no te haré nada.

Realizando vagamente que los señores podían delinquir, como cada quisque, Freddie obedeció, lamentando haber dejado caer los tebeos. Tenerlos le hubiese dado tranquilidad. Podría entretenerse repasándolos, a la luz de las farolas. Después pensó que fue una suerte perderlos. Alguien los encontrarían y sabrían que se lo llevaron por la fuerza. Se preguntó por qué no le ayudó el quiosquero. Tuvo que ver lo que pasaba. Reconstruyendo el paisaje, vio la calle desierta. En el barrio, los vecinos se retiran con el sol, apareciendo los raros noctámbulos después de la cena. Calculó el tiempo. Su padre ya debía estar en comisaría. El quiosquero tenía que haberle avisado. Seguro de que los guardias eran tan eficaces como en las películas, se dijo que no tardarían en encontrarle. Cuando contase que viajó en limosina, como los príncipes y los traficantes, sería el héroe de la escuela y del barrio.

El quiosquero se fijó en el mercedes azul metalizado, que permaneció aparcado en doble fila más de una hora, con dos tipos en su interior. En Madrid había pocos coches como aquel y ninguno en el barrio. Cuando mucho pasaban de refilón, hacia zonas más elegantes. Quizá por eso los municipales pasaron dos veces, sin atreverse a multarle, porque a los peces gordos no se les multa. Cuando apreció Freddie, le pareció que el poeta hacía una seña a los tipos. Y le sorprendió que saliese casi huyendo, sin esperarle, siendo su preferido. Vio al grandullón del bigote plantarse en la acera y coger al crío en volandas. No queriendo ver más, dio la espalda a la calle, porque no habiendo un

alma por los andurriales, ser el único testigo podría acarrearle consecuencias. Dio tiempo a que el coche se alejase, antes de recuperar la posición habitual, descubriendo los tebeos sobre la acera. Tras asegurarse de que nadie le veía, salió del kiosco para recogerlos. Reintegrados a los montones respectivos, cuadró caja. Retirado el importe de la compra de Freddie, se metió las monedas en el bolsillo. Obligado a vivir en la calle, sabía que no ver ni oír, para callar sinceramente, preservaba el pellejo. Los padres de Freddie nunca le harían daño, aunque supiese lo que pasó. Pero los otros le destrozarían, si se les torciesen las cosas, porque se había ido de la lengua. Como los del taxi, sabía que guardar los secretos de la calle, era la ley que permitía seguir viviendo, a los que estaban en ella.

El tipo le ofreció un caramelo. Freddie lo rechazó, informado de que aceptar golosinas de desconocidos, podía ser peligroso. Se dijo que ya debían haberle encontrado. Y empezó a lagrimear. El del volante fijó la mirada en el retrovisor.

- ¡Hazle callar!

El de la navaja le raspó el pellejo.

- ¿Has oído?

Freddie protestó entre hipidos.

- ¡Me hace daño!

El del volante insistió:

- ¡Tápale la boca!

La orden fue rechazada, por absurda.

- ¡Estás loco! ¡Con lo sensibleras que son las marías! Me ven meterle un meco al chaval, te cruzan un coche. ¡Y a ver que contamos! Porque los dedos se les hacen huéspedes.

El del volante se inquietó.

- Me coge un disco con ese berreando y lo mismo. Así que tú verás.

El de la navaja pellizcó a Freddie, retorciéndole la piel, a la moda de las monjas.

- Si no dejas de llorar...

Lo consiguió a duras penas. El disco tornaba al rojo. Estaban en el carril central. Un chico despierto hubiese aprovechado para agitarse y aporrear los cristales, haciendo comprender a los vecinos que el flamante Mercedes, contenía un viajero involuntario. Pero el miedo a padecer dolor en lo inmediato, superó al que le inspiraba un futuro, por el momento incierto. Tanto en casa como en la escuela, le dijeron que la víctima un secuestro debe procurar conservarse, aguardando a que la policía hiciese su trabajo. Producto típico de una sociedad, modelada por mediocres, confiaba en la eficacia de unos poderes públicos, que aconsejaban renunciar a la propia iniciativa, para abandonarse al amparo del poder, por ser más controlables y gobernables individuos entregados e inoperantes, que racionales dotados de voluntad, capacitados para responsabilizarse de sí mismos. De no haber sido educado en una confianza ciega en el estado, es probable que se hubiese salvado, pues sus acompañantes, visiblemente faltos de frialdad profesional, albergaban la decisión de abandonar abandonado el cochazo en plena calle, al menor gesto del chico, susceptible de llamar la atención a terceros, no estando dispuestos a perder la libertad. Pero Freddie perdió la ocasión de ampararse en la ciudadanía, para recuperarla, por pura pusilanimidad. En la seguridad del hogar se manifestaba caprichoso, obstinado y voluntarioso, pero en la inseguridad se revelaba cobarde, obediente y adulator, porque aprendió desde la cuna, a pensar de rodillas. Convencido de que obediencia y bondad, tocarían el corazón de sus raptos, malversó medias docena de semáforos, que hubiesen sido salvadores para un rebelde. Ya en carretera, pareja de la Guardia Civil le ofrecería una última oportunidad. La porra y los manguitos brillaron en la noche. El chofer dejó escapar la huella del seminario:

- ¡Dios nos ampare!

El guardia indicó el arcén. El del bigote palideció.

- ¡Han denunciaó! ¡Sigue!

El chofer se volvió, fijando los ojos en Freddie.

- ¡Ni un gesto!.

El chico sintió que se le helaba la sangre.

- Si señor - prometió en un susurro.

El chofer suspiró aliviado. No habiendo perdido la memoria con el susto, como su compañero, recordó que tras declarar prioritario evitar la alarma social, las denuncias por raptó no se tomaban en consideración ni se difundían, en las primeras cuarenta y ocho horas. Aparentando tranquilidad aparcó en el arcén, obedeciendo las indicaciones del policía. Freddie sintió el frío del acero, a la altura del coxis. El del bigote le miraba, sin perder la sonrisa.

El guardia civil examinó la documentación, a la luz de la linterna.

- Está bien. ¡Sigán!

El coche se reintegró a la calzada sin apresuramientos. Doscientos metros más allá, el del bigote exhibió su origen barriobajero.

- ¡No te joén los carajotes! Nosotros a poner la cara, pá qu'ellos den por culo.

El chofer frunció el ceño. No admitía que un inferior, criticase al superior.

- No estropees un buen trabajo pensado.

Se hizo el silencio. Atravesaban un barrio de casas bajas. No había coches aparcados ni gente en las aceras.

- ¿Pincho?

- ¡Pincha!

El tipo le subió la manga. Una goma le apretó el antebrazo. La aguja hurgo, buscando la vena. Fredi gritó. No le mandaron callar, porque nadie podía oírle. Después todo fue nuevo y extraño. Olvidó a sus padres y al quiosquero. Su compañero se arrancó el bigote. El del volante dejó de tener el pelo castaño, para volverse pelirrojo.

- Voy a cambiar la matrícula.

Fredi se sentía flotar. Sumido en el ensueño, tuvo la impresión de que pasaban varias veces por el mismo sitio. Otro semáforo. Un hombre trató de escrutar el interior del vehículo. Parecía un mendigo. En su mirada había hostilidad y todas las sospechas. Esta vez intento gritar, pero como pasa en las pesadillas, no le salió la voz. Se preguntó por qué tenía la lengua de estopa. Y sonrió estúpidamente. El del volante bajó el cristal, saludando al guarda jurado. Cipreses en formación, jalonaban el breve paseo. La luna se reflejó en la pizarra de un tejado. Un chapoteo veraniego llegó hasta el chico. Pese al frío relacionó, delectando penosamente.

- Pis..ci..na

Los neumáticos saltaron sobre el empedrado. El de la navaja preguntó:

- ¿Le tapo los ojos?

El del volante sacó las piernas fuera del vehículo.

- ¿Para qué?

Escalinata de mármol. Pórtico de columnas pulidas y modernas. Una enorme balconada corría a lo

largo de la fachada, animando edificio falsamente colonial. Un criado, pulcramente uniformado, aguardaba.

- ¡Cuando venga se entera! Otra vez se habrá entretenido hablando con ese tipo. Esto de ir al kiosco, ¡se acabó!

- ¿Por qué no bajas a buscarlo? - casi suplicó la madre - Nunca ha tardado tanto.

El padre negó con un gesto.

- ¡Todavía no! Seguro que se ha metido en casa de ese Nicolás. Les gusta estudiar juntos. ¡O lo que sea! Si voy, se dará importancia. Ya sabes lo que dicen los psicólogos. A los hijos únicos, hay que demostrarles indiferencia.

Magdalena se agitó en la butaca.

- ¡A mí qué me importan los psicólogos! ¡Con las cosas que se oyen!

Pedro agitó la diestra, espantando el presagio.

- ¡Tonterías! Lo que pasa es lo que pasa. Que fuman, se pinchan. ¡Y ya tú ves! Claro que el Fredi no está en eso. El otro día me encontré al comisario en el bar. Hablamos de eso, porque no se habla de otra cosa. ¡Estamos obsesionados!. Me dijo que los chicos no desaparecen porque los roben. ¡Lo que pasa es que se van!. Les llenan la cabeza de pájaros y quieren vivir su aventura. El nuestro no andará lejos. Con el miedo que tiene, no llega al final de la calle.

La madre hizo un gesto de duda.

- No sé... Pero para mí que no se van...

El marido expresó criterio, de origen ancestral.

- ¡Que noveleras sois las mujeres! Una chica de buen ver y con algunos añitos más, ¡no te digo que no!. Hay tipos a los que se les cruzan los cables. Atraen y como van, puede pasar cualquier cosa. Eso si no la convence cualquiera. ¡Porque a cierta edad!. ¡Pero un crío de nueve años! Y no te ofendas, pero tu hijo no pasa de normalito. Es decir, que no está para un gusto.

Ser apolítico no significaba que Pedro desconfiase de las instituciones. Tenía fe ciega en casi todas, especialmente en la policía, por estar convencido de dirigían individuos superiores, secundados por funcionarios impecables, dotados de material a la americana, de última generación, que les informaba de la comisión de un delito, antes de que se produjese la denuncia. Al ser de primera magnitud el rapto de un niño, estaba convencido que de haberlo padecido Fredi, sería debidamente recuperado, antes de que la familia tomase conciencia del hecho. De natural optimista, por no decir inconsciente, Pedro tenía por costumbre ignorar lo desagradable, para admitirlo resignadamente, si la realidad se imponía. Tardó años en comprender que no pagar la contribución a su tiempo, acarrearía desagradables recargos, no habiendo realizado, a sus años, que los problemas se solventaban afrontándolos, pues el paso del tiempo solventaba los menos, complicando los más. Realista Magdalena y teniendo por costumbre suplirle, aventuró.

- La trata de blancas y de blancos, ¡existe!. Fredi está en la edad y aunque digas lo contrario, por no reconocer que hice algo bien, es muy guapito.

El padre rió.

- ¡Eso se llama amor de madre! ¡Pues anda que no se ven chaperillos, que le dan cien vueltas! ¿Crees que alguien se va a meter en líos, cogiendo a un crío como el nuestro? Lo tuyo es manía persecutoria. ¡O ganas de salir en los papeles!

El ascensor paró en el rellano. La llama del mechero se detuvo, sin alcanzar el cigarrillo.

- ¿Ves?. ¡Ahí lo tienes!

El timbre del vecino trepidó. El padre se dijo que habían subido juntos. Abrió, con la bronca

preparada. En el rellano no había nadie. La señora de Gómez puso la mesa. Empezaron a cenar. Entre los dos, el sitio vacío. Pedro se quemó. La cuchara escapó de sus dedos. La sopa le salpicó la camisa.

- Voy a casa de Carlos. ¡A traerlo por las orejas!

La mujer asintió con un gesto. Le dolían las manos de tanto frotarlas. Enterado el vecino, no escondió su alarma.

- No. Nicolás no le ha visto... Bueno. Salieron juntos de la escuela. Pero Fredi se fue a tu casa.

Pedro llamó a puertas conocidas, recorrió los bares, se metió en el salón de juegos, centro de matones y porros, que su hijo no frecuentaba y hasta en el cine. Le dejaron mirar, aprovechando el descanso:

- De todas maneras no creo que esté. La película es fuerte. El portero no deja pasar a los niños.

Dos horas después, todo el barrio estaba buscando a Fredi. María, la de la tienda, recordó qué pasó a primera hora. Se llevó media botella de leche. Pedro le dijo que se confundía. Fue el sábado, cuando le mandaron por la leche. Interrogado el quiosquero, juró no haberle visto.

- La verdad es que lo eché de menos. Me tío acostumbrao a verlo los jueves.

Nadie sospechó que su firmeza obstinada, escondía la mentira. Pedro subió las escaleras de Doña Filomena, de dos en dos. Maestra al borde de la jubilación, vivía en casa antigua, levantada cuando el ascensor era lujo de ricos. Conociendo a Fredi desde que nació, pudo asegurar que no tenía amigos, de los que incitan a la fuga o la droga. No siendo travieso ni imaginativo, le pareció improbable que se hubiese actuado por propia iniciativa.

- Yo que usted iría a la policía - apuntó sonriendo, por disimular su inquietud. Al corriente de la actualidad, presentía lo peor. El aire testarudo de Fredi y su piel suave, recordaba a los últimos desaparecidos. No lo dijo, pero tuvo que llamar la atención a maestro, de los que en su opinión no debían pisar una escuela, porque le pilló toquiteando al hijo de Pedro. La maestra insistió, procurando no asustar al padre más de lo que estaba.

- Todo quedará en una chiquillada. Pero por más, no se peca. Denunciar no cuesta dinero.

Pedro forzó la sonrisa. Y temió el ridículo.

- Antes pasaré por casa. ¡Ya estará allí!. ¡Me va a oír!

- ¡Estos niños!

La maestra se dijo que los instantes eran preciosos. Aunque publicasen que a los niños recuperados hechos papilla, los mataban enseguida de raptarlos, estaba segura de que no era verdad.

- La policía le coge de camino. Debía usted pararse un momento. No se pierde nada. ¡Con avisar si aparece!.

Pedro no le hizo caso, pero se detuvo en el kiosco.

- Ya te dije que no vino. ¡Me acordaría! Pensé que lo habías castigaó....

Encontró a su mujer llorando.

- ¡Ya verás que será para nada! Para que te quedes tranquila, a las doce voy a la policía. Lo cogerán por ahí, haciendo el gamberro. Y se pegará un susto de muerte.

Fredi bajó del coche y se sintió bien. Incluso muy bien. Rió sin saber por qué. Sus acompañantes corearon, visiblemente aliviados. La hilaridad del chico les ayudaba a olvidar una realidad, que detestaban. Empezaron sin saber lo que hacían. Por dinero y por drogas. Cuando supieron la verdad quisieron salirse. Pero no les dejaron. La solemnidad del hall intimidó a Fredi. Nunca había pisado una alfombra de nudo. Miró alrededor y silbó.

- ¡No lo he visto ni en el cine!

El cine, en su opinión, era más importante que la tele. El conductor le palmeó en la espalda. Del fondo de sus ojos, asomaba un abismo de tristeza. Observador concienzudo hubiese sumado un atisbo de piedad.

- Es el país de las maravillas. ¡Lo verás!

La escalera con barandal metálico, formando volutas floreadas, bajo el inevitable pasamanos de bronce, trepaba en espiral, pegada al muro de estancia cilíndrica. Juego de espejos convexos, entre relieves de estuco dorado, animaban el crema de la pared, descomponiendo rayos de luz, que el espectador percibía indirecta. Iluminaba varillaje de bronce, soporte de claraboya, que de reinar la oscuridad en el interior, hubiese permitido contemplar el firmamento. Kitch y recargado el conjunto, al chico le pareció tan maravilloso, como a su propietarios. Le introdujeron en el salón, que se abría a la derecha. Zócalo de madera, tapices Aubuson y cuadros de firma. Escenas y personajes más bonitos, que las láminas de los cuentos. Tres arañas colgaban en fila india, iluminando el enorme espacio. Fredi tropezó con escribanía ventruda, por mirar el paisaje que formaban mármoles de colores, incrustados en la tapa de una mesa.

- ¡Sigue!

Al fondo, junto a ventanal abierto a la noche, se alzaba el respaldo de un butacón. Lo rodeó. Pañuelo de seda amarilla, sembrado de palos de golf, protegía el cuello del sujeto, con aspiraciones de plastrón, hundiéndose en camisa de seda natural. Americana de pata de perdiz, pantalón beige, zapatos de cocodrilo y calcetines de seda, completaban el atuendo del tipo, de cabellera castaña, ondulada y repeinada, ojos marrones transparentes y muertos y discreto bigote, que se repantingaba contemplándole. Agitó el vaso, el hielo chocó contra el cristal. Fredi, como en otro tiempo Manolo, se sintió objeto, examinado por comprador entendido. El hombre le paso el dorso de la mano por la mejilla y sonrió. Consiguió una mueca.

- ¡Buen chico! ¡Buen Chico! - se dirigió a los del coche - La verdad, ¡no esta mal! Ahora parad. Supongo que no habréis tenido complicaciones...

Contestó el del volante.

- Levantarle y cargar. El Ernesto nos hizo la seña.

Fredi descubrió que el forastero, simpático y decididor, le ojeó en el kiosco, para que otros le cazasen. Enterado de que los mayores engañaban, mejor que chicos, se prometió no volver a creerles. El tipo de la butaca empuñó el bastón y se levantó. Fredi se dijo que era otra mentira, pues no lo necesitaba para caminar. Se movía con soltura, agitando el aire con el aditamento. Apuntando al del cuchillo, inquirió.

- Ernesto os habrá dicho quién es.

El interpelado marcó las distancias.

- ¡Por supuesto, señor conde!

El chofer se apuntó un tanto.

- Yo también me informé. El padre tiene un garaje de mala muerte. Lo que no me gusta es que sea hijo único.

- ¡Pero sus ojos son de los que gustan! Y su piel. No es fácil encontrar las dos cosas juntas.

Sería la primera y única noticia que tuvo Fredi, de la razón que le convirtió en candidato a su desagradable destino. No habiendo visto nunca un conde de carne y hueso, el jefe le interesó doblemente. Examinado en profundidad, concluyó que si le quitaban la casa y la ropa, quedaba en un tipo vulgar, más feo que su padre.

- ¡Martín! ¡Ocúpate de él!

El criado le bajó a la cocina. Una mujer gruesa, de aspecto bonachón y tremendamente simple, le preparó cena refinada y pantagruélica.

- Soy la cocinera. ¿Sabes? El señor es muy bueno. Recoge a los niños como tú. Y los lleva donde saben cuidarlos. ¡Para que sean hombres de bien, el día de mañana!

- Pero señora yo...

La mujer se escuchaba pero no escuchaba. No quería oír lo que el chico pretendía decirle. A la vida le pedía dinero, colocarlo sin equivocarse, para asegurarse una vejez fuera del asilo, mover la lengua y cocinar. En otro tiempo le encandiló el amor, pero los años y los kilos le aconsejaron olvidarlo. Con interlocutor a su alcance, movió la lengua a placer.

- Ahora te llevarán a una casa donde hay otros niños. Serán como tus hermanos. Viven con una señora muy buena, que se cuidará de ti y te educará. Cuando estés educado, irás al colegio, con los otros. Y luego, de vacaciones. Al monte o a la playa. Lo que más te guste.

Se hizo la luz. Fredi comprendió que era víctima de absurda equivocación. En chofer sabía que tenía padres, pero debió confundirlos con otros. Dispuesto a deshacer el enredo, se dispuso a tomar la palabra con decisión, para explicar que sus padres no le maltrataban, limitándose a reñirle lo suscito, para educarle como era debido, contando con posibles sobrados para lograrlo. Seguro de que bastaría una explicación, para que todo terminase, el chico buscó las palabras, sabiendo tarea difícil conseguir que mujer habladora escuchase.

- Yo fui al kiosco y...

- ¡Te cogieron sin que te dieras cuenta! Todos decís lo mismo. Os molesta perder la libertad. Pero luego te alegrarás. ¡Vaya si te alegrarás! Yo estuve en los hogares. He visto a los niños. ¡Una maravilla!. Son felices. Muy felices.

La mujer continuó hablando deprisa, sin dejar de moverse entre fogones niquelados, cacerolas y fregaderas. Por nada del mundo hubiese permitido al crío meter baza, inquietando una conciencia, que tranquilizaba a trompicones. Visto que no podía colocar una frase, Fredi se dejó ir. Instalado en el extremo de la mesa, engulló exquisiteces ignoradas, diciéndose que nada perdía disfrutando de lo bueno que le aportase aventura, abocada a final feliz, pues habría de ser reintegrado al hogar inevitablemente. Miró al reloj de la pared. Nunca le permitieron estar levantado a medianoche. Se durmió repasando las muchas cosas que tendría que contar, cuando le devolviesen.

Angustias se presentó a la una de la mañana. Lola no esperaba su visita. Lamento haber dicho a muchacha que a partir de las diez no estaba para nadie, salvo para la señora Condesa de Piedras Albas. Fue a la habitación de Álvaro, pues siguiendo la moda dormían separados, aunque no tuviesen la edad, que incita a racionar el sexo.

- Levántate y despáchala con cualquier disculpa. Puedes decir que estoy enferma...

- ¡Ni lo sueñes!. Sabes cuál es nuestra obligación. ¡No nos vamos a jugar lo que tenemos, por tus caprichos! Así que a obedecer. ¡La vida hay que tomarla como viene!

Mientras hablaba, Álvaro se vestía. Quería recibir correctamente a la mujer de Ignacio, vigilando de paso a la esposa, que dado su estado de ánimo, podía meter la pata, hundiendo sus negocios. Acostumbrado a utilizar la ley en su provecho sin respetarla, por no haber otra manera de hacer dinero, no estaba a dispuesto a que la estupidez de Lola molestase en las alturas, excitando el celo de los inspectores de hacienda, los jueces y vaya usted a saber quien, por ser muchos los que estaban dispuestos a lanzarse sobre el caído, como si fuesen buitres. Irrumpió en su propio salón ligero y sonriente, como si fuese recibido, en lugar de recibir. Besada la mano de Angustias, pronunció frases adecuadas.

- ¡Estás como siempre! Es decir, ¡más guapa que nunca! Este vestido te sienta de maravilla. De Coquelicot, ¿verdad?

Angustia asintió y Álvaro se sintió satisfecho. Entender de modas es tan importante en sociedad, como entender de vinos. Tras declarar realmente originales las perlitas de lapislázuli, que anidaban en el tejido, besó de pasada la frente de Lola, recomendándole que se cuidase hasta la mañana, eclipsándose al trote. Presenciar lo que había de seguir ostensiblemente, era comprometido, pero prudente seguirlo entre bambalinas, sin perder tilde, disimulado tras los cortinajes del quicio.

Angustias se dejó caer en la poltrona.

- ¡Hija mía! ¡Tenemos trabajo!

Lola torció el gesto.

- ¿No podían coger a otras? ¡Siempre nos toca!

Angustias hizo un mohín

- ¡Siempre no! Hace dos meses que no nos llaman. ¡Y hay fiesta cada dos semanas! Así que...

- Yo, ¿qué quieres que te diga? Miedo no tengo, porque no hay razón. ¡Pero me dan una cosa esos chiquillos!

- Lo que no tienes que hacer es pensar. O pensar que hace falta. Siempre hubo sacrificios, porque son necesarios. Lo que pasa es que nos hicimos débiles y se nos olvida. Sin sacrificios, Roma no hubiese tenido imperio. ¡Ni Estados Unidos! ¿Que crees que son esos bombardeos masivos, que organizan cuando les da la gana?. Sacrificar es matar sin arriesgarse. ¡Y es lo que hacen!

- Los que sacrificaban fueron los cartagineses. ¡No los romanos! - replico Lola, que recordaba su historia.

- Más a mi favor. Porque nuestros antepasados son los cartagineses. No los romanos.

- ¡De todas maneras!

Angustia miró el reloj.

- Lo que quieras pero ve e a vestirte. Ya debíamos estar allí. Hay que llevarlo a la Casa del Sol.

- ¿A la Casa del Sol?. Eso está...

- ¡Sí! ¡En pleno Madrid! ¿A quién le va a chocar que entre un coche en el jardín? Y si nos ven con el niño, ¿qué?. ¡Pues anda que no hay madres con chiquillos, circulando por ahí de madrugada! Como está el servicio y las canguro, o invitas con críos o no vienen. ¡No los dejan a sol ni a sombra!. Con todo esto, quien no tiene gente de toda confianza, no los pierde de vista.

Angustias pasó a lo práctico.

- Supongo que nos lo darán vestido.

- Petra tiene lo que hace falta. Será un niño bien, con dos señoras bien.

Las señoras irrumpieron en la cocina, al filo de las dos. Angustias preguntó lo obvio.

- ¿Es éste? - La cocinera asintió. Las mujeres le examinaron.

- No está mal. ¡¿Por qué no lo has vestido?!

Petra se disculpó.

- Se me pasó. ¡Esta tan dormidito!

Saliendo de la cocina, regresó con terno azul de pantalón corto, corbata, calcetines y zapatos de puro lujo. Despertó a Fredi. Mientras le vestían, volvió a sentirse objeto.

Las señoras le parecieron elegantes y guapas. Se sintió ridículo, disfrazado de niño de lujo.

- ¡Vamos!

Petra le envolvió en sus brazos. Tenía olvidada su desgracia, cuando un par de besos húmedos, le

hicieron recordarla. De sus ojos brotaron lagrimones. Fredi tomó la mano, que Lola le tendía. El Bentley estaba aparcado en el jardín. Subió sin vacilar. Decididamente, aquella gente sólo usaba cochazos. Observó que tenía cristales ahumados. Y lamento que desde fuera, no pudiesen ver lo que pasaba dentro. Angustias conducía. Lola se sentó a su lado. El chico aprovechó el silencio, para aclarar la situación, seguro de que debidamente informadas, las señoras encopetadas le llevarían a su casa, entregándole a sus padres con mil disculpas

- Señora, ¡Yo no soy el niño desgraciado! Me han confundido con el Tomás. Ese lo pasa mal, porque sus padres están siempre peleando. Y falta mucho a la escuela. Pero mis padres se llevan bien y nunca dejé de ir a clase. Solo alguna vez que me puse malo. Mis padres no están parados, como los suyos. Y nunca me dejaron ir sólo más allá del kiosco. Lo que pasa es que el señor Ernesto se ha confundido.

Angustias dio un respingo, con volantazo adjunto, que estuvo a punto de incrustar el coche en una farola.

- ¿Qué sabes tú de Ernesto?

- Nada. Le veía a veces, cuando iba por los tebeos o por chicle. Y me contaba cosas. Pero no era del barrio. No sabía ni cómo se llamaba. Los que me cogieron le nombraron. Ahora sé que me señaló. Vi la seña que hizo al del bigote postizo.

Angustias pareció tranquilizarse.

- ¡Prepáralo! - ordenó secamente. Lola arrugó la nariz.

- ¿Crees que hace falta?

Angustias paró el coche y se giró. Sus ojos despedían chispas.

- Es lo que han dicho. ¿O no?

- Sí, pero...

- ¡Pero a obedecer! Lealtad es obediencia.

Lola le subió la manga. Otra vez le ataron una goma al brazo. Fue una suerte que eligiese el que no le habían tocado. El pinchazo empezaba a dolerle. Estudiante de enfermera en la juventud, Lola acertó a la primera. Esta vez Fredi no se adormiló ni perdió facultades. Es curioso el poco efecto que hace una droga, cuando se recibe a sabiendas e involuntariamente. Se sentía flojo y un poco apomplado, pero se daba cuenta de todo y podía registrarlo. Presintiendo que saber tenía importancia, se hizo el dormido. Su padre decía que las mujeres, cuando estaba en confianza, siempre hablaban demasiado. Ausentándose, les daba oportunidad de largar. Rememoró el abrazo de Petra. Había sido tan injustificadamente cariñoso, que se preguntó si a todos los niños que desaparecían, los abrazaban de la misma manera. Por primera vez le inquietó su destino y se tacho de alarmista. Luego lamentó haber sido cobarde, desaprovechando la pareja de la Guardia Civil, si hubiese gritando en lugar de callar, por miedo al dolor inmediato, le hubiesen arreado por venganza, pero estaría tranquilo en el hospital. O en su casa. Los ojos semicerrados, observó las luces. En una madrugada, víspera de mañana laboral, apenas circulaban coches. Ni viandantes.

- Esa Petra no me gusta. Sabe demasiado y es muy sensiblera.

La voz aguda de Angustias era desagradable. Lola agitó la melena.

- ¡Que va! Está en la luna. Yo misma la lleve a los albergues. ¡La entusiasmaron! Y modestia aparte, ¡la comprendo! Porque no hay obra que pueda compararse. Está convencida de que estos chicos son recogidos. Es la ventaja de las casas grandes. En la cocina no tienen idea de lo que pasa en el salón.

- Yo diría que en el salón no tenemos idea, de lo que dicen y piensan en la cocina. Claro que entre fogones, nunca sucedió nada extraordinario. Pero leen los periódicos, ¿sabes?

Lola pasó por alto el retintín.

- ¡No digas tonterías!. ¿Cómo van a relacionarlo?. Somos gente bien.

- Por las fotos. ¿O crees que no tienen ojos?

- No las publican. Y si lo hacen salen con tanto retraso, que ni se acuerdan. ¡Con la de niños que ven! Claro que a mí, a veces me pasa lo que a ella.

El retrovisor reflejó una mirada glacial.

- ¡Pues ya puedes enmendarte!

A Lola se le hundió el coche y el cielo.

- No entiendo como puedes ser tan fría. ¡Yo no lo consigo! Confieso que si me dejases abrir la puerta y dejarlo en la calle, ¡sería feliz!

Angustias sabía ser tremendamente dura. Las frases restallaron.

- ¿Qué quieres?. ¿Que nos metan en la cárcel?. Podrían hacerlo. ¡Naturalmente que podrían! Pero creo que preferirían eliminarnos. Lo harían nuestros maridos o nuestros hijos. Porque han sido educados para eso. Saben que quien cae en deslealtad, violando sus votos, no merece vivir. Es decir que no nos echarían de menos. Podrían meternos en un manicomio. O un cargador en el cuerpo. La familia publicaría que nos mató la gripe. Y los forenses, ¡ya sabes!. Encuentran lo que deben buscar. Si no, ¡pregunta a tu marido!. Porque sigue siendo juez. Yo que tu tomaría lo que me dan, dejándome de escrúpulos. En la vida, ¡no nos puede ir mejor!. Hacemos lo que nos da la gana, podemos aparcar en doble fila, sin que halla un guardia que nos ponga una multa. Y si alguno la pone, ¡no la quitan!, los negocios van de miedo, el trabajo no nos mata y no hay autoridad que se meta en nuestras cosas. ¿Qué más quieres?. Piensa que llevas un muñeco que habla. Sin vida ni entidad. ¡Y déjate de memeces! Son peligrosas.

La puerta del jardín se abrió. Freddie quiso ver a sus padres antes de morir. Le faltaron más que nunca.

Gómez presentó la denuncia al filo de media noche. Un policía, psicólogo de carrera, le explicó que todos los chicos, a un momento dado, sienten un impulso irreprimible de correr mundo. Un guardia contó que al suyo le dio la picá a la edad de Fredi, por culpa de las notas. Anduvo por ahí un par de semanas. Lo cogieron muerto de hambre y de frío.

- Cuando se me pasó la alegría, le metí una que se le quitaron las ganas. Con las chicas es otra cosa. Entran en la edad, se encaprichan de cualquiera y si los padres les dicen algo, ¡se largan!. Porque las mujeres son como las cabras. Sí les da por tirar al monte, ¡no hay quien las pare!. Pero con los machos es otra cosa.

El sargento ratificó la opinión del número.

- En eso tío razón. ¡Que se lo digo a usted! Si salen putas, ¡sin remedio! A la mía tuve que dejarla, porque me la pegaba a la media vuelta. Toó por tener lujos, que un policía no púe permitirse, porque se gana pá lo suscinto.

Gómez sintió lástima por la desgracia ajena. El psicólogo volvió a la carga, relatando casos de final relativamente feliz. Chicas que se presentaban, cuando nadie las esperaba, con chiquillos colgando, drogadas y hasta con sida. Los padres pensaban que podrían arreglarlo, pero pasados unos meses, deseaban que hubiesen muerto. Trajesen o no la enfermedad, les hacían la vida imposible, vendiéndoles hasta la cama, para conseguir droga. Los chicos, más tranquilos, solían volver por su pie, llorando y pidiendo perdón. Al no haber razón para que Fredi fuese el uno por ciento excepcional, que desaparecía definitivamente, no había razón para preocuparse. En cuanto a la policía, podía estar tranquilo. Le estaba buscando hasta debajo de las piedras.

- Voy a ir a la televisión y la prensa. Si sale la foto, lo mismo le ha visto alguien.

Gómez no captó la chispa de inquietud, que ensombreció el rostro del comisario.

- ¿Qué quiere que le diga? Los medios son lo que son. La noticia de que se ha perdido un niño interesa, porque vende. Pero sacarla puede liar las cosas. Si lo tiene uno de esos cerdos, a los que les gustan los críos, ¡yo no respondo! Como se les castiga, les entran miedo y pueden matar, para que no les descubran. Y están los histéricos. Nos traen locos. Por hacerse notar, basta que salga una foto, para que vean al crío por todas partes. Hasta nos hacen perder pistas. Yo lo que se es que todos los que salieron en televisión, se han perdido para siempre o los hemos encontrado muertos.

Gómez creyó al comisario y se metió en la cama. Hubiese querido dormir hasta el regreso de Fredi, pero no pudo cerrar el ojo. Magdalena parecía tranquila. Fregó, bajó la basura, es decir la cena, pues no pudieron tragar bocado, dejó la cocina en orden y se acostó cerrando los ojos, para espiar mejor los ruidos. El corazón le daba un vuelco, cuando arrancaba el ascensor, regresando el dolor al detenerse en otra planta. Gómez durmió al fin, pero no la señora de Gómez. Se levantó antes de amanecer. Por hacer algo, puso patas arriba el cuarto de Fredi, aprovechando la ausencia para hacer limpieza general. Cuando Gómez despertó, tenía preparado el desayuno.

- ¿Y Fredi? ¿Todavía durmiendo? - preguntó, olvidando lo que estaba viviendo. Su mujer retrasó la respuesta. Gómez vació el tazón de café con leche. Magdalena se dijo que si repetía la pregunta, no podría soportarlo.

- Quédate por si llaman. Yo voy a la oficina. Si hay algo, me avisas.

Gómez recordó. Dejó caer la tostada.

- Hay que pasar por la policía...

- Me encargo. ¡Verás como todo se arregla! - Magdalena lo dijo con contundencia, pero le faltó convicción.

A las diez subió la vecina. Mujer de su casa, que nunca estuvo obligada a trabajar, disponía de todo su tiempo.

- Ya se lo he dicho a Gertrudis y a Miguel. ¡Ni a la puerta de la calle! Porque pasan unas cosas... Y tú ve a buscarle. Yo me ocupo del teléfono.

Pedro le dejó el número de Magdalena y se echó a la calle. Anduvo de un lado para otro, preguntándose dónde debía hurgar, sin encontrar respuesta. El teléfono no paraba. Llamó todo el barrio, pero nadie dio noticia de Fredi. A la tarde, habiendo trillado medio Madrid, Pedro volvió a la comisaría.

- No se preocupe, hombre. ¡Ya aparecerá!. Todavía es pronto. Hemos avisado a provincias. ¡Hay miles de coches buscándole!

La foto de Fredi, con sus datos y la noticia de su desaparición, estaba en todas las comisarías y puestos de la Guardia Civil. Pero en verdad nadie le buscaba. Sabían que no podrían encontrarle. El sargento Pérez puso el fax debajo de la nariz de María Ramos.

- ¿Con esto qué hacemos?. Si algo está claro, es que ahí no podemos entrar.

La comisario asintió con tristeza.

- Voy a dar una vuelta.

La dio a la manzana, preguntándose si el chico ya estaba en el palacete. Maldijo las trabas que ponía el sistema. Y su cobardía.

Capítulo 13º

La luz, blanca e intensa, le hizo daño. No podía distinguir los límites de la estancia. Cerró los ojos. Adaptadas las pupilas, contempló la habitación, tapizada en rosa. Había cuatro camas con dosel. Dos lo tenían azul. En la estantería se apilaban revistas ilustradas. No debían gustarles los libros. Un par de mesas, media docena de sillas televisor con pantalla gigante y video, completaban el

mobiliario. Sobre una de las almohadas, se desperdigaba una melena. Transgrediendo las reglas más elementales de la urbanidad, zarandeo a su propietaria.

- ¡Me haces daño!

- Quiero hablar contigo.

La chiquilla se incorporó.

- ¿Qué quieres saber?

- Quién eres y dónde estamos.

- Me llamó Maribel y vivía en Don Benito. Un pueblo de Badajoz. Me cogieron en la misma esquina de casa. No sé más. Ni siquiera cuánto tiempo hace.

- ¿Un tipo alto y moreno, que siempre esta sonriendo, con otro malcarado, de pelo rojo?

- No. Dos mujeres. Me engatusaron, ¿sabes?. Subí al coche, para llevarlas a la ermita y no pude bajar. Me pincharon y me dejaron como un paquete.

- ¿Vas al colegio?

La niña agitó la melena, en signo de negación.

- Ni a ninguna parte. No nos dejan salir. Las que salieron no han vuelto.

- ¿Quiénes salieron?

- Tres chicas mayores. Estaban aquí cuando me desperté. Tenían miedo y querían escaparse. Un día vinieron las señoras y las disfrazaron. Luego vino la criada, que es una bruja. Mudó las sábanas y recogió sus cosas. Le pregunté cuando volverían y me miró de una manera muy rara, sin contestar. Me dan todo lo que pido, pero desde entonces me aburro mucho. Me alegro de que hayas venido, aunque seas un crío.

Fredi reflexionó hasta el límite de sus posibilidades. Se repitió que no entendía nada y explicó lo que sabía.

- Me dijeron que me traían a vivir con otros niños. Que serían como mis hermanos y que una vez educado, iría al colegio. Pero tú no vas al colegio.

- No. Tampoco las otras. Cuando se fueron, se fueron para siempre. Ni ellas sabían donde.

- Yo iba por mis tebeos - recordó Fredi, soñador.

- Y yo a la plaza. Eran las cinco. Acababa de salir de la escuela y tenía novio. Mi madre sólo me dejaba verle en el paseo. Pero yo me escurría.

Callaron, porque les dolía recordar la libertad. Más animoso por nuevo, Fredi reanudó la charleta.

- ¿Cuántos días hace que estás?

La chica se encogió de hombros.

- ¡Te dije que no lo sé!

Fredi rió.

- ¿Cómo nos vas a saberlo?. ¡Con mirar por la ventana!

- ¡¿Qué ventana?!

Sería entonces cuando Fredi realizó que no la había. Los huecos próximos al techo eran ojos ciegos, abiertos a ninguna parte. Obedeciendo a un impulso irracional, corrió a la puerta, intentando abrirla. No pudo y la emprendió a patadas.

- Al otro lado tiene una plancha de hierro. Lo vi una vez que me escurrí, cuando vinieron las señoras.

- ¿Por qué no te escapaste?

- Sales a un pasillo. Al final hay unos escalones y otra puerta. Esta guateada, para que no puedan oírnos. En la planta hay tres habitaciones como ésta. Las señoras se reían, viéndome correr. En los cuartos no había nadie. Pero en uno las camas estaban deshechas. Como si acabasen de irse.

- ¿Por dónde te trajeron?

- Supongo que por la puerta del fondo. He oído que estamos en un sótano. Bajo tierra como los muertos. En cualquier sitio del mundo. ¡Que ni eso dicen!

- ¡Eso lo sé! ¡Estamos en Madrid!

Fredi se sintió orgulloso de poder facilitar información, que ignoraba su compañera. Maribel adoptó un tono confidencial.

- Sigo pensando en escaparme.

- ¿Cómo?

- Cuando traigan una nueva. Se dejan puesta la llave de arriba. ¿Ves esa silla? Las que estaban antes medio arrancaron la pata. No se han dado cuenta. La despegaremos y entre los dos les daremos la paliza. Les quitaremos la llave de la otra puerta, que sé que la hay, aunque no la he visto, ¡y a correr!

- Pues me han traído y ni te has enterado - apuntó Fredi, con lógica aplastante. La chica arrugó la boca, rindiéndose a la evidencia.

- Eso es lo malo. Que nos atontan y no nos damos cuenta de nada. ¡Son muy listos!

- ¿Quiénes?

- Yo qué sé, pero son muy listos. Lo peor es que me estoy acostumbrando al pico. Antes no lo quería. La verdad es que ahora tampoco. Pero cuando se retrasan, me siento la mar de mal. Claro que en casa se me quitará. ¡Yo no quiero ser drogata!

- ¡Toma!, ¡ni yo!. - A Fredi se le puso la carne de gallina, pensando que le habían pinchado dos veces. Y que de no remediarlo Dios, volverían a pincharle

- ¿Y si nos ponemos a gritar?

La risa de Maribel sonó a falso.

- ¿Oyes algún ruido?

Fredi negó con un gesto.

- Pues lo mismo nos oyen a nosotros. Así deben ser las tumbas.

- ¿Eso qué quiere decir?

- Que aunque la policía registrase la casa de arriba abajo, no nos encontraría. Porque tus padres te estarán buscando. Y los míos también. Las chicas que se fueron llevaban aprendidas mis señas, para avisar que me tenían encerrada. Nadie ha venido.

- ¿Para qué crees que nos han traído?

- Lo mismo para vendernos por órganos. He leído que hay comercio de eso.

- ¿Y las otras? ¿Tampoco sabían nada?.

- Aquí te llevan sin decirte donde.

- ¿Y después?

- Después ya te he dicho.

- Esto es ...

Iba a decir "jodío", pero Maribel se llevó el índice a los labios. Guardó silencio. La puerta chirrió. Una mujer de edad indefinible y exterior siniestro, empujaba el carrillo. Fredi nunca vio tanta comida junta. Había varias clases de carne y pescado, sopas y sobre todo pasteles. Hasta una botella de whisky. La criada se dirigió al nuevo.

- ¿Te apetece? Puedes coger lo que quieras. ¡Hasta hartarte! Y todos los días lo mismo.

La mujer sonreía. Le despeinó con una caricia, que Fredi sintió brusca. El gesto le confió.

- ¿Cuándo podremos irnos?

La mujer continuaba sonriendo.

- Cualquier día de estos... No lo sé. ¿Tan mal estás aquí?

Fredi replicó con un deseo.

- Me gustaría pasear... Ver a mis padres

- Tendrás tiempo. ¡No te preocupes! Todo tu tiempo. Y tú Maribel, ¿cómo te va?

- ¡Váyase a la mierda! - contestó la muchacha, escandalizando a Fredi. La mujer frunció el ceño, sobre unos ojos negros, salvajes y exentos de racionalidad.

- ¡Ta, ta!. Así no se contesta. Sabes que tienes que ser educada.

- ¿Qué quieren?. ¿Picadillo con educación?

La mujer se inclinó, tomando una bandeja. En su opinión, la chiquilla crecía demasiado deprisa. La jeringa estaba junto a los dulces.

- Pensé que querías... Pero si no...

La mirada de Maribel se llenó de angustia.

- ¡No quiero! - afirmó sin convicción

La criada se encogió de hombros.

- En medio de todo, tienes suerte. ¡Por librarte del mono! La verdad es que me gustaría que lo pasases, para que fueses enterándote. Pero tengo que pincharte te guste o no. Hay que prepararte.

Fredi replicó, con rapidez intelectual sorprendente.

- ¿Prepararla para qué?

La mujer le acarició otra vez.

- ¡Para el happening!

- Y eso... ¿qué quiere decir?

- Fiesta... espectáculo...

Maribel repitió pregunta, que hizo mil veces.

- ¿Qué clase de espectáculo?

Una voz masculina penetró en la estancia.

- ¿Acabas?

- ¡Tenemos uno nuevo!

- Pues termina de una vez, porque es hora de cenar.

- Espera que les ponga la medicina.

La jeringa enfiló a Fredi.

- No señora. No quiero.

- Vas a querer porque te hace falta. Y te hará más.

En el fondo de aquella garganta, se albergaba una misericordia, que el chico no detectó.

- ¡Estoy esperando! - volvió a gritar la voz.

- ¡Ya voy!

La mujer pinchó, digamos que con admirable asepsia. Abandonó la habitación sin una palabra.

- ¿Quién es el tipo?.

- Creo que el marido. Lo vi una vez. Parece más malo que ella.

- ¿Por qué nos pinchan? - preguntó Fredi.

- Para que no nos demos cuenta. Dentro de poco todo te dará igual. No te acodarás de nada o te dará por llorar. Dejas pasar el tiempo hasta que te espabilas. Y vuelve la inyección.

Media hora más tarde, brillante y parlanchina, Maribel contaba a Fredi destino, que fraguó su imaginación.

- Nos sacarán de aquí. Nos vestirán como a príncipes y nos darán lo que pidamos. Cuando estemos más contentos, nos cortarán un dedo, luego otro, luego...

La señora de Gómez bajo al mercado. Aunque apenas pudiesen tragar, algo había que comer. La nevera estaba vacía. Desde que Fredi desapareció, no había hecho la compra. En los puestos no quisieron cobrarle, desmintiendo el carnicero su fama de rasca.

- Ya que no puedo hacer otra cosa....

La prensa no quiso publicar la foto de Fredi, por no alarmar, pero al estar en todos los escaparates, corrió la voz. Vinieron de otros barrios a buscarla y hasta la pidieron de provincias, mandando la gente donativos, para que sacasen copias. Los padres de Maribel se presentaron, escribiendo los de desaparecidos, que se perdieron sin hacerse notar. Los unos nunca supieron de sus hijos. Otros los recuperaron muertos. No se supo, porque la sociedad debía ignorar que generaba monstruos, aficionados a matar por placer. La prensa recogía insultos, intercambiados por políticos, dispuestos a cualquier cosa, con tal de llamar la atención, para obtener el voto, pero cerraba el acceso a cuantos pudiesen romper el discurso, a los charlatanes del sistema. Amenazado por las lamentaciones de lo que perdieron hijos, en circunstancias extrañas, habían sido excluidos, quedando reducidos a intercambiar información, tras haber logrado conocerse.. Cierta madre observó que desaparecían, en vísperas de fin de semana, insistiendo una de Valencia, que se presentó en casa de los Gómez, en que tardaban en matarlos.

- Mi chiquilla estaba muy estropeada, pero no era un muerto de dos meses. Lo sé porque soy enfermera. Y ando entre ellos.

Segura de que los raptos tenían relación, una de Segovia explicaba.

- La ropa de la mía no estaba sobada. Sucia de tierra, pero no sobada. Y ella, de no ser por lo que la hicieron, ¡entera! Pá mi que las visten de otra manera y les vuelven a poner lo que traían, antes de tirarlas por ahí. Y eso de que matan en el momento, ¡no me lo creo! He visto muchos muertos. Y así no duran una semana. Menos con el calor y la lluvia.

- Para mí que si pillamos a uno, ¡los cogemos a todos!. Desalmados como esos no tiene que haber muchos. Que se reúnan en sitios distintos, no te digo Como viajan a los chicos, se viajan ellos. ¡Pero los mismos tienen que ser!

- Lo malo es que están protegidos. Si no lo estuviesen, no nos podrían tantas trabas. Enterarte de cualquier cosa, cuesta la misma vida.

- Eso cuando no desaparecen las pruebas. En el mismo juzgó.

Juntando fotos hicieron un cartel. No lo quisieron en los comercios del centro, pero los taxistas lo llevaron como un sólo hombre. Hasta que lo prohibió la autoridad.

- ¡Ustedes comprenderán que no puede ser! ¿Que van a pensar los turistas? Parece que aquí no hacen más que desaparecer niños.

- ¡Es que desaparecen!

- ¡Y se buscan! ¡Pero no hay que alarmar!

Los padres se comieron la rabia. Cuando un estado se precia de monopolizar la fuerza, para aplicarla, otra no cosa no es posible, porque se ausenta la justicia, emigrando la equidad.

Para los de arriba y los de abajo, llovía sobre mojado. Habían pasado los años, pero la calle no se olvidaba de las tres chicas. Limpias las calaveras, los cuerpos revelaban que habían sido bárbaramente torturadas, por maníacos sexuales. Autopsia minuciosa, seguida de análisis, hubiese desvelado el misterio, que ocultaba la contradicción entre el tiempo necesario para hacer todo aquello y la muerte, que se pretendía casi inmediata. Pero al no estar interesado el poder en saber lo que realmente sucedió, la investigación quedó en chapuza, que no convenció a nadie, oponiéndose a la leyenda oficial, la que dictaba la imaginación popular, oponiéndose la razón al cúmulo de contradicciones, que llegaron al público. No siendo costumbre que el asesino firme su crimen, lo hizo en este caso, pues fue designado matador el propietario de volante de la Seguridad Social, encontrado en casamata, próxima a la fosa, donde aparecieron los cuerpos. El ser su propietario delincuente común y drogata, facilitó las cosas. Fue declarado culpable, sin que nadie explicase como era posible que un condenado, oficialmente en cárcel, cumpliendo condena y sin derecho a salidas, residía en su domicilio habitual, sin haber sido buscado ni molestado. No lo contó la autoridad, ni pudo hacerlo el interfecto. Dotado de facultades paranormales, por no dejarse detener, voló desde un quinto piso a la calle, perdiéndose para la eternidad, sin haber sido presentado.

Ausente el culpable oficial, pero irrenunciable el juicio, por estar los ánimos alterados, se echó mano de alfeñique, amigo del presunto Superman, que tratado según convenía, confesó repetidamente, con tan buena voluntad y detalle, que las contradicciones saltaban a la vista. No afectó la irregularidad al proceso, ni el hecho de que se hiciese notar repetidamente, en el curso del juicio, modificó la sentencia. Urgente dar carpetazo legal a un asunto, que puso a la población de uñas, el alfeñique ingresó en prisión, con tres cadáveres a la espalda. No se esperaba, en las alturas, que una opinión pública, supuestamente inhabilitada para fijar la atención, absorber información y procesarla, tuviese la santa paciencia de seguir a presentador, que desgranó el sumario, día a día y al detalle. Pero lo hizo y concluyo, quedando psicólogos, sociólogos, forenses y en última instancia jueces, a los pies de los caballos. De resultas la mayoría concluyó que degenerados anónimos, afectados de sadismo patológico, controlaban importante parcela de poder, que les permitía cargar con sus culpas al botones. Incómoda la sensación, se instaló peligroso malestar, que en adelante mantendría en alerta perpetua a los servicios de inteligencia.

Aun no se había repuesto del desagradable periodo, cuando fue informado de que un puñado de padres, unidos y a la desesperada, querían hacerse escuchar. Considerando que Gerardo habría de sentirse afectado, por ser producto de las urnas, Ignacio ordenó convocarlo, pateando el protocolo en salva sea la parte.

- Esto de los niños hay que vestirlo decentemente. La gente cree cualquier cosa, a condición de que no la digamos nosotros. ¡Así que tú veras!

Gerardo aparentó una indiferencia, que no sentía.

- ¡Tú mismo!. Puedes formar una brigada especial, poner al frente a la comisario Ramos y dar el asunto al juez Márquez. ¿Te parece?.

Ignacio dio un puñetazo en la mesa:

- ¡Eres un cabrón! Sabes lo que pasaría.

- ¡Por eso lo digo! Para que pongas los pies en el suelo.

La secretaria trajo un sobre de César. Contenía un pliego, con una sola palabra: "desactivar". El cabréo de Ignacio redobló.

- ¡Ya me dirá cómo!. ¡Con estos no valen amenazas!.

Gerardo apostó por la solución habitual.

- ¿Un accidente?.

- ¡Lo que faltaba!. ¡Tu estás loco!. ¡¿Y además cuantos?!. ¡Porque no son uno ni dos!.

Recibida la orden de callar a los Gómez, el comisario convocó al matrimonio, dispuesto a leerles la cartilla. Se presentaron seguidos de una docena de padres, embrión de colectivo, que nunca podría ser legalizado. Previsto enredarles en trabas burocráticas, lo estaba declararlo asociación de malhechores, apenas sacasen los pies del plato.

- Con sinceridad, ¡yo que ustedes me ahorraría el escándalo! Le publicidad trae malas consecuencias. Lo prueba el caso que tanto mencionan. Los padres movieron Roma con Santiago, la gente veía a las chicas por todas partes, nos lío. ¡Y aparecieron hechas fosfatina!. Si hubiesen sido discretos, las tendrían violadas, ¡pero en su casa!.

- ¿Puede usted asegurar que nuestro hijo está vivo? - preguntó Pedro, mirándole a los ojos.

- No hay razón para pensar lo contrario...

- Hasta ahora, de los que se han perdido, no ha vuelto ni uno. Al que no han encontrado muerto, se ha esfumado. No hace falta ser poli, para saber que basta un buen horno industrial o una cuba de ácido, para hacer desaparecer lo que sea.

- Esos hornos no los tiene cualquiera. Necesitan licencia. Y un tipo comprando ácido a granel, ¡se nota!.

Madre con buena memoria, apuntó.

- La que apareció por Vallecas estaba en huesos. ¿No le parece se mondaron demasiado deprisa?

Al no saber que contestar, el comisario agradeció a un padre, que le quitase la palabra.

- Cada día nos pasaban por la radio las cintas de los secuestradores y de la chica. Pero en cuanto cazaron a los gárrulos, ¡se les olvido ponerlas!. ¡Y mire usted las cosas!. Nos hubiese gustado poder comparar. Que aquellos tipos hablasen como señoritos, ¡no se lo cree ni usted!.

El comisario escapó por los cerros de Úbeda.

- ¡Precisamente!. Otro caso desgraciado, porque se metieron los medios.

- Si lo he entendido, esta diciendo que mataron a la chica, porque salió en la prensa - observó Magdalena. El comisario habló muy desde arriba.

- ¡Eso he dicho!

- La sentencia se publicó. La tengo en casa y me la sé de memoria. Dice que la mataron el día que la cogieron. Si es verdad, no dio tiempo a que saliese en la prensa.

El policía carraspeo, buscando argumento plausible, Pedro cortó la reflexión.

- De ser cierto lo primero, Fredi estaría muerto. Así que solo queda trincar a los asesinos. ¡Si es que encuentran alguno!. Porque si nos enteramos de algo, es porque aparece el muerto. Encontrar, no han encontrado a ni uno. ¡Y los asesinos, campando por sus respetos!.

El carnicero no tenía hijos, pero estaba tan indignado, que se empeñó en acompañarles. Más que hablar, rugió.

- Mire, ¡la verdá!. Pá mi que saben quienes son. Y que por eso no les enganchan. Y así será,

mientras los que mandan este de mierda hasta los ojos.

El comisario no le encerró, porque en su fuero interno, pensaba lo mismo.

Pobre habitación de pensión sin estrellas. Sangre en las paredes y el techo. Nadie la oyó gritar. En aquel tugurio, siempre había gente gritando.

- ¡La han cosido!

- El caso es que me suena... ¿Sabéis cómo se llamaba?

- Sí. Benita Ruiz.

- No me dice nada.

El joven policía hurgó en su memoria. La refrescó el paquete de Kent. Se había fijado, porque no hay mucha gente que lo fume.

- ¡Pero si es ella! Estuvo hace un par de días en comisaría. Temblaba de miedo. Porque era puta y por lo que traía. ¡Las tratamos de una manera! Contó que estaba en un portal, cuando cogieron al chico. Reconoció a los tipos, aunque se disimulaban con pelucas. La recogieron más de una vez, para prestar servicios. En el mismo Mercedes. Le habían cambiado la matrícula, pero lo conoció por la medalla, colgaba del retrovisor. Los describió como chulos sin oficio, de los que manejan dinero, porque hacen chapuzas para los de arriba. ¡Tenéis que acordaros, porque estabais! Traía un montón de periódicos. Con fotos de gente gorda. La relacionaba con el coche y los tipos. Confesó que a veces la obligaban a estar en sus juergas. Y que vio como hacían mondongo a chavalines y chavalas. No denunció, porque siendo ellos quienes eran y ella lo que era, la hubiésemos enchironado por calumnia. ¡Admitamos que le sobra razón!. Uno de los que andaba en eso era Ernesto Mínguez, el escritor. Asegura que rondaba el quiosko, cuando lo de Fredi. La despache, porque su testimonio no valía de nada. Y porque no la creí. Pero por sí o por no, miré la ficha del tal Ernesto. Pura curiosidad. Me enteré que fue chaperero. Y que se metió en la pomada por el culo.

Hablaba registrando cajones. El comisario miró al techo.

- Hiciste bien. De haberla escuchado, es probable que estuviésemos como ésta.

- ¡No encuentro los recortes!

El comisario rió.

- ¿Qué esperabas?. ¿Que los dejaran con notas a pie de página?. Menos mal que se los llevaron. Porque sí no, ¡menudo compromiso!

De vuelta en comisaría, la desmoralización era evidente.

- Tenemos que vigilar a personas decentes. Empitonarlas si viene a pelo, porque hablan o saben demasiado. Pero a estos hijos de puta, ¡ni molestarlos!.

El comisario intentó explicarse.

- ¿Qué queréis que haga?. ¿Encontrar a estos chicos y a sus asesinos? Antes de echarles el guante, nos despanzurrarían. ¡Menudo gato tienen con los terroristas!.

El inspector se subía por las paredes.

- A estas alturas, cuando un espectro de voz es como una huella dactilar, no nos dejan ni hurgar en las cintas.

- Nos faltaban medios. - replicó el comisario.

- Los alemanes los ofrecieron.

El cabo tenía memoria.

- Recuerdo que alguien denunció, porque le pareció reconocer la voz de uno de los secuestradores,

en uno de esos pelmazos, que llaman para decir porquerías. A los dos días encontraron los huesos de Vallecas.

- ¡Cómo no iban encontrarlos!. ¡Si fueron derechos por el enterrador!.

El comisario se arrepintió de lo que había dicho y el cabo le tranquilizó, demostrando que estaba con gente de confianza.

- A mí lo que me terminó de joér fue la sentencia. Por una parte dice que los tipos apiolaron a la chica, porque no sabían que hacer con ella. Y por otra que la mujer, que ni la había visto, llamó a los padres, haciéndose pasar por la muerta. ¿Cómo puede haber alguien tan loco, que pretenda imitar la voz de alguien a quien no vio nunca?.

- Y encima, ¡acierta!. Porque los padres tragaron.

El joven policía hizo un corte de mangas.

- ¡Toma contradicción!

- ¡Vendrán tiempos nuevos!

- Peores lo creo. Pero mejores, ¡cuando las ranas tengan dientes!.

La comisario Ramos repasó el informe.

- ¡Pepe!. ¡Trae las cintas de la chica!

Del magnetófono escapó una voz, amortiguada por la droga. Desgranaba palabras dictadas.

- Es la misma que llamó a la tele, pidiendo socorro. ¿Y qué?.

- Ponla otra vez.

Núñez saltó en silla.

- ¡Leche!. ¡Si dijo donde estaba!.

- Exactamente no. Menciona un mercadillo, pero mercadillos hay muchos. Si hubiesen querido encontrarla, habríamos rebuscado en todas las ventas ambulantes del país. Incluso en de caridad, que organizan las señoronas. Fructuoso los hizo en el Jueves de Sevilla, porque allí las cosas siempre están liadas. ¡Y le peinaron!. Nosotros pedimos la orden. No vino. Digan lo que digan, el cuerpo estaba fresco. Tuvimos por lo menos diez días, para encontrarla viva.

- El vacíe donde apareció lo peine yo mismo. ¡Juro que no había nada!.

- Lo que no entiendo es a los padres. Son gente de peso. Hubiesen podido forzar a los de arriba. Pero reaccionaron como si no fuese con ellos. Con decir que a la hija no podían resucitarla, hasta retiraron la denuncia. No me tocaba pero mandé un informe, en plan experto, recordando al fiscal que con muerto de por medio, hay que seguir de oficio. Se lo pasó por la entrepierna. Y se vino a decir que la chica lo merecía, porque se iba con cualquiera.

- ¡Vamos!, que la culpa fue de la muerta, por dejarse apiolar.

El joven Requesens era incisivo.

- ¡No, hombre!. ¡Culpable no!. Reconocieron su derecho democrático a dejarse charcutar. ¡Es distinto!.

La comisario juntó unas cejas, negras y pobladas.

- En lo del chico, lo que debe hacer Eloy es preparar a los padres. Todavía debe estar vivo, pero es como si no. Para mí que habrá más desapariciones.

El Sargento Pérez puso mala cara. Nunca creyó en premoniciones ni en la casualidad.

- ¿Y eso?

- Esa gente está medio loca. Claro que si no lo estuviesen, no harían lo que hacen. Les da por el Demonio y hasta lo ven. Y por la astrología, entendida a su manera. Celebran las conjunciones y se está acercando una de las que prefieren. Lo que no sé es si lo harán en la finca de los Sierra Fría, el chalet de Pablito Blanes o el palacete ahí al lado. En mi opinión, será en el palacete. Me da el pálpito que al lo tenemos ahí al lado.

- Si estás tan segura, ¿qué esperas para pedir el mandamiento?. Si te equivocas, te caerá una bronca. Pero vale la pena intentarlo.

La comisario se echó hacia atrás.

- Esa casa no es de un cualquiera. Para intentar registrarla, harían falta unas pruebas que no tengo. Aunque D. Cesar no sea respetable, los jueces le respetan. Entre otras razones, porque manda. A uno que nos huelga a terrorista, podemos tirarle la puerta abajo y entrar a tiros. Con otros, bastaría decir que olimos droga, para ponerles la casa patas arriba. O que alguien dijo que eran terroristas. La verdad es que si el juez de guardia se volviese loco y nos diese la orden, no encontraríamos nada, aunque entrásemos a saco. Es decir, que haríamos el ridículo. Sé que hay sótanos, porque los planos se perdieron en Cultura y Urbanismo, pero se dejaron uno aquí. Lo malo es que no está completo y falta la entrada.

- Hay quien se pasa la vida en la cárcel, sin más prueba que un atestado. Pero para empapelar a otros, hace falta que un notario levante acta del delito.

Núñez se dejó arrastrar por el fuego de la juventud.

- ¡Dejarse de mamonadas! Si damos con el chiquillo, no hacen falta más pruebas.

María Ramos le contempló con miseria.

- ¿Llamamos a la puerta y decimos que nos lo den? Si nos dejan entrar, que no es seguro, el bicho de guarda que tienen, llamará al jefe. Cuando llegue el coche patrulla, estaremos dentro, nos detendrán por allanamiento, nos entregarán a los de Inteligencia. ¡Y adiós!

- ¡Me gustaría que me dijese para qué me metí a policía! - exclamó Requesens. Se lo explicó Ramos.

- ¡Para hacerles el trabajo sucio!. Quitamos del medio al que les molesta y si lo mandan, limpiamos la calle. Empapelamos a un camello, por media docena de papelinas, pero que no se nos ocurra abrir el bolso de la tipa empingorotada, que acarrea harina por kilos. Si nos los dicen, cerramos un local, porque alguien fumó un porro. Pero no ponemos un pie donde sirven la coca en bandeja. Y por la cara.

- Yo diría que los extremos se tocan en la impunidad. A los de arriba no los trincamos, porque no se dejan. Y a los de más abajo, porque han hecho del barrio un avispero, y no nos atrevemos a entrar.

- Lo que no entiendo es como puede darles por estas burradas.

- Porque hay locos que nacen arriba y otros que se vuelven, mareados por la adulación. Les pasó a Calígula y Nerón. No hace mucho a Hitler. Hay tiranuelos que arremeten contra lo diferente. Otros contra la belleza. Con lo que hay que hacer, porque no se hizo, solo a un piraó se le ocurre relanzar la economía, planchando un país a golpe de bombas. En el fondo, en el origen de toda bestialidad, encontramos lo mismo: el deseo de palpar el poder. Machacando a un niño o machacando a un pueblo. Los cobardes, cuando además son ineptos, ante el débil solo sienten un deseo: machacarle, porque sentirse fuertes, satisface su vanidad. Si las cosas van más o menos bien, estos monstruos se reprimen, porque no les queda más remedio. Pero cuando el poder les fascina, los centros de decisión se convierten en manicomios, estos seres campan a sus anchas. ¡Y toma erótica del poder!. Lo peor es que el tarado, cuando manda, ¡convence!. No pierde el tiempo buscando iguales. ¡Los hace!

- Es decir que aquello de la manzana podrida, no es un refrán para niños.

- Lo aprenden los críos, pero lo aplican adultos.

Chaqueta azul, pantalón gris marengo, corbata roja. Gerardo se miró al espejo, sintiéndose desagradablemente distinto. Cuando Rosita le dijo que encargase el uniforme, porque estaba admitido en la orden, lo hizo sin tomárselo demasiado en serio. En el día de la iniciación, le advirtió.

- Al principio es fuerte. Pero a todo se acostumbra uno. Y volverte atrás no puedes. Porque en un solo día se aprende demasiado. Te aconsejo que te dejes ir, sin pensar en nada. La naturaleza hará el resto. Todos fuimos fieras alguna vez.

El salón olía a incienso, hierbas aromáticas y alucinógenas, que se consumían en los pebeteros, disimulando apenas el olor desagradable y acre del azufre, materia prima de nubes y reflejos, que sabiamente combinados con el lasser, creaban un ambiente fantasmal, más próximo a la teatralidad de Disneyworld que a la de Brughel. El ceremonial le pareció tan infantil como ridículo. Discursos hipócritas escondían la bajeza de unos individuos, que compensaban su cobardía, física e intelectual, disponiendo sin limitación ni riego, de seres indefensos. Efecto y causa de las taras del sistema, los reunidos se disimulaban bajo inútiles capirotos, pues todos hubiesen podido ser identificados, con nombre y apellido, sin necesidad de destocarse. Gerardo se preguntó cómo reaccionaría la sociedad, si descubriese ciertas actividades privadas de sus rectores. Pétula le arrancó a sus reflexiones, pronunciando nombre del diablo menor, que le tocaba encarnar. Aguantando la risa, se arrodilló a los pies de un Braulio majestuoso, disfrazado de Gran Maestre. Recibidos los toques de mandoble, quedó incorporado al colectivo.

Pétula subió solemnemente las gradas. El cuerpo de una joven desnuda y sin mancilla, debidamente amarrada, ejercía de mantel sobre el altar. Utilizando el lenguaje críptico de los infiernos, la pitonisa recitó advocaciones, mientras el cuenco de madera de la libación, pasaba de mano en mano. El brebaje, preparado por Angustias y Maritina, acólitas de la sacerdotisa, era un cocktail de alucinógenos, con toque de coca, disimulado con miel y zumo de frutas, llamado pomposamente hidromiel. Gerardo tragó a duras penas aquel licor, dulzón y pegajoso. Leída fórmula redactada por miembro de la Academia de la Historia, especialista en la tradición zoroástrica, Pétula dibujó en el aire el signo, que acompañaba a la llegada de Satanás. El Gran Maestre se arrodilló. La cara en tierra, recibió al dios de los infiernos. Gerardo imitó a los demás, procurado reproducir los sonidos, emitidos por la sacerdotisa, en el tono y con la devoción, que observaba en la concurrencia. Una explosión de paroxismo histérico, saludó a Belcebú. Las miradas se concentraron en el trono. Se sintió realmente inquieto, al verlo tan vacío como antes. Informado de que debía besar el pie a Satanás, practicándole una felación, para terminar presentando el posterior, por si quería utilizarlo, se pregunto como acertar, habiéndoselas con un ser invisible. Rosita, que ejercía de madrina, le susurró al oído.

- No despegues la nuca de mi mano. Cuando la aparte, haces como que estás haciendo.

La representación salió más que decorosa. Terminado el desfile frente al trono, que Gerardo suponía ocupado para los demás, se alzó la trampilla. Los puros destinados a ser mancillados, surgieron del subsuelo, como si procediesen del infierno, al que serían encaminados. Grotesco maquillaje les desfiguraba, transformando unos rostros, macilentos y asustados, en la imagen del vicio. Liberada la muchacha, que yacía sobre el altar, fue cubierta con túnica de seda, ocupando lugar de honor en la mesa, donde aguardaba cena suculenta, que se sería paréntesis feliz, entre dos calvarios. Los miembros de la orden se manifestaron amables y hasta cariñosos con sus víctimas. Las prometieron pronto regreso al hogar y libertad. Expresado el deseo de que no les olvidasen en su tránsito, les cubrieron de regalos suntuosos, acompañados de caricias, destinadas a despertar una libido, que había de pasar de la sensualidad a la pura animalidad del instinto, con ayuda de la química. Plácida la sobremesa, fue animada por diálogo rimado, compuesto para la ocasión por el joven Ernesto Mínguez y el veterano Pablito Blanes, con introducción de voz femenina, interpretada por Inés. En la más pura tradición pastoril, evocaron praderas, valles y amores, tan inocentes como apasionados. Un aria cantada por la esposa de Braulio, gran sacerdotisa de honor, cerró la acto cultural de la

velada, pasada la medianoche.

Acallados los aplausos, Braulio siguió al invisible Satanás, precediendo a los presentes. Abierta la plantilla, se hundieron en el arcano del templo. Presidido por un segundo trono dorado, paredes suelo y techo guarnecidas de damasco rojo acolchado, daban a la estancia un aspecto infernal, que completaba la luz, rojiza y difusa. Una repisa rodeaba la estancia, a regular altura. En pequeños recipientes de plata, cuidadosamente alineados, se ofrecían toda clase de estupefacientes, con aditamentos variados para su consumo. Dos panoplias, en los extremos del rectángulo, ponían al alcance de los presentes instrumentos, que les permitiese realizar las más absurdas fantasías: falos de diferentes tamaños y materiales, látigos, tenazas, juegos completos de quirófano y otras originalidades, disponibles sin más regla, que la de no utilizarlos con un compañero. Acomodado Belcebú, los presentes se inclinaron respetuosos, con excepción de Pétula, que fija la mirada en el trono, aguardaba órdenes. Debió darla el invisible, pues sacerdotisa y gran maestre, recitaron a dúo la oración del ofrecimiento, terminado con el aullido salvaje, que derribaba todas las barreras. Por espacio de tres días con sus noches, los respetables prebostes dieron rienda suelta al ingenio del instinto, probando que la maldad no tiene límites, en lo que se refiere a intensidad, pero carece de originalidad. Novato Gerardo, se mareó, devolvió y se drogó a tope, logrando renacer en la barbarie. Recordaba vagamente que comió, bebió, defecó y eyaculó, contemplando sus actos como si fuesen ajenos. Se sintió yacer sobre un cuerpo, mutilado y deforme. Intentó levantarse. El cuerpo que estaba a su lado, era el de Rosita. La luz se filtraba entre las varillas de la persiana. La besó para despertarla.

- He tenido un sueño espantoso. Estaba...

La mujer le selló los labios con el índice.

- Juraste secreto. ¿Recuerdas?

Informado de haber vivido horror, creyó soñado, corrió al baño para mirarse al espejo. Le sorprendió comprobar que conservaba su aspecto normal. Sus labios no dibujaban el rictus desagradable, que denunciaba en Braulio un pasado de orgías. Ni le nimbaba el halo grasiento, que acompaña a la degradación. Se preguntó como conseguía Ernesto, pasar por la basura sin manchar. Y concluyó que aquel heredero de Dorian Gray, había pactado realmente con el Diablo. Sólo algunas personas, particularmente sensible, confesaban que les repelía su mirada. Gerardo lo achacaba a la ambigüedad inquietante, que acompaña a ciertos bisexuales, pero tras lo que había visto, lo achacó a la marca indeleble de la ceremonia. Y se preguntó por qué en la mujer, el efecto era diferente. Liberadas, perdían la rigidez que imprimieron las monjas, a la vieja aristocracia. Provocadoras y excitantes, disfrutaban desenfadadamente y en cualquier momento, de placeres que poco antes se negaban. Pero el brillo que animaba sus ojos, no era exteriorización de lascivia, si no reflejo del mal absoluto, que albergaban sus mentes. Se dijo que Rosita conservaba ese halo de inocencia en su mirada nítida, que impedía calcular su edad, porque era absolutamente azul. A Inés le sucedía lo contrario. Esposa fiel, madre amantísima de una docena de vástagos, incapaz de conseguir el orgasmo, era la imagen plástica del vicio, aunque se mantuviese al margen de la orgía, porque sólo vestir a los muertos, le producía placer.

El criado golpeó discretamente en la puerta.

- Señor, han llegado la señora Marquesa de Sierra Fría y el señor Albariza.

- ¿Les preguntó que querían tomar?

- Están servidos. Le esperan en el salón.

Gerardo bajó a paso ligero. Javier le contempló a través del whisky.

- ¡Perfecto! ¿Sabes que de no encontrarte vestido, hubiese lamentado la pérdida de un amigo? - sonreía, pero no bromeaba.

- Me gustaría saber por qué ...

- Porque nadie ha sobrevivido a una expulsión de la orden. Ni a una deserción. Por ahí se dice que te vuelves tibio.

Gerardo sonrió embarazado

- No sé qué te habrán contado...

- ¡Más de lo que te figuras! En este país obstruimos vasos comunicantes. Pero agilizamos los nuestros. Conoces el lema: lo que se empieza, se termina.

Gerardo habló con voz desenfadadamente firme.

- Pues aquí estoy. ¡Dispuesto a desmentirlo!

- Haces bien... La recalificación de la finca se estaba poniendo fea. Y por hay se cuenta que andan corriendo ciertas cosas. Temí que fueses carne de juzgado.

- ¡Pero hijo! ¿Y eso por qué? - se asombró el político.

- Por todo y nada. ¡Cómo cualquiera de nosotros! Debes cuidarte. Y felicitarte. Sí una alarma ser revela falsa, nos reafirma.

Rosita miró el reloj y abrió el bolso.

- Se acerca la hora. ¿No preparamos?.

Extendió as rayas sobre el cristal. Preparadas a la medida del consumidor, indicó la más escueta a Gerardo.

- Cómo verás, ¡te cuido!

Una sombra nubló los ojos del político. Pasó tan rápida, que no la notaron. Esnifó con fruición, cayendo en la estúpida excitación del nirvana químico.

Capítulo 14°

El joven periodista escuchó a los Gómez, con atención simulada, buscando palabras para quitárselos de encima. La primera vez que se habló de las niñas perdidas, fue en su programa. Relativa la atención, mientras los padres rastreaban burdeles, creyéndolas víctimas de la trata de blancas, la aparición de los cuerpos produjo tirón de audiencia, que les puso en cabeza. Descubierta el filón, se dio prioridad los a extravíos de menores. De final feliz o incógnito, la reacción a un par de tragedias, hizo del tema cuestión de estado y se prohibió darle cobertura, pretextando que el hallazgo del cadáver provocaba alarma, perjudicial para la sociedad. En realidad, la que salía perjudicada era la imagen de unos políticos, generalmente despreciados, cuando no simplemente odiados. Informados productores y presentadores, de que el desacato acarrearía laminación de por vida, se enlató la información escabrosa, a la espera de tiempos mejores. Pesadilla más que noticia la que trajeron los Gómez, el joven periodista despacho al matrimonio, con la formula oficial, ocultando una censura, que censuraba con serias represalias, toda alusión a su existencia.

- El tema no vende. Y nosotros nos debemos a la audiencia. Pero para que no digan, pasaremos un flash.

De no saberse arropados por la solidaridad de la calle, la indiferencia del informador, hubiese derrumbado a los Gómez. Intuyendo que la actitud del muchacho, dimanaba de órdenes superiores, Magdalena no se molestó en razonar.

- Esta televisión está para servirnos, porque la pagamos entre todos. La gente tiene que saber lo que puede pasar a sus hijos.

Salieron sin despedirse. El joven periodista corrió al cubículo, que servía de despacho al equipo. Tiró las fotos sobre la mesa.

- ¿Que os parece?.

Marivi fue precisa.

- ¡Clásico!

- Otro más.

- ¿Que hacemos?

Mikel se encogió de hombros. Estancado en mínimos de audiencia, por mucho que la prensa dijese lo contrario, condenado a remover lugares comunes y nimiedades, que no podían interesar a nadie, era consciente de que le mantenían en antena su mansedumbre y unas directrices, que vedaban cuanto mejorase su oferta. Dolido, porque renunciar al éxito, teniéndolo en la mano, no es agradable, consideró oportuno explicarse ante sus colaboradores.

- Si esta noche sacamos lo del chico, como sabemos hacerlo, nos podríamos en cuatro millones. Y mañana tendríamos seis. Pero lo más seguro es que no llegásemos al aire. La dirección suprimiría el programa, alegando falta de audiencia. ¡Y adiós!.

Marivi suspiró.

- En resumen, que no podemos elegir entre brillante canto del cisne o muerte lenta en el desprestigio.

- Yo diría que entre el paro de por vida y la posibilidad de conseguir un trabajillo, para ir tirando, cuando esto muera de su muerte natural.

- ¡Exacto!.

Consultada, la dirección no quiso silenciar absolutamente la desaparición de un crío, porque sería sospechoso. Concedió treinta segundos en el último programa de la semana, durante el corte más bajo de audiencia.

- En el fondo, ¿para qué?. ¡De sobra saben donde está!. Y el matador no es Bellido. Habrá que esperar. Un día la brisa de fronda se hará ventolera. Y la manta saldrá volando.

- Yo diría alfombra - apuntó Marivi, maliciosa. Mikel rió.

- ¡Eres diabólica!. ¡Pero ten cuidado!. En estos tiempos las paredes se hacen micro. Si decretan auto de fe, ¡te quemaste!.

- El último mensajero que murió por el mensaje, se extinguió en Maratón. - apuntó el joven periodista.

- Se dice que en democracia, quien quiera puede hablar lo que le dé la gana. Añado que con la almohada. La bolsa tapa más bocas que el lápiz rojo.

Tomás replicó desde la puerta.

- ¡Y yo que lo diga!. ¡Pero la culpa es de la historia!. Los pueblos se espabilaron y hubo que inventar la democracia. Entre otras cosas, les daba derecho a informar y ser informados. Y lo hicieron. Desde entonces los que controlan el poder, no han hecho más que buscar el medio de callarlos y cerrarles las meninges, porque se iban de madre y los dejaban en mal lugar. Lo más seguro es que los destinatarios del mensaje, tengan la cabeza tan cerrada, que no puedan entenderlo. De lo de aquí se ocupó el Partido. Al que yo pertenecía, como casi todos los que andamos en esto. Éramos intelectuales bien preparados. Limpios de ética, capacitados para argumentar en el absurdo absoluto, haciendo creíble el más burdo de los engaños y sobre todo, dispuestos a obedecer, en proporción a los haberes percibidos. Cumplido el trámite de dejar de ser republicanos, para convertirnos en monárquicos de toda la vida, nos hemos convertido en los periodistas mejor pagados y enchufados del mundo. ¡Y con menos voz!. El último mindungui con mandillo, esta en el derecho de hacernos decir lo que le da la gana.

Las palabras de Tomás molestaron a Mikel.

- En contrapartida, somos los mejor informados.

- ¡Anda éste!. ¡Tu y los que pertenecéis a la cofradía!. ¡Para lo que os sirve!. Coméis con los ministros, os recibe el rey, pero de lo que os cuentan, no podéis decir una palabra. ¡Off the record!. Creéis que os informan, pero lo que hacen es instruiros, para que informéis como les conviene.

Por una vez, Maikel no argumentó contra la verdad.

De los viejos tiempos, Gerardo conservaba la costumbre de pasar por el club los jueves. Pasando frente a la barra, pidió un café. Instalado en la butaca de costumbre, se disponía a repasar la prensa, disfrutando artículos que no seleccionaba su secretario, cuando se le apareció Javier.

- Tenemos ceremonia - anunció a guisa de saludo.

- ¡¿Otra vez?!.

- ¡Pues sí!. La época es mala. Estamos nerviosos y contentamos a nuestros manes.

Se dijo que peor era la suya. Obsesionado por los aquelarres, abusaba de la coca que se hacía sentir, en su capacidad y conducta. Urgente dar reposo a sus nervios, buscó salida plausible.

- ¡La sangre me mareal!. Lo paso mal hasta en los toros. ¿No podrías disculparme?. Estoy tan metido como el primero. Es decir, que aunque me quede en mi casa, no soy peligroso.

Javier frunció el ceño.

- De lo que pasa dentro, ¡ni alusión fuera!.

- ¡Pero si hacéis vídeos!

Su interlocutor se alarmó.

- ¿Cómo lo sabes?.

- Soy obediente, ¡pero no idiota!. Con lo que llevo hecho en la vida, no pretenderás que se me escape un objetivo.

- Puedes suponer que no se comercializan. Pero saberlo es una razón más para que estés. ¡No chico!. Hay sitios de los que no se sale.

Luis se acercó a la mesa, vaso en mano. El político no le había visto.

- ¿Has oído que Gerardo no quiere venir?

El chico se arrellanó en el sofá, junto a Javier.

- Un día se lo propusieron a mi padre. No quiso ir y se creo el servicio de Cesar. Con toda su experiencia, quedo en subalterno de un lechuguino, experto en chismorreos. Le hubiese ido peor, de no ser por mi madre y por mí, que suplimos. Si llega a oídos de Braulio que te rajás, el primer muerto que salga, ¡te toca seguro!

La expresión de Javier se ensombreció.

- ¡Pues si pasa tendremos que decírselo!. Antes de que se entere por otro sitio.

Luis palmeó la espalda de Gerardo.

- ¡Pero muchacho!, ¿como me sales con esto?. Empezaba a tomarte cariño.

Gerardo tragó saliva.

- Yo creí que bastaba con meterse en el lío.

Luis miró a Javier

- ¿Has oído algo?

- Absolutamente nada.

Gerardo se sintió empequeñecer. El tono de Luis era persuasivo.

- ¿Ves lo buenos amigos que somos?. No escuchamos lo que no debemos oír. Quizá porque todos estuvimos tentados alguna vez. Hasta Braulio pensó en dar el rabotazo. Pero un día todo cambia. Necesitas como el aire lo que te repelía. Vives esterando que te llamen.

- Sea como quiera, las cosas hay que verlas como son. O estas con tus hermanos y eres superior. O te largas con los inferiores.

- ¿No te encanta?. - lanzó Luis con frivolidad.

Gerardo se agarró a un clavo ardiendo.

- ¿No habéis pensado que de tanto ir el cántaro a la fuente, los siervos pueden enterarse?. Y son muchos.

Javier elevó los brazos al cielo.

- ¡Pero que ingenuo eres! ¿Crees que no lo saben? ¡Están al cabo de la calle! Pero tienen que callar, porque nunca tendrán pruebas. Y no podrán buscarlas, porque los intermediarios, que podrían conseguirlas, están muertos de miedo. Por eso solo le queda esperar a un salvador ideal, que no llegará nunca, porque al que apunte, le mataremos en su gestación. Terminaran por acostumbrarse. Un día será un orgullo darnos los hijos para el sacrificio.

- Pasaba en la antigüedad - apuntó Luis, que algo oyó sobre Cartago.

Gerardo se revolvió incómodo.

- Pero podría pasar que los intermediarios se pusiesen de uñas. Si tiran de la manta, ¡los otros nos arrollan!

- El que está debajo no dura en política. Los primeros que se metieron, fueron los deslumbrados por el mundo que querían destruir. Lo detestaron mientras se sintieron excluidos. Pero les abrió las puertas y lo adoraron. Empezando por los de la pluma y la idea. Cuando supieron que no se mueve una hoja, sin que el omnipotente lo sepa y lo consienta, se inclinaron.

- A veces preferiría... - musitó Gerardo. Javier no le permitió continuar.

- ¿Arruinarte?. ¿Encadenar fracasos?. ¡Claro que no!. Como no quiere fracasar Blanes. Si has conseguido leerlo, ¡qué no es fácil!, habrás detectado su mediocridad. La supera Arcos, en sus películas. Sin embargo serán los mejores, mientras nuestro señor les proteja.

Gerardo tomó la pértiga.

- Pues en lo de las chicas, ¡si no me meto a protector!. ¡Menudo papelón hice!. Me planté en el sitio. Me comí las pruebas y hasta los guardias se dieron cuenta. Que lo pagué en las urnas, ¡lo sabéis!.

- ¡Pero saliste!. Y saldrás mientras quieras.

Basto un instante de silencio, para que Gerardo comprendiese que debía rescatarse. Jugó al niño estúpido.

- ¡Lo diré!. Me pasa que no consigo ver al Demonio.

La carcajada de Luis llenó el salón.

- ¿Crees que estamos piráos?. ¡Nadie lo ve!. Pero el sadismo, a palo seco, es fuerte hasta para nosotros. Mi consejo es que pienses. ¿Que pasa si un implicado en crimen de estado, se niega a cometer el segundo?.

Adecuada la pregunta, provocó respuesta en consonancia.

- ¿Que día reservo?.

La desaparición de Raquel Ortíz, cayó en la comisaría de María Ramos, porque los padres eran

porteros en su distrito.

- Llamó para decir que no vendría a comer. Pero no ha vuelto en toda la noche.

Una compañera de instituto se presentó a declarar.

- Cogemos el mismo autobús. Me dijo que estaba citada con unos chicos muy majos. Los había conocido en la discoteca. Gente de perras, de la que no suele andar por donde nosotras. La invitaron a comer y me dijo que fuese. No me atreví. ¡Bueno es mi padre!. Bajó en el mismo Serrano. Vi dos chicos, junto a un deportivo aparcado en doble fila. Creo que eran ellos. Nunca le oí que quisiese largarse. Al revés. Esta muy a gusto en su casa. Le dan dinero y no se meten en su vida. Se despidió "hasta mañana". Como siempre.

La comisario Ramos llamó al cabo Pérez.

- Quiero una relación de todas las desapariciones. Desde hace un par de meses.

- ¿Para que jefa?. Esto no tiene pinta de rapto.

- Haz lo que digo.

En Orcasitas faltaba una tal Clara Leiva. Tenía diecinueve años. Faltó casi a la misma hora. Una vecina la vio, saliendo del metro. El portal estaba a dos pasos, pero no llegó a su casa. De Badajoz mandaron un fax. Daban a Maribel por perdida en la sierra. La Guardia Civil temía que hubiese topado con un lobo. Se estaban multiplicando y habían dado más de un disgusto. En Valencia se había perdido un chico, que se lo tenía merecido. De buen ver, a sus trece años hacía sus armas en todas las discotecas. En opinión de la policía, no había sido precisamente raptado. Más misterioso parecía lo sucedido en Sevilla. Los Barrios Ameda, que eran gente gorda, habían denunciado que su hija Ester se evaporó, en los 200 kilómetros que separaban su casa de la finca. El coche apareció en un barranco, a muchos kilómetros de la carretera, que hubiese debido seguir. El asiento manchado de sangre y las puertas abiertas, indicaban que salió despedida. La maleza y las fallas del terreno, dificultaban la búsqueda. El accidente y la edad, excesiva para el pedófilo, aconsejó descartarla.

- ¡Vulgar tortazo!.

El martes llamó el jefe de la Guardia Civil de Cazalla.

- Me olió mal y la farmacéutica, que es amiga, me ha hecho el análisis. La sangre es de cochino.

El sargento se rascó la nariz.

- ¡A esta no la encuentran!. Se ha largado con un ligue. ¡Hay que ver como se complica la vida esta gente!.

- Pero los demás...

- La Leiva quizá. Y el crío. Lo de Valencia huele mal. Pero es cosa de ellos.

María Ramos se acercó al palacete. Restos de grijo en la acera, indicaban que un coche salió del jardín. Indicio inútil, porque cada quien tiene derecho a entrar y salir de su casa, cuando le da la gana. En el coche encendió la radio. Ni una palabra de las chicas. El diario terminó en prolongada entrevista del secretario general del PNN. Los políticos no se atrevieron a votar una ley, que prohibiese criticarlos, pero actuaban como si estuviese aprobada. Ramos apagó, su aversión por la especie, se hacía física. Aquellos tipos limpios de preparación, maestros en el engaño y obstinados en sus mentiras, la repugnaban. Cualquiera que fuese su origen, apenas tocaban poder despegaban, sintiéndose amos y ombligo del mundo. Contemplado el vasallo como un voto, que la clase había de conseguir para legitimarse y el individuo para triunfar, el político que despreciaba al pueblo, descendía a los infiernos de la plebe, en periodo de campaña electoral. Debidamente informado por los servicios de espionaje interno, repartía el humo y las fantasías que deseaban escuchar, para regresar a su Olimpo, pasado el trance. Agudizado el sentido de clase entre los que mandaban, la derrota no los devolvía a la ciénaga de la calle, lóbrega y silenciosa. El excluido navegaba por las

alturas, pasando sin transición, de las cúpula del político, a la del poder económico. El problema estribaba en que la audiencia abandonaba. Hasta las narices de escuchar frases altisonantes, agarradas verbales de gallinero, en torno a problemas artificiales e historias de famosos del dedo, la audiencia se alejaba, incluso del deporte, ultimo reducto de la propaganda subliminal.

Se le vino a la memoria que en medio de aquella mierda, le negaron el minuto de televisión, que pidió para Raquel. Y le ahogó la indignación. Unos le dijeron que no se podía faltar el respeto a la audiencia, alterando la programación prevista. Otro que no era noticia, lo que interesaba a una sola familia. Y el Jefe Superior que le habían respondido lo que debían, porque provocar alarma social sin necesidad, podía constituir delito. Ramos concluyó que los ricos, acostumbrados e engendrar herederos, no podían entender que al pobre le doliese perder un hijo, que traía un problema bajo el sobaco, en lugar de un pan. Comprendiendo que apelar a la piedad era inútil, se acogió a Europa. Hizo notar al superior que en otros países interrumpían los programas, para describir a un desaparecido o difundir su imagen, porque la probabilidad de recuperar al raptado, estaba en el trayecto hasta el lugar de destino. El jefe superior no le quitó la razón. Pero le dijo que España era otra cosa. Y le colgó.

Se levantó descorazonada. Entró en comisaría con la cabeza baja. El Sargento Pérez la siguió al despacho. Hombre de experiencia, quiso hacerle regresar a la tierra.

- Los de arriba no piensan más que en venderse. ¡A pagar en votos!. Por eso compran a los que convencen. Con dinero, ¡claro!. Como son unos incapaces, además de sinvergüenzas, en lugar de impedir que pase lo que les perjudica, lo hacen o lo dejan hacer. ¡Con tatarlo, no hay quien lo critique!. Por eso te digo que a la Raquel, si le tiene que pasar lo que piensas, ¡no la salva ni Dios!. Y que en esa casa no entras.

La idea se le ocurrió a Jiménez.

- Los ladrones abren la puerta a la policía...

Desde que la democracia puso trabas a los registros, era frecuente que les mandasen organizar pequeños robos. Unas veces los ladrones eran agentes, que registraban directamente, otras se esperaba al que el robado denunciase, aprovechando el reconocimiento, para encontrar lo que buscaban. No había comisaría que no tuviese sus cacos de confianza, que a cambio de poder ganarse el pan con su arte, hacía los trabajos. El de Ramos se llamaba Albito, ejercía de carterista en la Puerta de Toledo y lo heredó del anterior comisario. Pérez fue a buscarlo.

Albito se hizo todo orejas, para grabar las instrucciones.

- A esta gente no le gusta sentirse amenazada. Así que tu rompes. Si les largas un par de cocktails Molotov, ¡mejor!. Los terroristas les descomponen.

- ¿Ande?.

- En la esquina de comisaría.

- ¡Jó! ¿Usted sabe lo que estas diciendo?. ¡Ahí no hay quien entre!. Tién unos chuchos de mucho cuidao. Y un tipo con pistola. Las ventanas con persianas de hierro. ¡De las antiguas!.

- Puedes quedarte en el jardín. No tienes que buscar nada. Solo queremos que nos llamen.

Albito se concentró.

- Me llevaré al Guedeja. Pá esto de jóer, es mú apañaó. ¿Cuándo lo quiere?.

- Mañana de madrugada. Estaré aquí. Si hace falta os dejáis coger. Se arreglará como siempre.

Saltaron la verja a las cuatro de la madrugada. Iban preparados para neutralizar a los perros, pero no aparecieron. Rompieron los cristales de un coche y los del invernadero. Los soltaron cuando se estaban cargando las farolas. Antes de salir por pies, tiraron las botellas contra la puerta. María Ramos esperó la denuncia. No llegó, confirmando sus sospechas.

El inspector Núñez no aguantaba más.

- ¡A mí que no me digan!. Hasta yo, que soy un tarugo, me barrunto que nos paran, porque si la cosa se aclara, el chiringo se les va a la mierda.

El sargento confesó, con osadía suicida.

- ¿Crees que no lo sé?. El Trasqui, ese que pide en Serrano, el otro día que vio a un chiquillo. En un Mercedes azul. Pasaba por donde tiene la chabola. Y sabe donde fue. A la finca de D. Braulio Barruecos. Un tipo que apesta. Ha tenido jaleos de todos los colores. ¡Y agarraderas!... ¿pero quien pone el cascabel al gato?.

- ¡El gato nos lo pone!. Pá mi que el chiquillo esta muerto.

La frente del comisario parecía una pasa.

- Y si está vivo, ¿qué cambia?. Antiguamente, a veces encontrábamos putas, despanzurradas por uno de esos bestias. Se callaba, por no sacar los colores a un don. Pero a esto no llegaron nunca.

Núñez remedó al Gerardo de la tele

- Somos un país innovador. ¡Cada día inventamos una putada nueva!.

- Podríamos exportar neo cultura del sadismo. Por una vez, no copiamos a los americanos.

- Pero copiamos a los italianos. ¿No habéis visto la última película de Pasolini?.

- Dicen que lo mataron por contarlo.

- Es verdad. Pero para m, los que estaban muertos eran los otros. Te digo que cuando los regímenes van de caída, ¡a los que mandan se les ocurre cada cosa!.

- Para mí que están bien vivos. Si no, no estarían tan seguros.

- Lo que pasa es que han amercillaó y no terminan de caer. Como los toros.

El numero Rodríguez divagó.

- Pos yo... ¿Qué quiés que te diga?. Si no tuviese más que andar pavoneándome, escuchando lo importante que soy, ¡lo mismo me haría igual!. Nacen como cualquiera de nosotros, Pero cuando llega arriba, se hacen diferentes.

El comisario apagó el televisor. Estaba harto de ver policías, dotados de un material que ni soñaba y una libertad que no tenía.

- Os contare un cuento, que es verdad. Estaba destinado en Andalucía, cuando se me presentó una asistenta social. Traía mandamiento para llevarse un chiquillo. La madre era viuda. Trabajaba limpiando por horas y no era más pobre que sus vecinas. Le dije que la mujer no había dado nota. Y contestó que la había denunciado el entonado. Me pareció raro, pues no siendo el crío de su sangre, no tocaba pito. Se lo dije, se encogió de hombros y contestó: "Yo, lo que mandan". Era al principio de la democracia. Entonces creíamos que solo podían llegar al poder sabios y santos. Así que obedecí. El chiquillo tenía cuatro años y era una pintura. La hermana tiraba a feucha. "¿Y ésta?", pregunté a la asistenta, porque tenían casi la misma edad. "No me han dicho nada", contestó. Pensé que si el uno estaba mal, la otra no debía estar mejor, pero me callé. Echamos mano al chiquillo y nos salió una vecina. Dijo que la madre estaba en el trabajo y los críos a su cuidado. Entonces no se tenía miedo al uniforme. Pero se le respetaba. No debía saberlo la mujer, porque se me echó encima, dándome puñadas. Tuve que empujarla. La asistenta metió la notificación por debajo de la puerta y salimos por pies. Los lleve a Cádiz. El niño no hacía más que berrear, llamando a la madre. Los dejé en el juzgado de menores y me vine. Cuando entré en comisaría, ya estaba la mujer denunciando. Le conté lo que había y la mandé al juez. A los pocos días apareció. Andaba cogiendo firmas, para que le dijese donde estaba el chiquillo. Le ayude a buscar un abogado de oficio. El tipo no hizo nada, pero hubo gente que se movió. Un día el juez, pillado de corto, dijo que el entonado vivía en

Alicante. Allá se fue la mujer, pero en la casa que le dijeron, ni le conocían. Tanto se armó, que el tipo apareció. Tenía pinta de chulo y dijo que no traía al chiquillo, por miedo a que lo raptase la madre. Consintió en llamar al niño por teléfono, para que hablase con ella. A las tres palabras, la mujer dejó el auricular. "Este no es mi hijo", nos dijo. Fue a Barcelona y no encontró al tipo. A la vuelta, el juez la declaró loca. Andaba por la calle, tan desaliñada, que daba miedo, parando a los chavales para preguntarles: "¿No conoces a Manolillo?. Soy su madre". Murió un invierno, a la puerta del juzgado de menores. Del crío nunca se supo. Yo estaba ignorante de que pasasen estas cosas.

Al relato siguió el silencio. El cabo, rápido como andaluz descubrió la causa del efecto.

- El crío desapareció, sin que el juez tuviese que dar cuenta, porque lo convirtieron en un papel. No era mentira, como no lo somos tu, yo o esa mesa. Pero cuando le dejaron el papel a la madre, el hijo dejó de ser verdad. Quedó reducido a un nombre entre miles. Desde que lo metiste en el coche, pudo ser cualquier otro. Los niños cambian en meses y no tienen memoria. Si la madre hubiese tenido más poder, pasados dos o tres años le hubiesen enseñado un chiquillo. Con qué tuviese los ojos del mismo color y el pelo parecido, le hubiese tomado por el suyo, porque entonces no se conocía el código genético y todas esas cosas. Aquí, donde todo es cuestión de papeles, dar el cambio es lo más fácil. Mi padre está como un trinquete y es más conocido que el pupas. Pero si no presenta la fe de vida, le dan por muerto y no le pagan la jubilación.

- Esta gente cree que basta su palabra, para modificar la realidad.

- O que basta esconder una cosa, para que no tenga consecuencias. Hasta ayer no se ocuparon de Freddie. No les interesa saber como va la investigación, ni si necesitamos algo. Nos mandan que si aparece la prensa, le digamos que se ha escapado y que ya lo intentó dos veces. Por si desmienten los padres, ¡qué lo harán!, debemos presentarlos como trastornados por una desgracia, que provocaron con su severidad. Y además apuntar que el chico salió mariquitoso.

- Debe haber por ahí algún pederasta, al que quieren echar el muerto.

La bruja se retrasó y Fredi se sintió mal. Comprendió que estaba enganchado.

- ¿Ves lo que te dije?. Ahora medirás el tiempo, sin necesidad de preguntarme.

En el pasillo repicaron pasos desconocidos. Girar de llaves y voces.

- Traen gente.

- ¿Crees que cuando seamos más nos sacaran? - inquirió Fredi, deseando respuesta afirmativa.

- A veces lo pienso, pero no lo creo.

- A las otras las sacaron.

- Lo que no sabemos es para qué. Si hubiesen salido de verdad, me hubiesen encontrado. Mi padre es de pueblo, pero está al lero de lo que pasa. Poco antes de que me llevasen, nos había reunido para enseñarnos un periódico, donde salían unas chicas muertas. Nos dijo que si nos dejábamos engatusar por desconocidos, terminaríamos de la misma manera. Como siempre obedecemos en esas cosas, deben creer que me perdí en el monte. Ni se figuran que me metí en un coche, con unas tías de Madrid.

Freddie se echó a llorar. A Maribel le dio tanta pena, que quiso darle ánimos.

- Lo que tienes que hacer es rezar. Pedir a la virgen que nos saque. Si lo haces con fuerza, ¡seguro que salimos!. El cura dice que la fe mueve montañas. ¡Esto no es una montaña!.

- Dios no existe. Lo dice mi padre, que es más de fiar.

En otras circunstancias, Maribel le hubiese sacudido, mirándole con malos ojos, porque en el pueblo eran muy religiosos. Pero a tales alturas había rezado tanto, que empezaba a dudar.

- Bueno... Nuca lo he visto. Pero puede que tu padre se equivoque. De todas formar, rezar ayuda a pasar el tiempo y no perdemos nada.

Le estaba enseñando el padrenuestro, cuando las puertas se abrieron otra vez. Una voz de mujer insultaba

- ¡Más gente!. ¿Por que no los meterán con nosotros?.

Maribel se encogió de hombros.

- Tendrán miedo a que estando juntos pensemos más.

- Tu estuviste con tres y no pensasteis nada.

- Estaban muy idas. Lo de la silla lo hicieron al principio.

- Que tampoco sirve... Si hubiesen vuelto...

- Pero no volvieron... ¡Con esperar!. ¡Ya nos enteraremos!.

Callaron con el gesto solemne del condenado, en víspera de ejecución.

Las señoras que le recogieron en la cocina de Petra, entraron pisando los talones a la criada. Fredi intuyó que habiendo terminado su educación, le llevaría a la escuela. Se propuso llamar a sus padres, desde el primer teléfono que se le pusiese a tiro. Y descubrió que había olvidado el numero. Desde hacía algún tiempo mezclaba los hechos, desordenando la cronología. Y confundía sus ensoñaciones con la realidad.

A los ojos de Lola asomaban lágrimas, disimuladas tras una sonrisa, fija y forzada.

- ¡Bien!. ¡Se acerca la fiesta!. ¿Tenéis hambre?.

Fredi asintió. Maribel apretó los labios, haciendo bailar su cabellera, en gesto hosco de negación.

- De ustés no quiero ná. ¡So putas!

Así supo Fredi que fueron las elegantes damas, quienes la raptaron. La esperanza de asomar a la calle, se desvaneció. Dejándose llevar por su naturaleza oculta, Angustias era la imagen de crueldad y lascivia.

- ¿Qué te parece si nos divertimos un rato?.

- ¡Déjate de tonterías!. ¿Es que no tienes bastante?.

Angustias se impacientó.

- ¡Hija!. ¡Contigo todo son escrúpulos!. ¡Pareces una ursulina!

- Sabes que lo hago por obediencia. ¡No por gusto!

Los niños, experimentados por el cautiverio, se propusieron aprovechar la debilidad de su guardiana.

Capítulo 15º

La asiduidad del comisario, mosqueó al quiosquero. Hacía unos días que compraba el periódico a diario, pegando la hebra, aunque no le diese la oportunidad. Lo comentó en una reunión del gremio y el Pancracio, que se olió lo que había, le contó suceso añejo, acaecido en Moralataz, que no salió en la prensa.

- Hará dos años unos tipos se llevaron una chiquilla. Del mismo kiosco del pobre Lucas. ¡Cómo me hubiese podido tocar a mí!. Traían un Mercedes de los que te caes. Se quedó con las caras, cogió la matricula y corrió hasta la comisaría, que la tenía junto. Entró gritando que se estaban llevando a una cría. Que podían cojerlos paráos en el semáforo. ¿Te crees que se movieron?. ¡Pues no!. Le mandaron esperar su turno, pá coger la denuncia y como seguía gritando, le amenazaron con

encerrarle por desacato. Cuando le llegó el turno, la cría debía estar en las chimbambas. Y encima no pudo denunciar, porque no era familiar ni sabía como se llamaba. Perdió el resto de la tarde en averiguarlo y buscar la casa de los padres. Denunciaron de noche y no empezaron a buscar hasta el día siguiente. A la chica no la encontraron, pero al Lucas sí. Le metieron seis navajazos en el mismo kiosco, cortándole los huevos y la picha. Los pusieron encima de una pila de revistas porno. Y escribieron "por chivato". ¡Más buen amigo que era!. Un tipo que no tenía ná suyo. Si a mí me pasa, no se lo que haría. Pero ir a los guardias, desde luego que no. En esto hay gente muy gorda metía. Y como toó el mundo obedecen al que paga. ¡Aunque los que pagamos de verdad somos nosotros!.

La información reafirmó al quiosquero, en la decisión de no soltar prenda. Pero Fredi no se le iba del alma. Agriado el carácter, la mujer y los hijos empezaban a no aguantarle. Y cada vez que aparecía el comisario, era como si le revolvisen un cuchillo en el hígado. Un día el policía le miró al fondo de los ojos.

- Desde tu kiosco se ve el portal de Fredi. ¿Cómo es que no viste nada?

- Estaría distraído

- ¿Con un cliente?

- A esa hora no había nadie...

- Por eso te pregunto. Si hablas, dejará de ser una fuga voluntaria. Se convertirá en rapto, que es un delito. Y nos dejarán movernos. Si aún esta vivo, quizá podamos salvarle.

Tener en la conciencia la muerte de un crío, al que vio nacer, era demasiado. El quiosquero se derrumbó.

- Se lo dije a Núñez, que es amigo, pero me dijo que usted no le echaba cuenta. El que los ojeaba es un escritor. Lo he visto en la prensa y se llama Ernesto Mínguez. Se tiró un par de meses rondando por aquí. Siempre andaba detrás de los críos y le pillé haciendo fotos. ¿Pá que voy a seguir mintiendo, si ni duermo?. Aquel jueves el chaval compró sus tebeos. Ese Mínguez andaba rondando. Ni le hablé, pero le pillé haciendo una seña a los dos tipos, que esperaban en el Mercedes azul. Llevaba una hora aparcado ahí mismo. En doble fila. Uno se bajó. Al pasar Fredi le cogió en volandas y le tiró en el coche. Debía tener práctica, porque se perdieron en un segundo. Sé que debí decirlo. ¡Pero esta uno tan sin abrigo!.

El comisario sintió ganas de acogerle, pero disimuló.

- ¿Dirás esto en comisaría y lo firmarás?. Te espero, porque la vida de Fredi depende de ti.

- Cierro y voy.

Echaba la persiana, cuando se presentó el del bigote. Le sacó la navaja. El quiosquero se fue a su casa. Jiménez lo fue a buscar al día siguiente, con una orden de detención. Lo tuvieron todo el día en comisaría, pero no hubo nada que hacer. La amnesia se reveló total e irreversible.

Ignacio no añoraba la censura del lápiz rojo. Prefería la mucho más discreta y eficaz de la democracia. Dinero, ventajas fiscales, acceso a los medios y a los canales de distribución, cerraban el paso a la inconveniencia, con mayor eficacia que prohibiciones, multas y amenazas. De no estar en manos de la mediocridad el poder económico, que controlaba la obra del intelecto y su difusión, el imperio de aquel infantilismo prócaz, no hubiese podido imponerse. Gracias a la estupidez de editores y otros promotores, agentes de los servicios de inteligencia, debidamente camuflados o amigo personales del poder, proporcionaron materia prima suficiente, para inundar el mercado de memeces, más o menos obscenas, alejando de los cauces y los micros al individuo y la obra, susceptible de dar al traste con la cuidada lobotomía colectiva, destinada a erradicar el pensamiento. Cortos de inteligencia pero astutos e intuitivos, los guías intelectuales de designación digital, fueron los primeros en cerrar los accesos de la profesión, a cuantos enunciaban lo que no podían alcanzar, por cortos de luces. Privada la sociedad de incentivos intelectuales y por largo tiempo, se preparaban sus rectores a proclamar la victoria final, suponiendo al conjunto suma de cacúmenes,

clínicamente muertos, cuando se produjo un fenómeno extraño. Teniendo madre naturaleza por costumbre, dotar de sentido común a sus productos, estos no tardar en comprobar, porque así lo revelaban los hechos, que los políticos engañaban, los jueces hacían los propio, imitándoles funcionario, profesionales de todas las ramas, en especial si les cogían en falta, profesores, intelectuales y hasta los artesanos, por el ejemplo se impone desde arriba. Reputada la gente gorda de no decir una verdad, cuanto tocaba de cerca o de lejos al sistema, perdió credibilidad por falta de crédulos, probando la experiencia que la plebe, supuestamente olvidadiza, tenía memoria de caballo, en lo tocante a chapuzas. Persistente en la mente colectiva el asunto de las tres muchachas, la oleada de desapariciones, que se estaba produciendo, alarmó a Ignacio. Temiendo que por pura inadvertencia, se filtrasen inconveniencias, acudió a la neocensura de la colaboración voluntaria, antes que la noticia apareciese en la prensa.

- Lo de las chicas no pasa de escapada. ¡Es mala suerte que hallan coincidido!. Porque lo que pasó, ¡no lo olvidan!. Creímos que tenían memoria de grillo. ¡Y la tienen de elefante!.

La respuesta de los directores de los medios, fue unánimemente favorable.

- ¡Por Dios, Ignacio!. ¡No tienes ni que decirlo!. Viste cómo pasó del chico. El padre dejó caer que le reñía y le hicimos responsable. Quedó en fuga tan sin importancia, que nadie pregunta por él. Con éstas, ¡lo mismo!. Claro que algo tenemos que decir. Por si acaso, lo he metido en las páginas locales. Lo mismo se ha hecho en Valencia. Lo importante es que no relacionen. ¡Pero nada de competencia desleal!. Si aparecen programas como aquel, ¡no respondo!.

- No te preocupes. No volverá a ocurrir.

Pero Ignacio estaba asustado. Veía el sistema como un castillo de naipes, apuntalado por burdas fantasías. Una sola verdad, podía derrumbarlo. Sintió necesidad de desahogarse. Llamó a César.

- ¡Chico!. ¡Les divertirá!. Pero podían entretenerse en otra cosa. Sabiendo lo que pasó y lo que piensan de todos nosotros, que si callan es porque no les dejamos hablar, ¡debían estarse quietos!. Pero como no hay manera de hacer que entréis en razón, ¡ya estas llamando a Manolo!. Tiene que refrescar el miedo al caos. ¡Y estate seguro de una cosa!. Si un día se huelen que pueden evitarlo sin nosotros, ¡nos barren!.

César rió.

- ¡No les prestes más capacidad de la que tienen!. Como mucho, saldrán líderes carismáticos y vocingleros. Les asustarán, porque no son de recibo. Y se resignarán a soportar nuestro amparo, ¡hagamos lo que hagamos!. En los países marginales necesitan domadores. ¡No gobernantes!. Y si miramos por ahí, ¡en todas partes cuecen habas!. Porque la democracia servía en otro tiempo. Cuando había tipos que además de tener unas cabezas, de las que no se ven, eran honrados y tenían sueños. Si podían llevarlos cabo, se convertían en proyecto. Los de hoy las tenemos medio vacías. Y nos gusta que los de abajo las tengan huecas. Lo único malo de hacerles tener por dios el dinero, es que no podemos darles tanto como quieren. Claro que en el fondo es en una suerte. Si fuesen ricos se refinarían como nosotros. ¡Y a ver de donde sacamos chiquillos!.

- ¡Cuenta eso a los padres!. ¡Veras lo que te contestan!.

César consideró que Ignacio merecía un aviso.

- Si tu no metes la pata, nada de nada. Porque no se enteran.

- Yo que tu me fijaría en los guardias. El día que no entren por uvas, ¡veremos donde vamos a parar!.

Convocada la ceremonia para el jueves, Marco Tulio empezó a preocuparse.

- El imbecil de Luis podía haber pensado que lo de la sangre se iba a descubrir. ¡Y la chica no es una cualquiera!. Los Barrios Ameda son gente antigua. De la que no anda en líos ni en el Opus. No tienen coco, jefe ni disciplina, saben lo que tienen que hacer y no han tragado con el accidente.

Tampoco que se haya largado con un ligue. Como nadie se lo prohibía, lo hubiese dicho. La Junta no dejó asomar a telesur. Pero en Barcelona compraron un espacio y salieron largando. Yo diría que saben algo.

Javier andaba el salón de sur a norte, visiblemente alterado.

- Siendo quienes son, ¡seguro!. Y de soltarla, ¡nada!. Porque esa no se mide. Filomena me ha dicho que entrar en su cuarto, es como meterse en la jaula de los leones. La tiene que acompañar Landrú, porque no la asusta ni la porra. Para pincharle, tienen que atarla entre los dos. ¡Y ni el caballo le hace efecto!.

- Sigo sin entender por qué la cogieron. Según Angustias, no es virgen. ¡Y tiene una edad!.

Javier expuso la causa.

- Hizo un desplante a quien no debía. Ya sabéis que es muy vengativo. Tenía que pagarlo. ¡Y a ver quien le dice que no!.

- Lo peor es que hablando de esta, sacan a los otros. Porque de la extremeña no se sabía nada. Ni en Badajoz. ¡Aquello está bien controlado!. César me ha dicho que en su servicio grabaron a un viejo. Salió diciendo que la vio subir a un coche de Madrid, con dos mujeres.

- Es cosa de los Barrios. Meterse con gente informada y sin miedos, ¡es una barbaridad!. Se conocen los trucos y por lo que tengo visto, lo más bajo que apuntan es a Gerardo. ¡Pero no te preocupes!. Nos podrán en un brete, pero no largarán un nombre ni meterán una pata, por donde podamos empitonarles. Están buscando que arremetamos, para llevarnos a la Haya o a Estrasburgo. ¿Es que el idiota de tu hijo no tiene amigos?. ¡Cualquiera hubiese podido avisarle del lío en que nos metía!. Por mucha orden que tuviese, siempre hay disculpa para incumplir. Y puestos a simular un accidente, ¿a qué esa tontería de la sangre de cochino?.

Angustias salió en defensa del vástago.

- ¡Pues ha servido!. Corre que la chica se quiso pasar por muerta, porque se largaba con un tío, que no querían en su casa. Los más se lo creen, porque es más simple que la verdad.

- No los padres.

- De esos no hablo. ¡Lo que importa es el público!. Así que de meteros con él, ¡nada de nada!. Y la orden era terminante. Le dieron hasta una foto, para que no la confundiese con la hermana. ¡Se parecen un montón!. ¡Menos mal que no la cogió por las buenas!. Nos hubiésemos quedado sin mentira alternativa.

Hombre de recursos, Javier dio con la solución.

- ¡Lo tengo!. ¡Un secuestro!.

- ¡Lo tuyo es obsesivo!. ¿No te bastó con lo de Antonio Carlos?.

- ¡Encima vas a echármelo en cara!. ¡Salió bordado!. Manifestaciones como aquellas, ¡no las vio democracia!.

- ¡¿Pero todavía crees que esto es una democracia?!.

En silencio porque la metedura de pata no le iba ni le venía, Manolo reclamó su parte en éxito.

- ¡Si no llega a ser por el machaconeo que montamos, no sale ni el gato!. ¡Goebbels químicamente puro!. Primero hubo que buscarlo en la biblioteca. Lo tenían arrumbado desde los cuarenta. Y después estudiarlo. ¡Al revés y al derecho!. Un tipo que no es fácil de entender!. Tenerlos a punto de caramelo, me costó tres años de dar la matraca. ¡A punto estuvisteis de joderlo, por la manera de dar la noticia!. ¿A quien se le ocurrió meter unos cazadores?. ¡No he conseguido averiguarlo!. ¡Como si las liebres corriesen las calles!. Y eso de que no vieses a nadie, se lo tragaron de milagro. ¡Menos mal que los tenía histéricos!.

Javier se acogió al desprecio.

- ¡Bah!. Nunca supieron pensar y si lo hicieron alguna vez, lo han olvidado. Son tan vagos y están tan a gusto, que sólo saben recoger y largar.

En Marco Tulio emergió el trasfondo marxista.

- ¿Y qué se sacó?. Un globo desinflado en quince días. Porque los muertos de después, sacaron cuatro gatos. Si no llegan a dejarlo, el ridículo hubiese sido espantoso.

Javier escapó al terreno resbaladizo, para regresar al presente.

- Los Barrios son ostensiblemente ricos. ¡Es natural que les quieran sacar dinero!

- Los secuestradores tendrán que dar señales de vida. Y a la chica habrá que sacarla. Porque tendrá que hablar.

- Puede llamar cualquiera. Deformar la voz es sencillo.

Las miradas se clavaron en Manolo.

- Conmigo no contéis.

Javier marcaba el prefijo de Sevilla. Angustias le detuvo.

- ¡Cuidado con Telefónica!. Estos dos, como no tienen nada que hacer, se pasan la vida llamando a la radio y la televisión. Para encontrar una llamada de más, habría que investigar a conciencia. ¡Y nadie la hará!.

Conectaron con el contestador. Cubierto el auricular con una gamuza, pidieron quinientos millones.

- Le toca a Ester.

Filomena fue convocada.

- La dejas apomplada, pero sin mandarla al otro mundo. ¡Sería una catástrofe!

La recibieron cubiertos con pasamontañas. Cuestión de ahorrarse insultos, con nombre y apellido. La chica apareció, mansa como un gatito. Felicitaron a Filomena por su trabajo, con espléndida propina. Ester escuchó atentamente las instrucciones, respondiendo con ligeros gestos de afirmación. Estaba realmente ida. Javier le puso el auricular en la mano. Sonó el pito del contestador.

- ¡Ahora!

Ester habló con lengua de trapo.

- Me tratan bien... dadles lo que piden... si no... barrio Salamanca...

Javier corto demasiado tarde. Se había grabado. Se lanzó sobre Ester. Angustias le retuvo.

- ¡Estas loco!. ¿Quieres que la saque llena de cardenales?.

Manolo saboreó el error del real favorito.

- ¡Menuda idea!.

- ¡Tranquilízate!. No pasará nada. Lo grave es que sepa donde está. ¡Llama a Luis!.

El hijo de Ignacio se presentó en diez minutos.

- ¡No lo entiendo!. La traje completamente flipada.

- ¡Hay que tener más cuidado!.

El rapto sería el scoop de la noche. Hubo programas especiales, concurriendo portavoz del Ministerio. Mencionó medios y efectivos inexistentes, describiendo operación, de las que salían en el cine, llamada "Ninfa" por Cesar, en rasgo de humor macabro. Se pasó la cinta, borrada la palabra

"barrio". Y se dijo que estaban peinando Salamanca, con la colaboración de los vecinos, que aceptaron pasar la noche al raso. Sin exclusión de sexos ni edades, aceptaron que pusiesen sus casas patas arriba, ayudando a buscar hasta por debajo de las piedras.

En la comisaría seguían atentos el programa.

- ¡Tendrá cara! - exclamó María Ramos.

El sargento Pérez estaba hecho un basilisco.

- ¿Es que no saben distinguir una llamada local, de una interprovincial?. ¡Antes muertos que buscar en la esquina!

- No quieren encontrarse a sí mismos.

El locutor, con honestidad encomiable, preguntó al preboste si se había contemplado la posibilidad de que la chica, aludiese al barrio madrileño. La respuesta fue contundente: "¡Imposible!. No es un barrio de delincuentes". El presentador sumó desapariciones, haciéndose portavoz de la calle.

- Este sabe algo. - apuntó el cabo.

La mirada del preboste se hizo dardo. No escapó al cámara. Largó su speech hablando despacio. Agotar el tiempo, le ahorraría replica desagradable: "¡No hay que mezclar las cosas!. Las de Madrid se marcharon, porque les dio la ventolera. Como ese chaval, que lleva por ahí unos días. Quizá se encuentre bien en casa de algún protector. Les dan todos los caprichos y les toman cariño. Por si está escuchando, le aconsejo que lo entregue en cualquier comisaría. No le pasará nada. Pero si lo encontramos nosotros, ¡será muy distinto!. ¡Y lo encontraremos!. Lo de Valencia, ¡qué también estamos en ello!, podría tener otro cariz. En esa región pasan cosas horribles. Y lo de Ester Barrios, ¡ya lo ven!. Un secuestro. Al menos en apariencia. Porque no se puede descartar que desaprensivos, enterados de que no se ha encontrado el cuerpo, pretendan aprovecharse. La voz de una chica drogada, cambia. Se les ha pedido fotografía, con el periódico del día. Veremos si la mandan. En cuanto a la niña de Badajoz, ya sabemos que los viejos no tienen toda la cabeza. Y la tentación de salir en la tele, que no suele ir a los pueblos, ¡es muy grande!. En cualquier caso, espero comparecer ante ustedes en breve, para confirmar un nuevo éxito de nuestra policía". Se terminó el tiempo. Un preboste departiendo amigablemente con el locutor, sirvió de fondo al genérico. Cerradas las cámaras, el rostro del representante del poder, se cerró.

- De estos temas, cuanto menos se hable, ¡mejor!

Filomena trajo las túnicas. Lamé de plata con zapatos de lo mismo.

- Me dejas a la chica. - reclamó Angustias.

- Me da lo mismo.

Fredi se alegró de que le tocara Lola. La preparación se inició en bañera. Sales de importación perfumaban el agua. Conveniente despertar la libido de los objetos, con vistas a lo que había de venir, las señoras aprovecharon las abluciones, para magrearles sabiamente.

- ¡Qué me hace daño en el culo!

Grito Maribel, adjuntando manotazo. Angustias alzó la mano, pero no la dejó caer. El Gran Maestro, aficionado a los contrastes, quería a los chicos incólumes y contentos. La túnica, sobre la piel desnuda, raspaba ligeramente. Fredi se sintió tremendamente incómodo, subido en zapatos de tacón.

- ¡Andad! - ordenó Lola.

Maribel obedeció con soltura. Pasear con los zapatos de la madre, era una de sus distracciones. Fredi se torció el tobillo.

- ¡No puedo!. ¡Me hacen daño!.

Quiso descalzarse. Angustias le pellizcó el glúteo. Gritó de dolor. Los ojos de Lola brillaron. El

chico pensó que empezaba a parecerse a la otra.

- ¡Anda!

Se agotó recorriendo la habitación, pero aprendió a sostenerse, sin realizar el matiz femenino, que adquiriría el ondular de sus caderas. Crecida la melena, pues no le raparon durante el encierro, ofrecía un exterior marcadamente ambiguo.

- Ahora, ¡al tocador!

- ¡No quiero maquillarme! - aúlla Maribel.

- ¿Por qué? - pregunto Lola extrañada. Estaba en la edad de enloquecer, por una buena barra de labios.

- Madre dice que solo se pintan las mujeres malas.

- Tu mama no esta aquí.

- ¡Ya lo se! - se echó a llorar. Fredi coreó.

- No hay más remedio que pincharles

- ¡Inténtalo! - gritó el chico, terminando de arrancar la pata de la silla.

- ¡A estos niños no hay quién los entienda!. No te piden el pico, aunque les haga falta. Y solo piensan en volver con sus padres.

- Con los días que llevan, ¡debían estar enganchados!.

- A la fuerza podemos convertirlos en trapos. ¡Pero no en adictos!.

- Me temo que para preparálos, ¡habrá que optar por el trapo!.

- ¿Y si les damos coca?

- Lo hice una vez. ¡No me quiero acordar!. Era un renacuajo, poco mayor que este. De euforia, ¡nada! Pero de mala leche, ¡toda!. Si no llega a entrar Filomena, ¡me mata!.

- Entonces...

- ¡Entonces el método de la abuela!.

Entre las dos sujetaron a Maribel. Fredi se lanzó sobre las mujeres, palo en alto. Angustias le mandó contra la pared, de un empujón. Llamó a Landrú. Inmovilizados, fueron trapos durante un par de horas.

Petra dejó de colocar canapés en la bandeja.

- ¡Que no!. ¡Que no aguanto más!.

- ¿Pero que te pasa? - preguntó Martín, en tono festivo

- ¡Qué una tía nietos!. ¡Qué esto es un sin vivir y que me largo ahora mismo!

- ¿Con media docena de gorilas ahí fuera, con pistola y orden de que no salga nadie, antes de las once?

- ¡Eso mismo!. ¡A decírselo a los guardias de seguridad!. ¡Que entren y vean!.

La pincha continuaba la obra.

- ¡Pero señá Petra!. ¿Que vean qué?. ¿A los señores divirtiéndose?. ¡Están en su derecho y no le importa a nadie!.

Juan, el camarero, asintió.

- La chica tiene razón. A nosotros, ¡con qué nos paguen!. Y lo hacen como en ningún sitio. ¡Así que a cumplir!. Vinimos al mundo para ganarlo. ¡Y poder gastarlo a gusto!. Lo demás no nos importa.

Arreglarlo no es cosa nuestra, ¡ni podemos!

Petra se dejó caer en una silla.

- Vosotros no lo sabéis. ¡Pero yo sí!. ¡Qué va pá treinta años con don Braulio!. Tó empezó como en broma. Se traían chaperos y putas. Apenas les hacían ná. Algún golpe, cortecillos y quemaduras. Yo tenía un botiquín. Los curaban cuando se iban. Aguantaban a gusto, porque cobraban lo suyo. La verdad es que ni yo le di importancia. Cá cual se divierte como púe. Si el que sirve de diversión aguanta, ¡pues toós contentos!. Claro que el gusto era raro. Luego apareció la Pétula esa y empezó con la brujería. A lo primero mataban un gallo negro. Después trajeron patos, cabras. ¡Hasta marranos!. Los encontraba reventáos. Había que quitar sangre, tripas ¡y mierda que no veas!. Hasta de persona. ¡Que se cagaban por toás partes!. Y decía como vosotros. Que lo ganaba bien y que había que hacerse el estómago. Un día me pareció que no salían toós los que entraron. Pero no me metí a preguntar, porque no era cosa mía. El caso es que los de la calle, cada día se iban más cascaos. Hasta que me mandaron dejar las cosas preparadas y quitarme del medio. Volvía el lunes. ¡Y a quitar la mierda!. Después el señor no quiso más juergas en su casa. Empezó a prestarnos, a mi y al Martín, pá preparar el jolgorio en las de otros. Cuando entré a servir con Don Braulio, el criado de toa la vida, me contó que era un chico normal. Que aquello empezó cuando heredó, por las malas compañías. Le estropearon los dineros, ¡cómo a muchos!. Es bueno tener, ¡pero no pasarse!. Que toó son vicios. Cómo le vi tan joven, ¡me atreví!. Le pregunté porque hacía marranadas, en lugar de joér como toó el mundo. Y dijo que le habían mandáo purificar no sé que coño. Que era necesario para que hubiese paz. ¡Lo que no entiendo es como no han armáo la guerra!. ¡Porque lo que aguantan estos padres!. ¡Que eso lo sé yo!. ¡Si supiesen lo que hace la gente gorda, cuando le da por la droga y pierde el nortel!. El señor se estaba volviendo malo. Se le notaba en la cara, pero no se daba cuenta. Se empezaron a traer chiquillos. Un día pasó la desgracia del ojo. Nunca supe quien lo hizo. Pero sí que se lo arrancaron de un bocaó. ¡Con trece años!. Mientras le curaba me contó que era huérfano. No puso denuncia porque le dieron treinta mil duros y se le hicieron un capital. Me dijo que pasaban cosas muy feas. No le creí. Pensé que hablaba por rencor... O no quise creerlo, por seguir con la conciencia tranquila. Un criado de los de entonces, no iba a la policía.

- ¡Ni un criado de ahora! - replicó Martín, cortante. La pincha insistió.

- Yo no he visto sangre ni ninguna de las cosas que cuenta. Lo más vasos rotos. Y de esos polvos blancos, que se meten por la nariz. ¡Que a veces se derraman!

Petra miró al criado.

- Yo veo a los chiquillos. Me los traen a la cocina. Les doy de cenar y les visto. Me cuentan que son recogidos y quiero creerlo. Pero sé que no es verdad. Los traen aquí o a la finca de ese Javier. Cuando nos llevan nos hacen dormir en la casa, a kilómetros del cortijo. Nos guste o no, les estamos preparando lo que van a comer mientras los matan. Poco a poco. Ahora los tienen ahí. En los chiqueros, como a los toros. Y tu, Martín, también lo sabes. Como lo saben esos chupasangre, que trabajan aquí.

Martín habló persuasivo. Apreciaba a Petra. No quería que le sucediese una desgracia.

- ¡Estas asustando a la chica!. ¡Imagínate que dirían los señores, si te oyesen!. Te denunciarían por calumnia y terminarías en la cárcel. No hay quien pueda probar lo que dices.

Juan ratifico.

- Yo, que no me pierdo una, nunca vi nada.

Petra no podía detenerse.

- ¿Nada?. ¿Y esas comidas que prepara Filomena?. ¿Pá quien son, si aquí no viven más que ella y el Landrú?.

- ¿Tu que sabes?. Los señores vienen cuando les da la gana. Con quien les parece.

- Los invitáos comen en el comedor. No en ese sótano. Yo he indagáo. Sé que cuando alguien desaparece, aquí se compra más. El mismo del almacén me lo ha dicho. Y no es normal que esos dos no crucen la verja del jardín. Con los años que llevan, solo los han visto los repartidores. Hasta la ropa interior se la traen las señoras. ¿Y que hacen todas esas maquinas de video?. Que las he visto y sé de las paredes dobles. Son cosa de D. Braulio, D. César y D. Javier. Los otros están en la higuera. No se me quitan de la cabeza las chiquillas, que aparecieron enrollás en la alfombra.

- ¡Aquí nunca faltó una alfombra! - casi gritó la pincha, a punto de perder los nervios. Orgullosa de servir en casa grande, no soportaba que denigrasen a sus patrones.

Petra pidió un vaso da agua, Martín se apresuró a traerlo.

- No. Aquí no se ha perdió ná. Pero en el chalet de don Ernesto, sí. Me lo comentó la filipina. Estaba asustada. Que le diese soleta los fines de semana, no le chocó, porque se ha puesto de moda. Volvía los lunes a las diez y servía el desayuno a las once. Aquel lunes no estaba el señor. Tampoco la alfombra del salón. Le llamó al piso, por si la habían robado. Contestó que la llevó a la tintorería, porque se cayó no se qué. La trajeron a las dos semanas, pero no era la misma. Tenía otro azul y el dibujo era distinto. Como había oído que valía mucho, avisó a D. Ernesto del cambiazo. ¿Y que creéis que hizo?. Se planto en el chalet para convencerla de que estaba equivocada. Le vio tan excitado que le dio la razón y le dijo que se había confundido. Por cierto, ¿donde estará la filipina?. No he vuelto a verla.

Martín miró a Petra con tristeza infinita.

- Creo que marchó a su tierra.

Capítulo 16°

Los señores de Gómez fueron recibidos por el ministro, con los dos matrimonios que perdieron a las hijas. Aún no se conocían.

- ¿Ustedes son los del niño?.

Afirmaron con un gesto.

- Nosotros hemos perdido a las chicas. ¡dieciséis y diecinueve años!. Unas niñas que no daban problemas. Ni drogas, ni alcohol. Lo único que les interesaba era estudiar.

- ¿Eran amigos?

- No. Nos conocimos después de la desgracia.

- El nuestro no tuvo tiempo de darnos problemas...- suspiro la señora de Gómez, tomando asiento - Fue al kiosco ¡y hasta hoy!. Nadie vio nada.

- Las nuestras a la misma hora. Pero en sitios distintos. Salían del instituto. La nuestra llamó para decir que comía por ahí. No nos gustaba, pero...

La mujer suspiró.

- Una vecina vio a Carmen en el metro. En la misma puerta. ¡Y había gente en la calle!. Lo raro es que no viesen nada.

- A nuestra Raquel la vio mi prima Eulalia por Fleming. Le pareció como drogada. La llamó y los dos tipos que iban con ella, la cogieron cada uno por un brazo. Se la llevaron en volandas. Mi prima que no sabía nada, no nos avisó por no darnos el disgusto. Porque le pareció que andaba en malos pasos. ¡Pensar que hubiésemos podido encontrarla!. - la mujer sacó una foto del bolso - ¡Miren que guapa es!. La traigo para que la vea el señor ministro.

No sabía que al ministro su hija le importaba un bledo. Les recibía para callarles y porque le dijeron que sería un gesto popular.

- Nosotros a Fredi le dimos quinientas pesetas. Iba bien en la escuela...

- Por la portería, nos ha tocado la Inspectora Ramos. Se comenta que de estas cosas, sabe más que nadie. Opina que los chicos están juntos. En una casa con jardín del mismo barrio. Pero no nos da esperanzas. Nos aconsejó que aunque no sea verdad, porque aquí no se mueve nadie, si no les llaman por la radio, que le digamos que se están preparando manifestaciones y jaleos. Está segura de que si la gente se pone brava, acaban con esto. Piensa que no meten a nadie en la cárcel, por no dar mal nombre a la gente grande. Pero que si les aprietan, tendrán más miedo a los de la calle. Y les meterán mano. A los altos les da igual lo que les pase a los de abajo. Solo los respetan cuando se cabrean. La verdad es que tengo confianza. El señor ministro se está portando muy bien. Nos recibe, que otro no lo haría.

- ¿Ustedes fueron a la televisión?

- El mismo día. ¡Saliendo de comisaría!. Nos dijeron que no lo hiciésemos. Y la verdad es que no sirvió de nada. Hasta que no lo movieron los sevillanos, ¡ni caso!

Los Gómez contaron su experiencia. Por matar el tiempo.

- Al principio hicimos caso al comisario. Luego nos decidimos. ¡Y lo que ustedes!. De la extremeña supimos por sus padres. Oyeron lo de Fredi a un camionero y vinieron. Lo que esta claro es que no somos iguales. Ni en esto.

- No hacen más que machacar que los casos son diferentes. Pero yo estoy con la señora Ramos. Toos están en lo mismo y es muy malo.

La mujer rompió a llorar. El marido intentó consolarla.

- Por lo menos no sufre. En medio de todo, es una suerte que los tengan drogáos.

La madre se aferró a la esperanza

- ¡Veras lo que pasaremos cuando venga!. Eso no se quita en un día.

Un ujier apareció en la puerta.

- El señor ministro les espera.

Les dijeron que después de la fiesta los llevarían a casa y los pusieron frente al espejo.

- ¿Veis que guapos estáis?.

No se reconocieron, bajo la máscara de maquillaje. En el pasillo encontraron a los otros cuatro. De no ser por la diferencia de tamaño, hubiesen parecido clónicos. El valenciano se midió con Freddie.

- ¿Cuántos años tienes?

- Haré diez en julio.

Las chicas eran altas y fuertes. Una llevaba smoking de lamé.

- Son igual de grandes que las otras - susurró Maribel.

La comisario Ramos se despidió, como si se marchase para siempre.

- Cuidad del archivo. ¡Que nadie sepa que lo tenéis!. - se dirigió al hijo - Lo necesitarás cuando seas mayor. Para documentarte.

A sus dieciséis años, el chico no entendió.

- ¿Documentarme para qué?.

- Para escribir un libro sobre todo esto. La gente tiene que saberlo. Mientras no lo sepa, seguirá pasando. Yo no lo hice, porque ahora, si lo dejaban salir, lo harían de manera, que no se enterase nadie. Por eso te dejo los datos. No los pierdas ni digas que los tienes. Te los quitarían.

Padre e hijo se asustaron.

- ¡Cualquiera diría que vas a la guerra!.

La comisario sonrió con tristeza.

- Tengo un servicio. Esta noche no vendré. Quizá tampoco mañana...

- ¿No hay hombres para eso? - inquirió el marido ofuscado. María rió francamente.

- ¡Pero Felipe!. ¡Que cosas tienes!. Hice la carrera, asumiendo los riegos, ¡cómo cualquiera!. Quedó claro cuando nos casamos.

- No termino de acostumbrarme - confesó el hombre, sombrío.

La comisario les dio un último abrazo.

- ¡Ya está bien de despedidas!.

Salió con paso tan ligero, que casi corría. No dijo que sabía donde estaban los niños, porque no la hubiesen creído, tomándola por loca si añadía que no la dejaban rescatarlos, por no descubrir la vileza de una decena de individuos, alegando que señalar a unos cuantos monstruos, mancharía a la clase en su conjunto y a todos los estamentos del sistema. La manía española de proteger el buen nombre de los gremios, tapando las sivergonzonadas y barbaridades de miembros indeseables, solo servía para envilecer al conjunto, pues la calle, que se lo barruntaba, al no encontrar culpables concretos, puso bajo sospecha a todas las élites, oficialmente reconocidas, evidencia que ignoraban, con ostentación, los que creían poder conformar el mundo, porque modelaban la información. Se creían seguros aislados en su burbuja. María se preguntó cuanto daño tendría que soportar la sociedad, para decidirse a sacarlos de su reducto a patadas.

Impotente, pues no querrían darle los medios, que le hubiese permitido impedir el aquelarre, Ramos se propuso frenar la macabra escalada, con operación suicida. Imposible impedir el crimen, no lo era ampararse de los cadáveres, que cruzasen la verja del jardín. Ante la evidencia de la prueba, la prensa y los jueces tendrían que darse por enterados, parando donde debían estar el puñado de anormales, que estaban emporcando al mundo. Consciente de trabajar para un poder, que abusando de una ignorancia general, debidamente cuidada y fomentada, pudo llamar democracia a la dictadura de su capricho, le afloró la idea de que quizá negasen la existencia de unos muertos evidente. Se pregunto "¿para qué?" y sintió la tentación de renunciar. Pero siguió el "¿por qué?". Y se respondió en voz alta:

- ¡Para no seguir viviendo como un cerdo!.

Asumido el sacrificio, no quiso imponerlo. Reuniendo a sus hombres, expuso el plan.

- La proporción es desoladora. Tenemos el 80% de probabilidades de que nos apiolen en la misma calle, para callarnos, el 5 % de que los jueces admitan la verdad y el 10% de que nos arrope la prensa. Si me decís que no vale la pena, aceptaré el consejo. Confieso que estoy deseando suspender la operación..

No hubo suerte. Se ofrecieron voluntarios, como un solo hombre, porque hacía tiempo que hasta los jóvenes, llegaron a su misma conclusión. Eligió a Jiménez, que sólo pensaba en seguir a la mujer, desde que murió y al cabo González. Ocultaba un cáncer avanzado, porque no sabría que hacer de su tiempo, si le daban la baja.

El sargento Pérez se ofuscó.

- ¿Y yo qué?. ¿Me quedo fuera?.

- Tu no tienes ganas de morirte.

- ¿Tu que sabes?. ¿Que pongo en el parte?.

Ramos comprendió que no se lo podría quitar de encima.

- Que nos han dado un soplo. Un alijo de coca. Hay que hacerse con esa camioneta.

- Es seguro que los críos están.

- ¿Cómo lo sabes?

- Convencí a un repartidor. Me dio el mandil, el paquete y la factura. A la cocina se entra por la puerta trasera. La cocinera estaba sola. ¡Se le caían unos lagrimones!. Gordita y con pinta de buena mujer. Su jefe es D. Braulio. Manda al servicio a preparar las fiestas, pero no debe fiarse, porque los devuelve a su casa antes de empezar. Me dijo que aguantaba, porque no sabe dónde ir ni como marcharse. Y lo más grande es que se había colado en el sótano. Estaba montando el comedor, cuando esos monstruos, que trabajan en el palacete, entraron en tromba en el salón. Algo debía pasar, porque corrieron la mesa, con tapa de mármol de colores, levantaron la alfombra y la trampilla, sin mirar siquiera si había alguien. Así que me dijo como funciona el mecanismo y donde está. Del agujero salían los gritos de una mujer. Insultaba con acento andaluz.

- ¡Ya sabemos que pasó con la accidentada! - exclamó María. Pérez continuó.

- Se dejaron la trampilla abierta y como es curiosa, se asomó, bajando hasta la primera planta. Tienen una sala acolchada, tapizada de rojo y sin muebles. En frente una más chica, con un sofá a lo largo de la pared y mesas bajas. En el centro había otra trampilla. También abierta. De allí salían las voces. Se asomó. Arranca otra escalera y se veía un pasillo, con dos puertas a cada lado. Una estaba abierta.

Ramos le miró con desconfianza.

- ¿No será fantasía?

- Pienso que no. No la pillaron, porque la andaluza les tenía entretenidos. Antes de que saliesen esas basuras, ya estaba en la cocina.

- Me choca que lo contase tan tranquilamente.

- ¡No fue tan fácil!. Tuve la suerte de que no vino nadie y pude enrollarme. La mujer no se fía de la policía. Pero al decirle que nosotros no dependemos del César ese, se confió.

La inspectora le dio un abrazo.

- ¡Chico!. ¡Nos has salvado!. Con esta información y una fotocopia de los planos, ¡no me pueden negar la orden!.

Fue personalmente al juzgado de guardia. El juez la escuchó atento, respondiendo en tono sugestivo pero firme.

- No sé si lo ha realizado, pero está involucrando en crimen horrendo a un personaje, con rango superior al de ministro, porque depende del estado. ¿Se da cuenta de la gravedad del caso?. ¿Y de lo estúpido de su pretensión?. Porque D. Cesar, para tener la fiesta en paz, ¡y es el caso de decirlo!, ha contratado una docena de guardas de seguridad. Estarán de plantón en el jardín todo el fin de semana. Nadie mete en casa a extraños, para que sean testigo de un delito.

- La empresa pertenece al jefe de seguridad de presidencia.

- ¡Lo que faltaba!. ¿También pretende enfangarlo?. Le señalo que no se ocupa de seleccionar a sus hombres. Los contratan terceros y por concurso. Si a D. Cesar se le ocurriese semejante barbaridad, ¡qué no es el caso!, no elegiría por escenario el centro de Madrid. Tiene fincas sobradas, bastante más discretas. Podría hacer cualquier cosa, sin que ni los guardas se enterasen. Le confieso que los actos de D. Cesar y de sus invitados, no me preocupa. Pero su conducta me inquieta seriamente. ¿Cómo ha podido creerlo semejantes estupideces, solo porque se las cuenta un subalterno?. Debía saber que el cáncer trastorna.

- El que tiene cáncer es el cabo. Me informó, el sargento - apuntó María.

- ¡Es lo mismo!. ¡Será un fantástico!. A su nivel, no hay que dejarse llevar por chismes. ¡Ni por obsesiones!. Comprendo que este nerviosa. Lo estamos todos, con lo que está pasando y lo que corre. Porque la gente acusa sin miramientos. ¡Si usted supiese a que nivel!. Es evidente que nos encontramos ante una conjunción de hechos, sin relación entre sí. Pero la gente, que escucha a unos padres trastornados, ¡erre que erre!. No quieren ver la evidencia. Puede que la de Don Benito haya terminado en manos de cualquier gárrulo. Pero lo que dice ese viejo del coche, sí no se lo han soplado, que siempre hay mal intencionados, deseando enredar, es cosa del vino. ¿Va a ser el único que lo ha visto?. Y lo del chico, puede terminar con un pederasta en la cárcel. De ser así, tendría tan mala cara como lo de Valencia. Allí hay gente demasiado refinada - tosió, rectificando sobre la marcha - Bueno, ¡decadente!. Y las dos de aquí, pantalones de por medio. Es duro decírselo a los padres. Como todos, creen que han engendrado perfeccionase. Así que no me vaya a irrumpir en el palacete. Podría encontrarse con quien no espera. Y sería muy desagradable. No se reúnen para hacer nada punible. ¡Pero tampoco calceta!. Así que tranquilícese. ¡Y tranquilice a ese sargento!

La comisario Ramos regresó derrotada.

- Los lobos siguen sin morderse.

El sargento dio el parte.

- El Guedeja ha firmado el chivatazo. Ha metido el alijo en una furgoneta azul, como la que vi en el jardín. Matricula de Soria, Extremadura o Madrid. En el garaje tienen placas de las tres provincias. Y Núñez dice que viene, aunque tu no quieras. Propone algo, que me parece bien. Dice que si nos van a matar, debes dejarnos disparar primero. En el norte mandan apiolar sin preguntar. Con estos me daría hasta gusto.

Pero Ramos era legalista.

- Un policía no puede sacar el arma, si no le disparan primero. ¡En ninguna parte!. Para ganar, hay que tener razón y ser legal.

- ¡No estás antigua!.

Por un momento, María pensó que podría salir bien.

- No podremos entrar. ¡Pero ellos no tienen salida!.

Gerardo subió al coche. No cometió la incorrección de preguntar dónde iban.

- Han escogido bien. ¡Unas maravillas!.

- ¿Los has visto?.

- No, pero me lo ha dicho Angustias. Los está preparando.

- ¿Braulio viene?

- Con el hijo. Acaba de llegar. Está llamado sucederle en la orden. Debe endurecerse. Pétula solo piensa en la ceremonia. Para ella es causa, ¡no efecto!. La verdad es que eso del demonio, no hay quien se lo crea. Pero a veces me digo que algo hay. Que nos sigan tragando, con las cosas que hacemos y mandamos, ¡es un milagro!.

Landrú abrió con profunda reverencia. Javier se ratificó en la idea de que ninguna librea, disimula al matón. .

El salón era un mixto de falso chipendale y falso francés. El contraste de cuadros vanguardistas y de escuela, procedentes de las reservas del museo, era objetivamente antiestético. Con gesto cortés, Pétula exhibió el bordado de su falda, en hilo de oro, abriendo los brazos para extenderla. El cuello alto y rígido de la capa negra, le prestaba belleza de madrastra de Blancanieves. Coincidieron en que la sacerdotisa, nunca lució disfraz tan impresionante.

- Digno del acto que vas a officiar.

- No parece barato... - apuntó Pablito Blanes, buen conocedor de tejidos, pues pasaba media vida entre modistos. La portadora se inclinó con coquetería.

- No lo sé. Me lo ha regalado el señor.

Pétula estaba segura de sí misma y de su posición. Su relación con el Diablo, que no le impedía conversar con la Virgen y santos diversos, la hacía imprescindible. Liberales los seres celestiales, corría que en cierta ocasión, la visitó Dios Padre en persona. Por esta y otras razones no se rebajaba a prestar servicios menores. Los distribuía entre amigas, de infancia y colegio de monjas.

- ¿Una copa? - ofreció Maritina.

- Whisky - precisó Gerardo.

La tertulia se instaló en tresillo inglés y comfortable.

Rosita se dirigió a Pétula.

- ¿Prometes ofrecernos otra experiencia inédita?

- ¡No sabéis como!. Ayer se me apareció Santa Rita. Me sopló el ceremonial. ¡Veréis que belleza!. La mitad regresará a sus orígenes. César ha designado a los de provincias.

- En forma de cenizas, supongo - aventuró Gerardo.

Angustias levantó las cejas, con gesto de niña buena

- ¡Pues no!. Con la ropa que trajeron y enteros.

- ¡Enteros..! - El rictus de Pétula indicó lo inoportuno de la ironía. Ernesto se mordió la lengua. - Quiero decir, sin más alteración que los dimanantes de los hechos.

La sonrisa de la sacerdotisa le indicó que había elegido el léxico adecuado, regresando al favor.

- ¡Por supuesto! ¡Tu me entiendes!.

A Gerardo los entierros le inquietaban. Dispersar los cuerpos, tenía el aspecto positivo de individualizar los sacrificios, dando la impresión de los asesinatos coincidían en el tiempo, pero no en el espacio. Pero tenía el inconveniente de implicar a comparsas. Lo que saben demasiados, terminan saberlo todos. La voz chillona de Javier, interrumpió sus elucubraciones.

- Quiero saber si todas son vírgenes.

Lola surgió de la trampa.

- ¡Aquí está la que puede informarnos!. Por cierto. ¿Y tu marido?.

- ¡No sabéis lo que siente no poder venir!. Como viene Mauricio, se ha quedado en casa. Quiere estar a golpe de teléfono. Por si hubiese incidentes. Dice que tenemos una comisaría conflictiva. Se supo demasiado tarde para trasladarla.

- ¿Y de las vírgenes, qué?.

- La de smoking no lo es. Por eso la vestimos de otra forma.

Pétula besó a Lola.

- ¿Que haría sin ti?. ¡Estás en todo!. ¡Tenía que ser la Barrios!.

Rosita se inquietó.

- Mira, Pétula, ¿Tu que quieres que te diga?. A mí eso de pasear los cuerpos, ¡me da muchísimo miedo!. Nos hemos llevado un par de sustos

- ¡Te lo habrás llevado tú!. Porque yo, ¡tan tranquila!. Por cierto, ¿quiénes vamos a ser?.

- Los que estamos, los Arias, Y Juanjo si llega. Se le ha ocurrido venir en coche desde Sevilla. ¡Menudo viaje!.

- ¿Habéis leído lo de Polito? - graznó Gerardo.

- ¡Ha estado estupendamente!. No se puede consentir que digan esas cosas. Se empieza pasando una falta de respeto. Y se termina gritando "viva la república".

- ¡Fue un editorial inadmisibile! - Pétula subrayó su indignación, agitando el borde del manto - ¡Decir que la infanta no sabe de pintura!.

Rosita se sintió traviesa.

- ¿Estas segura de qué sabe?.

Acentuó la palabra "segura". Angustias enrojeció de pura ira.

- ¡Pues naturalmente!. Ningún miembro de la familia real se equivoca. El equivocado es quien le contradice. ¡En lo que sea!. ¡Porque la razón es del rey!. Las personas que no piensan como la familia real, lo que tienen que hacer es corregirse y cambiar de opinión.

- Mica lo ha entendido estupendamente. Decía y hacía lo que le daba la gana. ¡En Palacio la querían matar!. Hasta que se recicló y ahí la tenéis. ¡Boyante!. Porque está a que quieres boca. En cuatro días ha sacado más todos nosotros en una vida. ¡Y sigue haciendo lo que le da la gana!

- Pero no diciendo, que era lo importante - subrayó Javier.

- ¡Eso es lo que te crees!. A veces suelta.

Angustias denunció con acidez, pensando que hizo el imbecil, Se había metido en mierda hasta la coronilla, para recoger migajas. Estando en los inicios de la cosecha del favor, Ernesto, envidiaba a su escala.

- ¡La tenemos en los cuernos de la luna!.

- Como a Manolo. No da clavo, vive como un marqués y es famoso.

El aludido entró a tiempo de oírlo.

- ¡Que no me lo sudo!. De radio en televisión, dando la matraca a los gárrulos, para que no piensen. Y que se les da, lo hagan como deben. No es fácil fabricar opinión. Si no criticas algo, se te ve la oreja. Si resbalas a un lado, el público te deja caer y como no sirves, te jubilan. Y si patinas en dirección contraria, sois vosotros lo que me ponéis en la calle. ¡Que en esto no hay amistad que valga!.

- ¡Bien que lo cobras!.

Manolo se ofuscó.

- ¡Menos de lo que debiera!. No tengo medios ¡y hay que dármelos!. Los genios de la comunicación nacemos, ¡como el rey!. Y además soy de la clase. Cuando muera papá, seré título. Y a los títulos hay que cuidarlos. Esta claro la aristocracia sin monarquía, no es nada. ¡Pero tampoco puede ser una monarquía sin aristocracia!.

Gerardo sintió que el orgullo se sobreponía a la repugnancia.

- Soy plebeyo y aquí me tienes. Cuando menos, de igual a igual.

Manolo le miró con desprecio.

- De no ser por Rosita, serías uno de eso políticos de quita y pon. De los que desaparecen si les faltan votos, sin que nadie les eche en falta.

Gerardo se abstuvo de replicar, porque era cierto. Habiendo tomado el pelo a sus electores, con reiteración, los tenía tan encabritados, que de no ser por la ayuda inconfesable, prestada por los amigos de la falsa prima, las últimas elecciones le hubiesen puesto en la calle.

César sacudió la ceniza del puro.

- Sabes que en la orden entran pocos. Y no sale ninguno. Al menos por su pie. ¡Hay que comprenderlo!. Compartir secretos tiene su cara. ¡Y su cruz!. Pero reconocerás que las cosas no nos van mal. Pocos pueden preciarse de conseguir todo lo que quieren. Para ellos, ¡se entiende!. Claro que nosotros nunca pretendimos nada para los demás. Solo al que flaquea se le revuelven los fantasmas. Si alguna vez te sale la falta de clase y lo haces, te morirás del susto.

Rosita arrugó los labios.

- ¡Que desagradable eres!. ¡De sobra sabes como es Gerardo!. Podías haberte ahorrado la prédica. Si Braulio se entera, no le hará ninguna gracia.

Por la ventana abierta penetra el chirriar del grijo, que cubría la avenida del jardín.

- ¡El señor!.

Los presentes se precipitaron hacia la puerta. El criado abrió sobre una Pétula, que se hundía en profunda reverencia, cuidando de que la capa dibujase una curva perfecta.

- ¿Pero que haces?.

La mirada de Juanjo le hizo sentirse ridícula. Nunca le perdonaría.

- Pero... el señor...

- Se retrasa. Nos hemos adelantado para advertiros. Leoncio le está ayudando a vestirse. Viene ilusionadísimo. El chiquillo le gustó mucho. ¡Ha tenido un día!. Reunión con el patronato de la Infancia Desvalida. Ya sabéis que es fundador. ¡Una obra encomiable!. Le vino una delegación del Patronato de Huérfanos de la Policía, para agradecer el donativo. ¡Principesco! ¡Pobrecillos! Con eso del independentismo, ¡están fatal! La semana que viene hará algo precioso. Recibe a los padres de esas pobres niñas, que aparecieron muertas. ¡Un horror!. Ha dotado una nueva fundación, para asegurar asistencia jurídica y psicológica a las víctimas de delitos sexuales y sus familias. Tendrán medios para encontrar y hacer condenar a los asesinos.

Ernesto se repitió que nunca entendería a los ricos de toda la vida. Y se preguntó si su capacidad de abstracción, en lo referente a sus propios actos, obedecía a una hipocresía patológica o a vulgar esquizofrenia, inserta en gen, que a todos afectaba.

Estrecha la escalera, subieron en fila india. Abría la marcha Angustias, cerrándola Myriem, la hija de Pétula. A sus 17 años iba a ser recibida en la orden, por deseo expreso de Braulio. Inquietante la indiferencia de su heredero hacia el sexo opuesto, observó que dedicaba atenciones insólitas a la muchacha. Suponiendo que la excitación, aneja a la ceremonia del sacrificio, le ayudaría a vencer lo que facultativos de renombre, definieron como timidez congénita, quiso ayudarle a intimar, con la que habría de ser la primera mujer de su vida, encarnada en cuerpo admirable dotado de mirada, que en diferentes circunstancias, hubiesen hechos las delicias del padre. Informada Pétula por el propio Gran Maestro, de que su hija sería bienvenida al festejo, la aportó a contrapelo. Desde que vino al mundo, se propuso mantenerla alejada de unas prácticas, calificadas generalmente de repugnantes. Temiendo que no pudiese soportar el espectáculo, dedicó la últimas semanas a la instrucción teórica, explicando a la hija, con pelos y señales, las diferentes fases de un ceremonial, que la muchacha asumió con entereza, manifestando curiosidad y hasta impaciencia, en los días que precedieron a la fecha señalada.

Acomodadas las víctimas en el sofá del primer sótano, frente a mesas debidamente abastecidas, Angustias les hizo el ánimo.

- Vais a conocer a unos señores muy cariñosos. ¡Quizá el amor!. Y después, ¡cada cual a su casa!.

Maribel abrió unos ojos enormes.

- ¿Me llevarán a Don Benito?.

- ¡Por supuesto! - asintió Lola, sin mentir.

Myriem se dirigió al valenciano.

- ¿Que juguetes te gustan?

- Largarme. Para contar que lo peor no pasa en mi tierra. Porque estamos en otra parte. ¡Que lo sé!

Freddie se apresuró a informar.

- ¡En Madrid!

La sevillana no apartaba la mirada de la trampilla. Angustias la observó sin inquietarse. La casa no dejaba escapatoria.

- Yo quiero saber para que nos han traído - inquirió Raquel. Convenía en que se exageró, pasando la noche con aquellos desconocidos, sin molestarse en avisar a sus padres. Estaban como un tren, se enrollaban como nadie y tiraban el dinero. Por todo ello se dejó llevar, sin sospechar que despertaría encerrada en aquel sótano. Myriem contestó sin cortarse.

- Para nada malo. Tengo vuestra edad y vine porque quise.

Ester miró a la madrileña a los ojos.

- ¿Es que no lees la prensa?. Nos han traído para divertir a unos tarados, que se creen dioses, porque el cielo o el dedo les ha dado un poder, que son incapaces de captar. Son pigmeos en lo sexual, y lo que es peor, en lo intelectual. Nos maltratarán hasta matarnos, porque su forma de sentirse superiores, es destruir a los débiles. Pueden hacerlo porque tus padres, los míos y los de todos, les pagan los impuestos, que les permiten hacerse ricos y mantener a los esbirros, que nos esclavizan. Si la mayoría no estuviese en la inopia, como estás tu, hace mucho que se habrían dado cuenta de que son cuatro gatos. Y los hubiésemos mandado al diablo.

Angustias se alarmó. Con líder de por medio, media docena de renacuajos podía ser peligrosa.

- ¿Por qué hablas de muerte?. ¡Nadie va a morir!.

Ester rió con amargura.

- ¡Connmigo no, querida Angustias!. Sé quién eres y tu sabes quién soy. Nacimos en esa clase, que deslumbra a los cretinos. El trepa desea tanto ser como nosotros, que adquiere nuestra parte cobarde, despiadada y falsa, superándonos en lo peor. Arriba encontraré caras conocidas. Tipos que han comido a mi mesa y dormido en mi casa. Y los he visto volver. Borrachos y drogados. Recuerdo a Braulio, vomitando en cualquier parte. El mismo Braulio que aparecía en la prensa, adulado, glorificado, premiado por lo que es incapaz de hacer. Ni siquiera de concebir. Cuando aparezcan mis restos, si es que no les toca desintegrarse en la cuba de ácido, serán los primeros en ir a Sevilla, para dar el pésame. Braulio abriendo el cortejo. ¿Crees que no lo sé?. ¿Verdad Lola que mandó cazarme?. Aun le duelan los huevos de la patada que le di, el día que se metió en mi cuarto, intentando violarme. Al señorito, por ser quien es, no se le puede negar nada. ¡Ni nadie!.

Lola no contestó. Estaba roja. Myriem escandalizó.

- ¡¿Te atreviste a decirle que no?!

Sin molestarse en contestarla, Ester se dirigió a sus compañeros.

- Si cuando nos saquen de este agujero, arremetemos contra ellos con lo que pillemos a mano, quizá podamos escapar. Y si no lo conseguimos, al menos no moriremos como conejos.

Angustias observó que la escuchaban. Temiendo violencia organizada, de consecuencias imprevisibles, echo mano del engaño, instrumento del sistema, para impedir que el sometido se libere.

- Ester ha estado aislada y la hemos vestido de otra manera, porque está completamente loca. Así que no debéis hacerle caso. Los señores son buenos, simpáticos y cariñosos. Y cómo son muy generosos ¡ya veréis los regalos que os tienen preparados!. No debía, pero voy a deciros un secreto.

Esperabais que os encontrase la policía, que lo encuentra todo, porque no sabéis que no os ha buscado, porque vuestros padres saben que estáis aquí. Están orgullosos, porque saben que D. Braulio os haya elegido para hacerlos importantes. Os hemos tenido encerrados, para probaros. Antes de seguir adelante con vosotros, teníamos que saber si estáis capacitados para resistir al aislamiento y las drogas. ¡Y habéis vencido!. Cuando termine la fiesta, os llevarán a vuestras casas. ¡Pero por unos días, nada más!. En el otoño tendréis que volver, ingresando en un colegio especial. ¡Un colegio donde se preparan los jefes!. Salvo Ester. Lo intentamos, pero está claro que no sirve.

La sevillana perdió su audiencia y prestigio, porque ser elegido para lo que sea, halaga la vanidad hasta de los niños.

El Cardenal giró sobre sí mismo, con la elegancia de un Mazarino en su esplendor. El raso adamascado formó aguas, despidiendo destellos que recordaban el pincel almibarado de Van Loo.

- ¡Pétula!, ¡te hago la competencia!. Mi capa es más vaporosa que la tuya.

Pétula giró como un derviche. Y salmodió.

- ¡Pero la gran sacerdotisa siempre será más grácil y bella, que nuestro magnífico prelado!.

El eclesiástico continuaba girando. El salón era un carrusel de capas. Pablito Blanes cantó al espectáculo.

- El bello cardenal gira y gira, impartiendo bendiciones y perdonando pecados. Nos salva, preparándonos al sacrificio.

- ¡Buenas noches, queridos!.

La voz del rector interrumpió la doble pirueta. El cardenal se inclinó, para recoger el solideo, escapado de la egregia coronilla, a impulsos de la fuerza centrífuga. Ernesto se le adelantó.

- ¡Por Dios, eminencia!. Los príncipes de la tierra y los del cielo, no deben agacharse. Los siervos existimos, para besar el suelo ante sus plantas.

El prelado le gratificó con ligera bendición. Los brazos abiertos se dirigió al recién llegado, que abrazaba a Pétula. Sonriente, andrógino y orondo, el sabio de plantilla se estiró, hasta posar sus labios en la mejilla de Javier, que se inclinó ligeramente.

- La sapiencia ha entrado por nuestras puertas. - palmoteó Pablito.

- ¿Saben ustedes que tal día como hoy, iniciaban en Creta la fiesta del Minotauro?. Hombres y mujeres se buscaban en el laberinto, jugando con la virilidad del toro. El sacrificio de las vírgenes garantizaba la prosperidad de la monarquía. Nosotros velamos en la misma fecha, por la de nuestros reyes y nuestra patria.

- Ellos libaban y bailaban, en honor de su dios y su rey. Nosotros lo hacemos en servicio de nuestro señor y nuestro dios. Pero no somos tan generosos. Damos tres para ganar diez. Prestamos el alma a cambio de poder y fortuna, rescatándola al entregar las ajenas. Hemos de admitir que los puros no pararían en las garras de Satanás, si no les obligásemos a salir del mundo en la desesperación y el odio. Nos salvamos, porque sabemos cambiar el bien en mal. Cualitativamente, se entiende. Así logramos ser señores de la tierra, sin perder el paraíso, que nos aguarda en la última estación. ¡Sin tránsito por ningún purgatorio!. Ni el de tejas abajo.

Recogidos los presentes en su espíritu, el Cardenal se emocionó y el rector se escanció un whisky. Acentuando su aspecto de niño juguetero, abordó cuestión escabrosa.

- He traído a un chico magnífico... Si estáis conformes, en especial Pétula y su eminencia, le haremos pasar. Desea ser iniciado.

- Mi hija se inicia hoy... - apuntó la sacerdotisa, molesta porque el neófito le restaría protagonismo. Esperaba que el cardenal la siguiese, pero no lo hizo. Detestaba la intromisión de extraños en esparcimientos, que nada tenían de apostólicos, pero siendo al rector uno de los favoritos de

Braulio, consideró inconveniente llevarle la contraria.

- Yo... si el señor lo consiente, ¡no tengo nada que objetar!

El rector ofreció a Pétula la sonrisa de su triunfo.

- Nunca me hubiese atrevido a introducir una mosca, sin consulta previa. El Gran Maestro lo sabe. Y no le desagrada. Aspira a que la orden crezca y fructifique. ¡Ya conocéis el credo!. Es delito lo que practican pocos, falta lo que usan muchos y signo de identidad de una civilización, lo que se generaliza. El día en que la ceremonia se celebre en todas partes y a todos los niveles de la sociedad, seremos venerables en lugar de criticables. Porque las costumbres mayoritarias se imponen. La prueba nos la da la historia. Lo que en otro tiempo o lugar se condeno, tras ser desculpabilizado. ¡Y hasta loado!

Sin darse cuenta, Gerardo llevó la cuestión a sus últimas consecuencias.

- No correríamos peligro, pero no se vería un niño en la calle.

El rector le contempló, irónico que no alarmado.

- ¿Pero de que riesgo hablas?. La ley somos nosotros. La reformamos a nuestra conveniencias y se aplica en cada caso, como nos da la gana. Dejar en menudencia los delitos o decretar que el mismo acto o comportamiento, sea castigado en unos y premiado en otros, ¡se hace a diario!. Es cierto que si no tuviésemos los medios de información en la mano, podríamos tener complicaciones. Pero son tan nuestros, como nuestra cartera. Dicho esto, garantizo que el chico merece estar con nosotros. Por sus bucles de oro, sus labios de rubí, su nariz de Apolo y su cuerpo de Narciso, ¡cómo diría un cursi!. En cuanto a la discreción... ¿quien podría ser indiscreto, en la madrugada del domingo?. Añado que la orden de recibirlo, procede de Braulio!

Pétula pulsó el timbre.

- Landrú, hay un señor en el coche de señor rector. Hágalo pasar.

Ernesto sintió el aguijón de los celos. Aquel chico era su versión en rubio. Más joven y puro, con gracia angelical de adolescente y mirada desmayada, temió ser desbancado. Pétula manifestó su admiración

- Te felicito. ¡Realmente magnifico!

- Y con magnifica carrera. Se ha convertido en mi secretario general, saltando por encima de tres generaciones de catedráticos.

Plantado en el centro de la estancia, el chico se dejaba admirar con desenvoltura. El criado interrumpió el placer. Enmarcado por el dintel, anunció solemne.

- ¡El Gran Maestro!

El grupo corrió hacia la puerta, entre empujones. Petula sintió que el Cardenal la detenía, pisando el borde de su túnica. Y el cardenal que el rector le aprisionaba firmemente la capa, impidiéndole avanzar. Según costumbre, los fuertes aplicaban la fuerza, para trepar sobre el débil.

Braulio, señor del mundo, por delegación del dios de las tinieblas, surgió en compañía de su esposa. La Gran Sacerdotisa de Honor portaba gola despampanante, a la moda de los Austria. Se lo dijeron y sonrió con timidez. El fasto que la rodeaba, no mitigaba sus complejos. Tieso e inexpresivo, el heredero se mantenía en un segundo plano, nada discreto. Los fieles se tiraron al suelo, disputándose los pies del trío, resignándose los desafortunados, a depositar su ósculo en la orla del manto. Rosita presentó la bandeja, rodilla en tierra. Se soñaba transportada a la corte de Felipe V. Los señores esnifaron con solemnidad, por ser solemne cuanto hacían.

- ¡Tengo el placer presentaros a mi hijo!. - trono la voz de Braulio, que lo presentaba cada vez, como si fuese la primera.

Los presentes palmorearon. Halagar al futuro gran maestro, era casi tan importante, como tener contento al del presente. Que el chico fuese ligeramente tontorolo, no enturbiaba la devoción de los fieles. Lo deseaban compendio de los vicios, que acumulaba la clase, según convenía al beatífico inmovilismo en el mal, origen de su poder y riqueza, que necesitaban perpetuar. Pabilo en mano, Pétula trazaba círculos, pasando de pebetero en pebetero. El encendido litúrgico era primordial, para consagrar la estancia, transmutándola en templo. Lola se ocupó de la intendencia.

- Déjenlo todo a mano. Hay que ahorrar trabajo a Filomena y Landrú. Quiero las bebidas bien ordenadas y las botellas abiertas. ¡Salvo el champagne, naturalmente!. Todo estará listo antes de las once. Landrú les llevará en la camioneta. Usted, Filomena, si tiene que dormir, se turna con Landrú. Uno de los dos tiene que estar disponible, para atender a los señores. Y usted, Landrú, informe a los vigilantes. No deben acercarse a la casa. Ni permitir que entre o salga nadie. ¿Les han dejado la comida en el pabellón?. ¡Que no falte de nada!. No quiero que aparezcan. Se marcharán el domingo a media noche. ¡Cómo siempre!.

Landrú se inclinó.

- La señora puede estar tranquila. ¡Queda de mi cargo!.

Lola regresó al salón. El hijo de Braulio, vistiendo la chaqueta azul y el pantalón gris marengo, que distinguía a los miembros de la orden, departía con Myriem. Javier pegó los labios al oído de Gerardo.

- La nena cambia de costumbres....

La comisario Ramos llenó la cantimplora. Haría falta coñac, para aguantar el frío.

- ¿Vais abrigados?. No quiero catarros.

- Si jefa - respondieron a coro.

Se distribuyeron estratégicamente, de manera que ningún vehículo pudiese asomar del palacete, sin ser visto. A las once y diez salió la furgoneta. El sargento Pérez silbó. Cien metros más abajo el número Jiménez saltó a la calzada, linterna en mano. Landrú frenó. El policía abrió las puertas.

- ¡Sigán!

La comisario se acercó

- ¿Qué era?.

- Nada. Largan a los testigos.

Capítulo 17°

A las once y cuarto Pétula dio las tres palmadas. El cortejo, ordenado por Angustias, emergió de las entrañas de la tierra. Subían de dos en dos, encabezando los varones, Ester iba la última, cerrando las organizadoras. El aire dejó de ser pesado y quieto, como en las tumbas. Maribel comprendió por qué los topos eran más que las ratas. Acostumbrada a la luz blanca, que nunca se apagaba, apenas pudo distinguir sombras, en la penumbra de las bujías. Se dijo que aquella gente debía ser muy rara. Para una extremeña, que pasó la infancia a la luz del carburo, prescindir voluntariamente de la electricidad, no era propio de personas normales. Pétula aguardó a que las pupilas se acoplasen, para proceder a las presentaciones. Fredi reconoció en Braulio al tipo, que le recibió el día que le raptaron. Iba a decirlo, pero Ester le robó la palabra.

- ¡Vaya!. ¡El grande!. El que recibió el poder del cielo, para ensuciar la tierra. Un retrasado, que piensa de cintura para abajo, incapaz de elevarse al nivel de la racionalidad. Que solo puede rodearse de esclavos, que se arrastran ante los atributos del poder. Pero ese pueblo al que sólo sabéis engañar para esquilmarlo, empieza a enterarse de la clase de basuras que le dirigen, sin más respetabilidad que la de unos signos externos, al alcance de quien pueda pagarlos. ¡Basuras con un mismo destino en lo universal!. ¿Que para entonces estaré muerta?. Lo sé. Es lo que le toca, al que

dejó de inclinarse, cuando todos los hacían. Pero tu muerte será peor que la mía. Y mi razón se impondrá sobre la tuya, porque la tuya no existe.

Sonó una bofetada prematura. Ester no retrocedió. Su pierna derecha salió disparada. La aguda puntera de los zapatos de ceremonia, dio en el sitio. El Gran Maestro se dobló, gritando de dolor. Pétula estuvo a punto de desmayarse. Ernesto y Blanes redujeron a la sacrilega, Javier se precipitó en ayuda de Braulio y Gerardo rió disimuladamente. Ester quedó amarrada a un sillón. Repuesto, el Gran Maestro ordenó continuar la velada, como si nada hubiese ocurrido.

En el comedor reinó la cordialidad. Cariñoso y generoso, Braulio repartía palabras amables y regalos, reafirmando a los compañeros de Ester, en la idea de que la sevillana estaba loca. Las madrileñas lucieron pulseras de brillantes y Maribel collar de esmeraldas, pese a su juventud. En aquellas horas de esperanza y caricias, los cuerpos se relajaban, sensibilizándose. Buscando provocar un deseo, sin objeto definido, que hiciese más doloroso lo que había de venir, los adultos cambiaban de pareja, acariciando alternativamente a varones y hembras. Debidamente dosificada, la coca hizo su trabajo, diluyendo la racionalidad. Los cuerpos se hicieron sensación, exenta de sentimiento. Petúla señaló a Raquel. Despojada de la túnica, la sacerdotisa le ordenó tenderse sobre el altar. Materializado Satanás en el momento previsto, Gerardo se destrozó la garganta, consiguiendo superar los aullidos Braulio. Le tranquilizaba saber que ni el Gran Maestro veía a Satanás, presencia por demás innecesaria, por la presencia del mal estaba en ellos. Terminada la misa, se procedió al traslado de escenario. Entrando en el salón acolchado, las víctimas supieron que nunca saldrían de las catacumbas.

A su cargo que nada faltase y privados de ayuda, Filomena y Landru se multiplicaban. Rellenaban bandejas, reponían bebidas, drogas y jeringas, esnifando lo justo para alejar el sueño y el cansancio. Discretos y profesionales, la pareja acumulaba tantos años de servicio, que su historia era la del palacete. Cuando murieron los condes, le fue adjudicado a la hija, casada con Cesar. Tenía vendido el solar, para levantar dos torres, pero Braulio manifestó el deseo de reservarlo, para servicio de la orden: "Tener algo así en el mismo Madrid, ¡es una comodidad!. El jardín es grande, esta a resguardo de indiscretos y estas casas antiguas se insonorizan fácilmente. Ampliado el sótano, podríamos hacer lo que dé la gana, sin que nadie se enterase". Sabiendo al Gran Maestro hombre de muchos tentáculos, agradecido pues no negaba un favor a quien sabía complacerle, no desperdiciando ocasión de procurarle prebendas, era tan rencoroso, que quien se oponía a su deseo más nimio, caía para no levantar cabeza. Sopesados los pros y los contras, los Condes de los Ríos se dijeron que los millones, a percibir en blanco y en negro, les servirían de poco, si Braulio corría la consigna de arruinarles. Caerían sobre su fortuna inspectores de hacienda y jueces, siendo estafados hasta por su banco, pues quien entrase a saco en su bolsa, recibiría premio sin temor al castigo, reservado por la ley para el caso. Suspendida la venta con la escritura en el notario, porque así lo aconsejaba la prudencia, a los pocos días recibieron, sin pedirla, declaración del palacete como monumento, con categoría de VIP, que eximía del pago de impuestos, exento de la obligación de recibir visitas, por concesión especial.

En óptimas condiciones el edificio, por haberlo mantenido con generosidad sus ocupantes, al mes siguiente fue considerado en riesgo de ruina inminente, siendo agraciado con subvención sustanciosa, para obras de consolidación. Faraónicos los trabajos, el palacete salió irreconocible, convertido en bunker de exterior más o menos elegante, dotado de sótano con dos pisos y aljibillo bajo la cocina, sin toma de agua, cuya utilidad escapó a los albañiles. Insonorizado el conjunto, puestas al día las contraventanas metálicas, se amplió el pabellón, destinado a los servidores, que no se querían en la casa, culminando los trabajos la instalación de chapa de hierro. Soldada a la verja que rodeaba el jardín, lo cerró a miradas curiosas. Desde la calle se veía un ático, eternamente cerrado y las copas de los abetos, cuyas ramas reflejaban las luces del bajo. Dotado de asignación regular, para conservación. Exentos los propietarios de presentar cuentas del empleo de los fondos, que recibían del Ministerio de Cultura, el monumento les procuró un rendimiento superior, al que hubiesen obtenido de la inversión del producto de la venta, colocado en posiciones inmejorables.

Afectado el arquitecto de un cáncer, murió por después de terminar la obra, conductor borracho arrolló al aparejador, caminando tranquilo por la acera, desperdigándose los obreros, por ser de importación. Quedaron de la obra sendos expedientes, que reunían planos y cuentas imprecisas, que en uno de esos traslados, decretados esporádicamente por la administración, se perdieron definitivamente, conservándose por olvidada la copia de plano, que alguna extraña razón, solicitó el predecesor de la comisario Ramos.

Terminada la obra, la elección de servidores, adscritos a la guarda del edificio, quedó a cargo del marido de Lola, en situación adecuada para encontrarlos aparentes, por ejercer de juez. Repasadas fichas de condenados, con escasas probabilidades ver la calle, fiando en su propio olfato y el contacto personal, celebró una docena de entrevistas, saliendo elegido un tal Rogelio Cruz, apodado Landrú, en razón a su pasado. Nacido en chabola, de padre desconocido y madre que no le quería conocer, fue alquilado desde sus inicios, como señuelo de limosna, siendo criado a salto de mata, por sus arrendatarios. En contra de toda lógica, fue bebé rollizo y bien desarrollado, que aprendió a manejar la navaja con soltura, apenas supo andar. Cumplidos siete años, abandonó la mendicidad, para servirse por sí mismo, parando en correccional, saliendo púber y bien enseñado. Segura la ocupación de enamorar ancianas, empeñadas en prolongar sensaciones, a la que la lógica aconseja renunciar, pasada le tercera juventud, las busco dotadas de ahorros, a más de pensión, disfrutando de holgura económica, por no estar tipificado el delito de esquilmar a quien se deja. Todo fue sobre ruedas, hasta que le tentó la opulencia de Doña Gisela. Rica por ejercer de facedora de ángeles, nunca confundió vulgar servicio con amor. Pudiendo elegir, pues como estaban los tiempos, no faltaban aspirantes a chulo, pagaba a su justo precio, sin pasarse en una peseta. Encaprichado de jovencita, que a su vez se mostró exigente, Rogelio se sobrevaloró, reclamando subida. La anciana respondió, indicándole la puerta. Teniendo verse abocado a la miseria, por no haber anciana libre en la comarca, quiso forzar la situación. La chequera en una mano, cuchillo de cocina en la otra, exigió autógrafo, que doña Gisela, apegada a sus haberes, se negó a otorgar. Rogelio pinchó, sin intención de pasar a mayores. La mujer reiteró la negativa y se le cruzaron los cables. Aquella muerte por obnubilación, le llevó por dos años al trullo.

Recuperada la libertad, se especializó en la protección de industriales de la noche. Queriendo hacer entender a fulanas, travestis y propietarios de tugurios, la utilidad de sus servicios, contrató a dos matones en paro, que maltrataron con aplicación, a los que se negaban a ejercer de clientes. Conquistado el mercado, despidió a los ayudantes, considerándose capacitado para aplicar personalmente los correctivos, que merecían quienes se olvidaban a abonar la semanada. Los hubo que resistieron, especialmente mujeres. Hombre extremista por naturaleza, Rogelio impuso disciplina, rebanando pescuezos, decisión que le llevó a la tendencia, causa de caída que sin intervención de Álvaro, hubiese sido definitiva. Aquejado de problemas de funcionamiento, cierto día, con cadáver fresco entre manos, sintió la llamada del sexo. Y decidió satisfacerlo in situ. Le gustó y adquirió costumbre, que practicaba confiando en el amparo de unos arbustos, cuando acertó a pasar la Guardia Civil. Pillado con la muerta en los brazos, fue culpado con toda justicia de las muchas similares, que se acumulaban entre los casos sin resolver. Ingresado en la cárcel con ficha de psicópata peligroso, aterrorizó a presos y carceleros, que coincidieron por una vez, al opinar que Rogelio estaría bastante mejor en el manicomio. Considerando inmejorables los informes, Alvaro se personó en la cárcel. Usando el despacho del director como locutorio, apenas apareció el peligroso delincuente, el juez descubrió al alma gemela. Cruzada media docena de frases, propuso el trato. Rogelio, ya conocido por Landrú, tendría cuanto pudiese desear, incluido placer, aunque con mesura, si aceptaba disfrutarlo, sin asomar la nariz fuera del palacete. Considerando sus muros más confortables que la prisión, aceptó ser borrado del mundo de los vivos, por vía burocrática, para incorporarse a su trabajo.

Considerando indispensable dotarle de compañera, pues de no tenerla, se volvería loco del todo, Alvaró buscó, encontrando a Filomena. Inquilina de orfanato, ubicada intelectualmente en el límite de la subnormalidad, fue cooptada a la edad de 17 años. Aceptado contrato verbal, similar al de Rogelio, su fallecimiento quedó consignado en el registro de la institución. Privada de ficha civil, al

no tenerla carcelaria, quedó a su cargo recibir a los proveedores, por no ser conveniente que Rogelio se exhibiese, exponiéndose al riesgo de topar con viejos enemigos, pues amigos no tenía. Acostumbrada Filomena al hambre, por no haber conocido otra cosa, la vida en el palacete, dio satisfacción plena a su naturaleza animal. Limpia de curiosidad, aprendidas las tareas que le tocaban, se felicitó porque en aquella normalidad, le tocó disfrutar de confortable posición intermedia, entre la víctima y el victimario.

El primer grito escapó de Ester. Braulio la había sodomizado con ayuda de instrumento contundente. En su tercera fase la ceremonia, se produjo el cambio cualitativo, que hizo del dolor placer. Aurelio Cajamalca, eminencia de la medicina importada del Ecuador, que cayó con buen pie en la corte, asumió la responsabilidad de impedir que los miembros de la orden, padeciesen las consecuencias de una sobredosis, ingerida por inadvertencia. O asestasen el golpe, que pudiese acabar prematuramente con los que habían de morir, ordenadamente y a su tiempo. Concienzudo, observaba a los presentes, que liberados del control de una mente, de suyo infradotada, daban rienda suelta al instinto, ignorando que cámaras debidamente camufladas, recogían cuanto estaba sucediendo, por si un cambio de circunstancias, aconsejaba utilizarlas. Disfrutaban los presentes a través de cinco sentidos, que al ser de capacidad más que limitada, disfrutaba con el olor de la sangre, las heces y el grito, cuando Carmen abandonó el mundo, sacando a Braulio de sus casillas. Indignado porque se marchó sin su licencia, ordenó al sudamericano practicar autopsia de urgencia, pues quiso saber las causa.

- Tenía un soplo al corazón.

El Gran Maestro arrugó los labios, con gesto de asco.

- ¡Mal género! Habrá que escarmentar al imbecil que la seleccionó.

Entregado el cuerpo a Landrú para su disfrute, continuó la ceremonia. Cegada y en lamentables condiciones, Ester continuaba lanzando sus diatribas. Braulio ordenó cortarle la lengua, aconsejando el doctor seccionarle las cuerdas vocales, por ser operación menos peligrosa. Aprobada la propuesta, los presentes contemplaron, con arrobos, la intervención realizada en vivo. Clareando el sábado, la sevillana dio con un bisturí. Se suicidó de puñalada certera. El mal presagio planeó sobre la ceremonia, cuando el chico valenciano dejó de existir, en brazos de Ernesto. El joven poeta cruzó la mirada con el recomendado del rector. Nadie se dio cuenta de que abandonaban la estancia. Fredi falleció a mediodía. Desgarrado el ano, sin pene ni testículos, el médico le declaró prodigio de resistencia. Con dos supervivientes mal parados, sabiendo que Satanás medía el dolor por tiempo, otorgando a sus fieles la desgracia, si abreviaban la ceremonia, Pétula impuso un receso. Para entretener al personal, propuso buscar a los ausentes.

Ernesto y su compañero, el uno en brazos del otro, dormían plácidamente en una de las camas. Lola apareció en la cocina. Cubiertas las desnudeces, que exigía el ceremonial, con una toalla de baño, departía con Filomena. Evidente que se quitaban del medio, porque no soportaba el espectáculo, no sorprendió a Angustias sorprender la muerte, en la mirada de Braulio. Así supo que su amiga moriría en el año. Myriem no estaba en ninguna parte.

- ¿Cerraste las puertas?

Landrú asintió.

- ¡Todas!. Y las ventanas. Con la combinación y la llave. Las tengo aquí. Puede contarlas.

Saco el manajo de la faltriquera. Rosita ratificó.

- Puedo asegurar que no ha salido nadie. He dado un par de vueltas.

La encontraron agazapada entre un retrete y la pared. Los oídos le sangraban. Se los había reventado con los dedos, para no escuchar.

- ¿Que haces aquí?.

Pétula cayó de rodillas, tomándola en sus brazos. Los cuerpos desnudos ofrecían una imagen devota, exenta de lascivia.

- ¡Hija!. ¡Pero di algo!.

Miryem no contestó. Los ojos vacíos miraban hacia dentro. Se había extraviado en el universo del horror.

- ¡Hay que sacarla!.

Los ojos de Braulio se hicieron acero.

- Lo que no puede ser, nunca fue posible.

Pétula acostó a la hija, regresando al sótano. Deseó que los dos jirones de humanidad, que quedaban con vida, se apagasen, para terminar cuanto antes. El Diablo debió escucharla, pues adelantó los acontecimientos, pese a los cuidados del médico. Raquel murió al atardecer y Maribel quedó en trozo de carne, que se agitaba convulsivamente. El hijo de Ignacio fue en busca de la pistola de salón, tocada por el Diablo, destinada a disparar el tiro de gracia, que cerraba la ceremonia. El Gran Sacerdote zarandeó un despojo, riendo estúpidamente.

- ¡Mal año! - murmuró Gerardo.

Se procedió a vestir a los muertos. El rostro maltratado de Maribel, reflejaba la paz de la inocencia. Lola, que ayudaba a Inés, no pudo resistirlo. Arrancando la cruz de Caravaca, que llevaba al cuello, la puso sobre el pecho de la niña. Antes de embalar los cuerpos en las bolsas de plástico, los envolvieron en un trozo de moqueta. Empapaban la sangre. Cerrado el fardo, graparon en los fardos etiquetas, con nombre de grandes almacenes conocidos, que identificaban el contenido como alfombras.

Dando por terminado fin de semana de pésimo augurio, los miembros de la orden se reunieron en salón impoluto, sin vestir más ropa que la otorgada por madre naturaleza. Rosita, con aspiraciones a sacerdotisa, criticó.

- ¡Ha faltado dirección! Se hubiese evitado, repartiéndolos en dos tandas. Nadie morirá a medianoche, cuando Pétula recite el salmo del solsticio. Y eso trae consecuencias.

- Satanás exigirá que saldemos la deuda. La desgracia caerá sobre nosotros, la patria ¡y la humanidad!. Cartago murió por no sacrificar a los primogénitos.

- Podríamos liquidar a Landrú o Filomena - insinuó Gerardo, que no los podía soportar. César replicó airado.

- ¡Que te lo has creído!. ¡A ver donde encontramos otros como ellos!.

El rector creyó que pensar le ponía a resguardo.

- ¿Por qué no uno de nosotros?

- ¡Tu por ejemplo!. O ese muchacho que has traído - replicó Javier.

Braulio se mostraba extrañamente tranquilo.

- En mi opinión, ¡no hay que preocuparse!. El amo del mundo nos necesita. Somos su brazo ejecutor. Nos salvara, escogiendo el alma que prefiera.

Reputada de adivinar el porvenir y transportarse a cualquier punto, en el tiempo y el espacio, Pétula no vio levantarse a Braulio y subir la escalera, que conducía a las habitaciones. Se había reintegrado al salón, cuando Ernesto se levantó. Antes de bajar, lavado y repeinado, pasó por el cuarto donde quedó Myriam. Recordó al Perla. Y se lo dedicó. Entró en el salón, en compañía del rubio angelical. El rector no pudo disimular un rictus de celos.

Despedidos los guardas de seguridad, Filomena se agazapó tras la puerta del jardín. Solitaria la calle, debía advertir si aparecía algún curioso, para que los coches no saliesen inoportunamente. En

ciertas circunstancias, toda discreción es poca. Braulio abrió la marcha, siguiendo los demás, con intervalos de mínimos de tres minutos. La comisario Ramos apuntó las matriculas.

- No tardarán.

Pétula se quedó en el palacete, dirigiendo la limpieza. Entre Filomena y Landrú bajaron a la cocina los cuerpos, destinados a desaparecer. Apiladas las ropas y objetos que quedaron en las habitaciones, que habían de desaparecer, levantaron la tapa del aljibillo, disimulada y pesada, para que no sonase a hueco al pisar. Rogelio procedió con parsimonia. Le gustaba escuchar el "chop", que precedía a la muerte definitiva en la desintegración. En orden la cocina, cargaron los tres fardos en la furgoneta. Continuó la ceremonia de un fregado concienzudo. Había que borrar toda huella. De sangre, dactilares e incluso genéticas.

- ¿Han llegado los chóferes?

- Voy a ver.

Pétula les recibió a cara descubierta. Conscientes de que la vida les iba en el silencio, pero chantajistas natos, el riesgo estaba en manifestar miedo o debilidad. En verdad, no había por qué tenerlo. Si les daba por intentar un chantaje o contar la verdad, daba lo mismo. Nadie podía creer algo tan horrible.

- Os lo repito. ¡Cuidado con los números!. Ya sabéis que si os equivocáis, podría sucederos una desgracia. El primero va para Valencia. Descargad dentro del garaje del Canoso. Ya lo conocéis. Seguí a Cazalla. A dos kilómetros del cruce de Guadalcanal, veréis un camino a la izquierda. Os metéis y dejáis el paquete en la primera cabaña. El último es para Mérida. Antes de entrar, viniendo de Sevilla, veréis un chalet medio abandonado. Se llama La Charca. Os estarán esperando.

Pétula vigiló la salida de la furgoneta. Cerrada la verja bajó al sótano, para dar un último repaso. Filomena y Landrú habían realizado impecablemente. Por si acaso quedó una huella, frotó concienzudamente la parte interior de las puertas.

El cabo y el número Núñez saltaron a la calzada. La furgoneta se detuvo.

- ¡Documentación!.

La comisario y el sargento se acercaron.

Landrú vociferaba. Pétula comprendió que se estaba produciendo lo que no estaba programado:

- ¡Señora!. ¡Policía!. Los han parado.

Pegando el ojo a la cerradura de la verja, Pétula constató que no metía. Se precipitó al teléfono.

- ¡Braulio!. ¡Los están deteniendo!.

- ¿Dónde?.

- Aquí delante. Con la carga.

Braulio colgó. El tiempo adquirió todo su valor.

El sargento repasó la documentación. Auténtica y en regla, aunque la matrícula era falsa. Junto a la carta de circulación, había una tarjeta de Cesar Miranda.

- ¿Y esto?

- Un cliente - el chofer habló con displicencia. Como si el personaje no tuviese importancia. O lo conociese de toda la vida. Por primera vez el nombre no tuvo efecto mágico. En lugar de mandarles seguir, María Ramos ordenó.

- ¡Abre detrás!

- Pero...

- ¡Te ha dicho que abras! - repitió el sargento.

El chofer le miró a los ojos, intentando hacerle comprender que insistir era peligroso. Pétula seguía la escena agazapada tras la verja. Le temblaron las piernas.

El chofer tiró del cierre. Fingió que no cedía.

- Esto se ha enganchao.

- ¡Abre o abrimos!

Dos motos desembocaron por la izquierda. Trepidaron las ametralladoras. La comisario Ramos, el sargento Pérez, Nuñez, el chófer y un curioso, murieron en el acto. El ayudante y el cabo, al llegar al hospital. El coche patrulla llegó inmediatamente. La zona quedó acordonada.

- ¡Otra burrada de los terrorista!

Los de la inteligencia no se hicieron esperar. Provistos de la debida autorización, se hicieron cargo de la furgoneta. El agente que se puso al volante era Luis, el hijo de Ignacio.

Pétula suspiro aliviada. Subió en busca de Myriem. Sus ojos seguían abiertos. Pero estaban muertos.

- ¡Myriem!.

Petula recordó como se lloraba. Cuando Landrú subió a decirle que la calle estaba despejada, la encontró derrumbada sobre la cama.

- ¡Señora!.

La sacerdotisa se secó las lágrimas. Y volvió página.

- No es nada.

Con ayuda de Filomena, metieron el cuerpo y la ropa en el maletero del coche. El servicio no debía echar en falta una prenda. Eran las cinco y media. Pétula llamó a su marido.

- Ha pasado algo horrible, pero podía haber sido peor. Espérame en el garaje, con la puerta abierta. ¡Que no haya nadie!. ¡Es importante!.

El servicio se levantaba a las ocho. Para esa hora, todo debía estar en orden. Ricardo esperaba, en el frío de la madrugada.

- ¡No te aloques!. Lloraremos después. Ahora hay que trabajar. Tenemos el tiempo justo. Miryem se puso enferma. A muerto.

- ¿Dónde está?

La mujer abrió el maletero. Ricardo se derrumbó. Pétula le hizo reaccionar con dos bofetadas.

- ¡Cógela y vamos arriba!.

La voz era imperiosa. Ricardo obedeció mecánicamente.

Enfundaron el cuerpo en el pijama, metiéndolo en la cama. Pétula desperdigó la ropa, dejándola caer, como si hubiese empezado a desnudarse al cruzar la puerta. La chica debía colegir que llegó completamente flipada o borracha. Ricardo adelantó la mano. Pétula adivinó su intención.

- ¡No se los cierres!. Ni tu ni yo, sabemos que está muerta.

Se acostaron. Cuando se levantó la criada, la casa era la de un lunes, como otro cualquiera. Pétula se levantó a las once.

- ¿Y la señorita?

- Sigue durmiendo, señora.

- ¡Esto no puede ser!. ¡Ve a despertarla!.

Acudió al grito de la criada

- ¡¿Pero que pasa?!

La muchacha apenas podía hablar.

- ¡Muerta!. ¡Está muerta!.

Pétula se precipitó al interior de la habitación. Ricardo, avisado por la chica apareció demudado. Lloros. Llamada angustiada al médico. Era vecino. Tardó diez minutos.

- ¿A que hora llegó?

- No lo sé. Tarde probablemente. He pasado el fin de semana fuera. Llegué esta madrugada.

- Derrame cerebral. Hace horas que murió. ¡Estos jóvenes!. ¡A saber que habrá tomado!.

El doctor no vio dos pequeños hematomas, a los lados del cuello.

El atentado en el centro de Madrid, conmocionó al país. Y la gente se preguntó como pudieron escapar los siniestros motoristas, estando tan cerca la policía. Y no obtuvo respuesta. Siguió oleada de detenciones en el norte. Relacionadas con el terrorismo. Agitadores confesos el conductor y su ayudante, se dijo que la camioneta iba llena de explosivos. Los muertos recibieron la cruz al mérito policial, a título póstumo. El ministro que prendió la condecoración en las banderas, no ignoraba con cuanta razón la merecían. El esposo y el hijo de María Ramos, disfrutaron reputación de huraños, antipáticos y poco colaboradores.

- El uno no suelta prenda. Y al otro no le sacas de que será policía, porque esta se la pagan. Quiere escribir un libro. ¡Pero no dice sobre qué!.

Preocupación especial de la corona difundir la cultura, en la entrega de premios, programada para el miércoles, la reina dedicó unas palabras a los caídos. Siendo deber de intelectuales regenerar la sociedad, cantando sus virtudes y condenando sus vicios, el estado quería recompensar públicamente, a quienes utilizaban el intelecto para popularizar esos valores, que generan paz y prosperidad. Recibieron galardón, a propuesta de jurado integrado por sesudos catedráticos, afamado intelectuales e ilustres académicos, el historiador inglés, diplomado en Oxford, Turner Turner, por su "Felipe II, el reinado del bienestar", por ofrecer visión inédita del periodo, que despejando las sombras; en historia moderna los recibió Pablo Blanes, autor de "El rey, constructor de España", siendo distinguido Ernesto Mínguez por su novela histórica, "Como salvó la monarquía a nuestro pueblo". En economía triunfó Braulio Chinchilla, autor de "La influencia de la dinastía Borbónica en la estabilidad económica" y en divulgación científica, el doctor Aurelio Cajamalca, insigne especialista ecuatoriano, por su obra, propuesta para el Nobel, "La excelencia de los ácidos ribonucleicos, en la ingeniería genética de las casas reales".

Crisanta metió el periódico en el cubo, avanzando dos puestos. Secos los grifos, porque entre lluvia y sequía, reventaron las conducciones; desviado el manantial que nutría la fuente, cuando levantaron la calle para meter las canalizaciones, las mujeres del pueblo hacían cola cada tarde, en la trasera del camión cisterna, que bajaba el agua del pantano de la sierra. El Benito bajaba la ladera corriendo. Gritaba pero no le echaron cuenta, porque tenía fama de tonto.

- Es la Maribel. Ahí riba.

Le entendieron y la cola se deshizo. Abandonando los cubos, las mujeres treparon por la colina. Alguien llevo la voz de que Maribel había vuelto, a casa de sus padres. Pepe el de la tienda los subió en la moto, cruzándose con el Benito, que no se detuvo. Estaba deseando llegar al cuartel, para contar a la Guardia Civil lo que había visto. Subieron al jeep, sentándole junto al conductor, para que indicase el camino. Aparcaron junto a la moto. El camino se terminaba. Por aquellas peñas, no podía trepar un todo terreno.

- Los padres mejor que esperen... nosotros la bajaremos.

- ¡Pero es nuestra hija!

El cabo y el conductor se miraron. Hora más, hora menos, daba lo mismo. Llamaron al juez por el móvil. Estaba en Badajoz. Tardaría tres o cuatro horas. El cabo se dirigió al padre.

- Ven p'acá, Ginés.

- ¿Y yo no, que soy la madre?.

- ¡Tu, luego!.

- ¿Es que está mal?.

El cabo calló y agacho la cabeza.

- ¡No nos va a decir que está muerta!. - gritó la mujer, con desgarro.

Benito le rodeo los hombros con el brazo.

- Mira, Manuela, ¿Pá que te voy a mentir, si los vas a saber?. La han matáo y tu no debes subir.

El padre se adelanto.

- Yo iré.

Crisanta se acercó con las mujeres.

- Llevarla a casa. Que ya la bajamos.

Las mujeres descendieron la ladera, amparando a la dolorosa. Andaban despacio y lloraban sin gritos. Sabían que estaba muerta, pero no querían creerlo. Llegó el juez.

- Ginés, mejor que no vengas.

- ¿Por qué?

- El Benito ha visto lo que ha visto.

Ginés era un hombre. Trepó con los civiles, de cabezo en cabezo. El cuerpo estaba fresco, pero tan destrozado, que de no haber sido por la ropa, no la hubiese reconocido. El padre se abrazó al despojo.

- ¡Hijos de puta!

Benito se rascó la cabeza.

- Esto ha sió el Gervasio. Que viene mucho puqui y una vez quiso tirarse a mi prima. - no era verdad pero lo dijo, porque el Gervasio le quitó una novia.

A treinta metros de la fosa, se apreciaba la huella de los esquís de un helicóptero. Nadie la vio, porque no podían suponer que la hubiese. Bajaron el cuerpo hasta el jeep. A la luz de linternas y faroles de vela.

A la noticia de haber aparecido los restos de la extremeña, siguió el hallazgo del chico Valenciano, semi enterrado en un solar, no lejos de su casa. Ester tardo meses en aparecer. Unos cazadores encontraron los restos, disimulados en una falla de la vaguada, donde cayó el coche. Aun negociaban los padres con los secuestradores. Previsto el hallazgo, la historia estaba preparada. Se publicaron nuevos análisis, achacando a error la atribución de la sangre a un cochino. Vulgares oportunistas los supuestos raptos, se prometió castigarlos, pero se olvidaron sin que nadie se molestase en buscarlos. Confirmada la tesis del accidente, los Barrios no aceptaron la evidencia. Desoyendo consejos y advertencias, compraron espacios, para decir que había registrado la falla, personalmente y repetidamente, sin encontrar nada. Machacones, repetían que a su hija la mataron en otra parte. Y que la tiraron allí, porque probado el accidente, los asesinos quedaban a resguardo. Por fortuna para el sistema, al no ser los padres de Ester televisivos, bastó una sola entrevista, conducida por presentador, debidamente asesorado por expertos en salud mental, para que el

matrimonio saliese del plateau, con reputación asentada de desequilibrados, víctimas del síndrome que a veces acompaña, a la pérdida brusca de una hija.

Los hallazgos hundieron a los padres de Madrid. Seguros de que sus hijos corrieron la suerte de los que aparecieron, armaron tanto ruido, que el ministro les recibió por segunda vez, sin necesidad de solicitar audiencia.

- Verdaderamente, ¡no les entiendo!. En lugar de alegrarse, porque no hay indicio de que a sus chicos les haya sucedido nada malo, ¡se han derrumbado!. Lo de Sevilla está claro, digan los padres lo que digan. Todo el que sube a un coche, esta expuesto al accidente. En cuanto a lo de Valencia, no tiene nada que ver. ¡Que provincia!. Hemos formado una brigada especial, para que termine con la plaga. El que hizo lo de Badajoz, no tardará en caer. Se lo digo sinceramente, aunque duela. Sus hijos deben encontrarse tan bien donde están, que no quieren regresar a casa. Una actitud que dificulta la investigación. ¡Lo confieso!.

El padre de Raquel obsequió al gerifalte con todo su desprecio.

- A mi no me saca usted de la idea. A mi hija alguien se la llevó. ¡Y a saber que le han hecho!. ¡Que hay mucho degenerado entre los de arriba!. Me lo decía la comisario Ramos, que en gloria esté. ¡A esa no la mató el terrorismo!. Lo mandó gente con mucho poder. ¡Que ahora si que tienen derecho de pernada!. Y con la extremeña no se equivoque. Un gárrulo puede violar. Matar con la garrota. Pero lo que le hicieron a la chiquilla, es cosa de otra gente.

- De la que tiene pistolas de salón - apuntó Magdalena

El ministro se preguntó cuanto como pudo saber el detalle. Se habló de la bala. Pero no del arma.

- ¡Pues usted dirá que han hecho con los cuerpos!.

- Que en el puesto que está, no sepa lo que se puede hacer, ¡es un contradíos!.

El ministro cerró la entrevista.

- Señores, cuando sus hijos aparezcan, se les avisará. Entretanto den gracias a Dios, porque todo indica que están vivos ¡y porque no les han puesto una querrela!. ¿Saben que provocar alarma social es un delito? El ministerio fiscal podría hacerlo. Sin necesidad de denuncia.

Salieron. El ministro llamó al secretario.

- Avisa a los de inteligencia. Que no pierdan de vista al viudo y al hijo de la Ramos. Y que entren en la casa. Un buen registro, no estaría de más. Si hace falta, ¡que arda!.

En nuevo sargento entró sin llamar.

- Jefe, ¡estoy hecho un lío!

- ¿Crees que entiendo algo?. Era amigo de la Ramos. Sé por donde andaba y con lo del terrorismo no trago. Cuando murió llamé al hijo. Convenía que escondiese algunas cosas. Y fui a su despacho, por si había algún papel. Los de inteligencia se me adelantaron. No dejaron ni un sobre.

- Total, que nos quedamos con un accidente, tres desaparecidos y dos sádicos sueltos. Han dado orden de encontrarlos, antes de que empiece la campaña electoral. Y está en puertas.

- ¡Pero que chistosos son los mandamases!.

El delegado del gobierno aspiraba a ministro.

- O me lo encontráis. ¡O al norte!.

La maledicencia solventó el problema. Benito era callado y tenía fama de loco, pero Gervasio, forastero en el término, por proceder de Llerena, la tuvo de guapo, mujeriego y peleón. Envidiado de los hombres, detestado por las mujeres, desde que se echó novia formal, la insinuación del tontiloco, hizo su camino. Aunque jamás miró a mocita con menos de 18 años, porque tenía un gusto realmente selectivo, ni tuvo necesidad de violar, pues se le rendían hasta las que no deseaba,

el vulgo dio rienda suelta a la imaginación. Se recordó a Gervasio persiguiendo a Maribel. Y hubo mujer que dijo haber sido requerida en la niñez, por el sospechoso, sin caer en que cuando Gervasio nació, la dicente había rebasado la pubertad. Recibido el expediente, el delegado solventó el problema, aplicando la estadística. Mandó detener al súbdito más mentado.

- ¡Buscadme a ese Gervasio!

Lo cogieron en el hato, mandándole a Badajoz.

- ¿Sabes por qué estás aquí?

- ¡Pues no!.

- ¿Conociste a Maribel?

- Si claro, ¡como toós!.

- ¡Por eso estás aquí!.

- No es un delito.

- ¿Matar no es un delito?

- ¡Si que lo es!.

- ¡Firme aquí!.

- Es que lo hago muy malamente.

- Es igual.

No leyó la declaración, porque no sabía. Que le acusasen de haberse cargado a Maribel, le dolió más que la cárcel.

Ignacio tendió el periódico a Cesar:

- Por lo menos tenemos uno. Le van a caer una pila de años.

César sintió la satisfacción del deber cumplido.

- Lo que dije siempre. Nada de refinamientos. ¡Tenia que ser un animal!. El otro saldrá un enfermo. Estas barbaridades son efecto de la pérdida de valores. ¡Solo piensan en el poder y el dinero!. Consecuencia de la incultura. ¡Nos ha invadido!. Lo que hace falta es cultura. ¡Mucha cultura!.